

LE CORBUSIER

CUANDO
LAS CATEDRALES
ERAN BLANCAS

VIAJE
AL PAIS
DE LOS
TIMIDOS

*Versión castellana
de Julio E. Payró*



EDITORIAL POSEIDON
BUENOS AIRES

Adquiridos los derechos exclusivos para la edición en castellano. Queda hecho el depósito que previene la ley argentina nº 11.723 © Copyright 1948 by Editorial Poseidon, Sociedad de Responsabilidad Limitada, Perú 973, Buenos Aires.

Impreso en la República Argentina.

Título de la edición original:

"QUAND LES CATHEDRALES ETAIENT BLANCHES"

PRIMERA EDICION: 1948

SEGUNDA EDICION: 1958

3493
3442

CONTENIDO

	Página
<i>Advertencia</i>	15
PRIMERA PARTE	
ATMÓSFERAS	
I. GRANDEZA DE LAS COSAS	
Cuando las catedrales eran blancas	19
II. DECADENCIA DEL ESPÍRITU	
1. Sumario de un cotidiano	27
2. El dinero	29
3. Saint-Front de Perigueux	32
4. Estación de Burdeos	34
5. M. Raoul Dautry ha declarado	37
6. Del aire exacto	38
7. El Concejo Municipal se reserva, empero, el derecho . . .	42

	Página
III. NATURALEZA DE LO VERDADERO	
1. La grandeza reside en el espíritu	47
SEGUNDA PARTE	
ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMÉRICA	
<i>Prólogo</i>	51
I. CIUDADES DEL MUNDO	
1. Lector de situación	53
2. Motivo del viaje	57
3. Nueva York, una ciudad que está de pie	62
II. I AM AN AMERICAN...	
1. I am an american...	67
2. Nueva York no es una ciudad concluida...	72
3. ¡Es una ciudad salvaje!	75
4. Las calles son ortogonales y el espíritu es libre	77
5. Ortogonal, signo del espíritu	81
6. ¡Los rascacielos de Nueva York son demasiado pequeños!	82
7. "Los rascacielos son más grandes que los arquitectos"	91
8. ¡En sótanos!	94
9. Es cosa adquirida	101
10. Un millón y medio de automóviles, cotidianamente	103
11. Ningún árbol en la ciudad	106
12. Un lugar insigne de la arquitectura	108
13. Un lugar de gracia radiosa	110
14. El puente gigantesco de Brooklyn	113
15. El "Grand Central Railways"	115
16. Trenes locales	118
17. La catástrofe mágica	122
III. FRANCIA - ESTADOS UNIDOS	
1. Sois los fuertes	131
2. Orgullo	136

	Página
3. ¿Es un cáncer?	142
4. Un almuerzo de negocios en el Plaza	145
5. Un almuerzo de hombres de negocios en Boston	148
6. Mister Albert C. Barnes, de Filadelfia	150
7. Las correrías de los indios no están tan lejos	155
8. Crescendo	158
9. La Escuela de Bellas Artes de París	165
IV. BÚSQUEDAS Y MANIFESTACIONES DEL ESPÍRITU	
1. Búsquedas del espíritu	173
2. Espíritu de tradición e instinto de la vida presente	176
3. Todos atletas	190
4. El Caravaggio y el "superrealismo"	202
5. Del salitre	207
6. "Quat'z'Arts" en Nueva York	209
7. La familia partida por la mitad	213
8. Espíritu fúnebre	217
9. Espíritu mecánico y negros de Estados Unidos	220
10. Maniqués de cera de la Quinta Avenida	228
V. NECESIDAD DE PLANES Y EMPRESAS MANCOMUNADOS	
1. Meditación a propósito de Ford	231
2. El gran derroche (<i>expuesto en Chicago</i>)	235
3. La autoridad mal informada	243
4. ¿Cuál es el problema norteamericano?	252
5. Respuesta a un cuestionario	268
6. En el calendario del mundo	281
7. ¡Hasta la vista, Nueva York!	287

CUANDO LAS CATEDRALES
ERAN BLANCAS

*A MI MADRE,
mujer valiente y de fe.*

ADVERTENCIA

ESTE LIBRO, UNA VEZ MÁS*, ESTARÁ LLENO DE TUMULTO PORQUE EL mundo de hoy está lleno de tumulto, porque todo se ha desencadenado.

Es un día de verano, a mediodía; corre mi coche a toda velocidad por los muelles de la orilla izquierda, hacia la Torre Eiffel, bajo el inefable cielo azul de París. Mi ojo se posa durante un segundo en un punto blanco en el azur: el campanario nuevo de Chaillot. Freno, miro, me zambullo de pronto en la profundidad del tiempo: Si, las catedrales fueron blancas, completamente blancas, deslumbrantes y jóvenes, y no negras, sucias, viejas. Toda la época era fresca y joven.

...Y hoy, ¡pues sí!, hoy también es joven, es fresco, es nuevo. Hoy también vuelve a empezar el mundo...

* *La ville radiuse* se publicó el otoño pasado: es la doctrina del equipo en ciudades y campo, de la civilización maquinista. Ese libro es el fruto de quince años de trabajos; es tupido; es como una bodega llena de alimentos. Me lo han criticado. Tampoco puedo disponer hoy una hermosa sala en que reine la etiqueta.

Regreso de los Estados Unidos. ¡Bueno! Voy a mostrar, tomando como ejemplo a los Estados Unidos, que los tiempos son nuevos pero que la casa es inhabitable. No se ha levantado la mesa después de la comida; se ha dejado en desorden los restos de un banquete cuyos comensales ya están lejos: salsas coaguladas, huesos, manchas de vino, migas; y, en desorden, los utensilios sucios.

Las catedrales son de Francia y Manhattan es americana. Qué excelente oportunidad para contemplar esa ciudad joven, de veinte años, conservando en el fondo del alma el pensamiento recogido en los rascacielos de Dios. Ese vínculo nuevo del mundo, Nueva York, examinado con un corazón henchido de savia de la Edad Media. ¡Edad Media? En eso estamos hoy: hay que poner en orden al mundo, ponerlo en orden sobre los escombros, como ya se hizo una vez, cuando las catedrales eran blancas, sobre los escombros de la Antigüedad.

Empero, antes de abrir la ventana que da a ese paisaje de nuestro tiempo, empezaré por hacer respirar las atmósferas agotadoras en que nos debatimos. Las páginas referentes a los Estados Unidos serán, más que una narración, la reacción permanente de un hombre soliviantado por la esperanza de una época de fuerza y armonía. Hoy, por fin, en la historia del mundo, volvemos la hoja.

París, junio de 1936

PRIMERA PARTE

ATMOSFERAS

I

GRANDEZA DE LAS COSAS

CUANDO LAS CATEDRALES ERAN BLANCAS

DESEARÍA LLEVAR AL EXAMEN DE CONCIENCIA Y AL ARREPENTIMIENTO a quienes, con toda la ferocidad de su odio, de su miedo, de su indigencia espiritual, de su carencia de vitalidad, se empeñan con nefasto encarnizamiento en destruir o combatir lo más bello que existe en este país —Francia— y en esta época: la invención, la valentía y el genio creador muy particularmente vinculados a las cosas de la construcción —a esas cosas en que coexisten la razón y la poesía, en que celebran alianza la cordura y el espíritu de empresa.

Cuando eran blancas las catedrales, Europa había organizado a los gremios por requerimiento imperioso de una técnica completamente nueva, prodigiosa, locamente temeraria, cuyo empleo conducía a sistemas de formas inesperadas —formas, en verdad, cuyo espíritu desdeñaba el legado de mil años de tradición, sin vacilar ante la perspectiva de lanzar a la civilización a una aventura desconocida. Una lengua internacional reinaba en todos los puntos en que se encontraba la raza blanca, favoreciendo el intercambio de

ideas y el transporte de la cultura. Un estilo internacional se difundió de Occidente a Oriente y de Norte a Sur, un estilo que arrasaba la corriente apasionada de los deleites espirituales; amor del arte, desprendimiento, alegría de vivir creando.

Eran blancas las catedrales porque eran nuevas. Las ciudades eran nuevas; se construían íntegras, ordenadas, regulares, geométricas, de acuerdo con planos. La piedra de Francia, recién tallada, era resplandeciente de blancura, como blanco y deslumbrante había sido el Acrópolis de Atenas, como lucientes de granito pulido habían sido las Pirámides de Egipto. En todas las ciudades o los pueblos encerrados en murallas nuevas, el rascacielos de Dios dominaba la comarca. Lo habían hecho tan alto como pudieron, extraordinariamente alto. Era desproporcionado en el conjunto. ¡No, era un acto de optimismo, un gesto de coraje, un signo de orgullo, una prueba de maestría! Al dirigirse a Dios, los hombres no firmaban su abdicación.

Comenzaba el mundo nuevo. Blanco, límpido, alegre, aseado, neto y sin retornos, el mundo nuevo se abría como una flor sobre las ruinas. Se había abandonado todo lo que era costumbre reconocida; se había vuelto la espalda. En cien años se cumplió el prodigio y Europa se transformó.

Eran blancas las catedrales.

Materialicemos en nuestras imaginaciones ese espectáculo lleno de alegría. Dejemos, por un instante, de leer estas líneas y pongamos bien ante nuestros ojos las catedrales blancas sobre el fondo azul o gris del cielo. Es preciso hacer entrar esa imagen en el corazón. Entonces podremos proseguir nuestras reflexiones.

No deseo mostrar otra cosa que la gran similitud de esos tiempos pasados con la época presente. Nuestras catedrales —las nuestras— no están construídas aún. Las catedrales son las de los demás —las de los muertos—; están negras de hollín y roídas por los siglos. Todo está negro de hollín y roído por el desgaste: las instituciones, la educación, las ciudades, las granjas, nuestras vidas, nuestros corazones,

nuestros pensamientos. Empero, todo es nuevo en la contingencia, fresco, naciente en el mundo. Ojos que se apartan de las cosas muertas miran ya hacia adelante. El viento cambia; el viento de invierno es suplantado por el viento de primavera; el cielo aún está negro de nubarrones, pero el viento se los lleva.

Esos ojos que ven, esa gente que sabe, hay que dejarles construir el mundo nuevo. Cuando las primeras catedrales blancas del mundo nuevo estén en pie, se verá, se sabrá que es cierto, que la cosa ha empezado. ¡Con qué entusiasmo, qué fervor, qué alivio se producirá la media vuelta! La prueba estará ahí. Temeroso, el mundo reclama ante todo la prueba.

¿La prueba? La prueba, en este país, es que las catedrales, antaño, fueron blancas.

Cuando eran blancas las catedrales, la participación, en todo, era unánime. No eran cenáculos los que pontificaban; eran el pueblo, el país en marcha. El teatro estaba en las catedrales, montado en tablados improvisados en el medio de la nave; allí se maltrataba a sacerdotes y poderosos; el pueblo era adulto y dueño de sí en la catedral completamente blanca —por dentro y por fuera. Blanquísimas “casa del pueblo” en que se discutían misterios, moral, religión, civismo o cábala. Era la gran libertad del espíritu liberado. Todo el arte expresaba el florecimiento de los pensamientos y los caracteres —la naturaleza, la grosería, el erotismo, la *gauloiserie*, el desconcierto del espíritu ante el cosmos, las matanzas, los asesinatos y las guerras, la efusión de los corazones ante Dios, Dios mismo, el pensamiento hermético. Aún no existía la Academia para regentear. La gente era directa, cruda, franca.

En la Corte de los Milagros —como hoy en Belleville o Grenelle— en el arzobispado o en la residencia del príncipe, se inventaban las nuevas palabras del idioma. Se creaba una lengua francesa. Las palabras nuevas expresaban a una sociedad nueva.

En el inmenso fragor de la Edad Media, que erróneamente aparece como una era de matanzas en que la sangre corría sin cesar, se aplicaban las reglas herméticas de Pitágoras; por doquier se per-

cibe la busca ardiente de las leyes de la armonía. Deliberadamente se volvía la espalda "a la Antigüedad", a los modelos estereotipados de Bizancio; pero la gente se lanzaba apasionadamente a la reconquista del eje fatal del destino humano: la armonía. Ley de los números: se transmitía, después de un cambio de contraseñas, de labios a oído, entre iniciados*.

La torre Saint-Jacques, en París, es un gigantesco acertijo tejido sobre la Cábala. ¡Qué profunda fuente de estudio para quien se arriesgue a realizarlo! ¡Pensad, por contraste, en la imbecilidad de un "Grand Palais" de 1900 en que varios académicos tuvieron oportunidad de formular su mensaje en dimensiones enormes!

París se convirtió en antorcha del mundo. La sociedad se formaba, se clasificaba, establecía su amplio estatuto, se liberaba, construía material y espiritualmente. El universalismo se proyectaba a lo lejos mediante las artes y el pensamiento y, sobre todo, mediante la fuerza de acción de una nación *que se había puesto en marcha* enteramente, sin una mirada hacia atrás, juvenilmente afianzada en el esfuerzo creador cotidiano.

Las catedrales eran blancas, el pensamiento era claro, el espíritu era vivo, el espectáculo era limpio.

Del 25 al 28 de julio de 1934, la Sociedad de las Naciones, por su *Instituto Internacional de Cooperación Intelectual*, ha instituido en Venecia, en una sala del Palacio de los Dux, una "Conferencia Internacional" de tres días acerca de las *Artes contemporáneas y la realidad, el Arte y el Estado*.

Francia contaba con varios delegados (¿cómo fué que figurara

* El libro aún no existía. Esas reglas de armonía son complicadas, delicadas. Para entender su razón, es preciso tener alma sensible. ¿Hablar abiertamente de ellas? Era arrojarlas al azar de los errores de hecho y de comprensión; al cabo de tres generaciones, se habían tornado grotescas; las obras construídas bajo su ley hubieran llegado a ser como una mueca. Era preciso que las reglas fueran absolutamente exactas. Desde el día en que nació el libro, tales reglas pueden escribirse en él y vivir intactas, justas y puras, entre dos páginas. Ahora que el libro se ha vuelto uno de los útiles más preciosos del saber, ya no tiene razón de ser el secreto de las reglas de armonía.

yo entre ellos?). Salté ¡y cómo! en el momento en que un pintor aledado, queriendo precisar en qué consistiría el arte y de qué modo estaría en quiebra nuestra época (la época moderna) porque hay resistencia a adquirir pinturas enmarcadas y poner esculturas en los frentes de las casas, terminó su exposición con este rasgo de ingenio: "¡Fatigados de su civilización exacta, los americanos van a apreciar en Francia el encanto de una mesa coja!"

Decid semejante cosa —entre mil otras— tomando un aperitivo en los *Deux-Magots*, pero no vengáis a expresar así, en una reunión internacional, el espíritu de Francia en 1934.

Cierto es que esa asamblea era la de los historiadores del Arte: de lo que ha concluído. Pero la Sociedad de las Naciones buscaba una línea de conducta para iluminar la marcha de la sociedad contemporánea...

¡Supremacía de la "mesa coja"! Señores ¿estamos locos? ¡No vale la pena hacer el viaje a Venecia para convertir en casa de orates el Palacio de los Dux!

Me tomé la libertad de intervenir y tomar por testigo a Venecia —ciudad que, a causa de su plano acuático, representa el dispositivo más formal, la función más exacta, la verdad más indiscutible—, ciudad que, en una unidad única en el mundo, aun en 1934 (a causa del plano acuático) es la imagen entera, integral, de las operaciones armonizadas, jerarquizadas de una sociedad.

Bien sé que un día, cuando la magnífica máquina funcionando estaba ya constituída íntegramente, bien sé, que a Venecia llegaron los "artistas". Pero todo estaba resuelto ya, arraigado en el medio, hecho mediante la colaboración de todos.

Esos artistas (Renacimiento), dan, desde ese momento, la medida del *desarraigo*. Se posan encima de las cosas; no son la cosa. Ahora bien: éstos son los que los exégetas proponen a nuestro estudio y los *magister* imponen en las escuelas. Con ellos concluye la vida; es a menudo la feria de vanidades, la secta que se superpone a la sociedad.

Pero nosotros que vivimos intensamente la época presente de los tiempos modernos, hemos roto el cuadro de esta curiosidad li-

mitada e indigente. Hemos extendido nuestra *simpatía* al mundo entero y a todos los tiempos. Hemos vuelto a encontrar la vida, y el eje de todos los asombros y todas las angustias humanas; estamos lejos de ese tablado teatral que pretende colocar los acontecimientos de la calidad por encima y fuera de las labores humanas. Estamos en las realidades cotidianas, frente a la conciencia misma.

Apelamos a la realidad de las cosas que hacen la vida de todos y de cada cual.

Realizamos la transmutación, en la masa activa total, de las virtudes de calidad que una secta ha creído poder apropiarse en varios siglos de decadencia y, sobre todo, espantosamente, en los últimos cincuenta años.

La obra requiere la *participación*, la de todos, en orden y no en confusión, jerarquizada y no desnaturalizada por doctrinas de artificio. Si Venecia es aún hoy la intacta prueba de una vida colectiva, para nosotros, en Francia, alzamos ante nuestros ojos la imagen de los tiempos en que eran blancas las catedrales.

La vida estalla por doquier, fuera de los talleres en que se "hace" arte, fuera de los cenáculos en que se habla de arte, fuera de los escritos en que se aísla, se localiza y se desintegra el *espíritu de calidad*.

No hay crisis de vida.

Sino tan solo crisis de una corporación: la de los hacedores de arte.

Los plásticos del mundo están, por doquier, en plena producción: intensa, innumerable, ilimitada. La Tierra ve surgir cada día, cada hora, esplendores que son verdades y belleza *presente*. ¡Pasajeras quizá! Mañana, nuevas verdades y nuevas bellezas florecerán. Pasado mañana, etc. . . .

Así, la vida está henchida, llena. ¡La vida es bella! No tenemos —¿verdad?— la intención ni la pretensión de determinar el destino de las *futuras cosas eternas*. Todo, a cada hora, es solamente la obra del tiempo presente.

La hora presente es creadora, creativa, de una intensidad inaudita.

Una gran época ha comenzado.

Una época nueva.

Manifestada ya en innumerables obras individuales y colectivas, unida a la casi totalidad de la producción contemporánea, surgiendo de los talleres, de las manufacturas, de las fábricas, de los cerebros de los ingenieros y los artistas —objetos, estatutos, proyectos, pensamientos— la civilización maquinista estalla.

¡Nuevos tiempos!

¡Ocurrió exactamente lo mismo, una vez, hace siete siglos, cuando nació un mundo nuevo, cuando eran blancas las catedrales!

París, 27 de septiembre de 1934. ("PRÉLUDE", N° 13.)

II

DECADENCIA DEL ESPIRITU

1. SUMARIO DE UN COTIDIANO

UNA MAÑANA DE FINES DEL INVIERNO, AL DESPERTAR CON EL SABOR penoso de las pequeñeces de que parece estar hecha la vida, tuve la espléndida revelación de las jornadas del hermoso hoy, atiborradas, hasta reventar, de hechos estimulantes. Mi diario, página tras página, estallaba de vida; de título en título, los arcos de la imaginación tendían una vía libre hacia la síntesis de las conquistas modernas. Este sumario de un diario, me dije, es una admirable cantata de esperanza. Cada día trae su cosecha. Desgraciados somos si no lo vemos ni lo sabemos; ciegos somos por no descubrir, todas las mañanas, la promesa de los tiempos nuevos.

Doblados sobre nuestras tareas estrechas, sometidos como condenados a la regla del dinero, ya no sabemos discernir ni sentir: el mundo estalla, y cada mañana nos trae de ello un nuevo relato, canción de gesta de la época presente. Poesía, heroísmo, conquista son cotidianos, en todas partes y en todo. Lo sublime marca el compás de las horas. El telégrafo ha puesto en nuestra mano la palpitación del mundo.

Sumario de un cotidiano:

1. "El Reich ha festejado a su nuevo ejército, mientras Londres, París y Roma se consultan."

2. "Parece que ha sido avistado el avión de M. Renard (gobernador de África Ecuatorial) en el norte de Gabon."

3. "Los grandes *matches* internacionales: Alemania ha vencido a Francia."

4. "La política asesina al turismo."

5. "Contaremos con *Normandie* * aéreos."

6. "El amo de las tempestades. Un inventor ha imaginado una central atmosférica que haría la lluvia y el buen tiempo."

7. "La lección de la Exposición de Bruselas."

Este diario del lunes (generalmente incoloro, porque se fabrica con los "fondos de cajón" de las redacciones) tiene hoy cuarenta y ocho artículos con grandes titulares.

Numerosas personas leen tres diarios por día —de la mañana, de la tarde y de la noche—: es un modo de devanar su rosario de inconsciencia en los ómnibus, los trenes subterráneos o cuando están sentadas a la mesa familiar. Las noticias entran por un oído y salen por el otro; eso cansa sencillamente la retina y predispone para el sueño. Pasan las horas, pasan los días, pasa la vida. El acontecimiento está alrededor; no entramos dentro de él.

Empero, todos los días se imprime la cantata de esperanza.

Marzo de 1935.

* El famoso barco transatlántico de lujo. (N. del T.)

2. EL DINERO

El estadio del Parc des Princes, en París, se extiende ante mis ventanas. El domingo, sufro los clamores, los gritos, los silbidos, los alaridos de sus 40.000 espectadores. El tablero marcador se alza al sur del estadio. En su gran superficie oscura se enganchan, en letras blancas, las iniciales de los clubs y, frente a éstas, los puntos del partido. El tablero marcador es la corona de los estadios.

Hay un reloj en un ángulo del tablero: es el instrumento indispensable en el curso de un partido; el reloj cuenta el tiempo para los jugadores y para los 40.000 espectadores, se impone a los nervios de la multitud, está unido al destino de los jugadores, minuto por minuto.

Desde hace tres días, el reloj está parado a las doce y media.

La administración, la incuria de los tiempos presentes, no han encontrado los 15,50 francos necesarios para poner en marcha nuevamente el reloj del estadio. Y hoy, cuando se realiza el partido Francia-Alemania, cuando la administración ha cobrado medio millón de francos de entradas, el reloj está parado. Incuria, abandono.

Francia se dejó derrotar por Alemania. Los alemanes estaban decididos a ganar.

El reloj no ha sido compuesto.

¡Ya no existe el reloj! Hoy está tapado por un aviso de chocolate; otras dos quintas partes del tablero marcador proclaman las virtudes de cierto betún. Del marcador, corona del estadio, quedan disponibles las dos quintas partes. Ha sido vendida la corona del estadio para adquirir dinero. La corona: ese lugar que domina el estadio. Se ha vendido su dignidad, su *standing*, su moralidad para ganar cuatro centavos. Eso, ante las narices de los 40.000 espectadores que pagan. Ante las narices de los extranjeros que vienen acá a tomar parte en los certámenes internacionales decisivos, en que Francia iza su bandera al lado de las naciones rivales. Sucia clase de espíritu, abandono, bajeza. Francia ha sido bochornosamente derrotada por Holanda; los diarios deportivos llaman a eso "la catástrofe del domingo pasado". Los diarios deportivos afirman que se trata de una crisis moral; lo sienten bien, en todo. Dicen, en grandes titulares: "Un equipo de Francia sin alma y sin jefe". Los números del tablero marcador estaban tan sucios que difícilmente los pude leer con mis gemelos. Lamentable descuido de la casa.

Francia ha perdido contra Suiza, contra Italia, contra España*.

El tablero ha sido vendido y, además, todo el estadio se ha llenado de avisos de aperitivos, aceites o regaliz.

Recuerdo los estadios norteamericanos de las universidades. En los Estados Unidos, el destino del gran deporte está en manos de los estudiantes universitarios. El honor del deporte se juega de universidad en universidad. Todo el país participa de ello con un fervor inimaginable. Sesenta mil, cien mil espectadores asisten a esas justas insignes en que todo es compostura, estilo, entusiasmo, en gigantescas naves de cemento, netas y limpias. Amor y sentido de la responsabilidad. Eso nos dará oportunidad, más adelante, para determinar un rasgo del carácter de un país.

* (Y contra Checoslovaquia, 9 de febrero de 1936.)

¡El marcador vendido a un betún! Es el viejo husmo maloliente de una ya lejana y grande ilusión venida de América en la época de la loca "prosperidad": hacer dinero, *make big money!* En Francia se publicaban libros escritos por deslumbrados viajeros, de regreso del país de los dólares, y titulados: "Cómo ganar dinero". América iba a reventar como consecuencia de ello. Pero el ejemplo ha sido seguido: nosotros seguimos chupando las últimas gotas de sangre del país.

3. SAINT-FRONT DE PERIGUEUX

La antigua iglesia de Saint-Etienne de la Cité no ha sido "renovada", "restaurada" por los servicios de los "Monumentos históricos". Tal solicitud se ha reservado a la basílica de Saint-Front. Una y otra son manifestaciones decisivas de la gran arquitectura románico-bizantina. (Observemos, al pasar, que nadie se sintió atormentado por escrúpulos de internacionalismo cuando un abate fué enviado a Venecia para tomar las medidas de la basílica de San Marcos con el objeto de intentar "hacer otro tanto" "en nuestra tierra". Y la basílica de San Marcos, a su vez, fué inspirada por la iglesia de Santa Sofía, en Bizancio. El pensamiento no tenía ni frontera, ni nación.)

La iglesia Saint-Etienne, librada a su indigencia, es admirable y conturbadora; la basílica de Saint-Front, violada por los restauradores, puede considerarse arruinada.

Creo en la *piel* de las cosas como en la de las mujeres.

En Saint-Front, lo han raspado, retocado, *rehecho* todo, centímetro por centímetro. Todo lo han falsificado: mentirosos, falsifi-

cadores. ¿Con qué derecho? ¡Trágica confusión! Bien sé que su intención fué buena. ¡Ay, ay!

Peligro de las restauraciones. ¿Por qué no se ocupan más bien de hacer nuevas catedrales, quiero decir: de impulsar el espíritu hacia adelante y no, tan obstinadamente, tan cobardemente, hacia atrás, en la mera estimación y contemplación de las cosas pasadas?

En la basílica de Saint-Front, en los altares y en los puestos del portal, Cristos y santos de yeso pintado proclaman la terrible decadencia.

Ese Dios que reconocemos tan claramente al recorrer el Oriente o el África del Norte, ese hombre-dios que volvemos a encontrar en medio de las muchedumbres de esas tierras: violento, apasionado, activo (como su Verbo, por otra parte, lo proclama en cada versículo), Jesús ha sido transformado en una pastelería balante.

Y venden a Dios en serie, de cualquier tamaño, a cualquier precio, no muy caro, para que se coloque en las repisas, entre la baratija de los *bibelots* domésticos. Idolatría fomentada para cosechar centavos.

Para cosechar centavos se han falsificado las nociones más insignes.

4. ESTACION DE BURDEOS

Fuí a Pessac, suburbio de Burdeos, para tratar de deshacer la espantosa intriga que durante seis años inmovilizó y quiso aniquilar la iniciativa generosa y apasionada de Henry Frugès.

“Quiero mostrar a mi país —resolvió él— que han llegado los nuevos tiempos de la arquitectura y que con métodos audaces y una ética fresca es posible crear viviendas portadoras de alegría, que respondan a una conciencia nueva.” Cincuenta y una casas fueron construídas en Pessac, de cemento armado, con métodos tan nuevos... que la opinión se agitó.

Primero, los constructores de la región, sacudidos en sus rutinas; luego, los arquitectos, furiosos (sencillamente). Se azuzó a la opinión; la opinión puede dejarse azucar hasta un diapason inconcebible. Si Pessac se hubiera construído en las inmediaciones de París, nunca habría ocurrido eso, porque los parisienses no se dejan embaucar tan ingenuamente. En resumidas cuentas, la intendencia, la prefectura y la compañía de aguas corrientes se negaron a dar agua a la población. Esto duró seis años. Dos ministros intervinieron enérgicamente: primero, A. de Monzie, M. Loucheur después. Hi-

cieron el viaje. Pero un intendente de aldea tiene más fuerza que dos ministros. Las burlas siguieron a esto, y hubo escritos, libelos e informes serios cuya conclusión era: “que el carácter particular de esta arquitectura no permitía habitarla, y que todos los habitantes se habían ido”.

La aldea estaba vacía, en efecto; lo estuvo durante seis años porque no había agua. M. Frugès fué martirizado. Pero su obra, alabada por doquier en el extranjero, era analizada en revistas y diarios y servía de punto de partida para vastas empresas realizadas fuera de Francia. El Concejo municipal de París enviaba a Alemania comisiones de estudio para informarse, mientras, en Pessac, la mala hierba crecía hasta una altura de más de un metro.

Estaba yo, pues, en la estación ferroviaria de Burdeos, al final de una tarde del verano de 1930. La estación es repugnante. Ni un empleado en los andenes invadidos. Un superior con roble dorado* ignora la hora de la llegada del tren de París. En la oficina del jefe de estación tergiversan las cosas, no están bien enterados. Tumulto general, suciedad repelente; el piso está negro, desnivelado; los enormes vidrios están negros. A las 21, el rápido se detiene en el andén 4, completamente abarrotado de cajones de legumbres, pescado, frutas, sombreros, aves que gritan, bolsas vacías devueltas a sus dueños... (de estas precisiones, tomé nota allí mismo).

En la ciudad, el pavimento se disloca. En el Gironda, los nuevos diques de cemento armado están decorados con falsas pilastras. El año anterior, llegando de Buenos Aires, desembarqué del *Lutétia* en medio de una confusión indecible. Un millar de pasajeros con todo su equipaje para pasar por la aduana. Uno vuelve de lejos, es aguardado con impaciencia: palpitan los corazones. ¡Imagínense! Se prohíbe la entrada a quienes vienen a recibirnos. Mi madre y mi mujer permanecieron afuera, bajo la lluvia (la lluvia de Burdeos), en diciembre; la visita de la aduana se hace en ese miserable cobertizo nuevito en que reina la confusión. Triste espectáculo para quienes regresan de Río de Janeiro, de Santos, de Montevideo,

* Entorchado de hojas de roble que adornan los quepis. (N. del T.)

de Buenos Aires, donde vastas instalaciones responden a este fenómeno muy preciso: mil, dos mil viajeros o inmigrantes volcados de pronto por los flancos del gran buque. En la sede de la Compañía, en París, donde hablaba yo a uno de los jefes de mi proyecto de introducir el "aire exacto" en paquebotes herméticos que pasan del invierno al verano en el plazo de quince días, después de cruzar durante cuatro días los dos trópicos del Ecuador (el "Pot au Noir"), me contestaron: "¡Sepa usted, señor, que ninguno de nuestros ingenieros ha realizado jamás un viaje por mar...!"

Aguas abajo, en el Gironda, a ambos lados del estuario se alzan desde hace veinte años (y acaso mucho más) los dos pilones huérfanos del puente transbordador. Nunca se ha construido la pasarela destinada a unir ambas orillas. ¡La política! Sí, parece que el asunto del puente es una cuestión electoral. Por consiguiente hasta nueva orden, no queda otro recurso que ir por las márgenes abarrotadas hasta el viejo puente secular; camiones, automóviles y peatones suman kilómetros estúpidos y costosos desde los diques orilla izquierda hasta los diques orilla derecha, en pleno corazón del puerto de Burdeos, gran ciudad de Francia que tuvo su blanca catedral y que tuvo a Colbert y a Luis XIV.

Tal es la índole del espíritu, hoy, en muchos lugares importantes de Francia.

5. M. RAOUL DAUTRY HA DECLARADO

Al día siguiente de la catástrofe ferroviaria de Lagny, ocurrida en la Nochebuena de 1933 (doscientos muertos), M. Raoul Dautry, director general de los ferrocarriles del Estado, declaró:

Francia posee 45.000 kilómetros de red ferroviaria.

Quince mil de esos kilómetros no sirven para nada; son ferrocarriles políticos o electorales.

Siete mil están equipados con sistemas de señales del año 1842.

La catástrofe de Lagny se debió a una perturbación de las señales en una de las mejores líneas francesas.

6. DEL AIRE EXACTO

Nuestro gran amigo Gustave Lyon falleció el domingo pasado a la edad de setenta y nueve años, en pleno vigor. Sus restos estaban ya encerrados en el ataúd cubierto por un paño negro, y ardían cuatro cirios. Su hermana me dijo: "Ahora que ha muerto, quizá se reconozca el valor de la labor inmensa a la cual dedicó su vida".

Con la Sala Pleyel —y a pesar de los defectos de un primer intento tan vasto— había expulsado a la Academia de la arquitectura. Desde ese día, ninguna sala, en el mundo entero, se proyecta de acuerdo con el esquema de las escuelas oficiales; todas tienen que referirse a esa lección de acústica y ortofonía.

En esa sala, Gustave Lyon distribuyó a los tres mil auditores "aire puntual". Primera realización en Europa. Sus estudios, empezados largo tiempo atrás, fueron independientes de las tentativas que también se hacían en los Estados Unidos para proveer aire puro. Para nuestro Palacio de las Naciones de 1927, habíamos aplicado el mismo método, conjugado con un invento nuestro del año 1916: "las paredes neutralizantes". Estas permitían anular los efectos de enfriamiento de las grandes superficies de vidrio en las

concepciones de la nueva arquitectura. En 1929, al regresar de Moscú (junio), establecí definitivamente la teoría de la "pared neutralizante" y la combiné, para nuestro palacio del Centrosoyus (hoy construido a poca distancia del Kremlin), con el "aire puntual" de Gustave Lyon. El conjunto se llamaba "la respiración exacta". Nuestro amigo fué a nuestro taller para ver los dibujos y las *maquettes* antes de su envío a Moscú. "Es una idea genial —dijo— que transforma todas las tradiciones de la habitación y del trabajo en los inmuebles residenciales o comerciales, en los talleres o las fábricas." Moscú, tímida, se ciñó al uso corriente y repudió nuestra "respiración exacta"; detrás de nuestras inmensas vidrieras se instalaron radiadores, según la costumbre.

Buscábamos una oportunidad. Llegó: el asilo del Ejército de Salvación, la "Cité de Réfuge". Allí viven seiscientos pobres diablos, hombres y mujeres. Se les dió la alegría gratuita e inefable de la plena luz y del sol. Una vidriera de mil metros cuadrados ilumina las habitaciones de piso a techo, de pared a pared. El gobernador de la "Cité" nos decía, la semana pasada, que la alegría dispensada de ese modo hacía marchar maravillosamente su organización, con pleno rendimiento. La vidriera era hermética, ya que el aire calentado y purificado circulaba abundantemente en el interior, regulado por las bombas y la calefacción.

El edificio fué construido en el siniestro barrio de Chevaleret. El presidente de la República lo inauguró en diciembre de 1933. No había memoria de que jamás hubiera hecho tanto frío como en esa época. Los libelos empezaron a estallar en la prensa: "Buena catástrofe —predecían— detrás de esa vidriera que... y que..." El asilo fué puesto en marcha, se inauguró. Fué espléndido. En pleno período de heladas, las fiestas se desarrollaban con temperatura interior perfecta. Dos mil personas son testigo de ello. El comisario Albin Peyron, —hombre virilmente optimista que ha conquistado el corazón de París y convertido a su "Ejército" en una cohorte venerada y amada—, respiró. ¡Las cosas iban bien!

La Municipalidad de París respiraba menos. ¡Estaba sofocada! (los servicios públicos). ¿Cómo, un vasto edificio hermético, sin

aberturas? ¡Era intolerable! La Prefectura de policía, servicio de locales amueblados, envió a su perito arquitecto. Éste presentó un informe concluyente: para asegurar la provisión de aire puro a huéspedes de una limpieza frecuentemente dudosa, el sistema empleado era irreprochable. El informe dormitó; durante dos años, la "Cit  de R fuge" había funcionado perfectamente.

Las dificultades sólo habían de producirse en pleno verano, en el momento de acentuación del calor.

Los créditos exiguos de la construcción sólo habían permitido poner en funcionamiento los dispositivos para el invierno. Los destinados al verano (para refrescar el aire) habían quedado en suspenso. ¡No había nuevos créditos! Era preciso esperar.

Pero, en los comienzos de 1935 se produjo el ataque combinado de las dos prefecturas de París, la de Policía y la del Sena. Explicamos, resistimos. Hicimos presentar informes concluyentes por el profesor Renaud, médico del hospital Saint-Louis y especialista en puericultura; por Gustave Lyon y por un ingeniero vinculado a la industria de la ventilación. Nos daban la razón práctica y teóricamente. Pero las advertencias se volvieron conminatorias, ejecutorias. El comisario de policía del barrio fué encargado de tomar medidas represivas y de clausurar la "Cit  de R fuge".

No podía yo aceptar que, contra todo sentido común, despanzurraran nuestro edificio. No debía aceptarlo. Ese edificio era un jalón, una prueba. La opinión pública estaba interesada en el debate. La "Cit  de R fuge", conocida en el mundo entero mediante los artículos de la prensa especializada, era visitada por turistas. Resistimos, pues.

Fuimos vencidos, emplazados por el nuevo comisario del "Ejército". Fu  preciso tirar el dinero por las ventanas (aquí se aplica bien la imagen) y abrir "ventanas ilusorias" —término que juzgaron exacto aquellos mismos que exigieron ese verdadero crimen.

Las prefecturas, en sus intimaciones, declaraban que nuestras fachadas *no eran reglamentarias*. Y, c nicamente, no mencionaban que dispositivos nuevos distribuían en el interior, tres veces por

hora, el volumen de aire puro, con buena temperatura y sin polvo, en cada local, por pequeño que fuera.

Podría extenderme indefinidamente. La Municipalidad de París nos venció. Repudi  los progresos más decisivos: el aire puro para los pulmones de los habitantes de las ciudades. Pero favoreció, en los treinta y tres kilómetros de las fortificaciones parisienses, la construcción de inmuebles baratos, justamente célebres hoy porque ningún progreso se introdujo en su edificación y porque hay tanta... cosa detrás de todo eso, y tanto dinero en juego que, hasta ahora, la prensa ha sido amordazada a fuerza de comilonas.

Con excepción de algunos islotes bien estudiados, ese nuevo cinturón de París en la época del maquinismo pudo ser bautizado: "los treinta y tres kilómetros de vergüenza".

Regreso de los Estados Unidos. Desde 1928, en ese país de poderoso voltaje, los progresos se han convertido en realidades para todos, en uso consagrado, y el rápido ajuste ha permitido distribuir el aire puro y exacto en las oficinas de los rascacielos, en los trenes subterráneos, en los túneles bajo el Hudson, en los coches de la intensa red ferroviaria, en los aviones en que se puede fumar, en las casitas para pequeños burgueses. ¡Perfecto! He leído con curiosidad de turista una de las innumerables chapas esmaltadas colocadas al lado de cada ventana del rascacielos más reciente: "Se ruega no abrir las ventanas para no contrariar el buen funcionamiento del aire acondicionado".

Cuando eran blancas las catedrales no se aplicaba el reglamento. Las catedrales eran antirreglamentarias.

El espíritu de Francia no es reglamentario, salvo en los períodos de letargo y de osificación. Hoy, cuando surge el mundo nuevo bajo la presión de los milagros técnicos, los amos de la Ciudad Luz aplican el reglamento. Y pronto no quedará más luz en la ciudad.

7. EL CONCEJO MUNICIPAL SE RESERVA, EMPERO, EL DERECHO...

Un director general de Bellas Artes de Francia consideró que, para la Exposición Internacional de 1937, sería bueno que la concepción fuera confiada a los pocos jefes de fila de la arquitectura reconocidos *urbi et orbi*; cada uno de esos jefes organizaría su sector y distribuiría las tareas útiles a quien correspondiera. De ese modo, la Exposición sería una manifestación de los tiempos nuevos.

Pero fué vencido por un hábil subterfugio.

Se instituyeron concursos públicos con el pretexto de permitir que se revelaran los "jóvenes". Método clásico para elegir a las propias criaturas ocultándose detrás del tranquilizador "anonimato". (Un precedente insigne: El Palacio de las Naciones, en Ginebra.)

Un comisario general de la Exposición Internacional de 1937 creó un título: "*Arte y técnica*", y lo fundó mediante un estudio clarividente, constructivo, optimista. Pero fué vencido.

En el curso de ese preludeo activo, habíamos sometido nuestra idea para 1937: *Exposición internacional de la vivienda*. Pensábamos: la vivienda, clave de la nueva civilización maquinista, manifestación de la conciencia nueva. Fué todo un éxito. El director

general de Bellas Artes aceptó nuestra proposición y nos pidió que la concretáramos.

—Procúrenos un terreno suficiente para erigir allí una "unidad de vivienda"; en una "unidad", pueden expresarse todos los problemas: urbanismo, industrialización de la construcción, busca de los standards, aplicación de las nuevas técnicas —acústica, isoterma, aislamiento, etc.— plástica, estética general, ética de la vivienda y de la ciudad. En una unidad será suficiente para cuatro mil habitantes. En la Exposición, todo será instructivo, didáctico. El público verá las diversas fases inconclusas y sucesivas de la construcción: verdadera lección de biología arquitectónica. También verá algunas viviendas completas y las organizaciones colectivas que, un día, transformarán, aliviándola, la economía doméstica. Pondremos nuestra empresa bajo la égida de los C. I. A. M. (Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna) fundados en Sarraz en 1928 después del escándalo de la adjudicación del Palacio de las Naciones de Ginebra. Los Congresos desarrollarán allí especialmente los resultados de sus trabajos referentes a "la Ciudad Funcional", trabajos colectivos realizados por los grupos nacionales de dieciocho países y que representan una documentación única en el mundo, verdadera base de todas las investigaciones acerca del mejoramiento de las ciudades.

Nos dieron el bastión Kellermann, en el recinto de fortificaciones de Napoleón III, al sur de París y al este de la Ciudad Universitaria, contiguo a ésta.

Todo fué discutido, admitido, precisado y adoptado por el director general de Bellas Artes, el ministro de Comercio, el prefecto del Sena y, después de tempestuosos debates, por el Concejo Municipal de París y el Parlamento. Entre marzo y julio de 1934, el asunto quedó resuelto.

El proyecto puntualizado, instalado en el terreno, proponía la renovación completa en materia de vivienda, de reparto del terreno, y de trazado de calles. En razón de un sentimiento neto de la poesía de las cosas, respetaba enteramente el bastión Kellermann, sólo y único vestigio conservado de los treinta y tres kilómetros de

recinto militar del Segundo Imperio, destruido definitivamente por las Viviendas Baratas de la Ciudad de París: magnífico testimonio de arquitectura y de historia.

Dieciocho meses después, en septiembre de 1935, el señor Marzloff, director de los servicios de arquitectura de la ciudad de París, me dijo ante dos testigos —Fernand Léger, delegado de los "Pintores y escultores modernos", y René Herbst, delegado de "U.A.M.", dos agrupaciones asociadas a nuestra empresa—: "No se haga usted ilusiones; en el Concejo Municipal tiene enemigos irreductibles. ¿No ha declarado el señor Coutenot, presidente, en la tribuna, que usted es antifrancés y ha obrado contra Francia en la Exposición Internacional de Urbanismo de Berlín (donde expusimos "la Ciudad Radiosa" con un manifiesto en un cartel rojo-blanco-azul firmado por franceses mundialmente conocidos pero independientes de las Academias?) Una frase que el Concejo Municipal introdujo en el texto de la ley que les concedió el terreno, el año pasado, para Pentecostés, *fué puesta allí para impedirles a ustedes realizar su proyecto...*"

La frase era: *"El Concejo Municipal se reserva, empero, el derecho de exigir eventualmente la demolición, después de la Exposición, de los edificios construidos sobre el bastión Kellermann..."*

El proyecto había sido estudiado durante dieciocho meses; se habían presentado los presupuestos; se habían realizado las primeras gestiones ante la gran industria; un comité internacional había sido convocado en Londres (CIRPAC, comité directivo de los C.I.A.M). En la ciudad de París, el señor Marzloff nos había pedido todas las precisiones, el programa, el método, la financiación, etc.; los arquitectos en jefe de la Exposición, señores Letrosne y Greber habían dicho: "Hacemos nuestro el proyecto de ustedes".

El director general de Bellas Artes, el ministro, el prefecto, el Parlamento, todo eso era inútil, puesto que existía la frasecita.

Por consiguiente, el bastión Kellermann fué librado de nuestra presencia, lo mismo que la Exposición de 1937.

La administración municipal se puso a demoler el bastión. Ese morro enorme, verdadero belvedere, ha sido arrasado. Las murallas de Napoleón III ya no existen. Todo eso es hoy un baldío, "listo para construir", último eslabón de los treinta y tres kilómetros de recinto de París en que se realizaron negocios satisfactorios para mucha gente.

Con una frasecita se han burlado de muchos.

Cáscara de banana bajo el pie de los buscadores y los valientes, colocada allí por personas muy entendidas en negocios. Al complejo juego del mecanismo institucional, inclusive al Parlamento, le pusieron bajo el pie una cascarita de banana. Indicio edificante.

(Me criticarán mucho por este capítulo, que calificarán de polémico y mal educado. Nuestro dolor, nuestras esperanzas destruidas, esa inmensa colaboración de los mejores creadores de todos los países que aportábamos también mediante los Congresos, bajo la dirección del Grupo Francia —¡todo eso no es nada!—. Finalmente, ¡todavía esperan de nosotros que les demos las gracias!)

III

NATURALEZA DE LO VERDADERO



1. LA GRANDEZA RESIDE EN EL ESPIRITU

CRUZAMOS LA FRONTERA FRANCO-BELGA Y EL TREN ATRAVIESA EL Borinage*. ¿Qué es esto? ¿Un espejismo? Hasta el horizonte se destacan sobre el cielo de la llanura pirámides gigantescas. Me refiero a mi primer viaje, hace muchos años. Mi emoción era intensa. Esos monumentos sublimes se hundían en las profundidades azules, a izquierda y derecha del tren. No eran otra cosa que los "basureros" de las minas de carbón, esas acumulaciones de residuos de esquisto gris-negro que encerraron un día las vetas de carbón. Ahora comprendo: los rieles apoyados en el flanco de cada talud conducen las vagonetas hasta la cúspide de la pirámide donde se vuelcan. La

* La región carbonera de Bélgica. (N. del T.)

ley del deslizamiento de tierras determina definitivamente el destino de las pirámides: una inclinación de 45°, impecable. Así, me encuentro cerca de El Cairo, en el país de los faraones.

¡No, no me encuentro allí! Mi emoción, aunque viva aún, se embota. Mi admiración se disipa. No son obras maestras; no son obras siquiera. Son sencillamente residuos de esquisto. Y, de golpe, mido el abismo que puede abrirse entre el aspecto de una cosa y la calidad del espíritu que la ha suscitado. La intención es lo que nos conmueve hasta el fondo del corazón, la calidad del espíritu empleado en la realización de la obra. Aquí sólo tenemos una empresa industrial en que no ha intervenido intención elevada alguna. ¡Claro está! Y por fresco que sea mi entendimiento, por ingenuo que sea mi corazón, no oigo aquí la palabra de un hombre o de los hombres. Sólo estoy en presencia de un hecho y de una ley física. La única emoción que subsiste es la del rigor de esa ley. Nada más.

Pero en mí se abre el debate: ¿si los hombres hubieran hecho eso queriéndolo, para que la intención exalte nuestros corazones?

El tren ha atravesado el Borinage y las pirámides no me preocupan más.

.....

Al prologar el relato de ese primer viaje a los Estados Unidos, bajo el signo de las catedrales blancas, siento que todo lo que diré se calificará por el grado y la calidad de la intención que ha erguido los rascacielos, puesto a las ciudades de pie en el cielo, lanzado las autopistas a través de los campos, tendido los puentes sobre los estuarios o los ríos. Nuestro corazón apela a otros corazones. Tal es la medida de nuestra emoción, y la dimensión también puede ser deprimente, y las pirámides de esquisto pueden dejarnos contritos. La grandeza reside en la intención y no en la dimensión.

Cuando eran blancas las catedrales, el universo entero estaba soliviantado por una inmensa fe en la acción, el porvenir y la creación armoniosa de una civilización.

SEGUNDA PARTE

ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMERICA

PROLOGO

"Unos trescientos años después del año 1000, las basílicas fueron renovadas en casi todo el universo, sobre todo en Italia y en las Galias, aunque, en su mayoría, eran aún suficientemente hermosas para no requerir reparaciones. Pero los pueblos cristianos parecían rivalizar entre ellos en magnificencia para erigir a porfía las iglesias más elegantes.

.....

"Hubiérase dicho que el mundo entero, de común acuerdo, había arrojado los andrajos de su antigüedad para vestir la blanca alba."

(Crónica de Raoul Glaber, monje benedictino borgoñón.)

I

CIUDADES DEL MUNDO

1. LECTOR DE SITUACION

EN EL MUNDO HE HABLADO YA A UNAS CIEN MIL PERSONAS, Y LAS HE vinculado todas a un sueño. Mis pies estaban en el suelo; sola la mirada pasaba por encima de los tumultos y las confusiones. He conocido todas las ciudades por haberlas recorrido, mirado, reconocido. He oído las exposiciones, las quejas, los desalientos. En todas partes me han dicho: "No hay esperanza de salir de esto; es preciso adaptarse mal o bien... al mal".

Lo que pude decir era de orden general, de principio, doctrinario si se quiere. Pero siempre, sin excepción, pude proponer también la operación quirúrgica precisa, local, particular que archivaría un pasado caduco y abriría la puerta a los tiempos nuevos.

Mi vida, por su aventura agitada y por la naturaleza de mi carácter y de mis orígenes, me permite estar suficientemente cerca de la idea librada de la estrechez de un regionalismo demasiado acentuado y conducida a la seguridad del plano humano. En el curso de los años, he sentido que me volvía cada vez más hombre "de todas partes", aunque siempre con el firme vínculo del Mediterráneo, rey de las formas bajo la luz; estoy dominado por los

imperativos de la armonía, de la belleza, de la plástica. Hay en mi ascendencia la permanencia de un hecho: la libertad de pensamiento y la indiferencia por los beneficios materiales. Pensamiento libre regularmente llevado por encima de los acontecimientos nómade.

En este libro, que no será solamente un comprobante, pues mediante él deseo poder invocar en cada página el movimiento de la violenta actualidad, haré lo imposible por eludir las nociones "Francia", "Alemania", "Estados Unidos", "Rusia Soviética", etc. Esas nociones pueden entrañar nobleza, grandeza, amor: el amor de lo que uno conoce, de lo que puede ver y captar, de lo que uno es o, mejor dicho, de lo que uno debiera ser. Nociones profundamente naturales si son la expresión del sentimiento de familia, en todos los vastos límites que le son accesibles. Pero nociones que se depravan y se rodean con cañones y bayonetas en cuanto eso que debería ser imponderable, o por lo menos flexible y móvil: la frontera, se transforma en línea de demarcación, de separación; en divergencia, lugar de los conflictos, aparato avieso, preciso como un conmutador que, infaliblemente, hace estallar la pólvora y valida las guerras. Nociones naturales y nobles o nociones pérfidas cubren una multitud de intereses sórdidos, crueles, particulares, que manejan espantosamente la hipocresía. Ahí siento que está el peligro; ahí veo la posibilidad de mantener y de elevar más aún esos contrafuertes del "yo" egoísta, de la vanidad, de la propiedad estrecha y avara, de la herencia artificialmente organizada contra las enseñanzas mismas de la naturaleza: la naturaleza clausura una vida, una actividad admirable, con la muerte; y nada es transmisible, salvo la nobleza del fruto del trabajo: el pensamiento. Todo lo demás desaparece: la inmensa adquisición del individuo durante su vida. Todo se disuelve; cada cual tiene que volver a empezar todo: lucha, esfuerzo para superarse, conquista individual, apasionada y, en cierto modo, desinteresada. Es la ley de la vida: la muerte: Y ahí está la belleza, lo sublime, porque no tiene objeto alguno el atesoramiento egoísta. Pero he aquí el triste espectáculo: los jalones que se han puesto a esa noble carrera son los billetes de banco. Se han

marcado las etapas mediante las cuentas bancarias. Se ha sumado el dinero. Y cuando llega la gran hora —la muerte—: "Vete, despojo, esqueleto ya inútil, a la bóveda familiar o al crematorio. El testamento está en la caja, que lo salva todo: el dinero se transmite". Y siento realmente que es esta una de las más trágicas debilidades por las cuales se han dejado esclavizar los hombres.

Este egoísmo extendido del caso individual al caso colectivo ha alzado un pueblo contra otro, herido y paralizado las civilizaciones; y debilita hoy nuestro esfuerzo. Actualmente, más, muchísimo más que nunca, ridículamente más, el pensamiento reviste un uniforme con un cinturón que aprieta. Lo que otrora —en los tiempos de las civilizaciones "universales" porque no había barrera alguna— era ley del sol, y ley de la vertiente de las aguas y ley de los destinos indescifrables se ha convertido en etiqueta de la comisaría policial: *nacionalidad* ante todo. Y según sean los intereses, hostiles aquí, conjugados allá, el juicio es negro o blanco. Así se han alzado las barreras que interrumpen el movimiento natural de las obras humanas, que se desarrollan según causas insondables, en la "máquina redonda" en que todo es (y debería ser) continuo, contiguo, penetrante, extensible, "simpático" y no *antipático*.

Prestad oído atento, por ejemplo, a los debates "elevados" que se instituyeron con motivo de los centenarios de Goethe en Frankfurt, por iniciativa del *Instituto internacional de cooperación intelectual*, órgano de la Sociedad de las Naciones: el inglés proclama el nombre de Shakespeare, el francés, el de Rabelais o el de Balzac; el italiano replica con Dante y Miguel Ángel, el español invocando a Cervantes. Mientras cada cual tira para su lado, Goethe recibe, al pasar su parte muy amplia de alabanzas (y, a veces, esos ditirambos tienen una sonoridad cómica, porque el orador está empeñado en mostrar bien que ha comprendido toda la grandeza de Goethe y se ha aproximado a ella). Escaramuzas, pases de esgrima, ¡mucho actividad! Pero hete aquí que el acuerdo se realiza en cuanto a Mahoma, porque pertenece a una nación que aún no tiene delegación en esa instancia de alta cultura; Mahoma no es de una de las naciones "en juego", está al margen de

los "yo" y los "mi" que aparecen en todas las curvas de la discusión.

Cuando eran blancas las catedrales, por encima de las nacionalidades en formación había una idea común: la cristiandad superaba a todo lo demás. Antes de construir universalmente las naves de la nueva civilización, un impulso común del espíritu había unido ya a los pueblos de los tiempos modernos para conducirlos, en medio de dificultades increíbles, a Jerusalén, donde se encontraba el sepulcro de un pensamiento universal: el amor.

Por lo tanto, yo no quisiera ser aquí otra cosa que uno de los que tratan de divisar las rutas de lo "constructivo", de preparar "el mañana"; uno de los que observan con simpatía el bien, con sangre fría el mal y que, por encima de todo, se dejan conducir, hacia algo útil, por su nariz —ese sutil aparato para olfatear que los dioses han puesto en la proa de nuestro rostro para que podamos hacer uso de las fuerzas acumuladas por el instinto: siendo el instinto tanto el "don" individual que se debe al destino cuanto la suma de las innumerables experiencias conscientes e inconscientes acumuladas por un espíritu vigilante.

2. MOTIVO DEL VIAJE

El tercer día de mi estada en la Unión, me pidieron que hiciera una declaración por radiotelefonía en Radio City. Cincuenta estaciones la difundirían en cadena por los Estados Unidos. Radio City es un templo de la técnica, instalado en uno de los rascacielos de Rockefeller Center.

El templo es solemne, revestido de mármol sombrío y luciente de espejos claros montados en marcos de acero inoxidable. Silencio. Corredores y *halls* amplios; se abren puertas: son ascensores mudos que vomitan pasajeros. Ninguna ventana en ninguna parte... Paredes mudas. El aire acondicionado está por doquier, puro, libre de polvo, en una temperatura constante. ¿Estoy en el piso quinto o en el cuadragésimo? Las salas de emisión son grandes, impecables; nos cierran la boca antes de que tengamos ganas de abrirla. Los espectadores ocupan en cada sala un anfiteatro, encerrados como en un acuario de vidrio, fuera del recinto reservado a las transmisiones. Pueden hablar; ni un sonido de su charla saldrá del acuario. ¿Qué ven? Una orquesta, una cantante; aquí, a un señor con anteojos, amablemente recibido por la encantadora Mrs. Claudine Mac-

donald. ¿Qué oyen? El menor sonido emitido, transmitido por un altoparlante. Este espectáculo los divierte, ya que el anfiteatro está lleno. Sientan al señor ante una mesa: botellón de agua helada y pila de vasos de cartón. Todo el mundo está en su puesto. En un segundo acuario, pequeñito, están los instrumentos, conmovedores por su misterio, y el hombre que manda. El reloj, dictador. Cuando termine yo, me enviarán al pequeño acuario en que se puede hablar. Entonces fué cuando me llamó la atención un objeto: comprendiendo lo que era, lo mostré a Fernand Léger que me acompañaba. Era una manecilla roja y recta, sin resorte, que giraba sobre una esfera marcada de 1 a 60. Indicaba los segundos. "¿Ves esa manecilla —díjeme a Léger— que gira tan velozmente? Marca los segundos, nada más. El reloj, al lado, señala las horas. ¡Qué me importa! Las horas volverán mañana. Pero esta primera esfera de los segundos tiene algo cósmico: es el tiempo mismo, que no vuelve más. Esa manecilla roja es un testigo material del movimiento de los mundos."

Mrs. Claudine Macdonald oficiaba:

"Good afternoon everyone . . .

I have the pleasure of asking you to extend your welcome to one of the most brilliant and forward thinking men in the world of art and architecture . . . Le Corbusier of France. An exhibition of his recent work . . . drawings and models will open this evening at the Museum of Modern Art in New York City. Later Le Corbusier will lecture under the auspices of the Museum in cities of the East and Middle West . . . He will present his ideas for using modern architecture and city-planning to create happiness in the world so changed by the amazing development of the machine.

Our distinguished guest, Le Corbusier of France, had his first sight of your country last Monday.

You agree with me, I know, that it is a privilege to meet the artist-architect whose influence is recognized in all parts of the civilized world and who believes so sincerely that "the house, the street, the town are points to wich human

energy are directed" and that what was in a large measure adequate before the development of the machine with its effect on man's tempo of living, can to-day counteract the principles around which we revolve. I have the honor of presenting to you Le Corbusier, who will speak briefly in French . . . I shall hope to give you an adequate translation of his remarks.*

"Con la sencillez de un profesional que ha consagrado su vida al estudio del primer ciclo de la era maquinista, aportó a mi campo de la arquitectura y del urbanismo proposiciones que apelan a todas las técnicas modernas pero cuyo objetivo final consiste en superar la simple utilidad. Ese objetivo indispensable es el de dar a los hombres de la civilización maquinista las alegrías del corazón y de la salud.

"Tal programa no es ni europeo ni americano. Es humano y universal. Representa la tarea urgente. Es preciso reemplazar la brutalidad presente, la miseria, la necedad por lo que yo he llamado "las alegrías esenciales".

"Cien años han bastado para hacer las ciudades inhumanas.

* "Buenas tardes a todos . . . Tengo el agrado de pedirles que den la bienvenida a uno de los hombres más brillantes y progresistas del mundo del arte y la arquitectura, a Le Corbusier, de Francia. Una exposición de sus obras, dibujos y modelos, se inaugurará esta noche en el Museo de Arte Moderno de la ciudad de Nueva York. Le Corbusier dará conferencias, auspiciadas por el Museo, en ciudades del Este y del Centro Oeste. Expondrá sus ideas acerca de la utilización de la arquitectura moderna y el urbanismo para la creación de felicidad en el mundo tan transformado por el asombroso desarrollo de la máquina. Nuestro distinguido huésped, Le Corbusier, vió por primera vez este país el lunes pasado. Estarán Vds. de acuerdo conmigo, no lo dudo, en que constituye un privilegio conocer al artista arquitecto cuya influencia se reconoce en todas partes del mundo civilizado y que cree tan sinceramente que "la casa, la calle, la ciudad son puntos hacia los cuales converge la energía humana" y también que todo aquello que, en amplia medida, era adecuado antes del desarrollo de la máquina, con sus repercusiones en el ritmo de la vida de los hombres, puede contrariar hoy los principios en torno de los cuales evolucionamos. Tengo el honor de presentarles a Le Corbusier, que hablará brevemente en francés. Espero darles una traducción exacta de sus declaraciones."

"El lunes por la mañana, cuando el transatlántico *Normandie* se detuvo en la Cuarentena *, vi surgir de las brumas una ciudad fantástica, casi mística. "¡He aquí el templo del nuevo mundo!" Pero el barco avanzó y la aparición se transformó en una imagen de una brutalidad y un salvajismo únicos. He aquí, ciertamente, la manifestación más aparente del poderío de los tiempos presentes. Esa brutalidad y ese salvajismo no me desagradan. Así es cómo comienzan todas las grandes empresas: por la fuerza.

"Por la tarde, en las avenidas de la ciudad, aprecié esa población que ha sabido, por una ley de la vida que le es propia, crear una raza: hombres hermosos, mujeres muy bellas.

"El mundo sufre una de las grandes metamorfosis de la historia. Lo colectivo y lo individualista chocan en vez de combinarse. ¿Es posible una síntesis? Sí, según el programa de *la escala humana* y de una *sabiduría humana*.

"Es la hora de la arquitectura. Y no puede haber una nueva arquitectura si no hay un nuevo humanismo. Nuevas ciudades reemplazan en todos los tiempos, por períodos, a las ciudades antiguas. Pero hoy puede nacer la ciudad de los tiempos modernos, la ciudad feliz, la ciudad radiosa.

"La arquitectura de las academias ha sido superada. La arquitectura llega a su destino, que es: *el ordenamiento de la época presente*. La Sociedad maquinista se manifestará en su pensamiento, en sus herramientas de producción y en su equipo: *viviendas y ciudades*, expresiones de las aspiraciones de una conciencia moderna. *¡Ahí está el estilo!*

"Los Estados Unidos, que se encuentran en evolución permanente, disponen de reservas materiales infinitas, están animados por un potencial energético único en el mundo, son, sin duda, el país capaz de realizar antes que ninguno, y con una perfección excepcional, esa tarea de hoy.

"Tengo la impresión íntima de que las ideas que traigo acá y

* Se refiere a Quarentine Station, a la entrada de la bahía de Nueva York, donde los barcos aguardan la visita de la Sanidad. (N. del T.)

que presento bajo el título de "CIUDAD RADIOSA" encontrarán en este país su terreno natural. Al venir a exponer esa primera teoría sobre el equipo de la civilización maquinista, esas tesis constructivas, optimistas y activas, audaces quizá, pero llenas de fe en el poder de los tiempos modernos, estoy seguro de encontrar la adhesión de aquellos que han sido llevados a las mismas esperanzas por su experiencia y su juicio personal."

.....

3. NUEVA YORK, UNA CIUDAD QUE ESTA DE PIE

Nueva York es una ciudad que está de pie, bajo el signo de los tiempos nuevos. Es una catástrofe, pero una bella y digna catástrofe, aquella que un destino demasiado presuroso ha precipitado sobre hombres de fe y de coraje. Nada se ha perdido; Nueva York se sacude en su dificultad. Aún le chorrea el sudor producido por tanto trabajo, pero se encuentra en ese momento en que, secándose la frente, uno mira su obra y, de pronto, piensa: "Sí, la he emprendido mal. ¡Volvamos a empezar!". Nueva York está en tan buena forma de valor y de impulso que todo puede ser retocado, repuesto en obra, para ir a algo más grande aún, pero algo debidamente domeñado. Esa gente no está a punto de dormirse. Esa ciudad no tiene mucho más de veinte años: me refiero, desde luego, a la ciudad que está de pie, a escala de los tiempos nuevos.

Marruecos, una obra que es contemporánea de la de Nueva York, no se encuentra bajo el signo de los tiempos nuevos. Francia fué a instalarse allá en medio de una civilización amodorrada: la musulmana. Los testigos de las horas resplandecientes duermen allá bajo el sol: Fez, ciudad soberbia, y, por doquier, en el país, mez-

quitas, palacios de sultanes o califas, zocos aun vibrantes de vida. Una raza desencantada, pero magnífica, noble, bajo el signo de la dignidad. Francia ha sabido hacer bien las cosas: ha llevado bienestar, instrucción y, sobre todo, lealtad y justicia. Beneficios en cierta medida impuestos, a los que se llama los signos indispensables de la civilización. El ejército —un ejército de soldados "en el alma"— fué el portador de respeto. El país fué surcado por una magnífica red caminera "al estilo francés". Y se edificaron ciudades. Desgraciadamente, no había sonado la hora; los problemas no estaban resueltos. Siempre se vive bajo la imposición de las ideas en curso. Mientras Nueva York se erguía hacia arriba, Londres y las ciudades de Alemania se complacían con ilusiones de ciudades-jardines; una humanidad agreste, acurrucada mullidamente en casitas de campo, servida cotidianamente por un purgatorio de redes de transportes. Cada día, la gente se hundía más profundamente en la paradoja. Y Nueva York también, y Chicago también, ya que tal era la moda, en el momento mismo en que un sentimiento oscuro las impulsaba a elevar los primeros jalones de los tiempos nuevos, rectos y rígidos en el cielo. Así, Francia creyó obrar bien: encantadores panoramas aldeanos fueron propuestos a la admiración de la antigua y espléndida civilización árabe, a la sombra tutelar de un ejército de los tiempos modernos.

Creo que ciudades animadas por el espíritu nuevo, ordenadas más ampliamente —infinitamente más— que las edificadas antaño por Luis XIV o Napoleón, hechas de acero y de vidrio, de pie a orillas del océano, o de pie en los valles o las mesetas al borde del Atlas, hubieran creado entre los árabes una atmósfera de entusiasmo, de admiración, de respeto, por los medios insignes de la arquitectura y del urbanismo. El árabe habría encontrado allí a su educador, a su instructor. No habría alzado las cejas en la duda. Con ambas manos tendidas, abandonando toda astucia ya sin esperanza, habría amado, admirado, comprendido los tiempos nuevos y respetado a Francia con convicción entera. La arquitectura y el urbanismo pueden ser el gran educador.

Francia ha querido ser "*charmante*": es su reputación actual la

de ser encantadora. Los norteamericanos piensan que somos parientes encantadores. No nos temen; nuestra compañía los deleita. Cuando eran blancas las catedrales, los oficiales albañiles no se preocupaban por ser encantadores. Habían erigido o erigían las más dignas naves, en un sobresalto de tensión, de peligro, de energía, de obstinación, de fidelidad a una gran idea. Cuando tallaban los portales o los capiteles de Autun, de Moissac, de Vézelay o de Angulema, los oficiales tallistas no se preocupaban por ser encantadores. El rudo destino de los hombres en brega con los elementos o lo desconocido insondable llevaba a su corazón y su mano hacia sentimientos robustos, si no trágicos. Los tiempos eran fuertes: eran los tiempos nuevos. Se construía un mundo. Y se era tanto menos bárbaro o primario cuanto que la arquitectura era audaz, signo tangible del conocimiento, de la fuerza, de la maestría en movimiento, en crecimiento, en devenir. Así, las hegemonías se afirmaron por la piedra de pie en el cielo y por la potencia de las técnicas. Un sentimiento unánime solevanta las empresas: la gente cree.

Buenos Aires, en un tumulto oprimente, también es solevantada desde hace veinte años por el espíritu de la época. Cuando reine allí el orden, esa ciudad llegará a ser uno de los lugares altos del mundo.

He aquí otras conjeturas: Moscú se debatirá en el dilema de una técnica insuficiente y en medio de ideas contradictorias; Barcelona, sacudida por erupciones revolucionarias, es una ciudad geográficamente consagrada a un nuevo destino. Roma, abrumada bajo una escenografía artificial por una resurrección discutible de su pasado, está titubeando, en vez de proclamar una certeza. Argel, por fin, cabeza del África del Norte, colonia juvenil, dispuesta a los actos valerosos, pero frenada por sus ediles, no se atreve a ser la primera en correr el riesgo de los nuevos tiempos.

En la tierra dispar, en el torbellino de los conflictos innumerales, ¿a dónde irán los jóvenes de hoy a respirar el aire de los nuevos tiempos? No cabe duda: una costra se está descascarando y cae sobre nuestras sociedades estupefactas. ¡Pellejo nuevo! ¡Primavera! ¡Renovación! Los jóvenes tienen prisa por cambiar de aire.

Yo también me siento joven: tengo ganas, antes de morir, de participar de algo vivo y cambiante. No tengo deseo de ser encantador, si no de ser fuerte. No quiero estar entumecido, no quiero conservar, sino que quiero obrar y crear.

No puedo olvidar a Nueva York, ciudad de pie, ya que he tenido la suerte de verla allá, erguida en el cielo.

II

I AM AN AMERICAN

1. I AM AN AMERICAN...

"I am an American!"

.....

"Amigo, quiéranos, quiera a los norteamericanos. Puede usted quererlos, merecen ser queridos. Es éste el país de un gran tumulto, de una gran actividad, de una gran acción, el país de todas las cosas abiertas y todas las cosas posibles. Vea esta Nueva York alzada ante nosotros, ocupando lugares del cielo hasta ahora inaccesibles; esta ciudad de pie, vertical. Que el espíritu de usted proteste a menudo, ¡sea! Pero con su corazón, puede comprendernos; con su corazón puede sentir que somos jóvenes, un poco alocados, o, mejor dicho, aniñados, y que amamos el trabajo y las grandes obras y que ignoramos el desaliento. Somos un gran país que nos ha hecho grandes; por lo menos, ha hecho grandes nuestras empresas. Somos fuertes. Estamos en plena acción; todo se mueve aquí; los acontecimientos se cuentan por día; ¡en la tierra de usted se cuenta por siglos! Todo se mueve, todo se transforma; mañana será distinto. Estamos prodigiosamente equipados. Cuando descubramos hacia dónde debe ser conducida nuestra aventura, haremos cosas que le agradarán a usted.

“Vuelva a los Estados Unidos, amigo; los Estados Unidos son un gran país.”

Una mujer me habló así, en mi última noche de Nueva York. Tenía yo el corazón un poco desgarrado por la partida inminente: ese corazón ya desgarrado día tras día, durante dos meses, por el odio y el amor de ese nuevo mundo que es preciso haber visto para saber realmente lo qué es. Odio o amor: ni más, ni menos. Debate cotidiano. Mejor dicho, debate de cada minuto en el corazón de la ciudad asombrosa. Las horas de desesperación en la violencia de la ciudad (Nueva York o Chicago); las horas de entusiasmo, de confianza, de optimismo en el esplendor mágico de la ciudad.

No puedo soportar que millones de seres sufran la disminución que imponen las distancias devoradoras, los trenes subterráneos que avanzan derramando ruido, las salvajes cuevas en la periferia de la ciudad, en calles de ladrillos ennegrecidos, en calles rígidas e implacablemente privadas de alma —las calles de *boxes* de alquiler, las calles de los antros que constituyen las ciudades del siglo del dinero— los *slums* de Nueva York o de Chicago.

Me ofende ese atentado contra las lícitas esperanzas humanas. Si observo, sin embargo, adivino que mi desesperación no siempre es compartida por las víctimas mismas. En Nueva York, esa gente llegada para ganar dinero sacude las ideas negras y sólo piensa mirando el resplandor de las grandes avenidas, los portales de las *apartment-houses* y de los hermosos hoteles: “Mañana me llegará el turno. ¡O. K.!”

El turno no llegará nunca si no se adoptan grandes medidas; y siete millones de seres se encuentran atados a las cadenas de Nueva York.

Como sé muy bien que el turno no puede llegarles bastante pronto a siete millones de seres, odio, ciertos días, la ciudad de hoy; con fría claridad sé que un plan justo puede convertir a Nueva York en la ciudad de los tiempos nuevos, derramar intensamente felicidad cotidiana sobre todas esas familias oprimidas —esos niños, esas mujeres, esos hombres atontados por el trabajo, aturdidos por el ruido

de herrajes de los *subways* o los *elevated*— que todas las noches, al cabo de su destino, se desploman en el callejón sin salida de la cochera inhumana.

En el piso cincuenta y seis del rascacielos más reciente, en sobrias oficinas, hay hombres que hacen negocios. Grandes negocios probablemente. No tengo el misticismo de los números y sé por experiencia que a menudo es mucho más difícil realizar los pequeños negocios que los grandes. En ese terreno del dinero, la ley es semejante a la del columpio en la feria: el esfuerzo es normal al principio; cada cual puede emprender viaje y esforzarse. Pero en cierto punto de la carrera, cuando el acróbata llega a la horizontal, la cosa se pone seria; se ha alejado demasiado de lo corriente para la gravedad, y la gravedad pesa sobre él. ¿Qué esfuerzo de naturaleza muy particular se necesita entonces para alcanzar la meta de colocarse verticalmente, cabeza abajo y, habiendo pasado “las doce” del columpio, seguir girando sin esfuerzo? La fuerza bruta no basta. Las tentativas incesantes requieren una progresión regular, armoniosa. “Armonioso”: esa es la palabra. La armonía es la causa del éxito. Lo más difícil —la dificultad misma— está a un pelo de la meta: en el momento de hacer el *looping*. Una vez que se pasa, ya está uno lanzado. Quienes han doblado ese cabo del dinero lo deben tanto a su mérito como se lo deben a las circunstancias: se han presentado las cosas necesarias para valorizar el esfuerzo, dosificarlo, apoyarlo. Ha sido una feliz circunstancia. Y ahora, el columpio del dinero gira sin dificultad, sin otro esfuerzo que el de una vigilancia impecable.

Por eso es que los rascacielos no han sido construidos de acuerdo con una intención seria y juiciosa. Han sido los aplausos que se dan a la obra acrobática. Partida ganada: *rascacielos proclama*ción. El rascacielos norteamericano no es un elemento de urbanismo sino una bandera en el cielo, un cohete de fuegos artificiales, una *aigrette* en el tocado de un nombre definitivamente clasificado en el “Quién es quien” del dinero.

Ante la oficina sobria, en el piso cincuenta y seis, se despliega la inmensa fiesta nocturna de Nueva York. Nadie la imagina sin

haberla visto. Mineralogía titánica, estratificación prismática, chorreando luces infinitas, en alto, en profundidad, en silueta violenta como un gráfico de fiebre al pie del lecho de un enfermo. Diamante: diamantes incalculables.

Los grandes amos de los destinos económicos se encuentran allá, arriba, como águilas, en el silencio de la altura. Sentados en sus sillones, encuadrados en dos ventanas cuyos vidrios hacen entrar el paisaje en el ambiente, aparecen como hechos de la substancia de este acontecimiento tan fuerte y violento como una mutación cósmica: Nueva York, de pie sobre Manhattan como una piedra rosada en el azul de un cielo marino; Nueva York, de noche, como una ilimitada joyería. ¡Los Estados Unidos no son poca cosa! Frente al viejo continente han instalado desde hace veinte años la escala de Jacob de los tiempos nuevos. Un golpe en el vientre, que le llega a uno con la fuerza del huracán.

"I am an American".

No me lo han dicho ellos. Lo he pensado por cuenta de ellos. Y el apretón de manos de Nelson Rockefeller es el apretón de hierro de un campesino.

¿Cómo atreverse a maldecir a Nueva York? "Catástrofe mágica" (volveré sobre este tema), esplendor de unidad, brillo, promesa, prueba, acto de fe (¿qué fe?), etc.

Por primera vez, los hombres han proyectado por entero sus fuerzas y su labor hacia el cielo: toda una ciudad en el aire, en el cielo. ¡Qué desorden, Dios mío, qué furia! ¡Qué perfección ya, qué promesas! Qué unidad en el estado molecular: calles en damero, oficinas, cristalización neta. Es sublime y atroz, y no va más. Sólo falta ver con claridad. Pensar, concebir, volver a empezar. ¡Pues sí! Nueva York está dispuesta a volver a empezar. ¡Esta gente tiene hígados!

Aquella tarde, había andado yo, allende el Hudson por el *Holland Tunnel*, recorriendo el *Skyway*, autoestrada llamada "camino del cielo" porque su inmenso desarrollo, por encima de las regiones industriales, brazos de mar, ferrocarriles y rutas, se alza hasta gran altura sobre sus pilares o sus arcos. Camino sin arte, porque se olvidó pensar en ello, pero herramienta prodigiosa. El "cami-

no del cielo" se alza sobre la llanura y conduce a los rascacielos. Cuando se llega de las chatas extensiones de Nueva Jersey, muestra de pronto la Ciudad de las Torres Inauditas.

Volveré a los Estados Unidos. Los Estados Unidos son un gran país. Ciudades sin esperanza y ciudades de la esperanza a la vez. ¡Qué noción de la acción así expresada entre esos dos polos, qué campo de batalla abierto entre esos dos sentimientos que anidan en el corazón palpitante de cada hombre de acción, de cada hombre que cree bastante en algo para atreverse a intentarlo, y que corre el riesgo de la catástrofe por haber querido llevar el paraíso al altar de los trofeos!

Porque, allende los límites estrechos del término medio de las cosas humanas, cuando la dimensión se apodera de la empresa (asirios, hindúes, egipcios, romanos y góticos), el acontecimiento llega a ser la cosa pública y cívica, y sublima el horror, tanto como la gracia.

Todos los franceses con quienes me encontré en el *Normandie*, yendo a Nueva York, todos los que estaban en ese barco cuando nos trajo de vuelta a Francia, pronunciaron el siguiente fallo: "No se puede cerrar la puerta a los Estados Unidos, una vez que ha sido abierta".

2. NUEVA YORK NO ES UNA CIUDAD CONCLUIDA . . .

Es una ciudad en devenir. Pertenece hoy al mundo. Sin que nadie lo esperara, se ha transformado en el florón de la corona de las ciudades universales, en que están las ciudades muertas de que sólo quedan los recuerdos y las fundaciones y cuya evocación es estimulante; en que están las ciudades vivientes que padecen a causa del molde angosto de las civilizaciones pasadas. He aquí la nobleza, la grandeza de los trazados. He aquí topografías expresivas, movidas, altivas; he aquí paisajes excitantes. He aquí las viejas sabidurías acumuladas siglo tras siglo, armoniosamente casadas entre sí por la simple perspectiva de los años, aunque no haya habido allí nada más que contrastes, contradicciones, progresos revolucionarios de las técnicas y de los conceptos. He aquí París, por ejemplo, con su desorden y su armonía graciosa: gótico vertical, puro Renacimiento rectilíneo, puro Gran Siglo horizontal, Luis XV firme y Luis XVI elegante y sobrio; Napoleón cuadrado; filigrana de Eiffel. ¡Corona de nobles ciudades, perlas dulces o topacios lucientes, o lapislázuli radioso, o amatistas melancólicas! Nueva York, por su parte, es un gran diamante seco y duro, resplandeciente, victorioso.

Nueva York ha entrado en la familia de las ciudades del mundo, súbitamente, y no por la puerta angosta. El norteamericano es un Jano: rostro absorto en las inquietudes de la adolescencia, frente a las turbaciones de su conciencia; rostro sólido de atleta vencedor en las Olimpiadas, frente a un mundo vetusto que, ciertos días, él cree poder dominar. Situación enteramente dada vuelta: suponed, en un salón urbano, la presencia de ese joven un poco desmañado, venido de lejos, simpático, trabajador, que hace sonreír a tanta gente bien colocada. Un día, su libro, su discurso, su batalla ganada estallan a la vista del mundo. El joven domina. Mirad sus ojos: ¡brilla en ellos una dura llamarada de orgullo! ¿Llegará a ser vanidoso o rey?

Nueva York no es una ciudad concluida o hecha. Brota. Para mi próximo viaje, será distinta. A quienes, entre nosotros, la visitaron antes, se les pregunta: "Cuando estuvo usted allí, en 1930, o en 1928, o en 1926, o en 1920, ¿se veía ya ésto o aquéllo? ¡Ah! Realmente, no se imagina usted el efecto que produce!" Tal es el ritmo de esa ciudad.

Los arquitectos se lanzan allí a toda carrera; después de haber trabajado bien, firmemente, dignamente, con los "estilos", ahora recorren los senderos del espíritu moderno. ¿Cómo? Mal, muy mal, pero se registran algunos aciertos. ¡Detalle, insignificancia, todo eso! El *estilo* se prepara sin ellos, fuera de ellos, por el acontecimiento mismo, por el formidable empuje interno que mueve sus empresas. Los acontecimientos discutibles, curiosos, graciosos o impresionantes se desarrollan en pleno cielo. Trescientos metros de altura es la regla de ese *rugby* desconcertante. Pues bien: trescientos metros de altura, de piedra, hierro y vidrio, de pie en el cielo magníficamente azul de Nueva York, constituyen un acontecimiento nuevo en la historia humana que, sobre semejante *tema*, sólo poseía hasta ahora una leyenda: la de la torre de Babel.

Trescientos metros de altura considerados desde la calle u ofreciéndose como espectáculo inefable desde las llanuras de Nueva Jersey, por encima de los *Palissades* —los acantilados del río Hudson—, tal es la escala de los tiempos nuevos.

Por ahora, es como una mudanza, con todos los muebles en desorden, diseminados, hirsutos. Pero el orden vendrá.

Y para subir desde abajo hasta la cota 300 de los rascacielos de Nueva York, los ascensores expresos tardan cuarenta y cinco segundos, o sea, para sesenta y cinco pisos, un tiempo igual al que reclaman nuestros ascensores beatamente instalados en las cajas de escalera del Bulevar Haussmann para subir al sexto piso.

3. ¡ES UNA CIUDAD SALVAJE!

Sí, pero las mujeres y los hombres son limpios y gozan de plena salud.

La limpieza es una virtud nacional norteamericana. Ni suciedad ni polvo. El viento del mar barre sin cesar el límpido cielo marino. Las oficinas son limpias; las salas de baños, los hoteles son resplandecientes; los restaurantes, los bares son deslumbrantes. El personal, impecable, está en mangas de camisa, luciente de blancura. Los alimentos están envueltos en celofán brillante. Ni polvo efectivo ni polvo simbólico: todo es nuevo y pulido, inclusive el gótico de las Universidades.

Bistrot, bar parisiense, me has decepcionado, a mi regreso, con tu encanto marchito. ¡Es demasiado viejo, demasiado viejo, entristecedor. Ni siquiera un viejito muy limpio!

Al contrario, hay un estilo, un verdadero estilo en la limpieza norteamericana.

La gente que lava su camisa, pinta su casa, limpia los vidrios de sus ventanas, tiene una ética distinta de quienes cultivan el polvo y la roña. Para demostrar que están dotados de una cultura secular,

estos últimos conservan las grietas, las pátinas y, lo que es peor, han instaurado la afición por la pátina, el gusto de lo viejo, forjando con tal objeto los "hierros forjados" modernos y ensuciando con bistre las *boiseries* nuevas de sus departamentos.

La verdadera cultura se manifiesta por el color nuevo, la ropa blanca y un arte neto. En las Cíclades de Grecia, en esas islas en que una topografía volcánica ha impedido introducir la rueda —carro, bicicleta, automóvil—, en que los transportes sólo pueden efectuarse a lomo de mula; en que, por consiguiente, las costumbres han seguido siendo milenarias; en que aun se cree, en las aldeas, reconocer a Agamenón o Ulises, la tradición de una cultura viva quiere que, todos los sábados, se pinten con lechada de cal brillante —filigrana radiosa— las juntas de las piedras que forman la escalinata en la puerta de las casas, así como las de las losas que conducen a ella. Cada domingo amanece así, en las Islas, sobre lo limpio y lo blanco: la vida es magnificada por esa prueba: hacer con limpieza. Recorred la hermosa Francia en automóvil y veréis que ese sentimiento fundamental de la vida siempre renovada o renovable se ha amodorrado; que grietas, suciedad y abandono se han adueñado de nuestros espíritus... salvo aquí y allá, donde aun existe la fe en la virtud de cada hora.

4. LAS CALLES SON ORTOGONALES Y EL ESPIRITU ES LIBRE

El espíritu es libre, en vez de entregarse en cualquier momento al juego complicado impuesto por el acertijo de nuestras ciudades europeas. ¿Quiere ir usted de su casa a la Ópera, al Père-Lachaise, al Luxemburgo o a la Torre Eiffel? Primero, saque del cajón el plano de la ciudad y busque su camino. Es un trabajo. Los señores ancianos pretenderán encontrar en ello el encanto de París. No estoy de acuerdo con ello: sin embargo, acepto la molestia impuesta por la historia misma de la ciudad; al pasar, doy las gracias a Luis XIV, a Napoleón y a Haussmann por haber cortado a sablazos en la ciudad algunos ejes inteligibles e inteligentes.

Nueva York-Manhattan es un peñasco granítico de más de 16 kilómetros de largo por 4 kilómetros de ancho entre el Hudson River y el East River. Ha sido estriado, a lo largo, por nueve avenidas paralelas y, a lo ancho, por unas doscientas calles paralelas entre sí y perpendiculares a las avenidas. La avenida del medio, la Fifth Avenue sirve de espina dorsal a ese lenguado gigantesco. De un lado es *west* (oeste), del otro es *east* (este). La primera calle comienza en el sur, del lado del océano; la última está en el norte,

del lado del continente. Ya está arreglado todo. ¿Quiere usted ir a 135 East 42nd Street? Todo se halla determinado con claridad euclidiana. ¿La calle 42? Está usted en su hotel de la calle 55; irá hasta la Quinta Avenida y caminará trece cuadras hacia el sur. ¿East? Doblará a la izquierda. ¿135? Caminará hasta el número 135. Así sabe usted instantáneamente si ha de ir a pie, si tomará un taxímetro, si subirá al ómnibus de la avenida o si tomará el subterráneo. Digo que es una inmensa bienhechora libertad para el espíritu.

Se opinará que pierdo tiempo en un detalle anatómico de la ciudad y le atribuyo demasiada importancia. No se trata de un detalle anatómico sino de la estructura biológica esencial, eminente de la ciudad. Una cuestión de principio fundamental. ¿Quieren la prueba de nuestros errores? Esa parrilla de las calles, ese trazado "americano" es precisamente el pretexto de las querellas académicas o románticas. Nos gloriamos de estar fundamentalmente sumidos en el desorden. Hacemos de ello una virtud; ¡afirmamos que eso es la vida, rica, sutil, placentera y demás! Pues bien: los romanos trazaban sus ciudades "a la americana"; y, antes que ellos, los griegos. También los egipcios. Y los franceses, en la época de las catedrales blancas, cuando tuvieron oportunidad de nacer ciudades nuevas — especialmente las *bastides* * del sur—, trazaron "a la americana". Es lo que hizo San Luis con Aigues-Mortes, de un solo golpe, "a la americana".

Cuando los conquistadores partieron en sus carabelas, rumbo al Nuevo Mundo, llevaron a geómetras portadores de planos de ciudades concebidos de antemano. Trazado "a la americana": la *cuadra* española de 110 metros de lado, esa cuadra que, desde un avión, vemos en todas partes, en Buenos Aires, en Montevideo, en Asunción del Paraguay, en la inmensa pampa como en la sabana de la América del Norte.

En el curso de los milenios ¿habrían sido, pues, los americanos los fundadores de las civilizaciones? Tal es la conclusión inesperada a que nos lleváis, ediles de estos últimos tiempos, extraviados en la

* Ciudades fundadas por los reyes o los duques. (N. del T.)

selva de las ciudades-jardines románticas. Un hombre sembró esa locura. Era un vienés inteligente y sensible que, sencillamente, planteó mal el problema: Camilo Sitte. Salió a descubrir Italia, recorriendo las ciudades medievales colocadas estratégicamente sobre las colinas y rodeadas estrechamente por murallas militares; y lo conquistó el arte que ajustó tan exactamente casa con casa, palacio con iglesia —cada piedra de cada ciudad—; plástica viviente y sutil, espectáculo de calidad. Consideró tales cosas exquisitas y, por otra parte, la inmensa chabacanería de la segunda mitad del siglo XIX, entregada a las grandes empresas ferroviarias que fomentaron las extensiones grises, siniestras y sin alma de las grandes ciudades modernas —Viena, Berlín, Munich, Budapest—. . . . Con los horrores urbanísticos de 1870 cerró su razonamiento y declaró: el tumulto es la belleza y la rectitud es lo infame. Y porque, en escala minúscula, en los minúsculos municipios italianos —Orvieto, Siena, Perusa, etc.— las murallas aferradas al flanco de las colinas, el desnivel del suelo, las superficies del tamaño de un pañuelo, encorvaron bajo su yugo a las calles, para permitir que un mayor número de casas se apiñaran, llegó a la conclusión de que lo bello era curvilíneo y que las grandes ciudades debían ser torcidas. Se lanzó la moda: Berlín, Viena y Munich, *urbi et orbi*, se encorvaron, se enredaron en una red semejante a la que hace un gato con un ovillo de lana. Las ciudades-jardines londinenses, *idem*. Y así sucesivamente. Marruecos fué construido corvo, ¡porque la recta era enemiga del corazón! Un día, en una comisión, el Sr. Louis Bonnier, arquitecto en jefe de la ciudad de París, que ama las catedrales y muchas otras cosas excelentes, le gritó a un joven arquitecto azorado, con motivo de su proyecto parcial de urbanización de Saint-Raphaël: "¿Qué significa, señor, este "campo de tiro de artillería" de 200 metros de largo, completamente recto? ¿No permitiremos semejante cosa!"

Pero las diez grandes avenidas de Nueva York miden cerca de quince kilómetros de largo. Así están los espíritus en la misma época: ¡al tira y afloja!

¿Quince kilómetros de largo? ¿Es imaginable, es permitido? Tradiciones. que luego se academizaron, quieren que toda avenida recta

concluya, con apoteosis, muy pronto, sobre una pieza montada: la Ópera, en el extremo de la avenida de ese nombre; la iglesia Saint-Augustin en el extremo del bulevar Malesherbes. Código establecido en nombre de la belleza verdadera. Aquí, una vez más, denunciaremos la deformación de acontecimientos de origen armonioso: Plaza de la Concordia, composición eminente: los palacios de Gabriel, la calle Royale en el eje, y la iglesia de la Madeleine a ciento cincuenta metros. Enfrente, el Palacio Borbón. Composición "clásica" sobre un eje perceptible; dimensiones a la escala humana. El espectáculo es real, plástico. Composición regia. Es una plaza de gloria, como un vestíbulo de honor. No es una calle, ni menos una arteria. ¡No confundamos! Época de la carroza y del peatón.

Una ciudad es una biología. Se ha dicho justamente del hombre que es "un tubo digestivo: entrada, salida". No hay iglesia ni palacio a la entrada o la salida del tubo. ¡Paso libre! Condición fundamental de la salud de una ciudad: verse atravesada, irrigada, alimentada de punta a cabo: ¡libre! No injertemos en esa necesidad de orden biológico acontecimientos de naturaleza plástica. La ocasión debe ser oportuna.

Nueva York vive por su cuadrícula clara. Millones de seres actúan allí con sencillez y a sus anchas. Libertad del espíritu. Desde la primera hora, el forastero se ha orientado, seguro de sus pasos.

Veremos que, a lo largo de las gigantescas avenidas, existe indudablemente el espectáculo plástico. Y que también podría ser distinto.

Veremos también esto: que el trazado altivo y fuerte de Manhattan, establecido en la época de la colonia, modelo de sabiduría y de amplitud de miras, cae hoy en la muerte súbita porque ha nacido el automóvil.

Y que se imponen remedios, tan vigorosos como vigoroso fué aquel primer trazado, si la ciudad no quiere decaer.

La vida no se detiene nunca. El tormento de los hombres será eterno, a menos que se considere como alegría eterna la función de crear, de obrar y de cambiar, viviendo intensamente al día de cada día.

5. ORTOGONAL, SIGNO DEL ESPIRITU

El 4 de enero habíamos de esto con mi gran amigo Élie Faure: "¡Pues sí! ¡En qué grado de aberración hemos caído! La recta, el ángulo recto, signos del espíritu, del orden, de la maestría, son considerados como manifestaciones de brutos y de primarios. A eso lo fulminan con la invectiva: "¡Americano!"

"Ese signo +: es decir, una recta que corta a otra recta formando cuatro ángulos rectos, ese signo que es el ademán mismo de la conciencia humana, ese signo que se traza instintivamente, gráfico símbolo del espíritu humano: ordenador."

Ese gráfico al que —¿por qué camino intuitivo?— se ha dado el sentido del *más*, de lo positivo, de la suma, de la adquisición. Signo constructor.

6. ¡LOS RASCACIELOS DE NUEVA YORK SON DEMASIADO PEQUEÑOS!

La noche de mi llegada a Nueva York, en letra gruesa y encima de mi fotografía que el magnesio había tornado caricaturesca, el *New York Herald* publicó:

*"Finds American skyscrapers much to small
Skyscrapers not big enough.
Says Le Corbusier at first sight.
Thinks they should be huge and a lot farther apart *."*

A las 14 desembarqué del *Normandie*; a las 16 me rodearon los periodistas, en el Museo de Arte Moderno, en la exposición de obras de Fernand Léger.

Pregunta cardinal formulada a todo viajero en el momento del desembarco: "¿Qué piensa usted de Nueva York?" Friamente contesté: "Los rascacielos son demasiado pequeños".

- * "Encuentra demasiado pequeños los rascacielos norteamericanos. "Los rascacielos no son bastante grandes declara Le Corbusier a primera vista. Opina que deberían ser inmensos y estar más separados."

Y expliqué mi pensamiento.

Mis interlocutores quedaron escandalizados. ¡Peor para ellos! El razonamiento es claro y abundan las pruebas que lo apoyan, en plena calle, en pleno desastre urbano.

El rascacielos no es una *aigrette* sobre el rostro de la ciudad. Lo han hecho así, y han hecho mal. La *aigrette* es un veneno urbano. El rascacielos es un instrumento. Instrumento magnífico de concentración de la población, de descongestión del suelo, de clasificación, de eficacia interior, una fuente prodigiosa de mejoramiento de las condiciones del trabajo, un creador de economía y, por ende, un creador de riqueza.

Pero el rascacielos-*aigrette*, multiplicado en el territorio de Manhattan, no ha tenido en cuenta la experiencia. Los rascacielos neoyorquinos han perjudicado al rascacielos razonable que yo he llamado el *rascacielos cartesiano* ("Planes", *Revista internacional*, París 1931)*.

Expliquemos el rascacielos cartesiano:

a) En primer lugar, *es realizable*, gracias a las técnicas modernas: temerarias estructuras de acero: aparatos de elevación; técnica de la insonorización. Perfeccionamiento formidable de la luz eléctrica; creación del *aire exacto*, del *aire acondicionado*; demostrada eficacia de los ascensores, etc.

b) El rascacielos alcanza fácilmente trescientos metros de altura. Intuitivamente, admito sesenta pisos, o sea doscientos veinte metros, medida que me parece buena**.

c) El rascacielos es vertical, aplomado de abajo a arriba, regularmente, sin recorte ni escalonamiento —contrariamente a los rascacielos de Nueva York, llevados al contrasentido por una reglamentación edilicia romántica y deplorable.

d) El rascacielos es un radiador de luz, lo que significa que ninguna superficie de oficina puede ser privada de luz solar. Debe, por consiguiente, adoptar una forma independiente del terreno y

* Artículo de la serie *Ciudad radiosa*: "¿Es americano Descartes?"

** *Una ciudad contemporánea de 3 millones de habitantes*. Salón de Otoño, París, 1922.

derivada de sus órganos fundamentales, que son tres: los ascensores, los corredores, las oficinas trazadas con una profundidad de locales directamente proporcional a la altura de las ventanas.

e) En el rascacielos no debe haber oficinas situadas al norte. Su trazado derivará del paso del sol en el cielo: trabajo de montea. Combinado con las necesidades de estabilidad, de resistencia al viento (el máximo adversario del rascacielo), tomará una forma característica, en el plano.

f) El rascacielos se construye con acero —esqueleto tejido como una filigrana en el cielo, cosa de arañas, prodigiosamente clara y libre—. Nada de *paredes* en un rascacielos, ya que una pared no puede alzarse fácilmente a doscientos metros de altura; y, además, ¿para qué? La pared servía, hasta la introducción de los métodos nuevos de construcción en cemento armado o en acero, para *soportar los pisos*. Hoy, éstos son sostenidos por postes que no ocupan la milésima parte de la superficie del suelo, y no por las paredes. El exterior del rascacielos, la fachada —las fachadas— puede ser una película de vidrio, una piel de vidrio. ¿Para qué repudiar la riqueza misma: la luz que entra a raudales?

g) El rascacielos debe ser grande. Puede contener fácilmente a 10.000, 20.000, 30.000, 40.000 usuarios. Vale la pena, pues, organizar sus accesos, así como medios de transporte impecables: trenes subterráneos, ómnibus o tranvías, autopistas.

h) Hémos aquí listos para enunciar el principio fundamental; el rascacielos *es una función de continencia* (los locales) y *de superficie del suelo libre a sus plantas*. Un rascacielos que no realiza armoniosamente esa función es una enfermedad. Es la enfermedad misma de Nueva York.

El rascacielos cartesiano es el milagro de la urbanización de las ciudades de la civilización mecánica. Realiza concentraciones formidables, a razón de tres mil a cuatro mil habitantes por hectárea. Lo hace ocupando solamente el 5 % o el 7 % del suelo, ¡quedando el 95 % o el 98 % del suelo devuelto, disponible, libre para la circulación de los peatones y los automóviles! Esas inmensas superficies libres, todo ese distrito de la ciudad comercial, se transformarán en

un parque. Los rascacielos de vidrio se alzarán, limpidos, netos, como cristales en medio de las frondas de los árboles. Basta descubrir la justa relación de partición del suelo, de distribución de los rascacielos, de su separación, de su capacidad (continencia). Una ley nueva interviene en la regla de ese juego nuevo: las condiciones técnicas de la circulación de automóviles. Es una nueva medida de las etapas entre cruces de autopistas; el distanciamiento útil de esas autopistas.

Falta explicar lo siguiente: si el rascacielos es bastante grande, los gastos de sus fundaciones se repartirán inmediatamente entre dispositivos de una eficacia admirable: los servicios comunes del rascacielo —los restaurantes, los bares, las salas de exposición de productos, las peluquerías, las tiendas de provisiones, etc. . .—. La vida de oficina se tornará inmensamente productiva mediante la racionalización mecánica: correos, teléfono, telégrafo, radiotelegrafía, tubos neumáticos, etc. Se beneficiará con admirables condiciones psicofisiológicas: un lujo, una perfección, una calidad en la construcción entera — los *halls*, los ascensores, las oficinas mismas (silencio y aire puro). Evoco ahora las oficinas de negocios de París; ¡ah! pobres oficinas, miseria y mediocridad, envilecimiento insospechado del espíritu de trabajo —esas entradas, esos ascensores grotescos, burlescos, idiotas, esos vestíbulos sombríos y pobres, y la sucesión de locales oscuros, abiertos sobre los ruidos de las calles o la miseria de los patios. ¡Vamos! No se puede defender más el encanto “bonachón” de esas instalaciones dignas de Homais* en que nada, realmente nada, es eficaz. Lo repito: el espíritu se encuentra molesto allí. Ahora, en Nueva York, el Rockefeller Center afirma ante el mundo la dignidad de los nuevos tiempos con sus locales útiles y nobles; lo mismo ocurre en Filadelfia con el rascacielos de How y Lescaze.

Quiero evocar aquí el verdadero esplendor del rascacielos cartesiano: el espectáculo tonificante, estimulante, optimista, radioso que se ofrece, desde cada oficina, por los vidrios limpios que se abren sobre el espacio. ¡El espacio! Esa respuesta a las aspiraciones del ser,

* Homais: el farmacéutico de *Madame Bovary*. (N. del T.)

ese alivio ofrecido a la respiración del pulmón y al latido del corazón, esa efusión de ver la lejanía, desde arriba, tan vasta, infinita, ilimitada. El sol total, en un aire puro y fresco provisto por las instalaciones mecánicas. ¿Pretendéis mantener la impostura de las afirmaciones hipócritas, desacreditar esos hechos radiosos, argumentar, reclamar la "buena ventana" de siempre, abierta sobre los hedores de la ciudad y de la calle, el ruido, las corrientes de aire y la buena compañía de las moscas, o aun de los mosquitos? Hace treinta años que frecuento las oficinas de París: las conversaciones cortadas por el tumulto, la atmósfera sofocante, la visión quebrada a diez metros de distancia por la muralla de las casas, los rincones tenebrosos, la penumbra, etc... No es admisible que los impostores sigan renegando del trabajo de esta época e impidan, por su pusilanimidad, cambiar algo o alguna cosa, oponiéndose a que la ciudad o las ciudades marchen hacia su destino feliz.

Los rascacielos de Nueva York son demasiado pequeños y demasiado numerosos. Son una demostración: la de las nuevas dimensiones y los nuevos equipos; también son la demostración de que todo puede emprenderse ya de acuerdo con un plan general nuevo, un plan sinfónico: extensión y altura.

Su historia está mezclada con cuestiones de utilidad y cuestiones de vanidad. Se edificó en alto en Wall Street porque era necesario aglomerarse alrededor de la Bolsa, para no perder tiempo. Así surgieron cañones, fisuras violentas y profundas, calles como jamás se habían visto. No es feo, por otra parte. Aun diré: sensación arquitectónica muy poderosa, y que no vale menos que las callejas de Ruán y de Tolón, aunque aquí se han entronizado una grandeza y una intensidad apropiadas para incitar a la valentía. Hablaré más adelante de uno de los lugares más insignes de la arquitectura mundial: del rostro de Washington destacándose sobre las columnas dóricas del *Tesoro*, al pie del acantilado de los rascacielos de Wall Street.

Los rascacielos nacidos de una condición nacional en Wall Street se multiplicaron; primero en ese lugar, erigiendo esa ciudad

de aspecto místico que se ofrece desde lejos al que llega por mar y le da una alta idea del destino norteamericano antes de anonadarlo de un solo golpe, media hora después, con su salvajismo y su brutalidad, cuando el barco toma contacto directo con ella en el río Hudson.

Luego, los rascacielos desdeñarán una extensión de varios kilómetros de *tierra de nadie* urbana, hecha de casas bajas, miserables, en suma —pobres calles de ladrillo rojo sucio—. Y surgirán de nuevo, súbitamente, en la Middle-Town (la ciudad del medio), mucho más arriba, provistos "de arquitectura" y encargados de una misión: la de proclamar un nombre propio, el de un éxito financiero, una fortuna, una potencia del dinero. Del mismo modo, en la Edad Media, en San Gimignano de Toscana, las luchas de hegemonía entre las familias de la pequeña ciudad dieron como resultado la aparición sucesiva de torres insensatamente altas, cada vez más altas; su altura señalaba el triunfo de una familia y el aplastamiento de otra. San Gimignano parece un acerico lleno de alfileres, y ese espectáculo deleita al turista, fastidiando la razón. Belleza hirsuta —belleza, sí, ¿por qué no?—. Los cataclismos de la naturaleza —rocas erizadas, Niágara, Alpes o cañones— ¿no nos paralizan de admiración por el efecto de la potencia, el sentimiento de la catástrofe? En Nueva York, el juego se juega en una altura media de trescientos metros —es el juego de los rascacielos, el deporte de los rascacielos. ¡Qué locos, estos norteamericanos! ¡Cómo se han divertido! La competencia — los partidos de fútbol, los certámenes de boxeo, los peli-grosos entretenimientos de los vaqueros...; existe aquí una calidad de espíritu. De un nuevo rascacielos al otro se desarrolla la "Corte de Amor": juegos florales, ya que, al edificar, la gente ríe, se divierte, dispara fuegos artificiales: se corona un éxito. Los trovadores del nuevo mundo cantan sus amores. Aquella fué la época de la *prosperidad* —ayer, de 1920 a 1929—. ¡Amigos! ¡Todo es nuevo, es el esplendor de la juventud de un mundo! ¡Aparecen en el mundo, sobre Manhattan nuevas catedrales blancas!

Son sublimes, ingenuas, conmovedoras, idiotas. Adoro el entusiasmo que logra proyectarlas hacia el cielo. En las Olimpiadas, los

especialistas del salto con garrocha superan los *records* mundiales. Rascacielos *records*.

Realizada la obra, murió la ciudad por abajo. Mataron al suelo. La razón se había ido de paseo. Una autoridad muy presionada dejó hacer, inconsideradamente. Empero, intervino para añadir flores a esos juegos florales. El legista se ocupa de no dejar que caiga la noche en las calles de la ciudad, en pleno día. ¿Se apoya la intención en razones razonables? Nunca se ha legiferado tan a contrasentido. Los reglamentos prohibieron que los rascacielos se elevaran verticalmente sobre su base; el rascacielos debe subir en forma piramidal, apartarse de la calle, deslizarse por tableros oblicuos y aparecer como una punta, flanqueada por otras puntas. Los dibujos presentados en apoyo de la ley muestran que el espíritu cartesiano fué excluido de ese delirio encantador; se quiso "hacer cosa bella", "cosa viviente", "cosa triunfal". Se quiso poner como tiaras a la ciudad innumerables catedrales. En este siglo xx de la estructura de acero, del *big money*, se sacrificó todo a un pensamiento en cierto modo desinteresado. El debate no se extendió, como en Francia, a cincuenta años de disputas entre concilios de arquitectos apoyados por las revistas y las exposiciones de proyectos sobre papel. No. Aquí es donde U. S. A. aparece como U. S. A.: se construyó con ritmo prodigioso; la ciudad se irguió, de pie, vertical, con un rascacielos nuevo cada mes o cada tres meses, ¿qué se yo? ¿Rascacielos? La ciudad está llena de ellos; el cielo está lleno de ellos; desde abajo, aparecen como una prodigiosa llama de holocausto. No se afirme a la ligera que los norteamericanos sólo obran para sumar estrictamente los dólares. Aquí han dado la prueba de sus fuerzas de entusiasmo, de su juvenil candor, de sus tiernos desbordamientos.

Durante ese período épico, en París —en París alertado por esos clamores nuevos—, los ediles responsables del destino de la ciudad también trataban de legiferar: las casas de seis pisos autorizadas aquí son demasiado altas; es preciso, mediante una ley, limitar su altura: cuatro pisos. Tratábase, en particular, de los treinta y tres kilómetros del recinto fortificado de Napoleón III, que a la sazón se desmantelaba; cuestiones de centavos pusieron bruscamente fin a tanto

"elevado" pensamiento. Se construyeron en diez años —mientras Nueva York pasaba en bloque, mediante la prueba de sus gigantes empresas a la cabeza de los tiempos modernos— los treinta kilómetros de H. B. M. (las *Habitations à Bon Marché*, o casas baratas de la ciudad de París), que pasarán a la historia. ¿Falta saber si pasarán como sangrienta prueba de definitiva abdicación? Lo "francés" fué opuesto a lo "americano". Sin haber ido nunca a ver aquéllo, se ennoblecíó definitivamente a lo "francés" con un calificativo halagador: la medida, nuestra hermosa medida. Esas flores de retórica perfumada cubrieron un poquito el inquietante olor de podredumbre que nos llegaba a las narices.

Como todas las cosas acaban por dar su fruto, se logró un resultado tangible: la comuna socialista de Boulogne, independiente de París, aunque representa a un sector parisiense eminente por su industria y su población obrera, animada por las intenciones más puras, se proporcionó una ley edilicia que prohíbe construir en adelante casas de más de cuatro pisos. Yo he podido concluir en el límite de esa comuna, al borde mismo del recinto Napoleón III, el último inmueble de seis pisos normales; y ocupó personalmente, en la *mansarde*, los pisos séptimo y octavo. Vivo a una altura de veintidós metros mientras mi amigo Harrison, en el Rockefeller Center, trabaja a doscientos cincuenta metros del suelo. Y cuando él y yo ocupamos nuestro ascensor en el mismo segundo, llegamos al mismo tiempo a nuestra puerta, en cuarenta y cinco segundos. Lector: te lo pregunto: ¿Cuando Delaisi tituló uno de sus libros *Las contradicciones del mundo moderno* ¿no observaba ya que la máquina redonda giraba mal y que en este siglo de certezas estamos sumidos en la incertidumbre?

Durante estos diez años, Nueva York se elevó en el cielo, pero los Soviets de Moscú denunciaron el rascacielos: "capitalista". Desnaturalización de los objetos en debate.

Durante ese plazo, también, Nueva York, que había construido demasiados rascacielos hartos pequeños, osificó su suelo, perturbó sus calles a tal punto que sus ediles se quedaron boquiabiertos. Ya no saben, absolutamente no saben qué hacer con su ciudad, sus calles, su

tránsito asesinado. Se han dado, en el hermoso cielo marino de Manhattan, catedrales resplandecientes.

No me asusto. Los norteamericanos son suficientemente fuertes para reconocer que ese prodigioso florecimiento de la "Gran Prosperidad" deba ser derribado y reemplazado por instalaciones igualmente nobles, pero eficaces. El rascacielos-herramienta, función de la altura y la extensión de suelo disponibles, tal es la próxima labor de Nueva York. Será la tercera metamorfosis de la ciudad. Más adelante, en este libro, expondré este asunto en el plano técnico.

7. "LOS RASCACIELOS SON MAS GRANDES QUE LOS ARQUITECTOS"

Cuando desembarqué en los Estados Unidos, estaba en vena para decir humoradas. Al cabo de dos días, la frase del epigrafe fué mi respuesta a una pregunta de mi amigo Brooks, redactor del *New York Times*.

Quise decir con ello que el aspecto eminente del rascacielos norteamericano de hoy es su altura. Una cuestión de metraje, de cantidad, perfectamente indiferente para la arquitectura en sí, para la virtud, para el milagro arquitectónicos.

Me sentía yo algo disgustado por la deficiencia de la imaginación arquitectónica en tantos lugares en que hay posibilidad de descubrir la *calidad* de la invención. Volveré más adelante sobre la significación psicológica de tales desfallecimientos. Los Estados Unidos son el país de la temeridad, o de la valentía, y de la gran inquietud: dos estados que, por otra parte, son conexos y productivos cuando se encuentran en buena proporción.

Cosa curiosa: los deficientes son los rascacielos de arquitectura moderna. Los rascacielos Renacimiento italiano, contrariamente a lo que imaginaba antes de verlos, son de excelente calidad. Porque,

antes de 1925, Brunelleschi o Palladio eran quienes regían el juego. Después de 1925, después de las charangas de yeso de nuestra histórica Exposición de Artes Decorativas —esa manifestación que permitió a la multitud afirmar que deseaba “vivir modernamente” y reveló que el mundo profesional no estaba de ningún modo preparado para responder a esa hermosa aspiración; siendo el resultado la fijación de un “estilo 1925”, indigente, chato y falso, de yeso para peluquerías— los norteamericanos dieron el salto. Ellos también nos demuestran por sus obras que sólo una larga y profunda acción puede conducir a la manifestación de una arquitectura. Fueron inferiores a su misión; esa arquitectura moderna es indigente, tanto en su conjunto como en sus detalles; precisamente por eso considero que su existencia es momentánea, que sus años están contados. Empero, como en los Estados Unidos se construye, se realiza, se multiplica la experiencia, aparece ya el progreso y se hace la evolución. Una calidad de ejecución impecable nos arranca una admiración legítima. Académicos de Francia, amodorrados en sillones de pretéritos monarcas, sabed que Nueva York construye infinitamente mejor que nosotros, incomparablemente mejor; y que las cohortes de obreros norteamericanos son desde ahora maestras de los obreros de la construcción —ese florón transmitido por los siglos y que ha sido alcanzado en Francia por la degeneración unánime. Cerrajeros, albañiles, son nuestros maestros en los Estados Unidos.

Es, pues, en los Estados Unidos donde aprendo a apreciar el Renacimiento italiano. Creería uno que *es de verdad*, tan bien hecho está. ¡Eso tiene, además, una firmeza extraña, nueva, que ya no es italiana sino norteamericana! La atmósfera de los vientos del océano y el potencial de la aventura norteamericana han realizado las gracias toscanas, dándoles un *tono* nuevo. Los rascacielos de Wall Street —los más antiguos— van sumando hasta su cúspide los órdenes superpuestos de Bramante, y me encantan por la nitidez de sus molduras y su modenatura. He aquí una perfección adquirida, que por otra parte, se repite en otros edificios, en ciertos hoteles, en las numerosas y vastas *apartment houses* (casas de depar-

tamentos) de Park Avenue; una perfección propia de los norteamericanos. La contraprueba se encuentra en el edificio de la Aduana, al lado de Wall Street: es puro estilo *Beaux-Arts* (como dicen los norteamericanos: léase “Escuela de Bellas Artes de París”); está inspirado directamente en la estación de Orsay o en el *Grand Palais* de París y desentona desagradablemente. Tanta insipidez e hinchazón no resisten al aire tónico del estuario.

Estoy comiendo con Louis Carré en el comedor de Gotham, en vigoroso Renacimiento italiano: techo artesonado, paredes revestidas de madera oscura. Sobre el mantel blanco, la exuberante orfebrería “super-rica”. Todo eso tiene una fuerte unidad. El norteamericano aspira a la suntuosidad, a la comodidad, a la sonora manifestación de la riqueza. Un pobre, pequeño cenicero de vidrio con filetes rojos “a lo Marinot”, de estilo moderno, introducido por accidente en la orfebrería sobrecargada y la cristalería resplandeciente de nuestra mesa, causa sencillamente desagrado cuando se lo mira.

Los arquitectos norteamericanos tienden a librarse de la enseñanza de la Escuela de Bellas Artes de París. Un estilo nace en su patria. Los rascacielos ya están de pie. Pero, por el momento, los rascacielos son más grandes que los arquitectos.

8. ¡EN SOTANOS!

¡Durante dos meses y medio, en los Estados Unidos, no he visto una sola escalera! La escalera está enterrada. Existe, sin embargo, para despejar cada corredor, pero está escondida detrás de una puerta que no se debe abrir. Encima de la puerta, un cartel luminoso dice: EXIT. En caso de pánico, en caso de incendio imprevisible, la gente podría abalanzarse a la escalera. Pero no hay incendios en los rascacielos. Éstos son suficientemente grandes —ya— para poseer sus servicios comunes, inclusive equipo de bomberos. Y todos los instrumentos preventivos necesarios: extintores, bocas de incendio. ¡Qué hermosos son esos aparatos: pulidos, lustrados, en buenas condiciones de funcionamiento, constantemente verificados! Hay, además, una central de vigilante: ojo que lo ve todo, cerebro que lo percibe todo, “la central nerviosa”, como la llaman ellos. Es, en algún lugar del edificio, una caja de vidrio con un hombre adentro; este tiene delante de él un vasto tablero negro cubierto de innumerables círculos mudos, en alguno de los cuales se enciende de vez en cuando una luz roja, verde o amarilla. Me explicaron el mecanismo, pero lo he olvidado. En principio, es esto: por

todas partes, en el rascacielos, serpentean infinitamente unos “testigos”, tuberías sutiles provistas de aparatos sensibles a la temperatura. Si ésta aumenta en pocos grados sobre la normal, una luz se enciende en el tablero y suena una campanilla. El lugar se determina en el acto. Funciona el teléfono; se da el alerta. Hombres se dirigen al lugar por los secretos órganos de servicio instalados con tal objeto. Esa caja de vidrio es diabólica.

Veamos el último rascacielos, el Rockefeller Center. Es razonable, está concebido lógicamente; biología regular, armonía de las cuatro funciones: *halls* de entrada y de distribución de las muchedumbres, grupos de circulaciones verticales (ascensores), corredores (calles interiores), oficinas normales.

Los *halls* de la planta baja.

El rascacielos es bastante grande —ya— para que se haya podido gastar el dinero necesario para hacerlo bien. Las baterías de puertas de bronce y vidrio están construidas con rigor mecánico. Señalo, al pasar, ese otro rascacielos, en Wall Street, invadido por una multitud incesante, flujo y reflujo, comitiva de usuarios. Usted entra: a un metro de distancia de una de las entradas que usted ha elegido, la puerta se abre sola. ¿Qué es esa inteligencia que se ha comunicado a tantas puertas alineadas? Alguien lo explica: observe usted la pastilla de vidrio colocada al costado y delante de cada puerta, a la altura de la cadera; un rayo infrarrojo, invisible, brota horizontalmente de ella; cuando usted llega a un metro de la puerta, su cuerpo intercepta el rayo invisible; se establece un contacto eléctrico que hace funcionar un mecanismo, y la puerta se abre. Así se abrirá, automáticamente, diez mil veces por día si es necesario.

Estamos, pues, en el *hall* del Rockefeller Center. Sesenta y cinco pisos lo dominan. Los grupos de ascensores están divididos en cuatro categorías: los de la primera suben como trenes locales, del primero al décimo quinto piso; los de la segunda, como trenes rápidos hasta el piso treinta; los de la tercera... y así sucesivamente. He aquí los ascensores rápidos para el piso sesenta y cinco, donde está instalado un gran *club*, con salones, restaurante, belvedere.

Velocidad: 400 metros por minuto (en Francia: 60 metros). En cuarenta y cinco segundos se llega arriba. Los oídos padecen un poco, al principio, pero el corazón no lo siente: tan perfecto es el mecanismo. Hay cuatro o cinco grupos de ocho o doce ascensores cada uno. Un ascensor puede llevar a veinte personas. El juego de sus puertas es prodigiosamente ingenioso, suave, seguro. Cada ascensor es conducido por un mecánico. Francia es el único país que ha monopolizado el siguiente texto fatídico, impreso en un cartelito mal colgado: *El ascensor no funciona*. Hice reír a carcajadas a mis auditores norteamericanos al referirles que el obstáculo eternamente alzado contra mis proyectos de "Ciudad radiosa" por mis adversarios europeos eran los siguientes: "¡Los ascensores no funcionan!", o bien: "¿Y si no funciona el ascensor?" En los Estados Unidos, los ascensores funcionan, tal como funcionan el agua en las piletas de las viviendas, la iluminación de las calles, los trenes, etc. Es cosa resuelta; nadie lo discute. Agreguemos que, en Nueva York, la construcción de los ascensores ha alcanzado una conmovedora perfección técnica y plástica. Conquista de los tiempos modernos, producto de selección, de digna arquitectura; un regalo para los ojos y para el espíritu*.

* Había escrito estas líneas dedicadas a las adquiridas certezas de la circulación vertical. Al día siguiente (exactamente), los diarios de París publicaron en grandes titulares: "Los ascensoristas de Nueva York están en huelga". ¡Vamos! ¡La vida de Manhattan está detenida! Siento el golpe. Mis amigos me preguntan: "¿Ha leído usted?"

He reflexionado y no me siento turbado. No hay que confundir las cosas. He comprobado que la revolución arquitectónica se ha realizado como consecuencia de las técnicas modernas. Eso es de mi competencia. Las certezas me permiten proseguir mis estudios.

¿Que los ascensoristas están en huelga? Eso pertenece a la revolución social. Las huelgas son eficaces instrumentos de reivindicación. ¿Que los ascensoristas no ganan bastante? ¡Qué tiene que ver la mecánica con eso! ¿Los negocios de la City de Nueva York están interrumpidos? Es un hecho: es una prueba de que desfallece la organización social y económica.

Me agrada, al contrario, que se haya producido esa manifestación. Tengan ustedes la certeza de que los norteamericanos no dejarán por ello de explotar ni de construir rascacielos. Tratarán de equilibrar la máquina económica y social.

Voy más lejos: es afortunado que se produzcan "accidentes" de esa índole.

Esa calidad de factura, la he apreciado en grado asombroso en el ya citado rascacielos de Filadelfia, en que funciona un Banco. Es verdadera coquetería: coquetería con aceros selectos. Los ventiladores, las puertas de las cajas fuertes están realizados de un modo tan extraordinario que escribí en mi libreta: "Dioses". Sí: una perfección que alcanza la más alta nobleza. Y agregué: "Que los franceses envíen a sus artesanos a dar una vuelta por las oficinas de los ingenieros norteamericanos".

El secreto de tantos éxitos reside en el reparto impecable e implacable de las responsabilidades entre los técnicos agrupados en *Comité* para el estudio y la realización de las grandes construcciones norteamericanas. Aquí no *hay* un arquitecto, sino varios arquitectos elegidos según sus cualidades específicas: el que sabe organizar la circulación, el que conoce los problemas de las oficinas, el que sabe "componer" un plano, el que sabe hacer una fachada, el que conoce los cálculos y, por fin, el jefe: ordenador general y contralor general. Luego viene la cohorte de los ingenieros especialistas: aire acondicionado, teléfono, ventanas, electricidad, ascensores, reglamentos, etc. Se trabaja en *Comité*, vale decir, en equipo completo, desde un principio. Todo se armoniza desde el nacimiento mismo de la obra, sincrónica y sintéticamente. Tales construcciones son biología perfecta e infalibles.

Observé, por ejemplo, al visitar el inmenso depósito vertical del Puerto de Nueva York, los montacargas de cinco metros y medio de ancho por trece metros de profundidad que devoran directamente los camiones venidos de lejos, con toda su carga hasta veintiocho toneladas —y los alzan de golpe a la velocidad de doscientos pies* por minuto. Dos montacargas gemelos sirven catorce pisos, cada uno de los cuales puede recibir doce camiones. A cierta distancia de allí hay otro sistema igual. Por consiguiente, tenemos hasta trescientos

Nuestras ciudades, nuestras "ciudades radiosas", no podrán construirse sobre el estatuto social actual. La savia de los tiempos nuevos deberá precipitarse dentro de las organizaciones caducas, crueles, inhumanas. ¡Han llegado los nuevos tiempos! Bien lo mediremos por las revoluciones que aun están por producirse.

* Unos sesenta metros. (N. del T.)

treinta y seis camiones transportados "a domicilio" —bien podemos decir así—, que cargan y descargan sin operaciones intermedias. ¿Cuántos miles de camiones por día? Pero ocurre algo mejor aún: la calle, alrededor de esos depósitos verticales, permanece libre.

Insisto en el asunto de los ascensores porque considero que es la clave de todas las reformas urbanistas que salvarán del desastre a nuestras ciudades contemporáneas. Estamos lejos de haber llegado a un acuerdo general: en nuestros Congresos internacionales de arquitectura moderna —de vanguardia— he encontrado empecinada oposición a las soluciones fundadas en esa herramienta de los tiempos modernos; esa oposición provenía de nuestros colegas continentales. A este respecto también, conviene hacer un viaje a los Estados Unidos para darse cuenta de que *ya se ha vuelto la hoja*.

En Europa pensamos y obramos demasiado sin acercarnos a la experimentación, de modo que nuestras nociones en materia de altura, entre otras, son puramente imaginarias. En mis estudios sobre la "Ciudad radiosa" he buscado pacientemente una altura de inmuebles para vivienda que pueda pretender seguir siendo humana. No he querido lanzarme a la teoría, a la estratosfera, y poner a mis habitantes en condiciones ante las cuales se encabritaría el sentimiento, y más aún, los reflejos psico-fisiológicos. He aceptado una altura razonable de edificios de cincuenta metros. En Nueva York, mi pieza, en el hotel, está en el piso veintiuno, a unos setenta metros del nivel del suelo. Tengo la gran sorpresa de comprobar que de ningún modo he perdido contacto con el suelo. Mis ojos de miope aprecian fácilmente —aun diré, muy claramente— el movimiento de la calle: la gente, los automóviles que circulan. En las oficinas, en el piso cincuenta y seis (a unos ciento ochenta metros de altura) ese sentimiento de seguridad subsiste. A él se agrega una sensación alegre y estimulante de espacio, de extensión, de libertad, que siempre había imaginado yo y que percibo ampliamente. El vértigo no existe. Nos extraviarnos en discusiones académicas desprovistas de base. La base es la experiencia personal. Por otra parte, los hombres han tratado siempre de elevarse, de subir lo más alto posible.

Los experimentos nos aclaran otras cuestiones. Así, mi gran

colega Auguste Perret expresa en su comunicación sobre arquitectura, en la *Nouvelle Encyclopédie française*, que los ruidos de la calle no llegan al décimo cuarto piso. Ya me lo había dicho antes, en otros términos, y creo haberlo transcritto de buena fe en uno de mis libros. Ahora bien, en Nueva York, en mi piso veintiuno, oigo todos los ruidos, ¡detallados, precisos, acaso amplificados! Estoy estupefacto. No puedo dormir con la ventana entreabierto. Gustave Lyon lo habría explicado con claridad: los ruidos de la calle se oirán en el milésimo piso si las condiciones se prestan para ello. Es decir, si alrededor de mi rascacielos se encuentran paredes de edificios dispuestas de tal modo que sirvan de superficie de rebote para el ruido de la calle, proyectándolo, por incidencia, muy lejos —en este caso, muy alto— y transmitiéndolo exactamente. La altura no tiene nada que ver con este asunto. Todo depende de la vecindad de murallas circundantes que, por un juego del azar, pueden estar dispuestas de tal modo que constituyen la más magnífica pantalla proyectora de sonidos. Conclusión: se puede regular con rigor la ubicación del rascacielos, de modo que los ruidos de la calle no encuentren ninguna superficie incidente de rebote, y obtener, de ese modo, el silencio deseado.

Pueden hacerse otras observaciones imprevistas: cuando soplan ciertos vientos fuertes, la lluvia, en vez de correr de arriba a abajo por las fachadas del rascacielos, suben de abajo a arriba. Las ventanas concebidas para una caída natural del agua han resultado ineficaces. Ha sido preciso modificarlas.

Durante un huracán, el rascacielos de Filadelfia, ya mencionado, sufre tal efecto de flexión que las puertas de las oficinas se atrancan momentáneamente, y no es posible abrirlas. Problemas inesperados que se plantean a gente absolutamente "impávida". ¡Esto nos aleja mucho de los pabellones suburbanos parisienses!

Pero esto vuelve a acercarnos a ellos:

Los rascacielos de Nueva York o de Chicago son de piedra, no de vidrio. Verdaderas canteras han sido colgadas con ganchos en su estructura de acero; canteras suspendidas en el vacío. Es inconcebible. Creí que encontraría erguida una ciudad de acero. ¡No! Es

una ciudad de piedra. Admito que esa piedra es hermosa bajo el cielo marítimo de Nueva York. Las puestas de sol son conmovedoras. Las auroras (las he visto) son admirables: en la bruma violácea o la atmósfera incolora estalla la charanga solar, crudamente, netamente sobre una cara de una torre, luego sobre otra, luego sobre tantas otras. Espectáculo alpino que enciende los vastos horizontes de la ciudad. Cristales rosados, de piedra rosada. Encima de ellas se ven tiaras, a veces revestidas de oro; y no parecen cómicas, de ningún modo, sino que, a menudo, son hermosas: coronamiento de la Tour de Beurre de Ruán y variaciones sobre el mismo tema. El rascacielo *aigrette* no es razonable; que la *aigrette* sea, pues, encantadora o suntuosa, resulta muy natural.

Pero tanta piedra sólo ha dejado por doquier pequeñas ventanas, innumerables, hasta el infinito, sobre Manhattan; son todas semejantes. El norteamericano ha determinado un tipo de ventana y lo aplica sin remordimiento en todo el territorio de los Estados Unidos. Yo desearía llevar el remordimiento al fondo del alma de los arquitectos y decirles: "En vuestras oficinas, por elevadas que sean, esas ventanas de *cottage* son un desafío. Os conducen al fracaso: el espacio que habéis ganado por la altura —ese tesoro— no lo empleáis; no os apoderáis de él. ¡Estáis en quiebra! ¡En vuestros nidos de las cumbres, estamos como en un sótano!"

9. ES COSA ADQUIRIDA

Si los ojos pudieran perforar las masas opacas de las fachadas, verían un espectáculo inaudito: trescientos mil, quinientos mil hombres y mujeres —quizá más— juegan al ludión en el mismo instante. Una humanidad que ha roto con su destino milenario —que consistió en quedar atada al suelo— está, aquí suspendida entre cielo y tierra, subiendo y bajando a gran velocidad, por racimos de veinte personas y por haces de doscientas. ¿Es una nueva escena del purgatorio?

Es la sociedad moderna que está realizando un experimento en gran escala con los materiales que le permitirán crear un día la "Ciudad Radiosa", cuando todo haya sido bien calculado, justamente apreciado, exactamente dosificado. Diariamente se ganará un tiempo enorme. Hagan ustedes el esfuerzo de representarse "los negocios" en París o en otra parte: peatones presurosos, taxímetros inmovilizados en todos los cruces de calles, ómnibus llenos de gente que aspira a *ir pronto* a alguna parte, trenes subterráneos. Los negocios están tan dispersos, tan diseminados en la ciudad que el tiempo se pierde en gran parte en una lucha estéril con las distancias.

¡Todos los días! ¡Qué pérdida de energía, qué derroche!

Pues bien, esos ludiones innumerables de Nueva York nos prometen que, el día de los cálculos justos, la distancia será vencida. En lugar de tantos rascacielos pequeños y diseminados, se erigirán unos cuantos, vastos, entre las calles 42 y 55, grandes y agrupados. La distancia se verá vencida. Y las horas libres serán cosa adquirida y disponible.

En Argel bastará un solo rascacielos.

En Barcelona, dos rascacielos.

París puede, en su centro útil, sobre barrios malditos, construir una ciudad de negocios eficaz y magnífica.

Esto será una adquisición: la gente ya no se atropellará a pie o en vehículos frenados en el dedalo de las calles durante las horas intensas de los negocios. Los centros de negocios serán verticales, en parques verdes e inmensos.

Cuando eran blancas las catedrales, no se creía que la altura fuera signo de una degeneración del espíritu.

10. UN MILLON Y MEDIO DE AUTOMOVILES, COTIDIANAMENTE

“El trazado de las calles de Manhattan, altivo y fuerte, establecido en la época de la colonia, modelo de sabiduría y de amplitud de miras, cae hoy en la muerte súbita porque ha nacido el automóvil”.

Había prometido volver sobre este asunto.

El trazado claro —como los trazados similares de Buenos Aires y de Barcelona— o los trazados embrollados de París o de Londres se remontan, unos y otros, a los tiempos del caballo y de la carreta arrastrada por bueyes. Entonces se avanzaba a razón de seis kilómetros por hora. Los cruces, cada cincuenta o ciento diez metros, eran normales.

La víspera de mi regreso a Francia, almuerzo con el subjefe de policía de Nueva York. Está con ganas de desconcertarme: “¿En cuánto —me pregunta— calcula usted el número de automóviles que circulan diariamente por Nueva York?” No tengo ganas de hacerme “aplazar”; no contesto “cincuenta mil” sino “dos millones”. “Notable: calcula usted con justeza: son exactamente un millón y medio”.

He aquí, lector, una puntualización ante la cual huelgan los comentarios.

Terribles luces verdes y rojas, automáticas, que bloquean de golpe diez kilómetros de avenida y desahogan más de cien calles imponen su dictadura a toda la región urbana y suburbana y son una verdadera calamidad para los nervios. Me irritaban, me deprimían, me enfermaban. No hay salvación —ni en Nueva York ni en París— si no se adoptan pronto medidas a escala del automóvil.

Este día 7 de noviembre ha llovido asiduamente; los pavimentos están resbalosos; el tránsito ha quedado completamente bloqueado. Al día siguiente, los diarios habían llegado al colmo de la excitación. Es endémico, según parece. “Se necesita —dicen— una solución inmediata. Por ejemplo, no fabriquemos más automóviles el año próximo (¡Ford pone diariamente seis mil *cada día!*)”. La del automóvil es la industria más importante de los Estados Unidos. Por consiguiente, lo dicho es delirio febril. También se propone de nuevo, desde hace diez años, con intervalos regulares, despachar a los peatones “al aire”, haciéndolos circular por pasarelas.

Candor y ligereza. No es el pobre peatón, innumerable y dócil, quien causa la desventura. Es insignificante y accesorio: en el momento en que aparece la barrera de las luces rojas, el peatón pasa al lado de los coches a los que se ha abierto la vía. El problema no es, *en absoluto*, el del peatón: el problema consiste en la proximidad de los cruces de los coches. Cuando se enciende la luz verde, pasan los coches transversalmente, mientras la luz roja bloquea a los coches de las arterias longitudinales. El *peatón aprovecha* ese bloqueo para pasar. La causa del mal es la infinidad de los cortes de las calles sobre las avenidas, tal como, en París, la causa del mal es la infinidad de los cortes, a escasa distancia, de las calles que forman una red compleja y apretada. El automóvil, a cien kilómetros por hora, no puede vivir en semejante red carretera. Se necesita otra red. Es el gran problema de los tiempos modernos, en todas partes: reconstrucción de la red caminera para automóviles en una malla infinitamente mayor. He propuesto una malla de cuatrocientos metros de lado. En tal caso, los cruces estarán suficientemente distantes

para permitir el establecimiento de las rampas necesarias para las diferencias de nivel; ya no habrá parada, jamás, en los cruces: los automóviles correrán con mano única, sin paradas.

Al día siguiente de esa lluvia en Nueva York, los conductores de taxímetros se quejaban: “Ya no podemos ganarnos la vida”. Aquella noche necesitaron una hora, o más, para conducir a destino a sus clientes.

Imaginen ustedes, para concluir, la catástrofe provocada aquí por los rascacielos demasiado pequeños y demasiado numerosos. Las “manzanas” entre calles y avenidas, o sea los terrenos destinados a la construcción, son parcelas minúsculas. De acuerdo con tradiciones universales, el rascacielos —como las casas de todas las ciudades— se alza al borde mismo de la acera, a pico sobre la calle. Quien dice *rascacielos* dice *oficina*, dice *negociantes*, dice *automóviles*. ¿Cientos de automóviles se estacionan al pie del rascacielos? No alcanza el espacio, no hay ningún espacio. Conocemos esa canción, nosotros parisienses, en nuestro barrio de negocios de la Ópera y los Campos Elíseos. Es el acabóse. Es insoportable. Los ediles declaran: “¡No hay ningún remedio!” París está enfermo, pero, en Nueva York, el tránsito está osificado. El rascacielos no debe ser una *aigrette* de coqueta colocada verticalmente sobre la calzada. Es un prodigioso instrumento de concentración, que debe plantarse en medio de vastos espacios libres. Densidad del rascacielos y extensión libre al pie del rascacielos constituyen una función indisoluble. Uno sin la otra produce la catástrofe. ¡A eso ha llegado Nueva York!

11. NINGUN ARBOL EN LA CIUDAD

¡Ningún árbol en la ciudad! Así es.

El árbol, el amigo del hombre, símbolo de toda creación orgánica; el árbol, imagen de una construcción total. Espectáculo encantador que, si bien en un orden impecable, aparece ante nuestros ojos bajo arabescos de la más viva fantasía; juego matemáticamente medido de las ramas que, cada primavera, se multiplican por una nueva mano abierta. Hojas de nervaduras tan bien reguladas. Protección, encima de nosotros, entre cielo y tierra. Pantalla generosa cerca de nuestros ojos. Medida agradable interpuesta entre nuestros corazones y ojos y las geometrías eventuales de nuestras construcciones duras. Instrumento precioso en manos del urbanista. La expresión más sintética de las fuerzas de la naturaleza. Presencia de la naturaleza en la ciudad, en torno de nuestras tareas o nuestros entretenimientos. ¡Árbol, compañero milenario del hombre!

Sol, espacio y árboles: los he reconocido como materiales fundamentales del urbanismo, portadores de las "alegrías esenciales". Al afirmarlo, quiso volver a poner al hombre, en sus ciudades, en el corazón mismo de su medio natural, de sus emociones fundamenta-

les. Privado de árboles, queda solamente dentro del artificio de sus propias creaciones; es lícito que, a veces, en ciertas oportunidades solemnes, se afirme en todo el rigor, la pureza y la fuerza de sus geometrías. Pero, privado de árboles en la extensión parcial o total de sus ciudades, en innumerables casos en que nada está concertado, en que todo es ingrato y brutal, el hombre está triste de encontrarse así, desnudo e indigente, perdido en la inseguridad de un orden desfalleciente, en lo arbitrario de un fatal desorden.

Empero, en pleno centro de Manhattan ha sido reservado el Central Park.

Se complace la gente en acusar a los norteamericanos de perseguir únicamente la conquista del dinero. Me llena de admiración la fuerza de carácter de las autoridades de Nueva York que, en el Centro de Manhattan, han conservado un parque, de rocas graníticas y de árboles, de cuatro millones y medio de metros cuadrados.

Rodean al Parque hermosas construcciones, *apartment-houses* en altos bloques o en rascacielos, con todas las ventanas abiertas sobre un espacio tan inesperado: ubicación mágica y única en la ciudad sin árboles. Si calculo el precio del valioso terreno del Central Park en 5000 francos, o 10.000 francos, el metro cuadrado, el valor venal acumulado en esos peñascos graníticos es de 25 a 45 mil millones de francos franceses. Mantener intangible ese tesoro inmenso en el mismo centro de Manhattan es, según creo, una actitud cívica eminente, una actitud extraordinaria: signo de una sociedad fuerte.

París ha vendido, ha retaceado la mayor parte de su reserva de aire y de espacio, en el Champ-de-Mars, hacia 1910, después de haber cometido un primer sacrilegio: demoler la Galería de las Máquinas, esa catedral de hierro.

ros cuadrados de las ventanas, sobre el sinfín de superficies enmarañadas de los tubos que pasan verticalmente; los materiales son diversos, el coronamiento, sobre el cielo, está en desorden. La máscara de Washington concentra en el ángulo recto del arco frontal y de la nariz, en que está alojado el ojo, la masa total de ese inmenso paisaje de piedras. Ahí está, a nuestro alcance, pocos metros encima del suelo; los escalones del Tesoro, empinados al punto de hacer temer la subida, tienen un valor cortante y amenazador. La neta ordenación dórica agarra en ese sitio el espacio, tan limitado, de suelo y lo proyecta hacia los aires, hacia los rascacielos que son como un espléndido acontecimiento natural, uno de esos lugares de la naturaleza en que la imaginación de los hombres ha querido situar la sede de los dioses.

Disparidad: Washington de Houdon, dórico del *Theseion* de Atenas, murallas del *business* norteamericano... Aseguro a ustedes que aquí se encuentra un lugar matemático, que una matemática perfecta está alojada en él por el azar de un encuentro feliz.

Del mismo modo, en la Acrópolis de Atenas, espacios y volúmenes dispuestos por la topografía y por una ciencia perfecta, asociados a un circo de montañas y frente al mar cubierto de islas han hecho ese panorama tan caro a nuestro corazón.

Nueva York proyectado con violencia hacia el cielo, clamor que uno odia y ama a la vez, esconde en el fondo de los cañones de los Bancos, para quien sepa ver, la composición más expresiva del alma del país. Un escenario arquitectónico hecho de piezas y retazos, majestuoso, intenso, insigne. La máscara estructurada de Washington se encuentra en el punto preciso en que operan en tumulto las fuerzas mismas de la arquitectura. Proporción, cantidades, relaciones, absoluto de la matemática, irradiación..."

12. UN LUGAR INSIGNE DE LA ARQUITECTURA

Fragmento de un pequeño *speech* en respuesta al saludo de Mr. Ph. Goodwin, *chairman* (presidente) de la sección de arquitectura del Museum of Modern Art durante un almuerzo ofrecido en el 65º piso de Radio City por los representantes de diversas asociaciones de arquitectura de Nueva York.

"En el corazón intenso de Wall Street, el centro de los Bancos, en el fondo más palpitante de uno de esos cañones abiertos por los rascacielos, he sufrido el choque de un insigne espectáculo de arquitectura. Opino que allí se coloca por el momento la más fuerte y noble composición plástica de los Estados Unidos. La estatua de bronce de Washington se alza ante el peristilo dórico del Tesoro en las gradas de la escalinata; los rascacielos, hirsutos —los de los comienzos—, están encima de eso, a pico, formando un regazo apretado, dominado por el pecho gigantesco de rocas geométricamente ensambladas, perforadas por los innumerables agujero-

13. UN LUGAR DE GRACIA RADIOSA

En el otro extremo de la ciudad —Wall Street se encuentra en el sur de Manhattan—, en el límite septentrional de la península, el puente George Washington, está tendido sobre el Hudson, brazo de mar o estuario, más que río. Su tablero, como el de los demás puentes, se encuentra a una altura tal que los grandes navíos pasan por debajo. Los accesos de los puentes representan, pues, una preparación muy particular de las rampas que poco a poco dominan la ciudad. Los puentes norteamericanos son suspendidos. Es un rasgo de espíritu: ¿para qué sirve un puente? Para pasar por el tablero horizontal pero también para dejar libre el espacio debajo de ese tablero, con el objeto de que pasen los barcos. Ese principio está admitido en todas partes. ¿Arcos monumentales? ¡No se trata de eso, se trata de hacer un puente!

Con la ayuda de los técnicos, y siendo la audacia una virtud, en ciertos momentos felices se ha alcanzado el esplendor arquitectónico.

El puente George Washington sobre el Hudson es el puente más hermoso del mundo. Hecho de cables y de acero, luce en el

cielo como un arco invertido, bendito. Es éste el único asiento de la gracia en la ciudad desmelenada. Está pintado con aluminio y, entre el cielo y el agua, sólo se ve esa cuerda combada, apoyada en dos pilones que también son de acero. Esos dos pilones se alzan tanto, cuando el automóvil se lanza sobre el plano inclinado, que uno siente felicidad; su estructura es tan pura, tan firme, tan medida que aquí, por fin, se ve reír a la arquitectura de hierro. El automóvil corre por un tablero de una anchura inesperada; el segundo pilón está muy lejos; los cables verticales cuelgan, innumerables, luciendo también, aferrados a esa curva magistral que desciende y, allá, vuelve a ascender. Y ven ustedes aparecer las torres rosadas de Nueva York, cuya brutalidad retrocede a causa de su alejamiento.

Tiene una historia, este puente que estuvo a punto de ser ridículo. Me la ha referido Mr. Cullman, presidente del Puerto de Nueva York. Bajo su dirección fué construido el puente. El problema entrañaba la temeridad máxima de las empresas del ingeniero. El cálculo suscitado por una hipótesis feliz daba a la obra la serenidad de las cosas exactas. El puente atravesó el Hudson de un sólo tiro. Dos pilares de cemento, entre las márgenes y el tablero de acero que está encima, sostienen la cadena del puente suspendido. He dicho que los dos pilones son de dimensiones extraordinarias. Construidos con aceros remachados, se alzan en el cielo con una nobleza impresionante. Pues bien: esos pilones debían ser revestidos con piedra moldurada y esculpida, de estilo "Beaux-Arts" (nombre que se da en Nueva York a la estética que, en París, se practica en la escuela del Quai Voltaire).

Un hombre reaccionó oportunamente. Luego reaccionó todo el comité del Puerto de Nueva York. Poco a poco, el espíritu de los tiempos modernos se libera. Esos hombres dijeron: "¡Alto! Ni piedra ni adorno aquí. Los dos pilones y el juego matemático de los cables forman una unidad espléndida. Son *uno*. Es la belleza nueva". Han calculado: la protección de los pilones, mediante pinturas apropiadas, representará el interés del capital que habrían costado los pilones de piedra. Por lo tanto, operación equivalente.

Pero no buscaban una economía de dinero: "en nombre de la belleza y del espíritu" despidieron al arquitecto y sus decoraciones. ¡Esos son ciudadanos!

Siempre evoco en este relato cosas de escala grandiosa. Por experiencia personal sé que es preciso *haber visto*; no me gustan las evocaciones literarias. El dibujo no puede dar la sensación inefable de semejante obra, suspendida entre cielo y agua. La fotografía, tampoco. El lector de estas líneas no podrá apreciar, pues, como yo, en el fervor de su corazón, el milagro que se produjo en el momento oportuno, cuando un hombre dotado de sangre fría y de sensibilidad gritó: ¡Alto!

En mi conferencia en la Universidad de Columbia, introduje mi exposición con la evocación del puente y di las gracias al *desconocido* que lo salvó y dió a Nueva York ese alto lugar de alegría y de gracia.

14. EL PUENTE GIGANTESCO DE BROOKLYN

Una fresca mañana de noviembre —el "verano indio" prolonga los hermosos días de sol hasta el umbral del año nuevo— me hice conducir a la extremidad del puente de Brooklyn en la orilla izquierda del East River y volví a pie, por el puente, a Manhattan. Es una larga marcha por la acera para peatones, encuadrada o dominada por las pistas reservadas a los trenes metropolitanos y a los autos. Ante nosotros, ocupando el cielo, está el erizo de los rasca-cielos de Wall Street; éstos aparecen rosados, alegres en el cielo marino. Son hirsutos, con sus tiaras de oro o de arquitecturas discutibles. Un sentimiento violento se apodera de uno; la unanimidad. Sólo debería ser contricción, razón y gusto molestados, reserva, debate negativo, cacofonía. ¡Pero no! Una fuerza domina: la unidad; un elemento subyuga: la dimensión.

¡Pues sí! Reconozcamos a esta tierra de América el mérito de haber creado esa sensación: la dimensión, noble también, que puede ser muy noble, que a menudo lo fué en el pasado. Imagínen las catedrales blancas sobre un mundo aun incompletamente formado: erguidas, rectas, por encima de las casitas. No tenemos el

derecho de lanzar invectivas a la dimensión. Ni tampoco el de evocar "la medida", encerrándonos en un egoísmo hecho de pereza. No hemos venido a los Estados Unidos a buscar la medida, sino la convicción y el ímpetu. Nuestras fatigas europeas reclaman un tónico. Los oigo, a esos traidores, esos derrotistas, esos beatos de nuestra tierra; les hablaré más adelante de cierto profesor de Francia que fué a la Universidad de Nueva York a cumplir su misión sagrada (!): "Trato de enseñarles el buen gusto y la medida". En un campo de batalla, en un inmenso taller del mundo, no se viene a discutir estirando el hocico, con zapatos charolados y camisa almidonada en Londres. Son demasiados los impenitentes que no hacen más que comentar y hablar del estilo Pompadour en medio del sudor de los pueblos apretados en las tenazas del *struggle for life*, del vivir o morir.

El puente de Brooklyn, ya viejo, es colosal sin *k**. Nueva York es un coloso sin *k*. Yo detesto las *k*. Nuestra fatuidad de "personas de gusto indiscutible" a menudo podría ser de naturaleza *k*. El puente de Brooklyn, viejo (trenes metropolitanos, automóviles, camiones, peatones, cada categoría en una pista especial) es fuerte y rudo como un gladiador, mientras que el puente George Washington, que es de ayer, es sonriente como un atleta. Aquí, los dos pilares góticos de piedra son muy hermosos porque son americanos y no "Beaux-Arts". Tienen una savia de origen y no son graciosos, sino fuertes. Los cables verticales son negros, no de plata, pero su caída vertical, por la perspectiva, determina algo así como un velillo de telaraña. Imponente sensación arquitectónica: vertical, esbelto, inmenso; sí, vuelvo a lo de *inmenso* y como un bárbaro —yo también—, lo disfruto; o, mejor dicho, como un hombre animado de espíritu constructivo, activo, pero hastiado por la atmósfera deprimente de las cobardías y las abdicaciones parisien-ses, aplastado, a menudo reprobado, tratado de loco y de utópico, remitido a las calendas griegas, etc. . . . encuentro aquí *la realidad*. Y me hace bien, profundamente.

La realidad es la lección de América, que da a nuestras especulaciones más audaces una certeza de inminente nacimiento.

* Quiere decir que no es colosal en el sentido generalmente irónico que se da a la palabra cuando se escribe a la alemana, o sea *Kolossal*. (N. del T.)

15. EL "GRAND CENTRAL RAILWAYS"

La estación, cabeza de las líneas de las regiones del norte y el oeste y de innumerables suburbios, no se pone de manifiesto en el corazón de Manhattan mediante cúpulas y frontones. Es un interior de planta baja y subsuelos al que llegan los trenes ya formados, de lejos, pero bajo tierra: bajo la tierra de las casas, los rascacielos, las calzadas de Nueva York.

Hablar de los trenes norteamericanos es hablar de otra cosa que de la sorda tristeza de nuestros convoyes. El "Grand Central Railways" es una maravilla; y no me refiero a la actividad técnica de los ingenieros. Sólo quiero ser un viajero corriente, y digo que tomar un tren aquí es una fiesta.

En primer lugar: los trenes son limpios. De una pulcritud mantenida minuto por minuto por un ejército de excelentes negros corteseros, serviciales, nunca odiosamente interesados. Me complace observar, al regresar a Francia, que los mozos de cordel de nuestras estaciones parisien-ses, agrupados en un *sindicato libre de empresa de transporte de equipajes*, nos ofrecen, después de tantos años desalentadores, el espectáculo de una célula social de los tiempos mo-

dernos, organizada, productiva, sana: limpieza impecable, buena voluntad, cortesía y desinterés. Esa gente hace un fondo común con su salario y, cuando ya se había llegado a perder toda esperanza, ha logrado vencer el "sistema D"*. Los mozos de cordel de las estaciones parisienses valen tanto como los negros de los Grand Central Railways o de los Pennsylvania Railroads. Es una alabanza: aun diré que son mucho mejores que los negros, y esto nos alienta; otras empresas francesas se pondrán un día a trabajar por su cuenta, restableciendo la función fundamental de la producción.

En la estación Grand Central, los automóviles llegan por sabios planos inclinados, en la planta baja, a la salida de los trenes y, en el subsuelo, a la llegada. El viajero circulará por todas partes sin subir o bajar escaleras. (¡Oh hermosa escalinata de honor, gran honor elevado al cubo, de la estación Saint-Charles, en Marsella: Carlitos Chaplin ascendiendo al cielo!). Abajo hay un *hall* de dimensiones modestas; en el centro del *hall*, el *bar*** de las informaciones, con aires arquitectónicos de *bar* y personal que atiende tan rápidamente como el *barman*. Si usted pregunta la hora de salida de un tren, le entregan un horario local impreso. Cerca de allí hay numerosas taquillas para la venta de pasajes. Entre los anchos corredores que bajan hacia los trenes subterráneos metropolitanos, o las rampas que ascienden o descienden, están los servicios públicos: puestos de artículos útiles, restaurantes, etc. . . .

¿Y dónde están los trenes? De vez en cuando, se abre una modesta puerta de hierro, precedida por torniquetes para la revisión de boletos y por empleados vestidos impecablemente. Se pasa, se baja por una rampa. Se llega al andén largo, a cuyos bordes se encuentran dos trenes. El piso de los coches está al nivel del andén. ¡Sí, señor! Como en Inglaterra. Nunca he llegado a comprender

* "Sistema D" es una expresión nacida durante la guerra de 1914-1918. La "D" es inicial de un neologismo escatológico que, con eufemismo, podríamos traducir por "despantarse". El sistema "D" consiste en arreglárselas cada cual como mejor puede. (N. del T.)

** Es un mostrador circular, dentro de cuyo perimetro se mueven los empleados, y se parece a los *bares* de los grandes hoteles. (N. del T.)

por qué, en Francia y otros países, imponen al pasajero la subida y la bajada peligrosas por los angostos estribos de los coches.

Multitudes van y vienen, pronto absorbidas por las puertas de los andenes. A cualquier hora, las hermosas losas de piedra relucen, impecables. Nunca se ve allí un papel estancado. Y, llegando de lejos o del suburbio, cae uno de un solo golpe en el corazón de Nueva York. O bien se va muy lejos, en trenes que, también, son muy diferentes de los nuestros.

16. TRENES LOCALES

Sin embargo, a esta estación mágica se liga arteralmente el fibroma del *gran derroche norteamericano*. La estación Grand Central es la cabeza de los gigantes suburbios de Connecticut. Trenes opulentos, afables servidores del éxodo. ¡Partir! ¡Esa prueba de un fenómeno urbano turbado, invertido! En el curso de mis disertaciones en los Estados Unidos, mi pensamiento se fijará más y más en ese gran mal del país; la extensión desmesurada de las regiones urbanas, las redes prodigiosas —y locas— de ferrocarriles, de autostradas; ese pueblo entero en movimiento eterno y estéril; esa precipitación, esa agitación, fracaso de la acción. Centenares de miles de casas salpican a lo lejos a la naturaleza y la destrozan; ¡esos conductos, agua, gas, electricidad, teléfono, que van a parar a cada una de las casas! Ese gasto gigantesco, esa inmensa carga nacional, ese déficit social asombroso...

Los trenes locales son tan hermosos que alientan ilusiones ruinosas. Hablo de los trenes que van a los suburbios acomodados y no del purgatorio que conduce los convoyes metropolitanos a los diversos infiernos de los *slums* (los antros). Hacen recorridos in-

mensos; se confunden con las grandes líneas que suben hacia la Nueva Inglaterra, prolongando indefinidamente la región de Nueva York ¡y dotan al neoyorquino de una biología especial! Este ser está provisto de ruedas; rueda continuamente, entre los ascensores de su rascacielos y su casita de campo de estilo colonial situada en medio de los bosques, en la recortada orilla del océano o en praderas y vergeles. Como una cosa empuja a la otra (y ya no se sabe cual de los dos factores dirige el baile), ha desarrollado insensatamente el automóvil o, disponiendo del automóvil, ha extendido prodigiosamente el radio de su periplo cotidiano. Cierra el ciclo mediante dispositivos complementarios: un teléfono milagroso —que funciona, tal como funcionan los ascensores—, un teléfono instantáneo; luego, para llenar la vacación de tanto tiempo que pasa sentado en un sillón de coche pullman o en el asiento del tren, ha hecho del diario algo monumental. Ha creado, al lado de ciertas secciones serias muy bien hechas (la política interior y exterior), secciones de la vida doméstica, del deporte, de la radiotelefonía y del cinematógrafo, con un potencial tan elevado que el diario cobra peso. Además, una publicidad que lo deleita le ofrece las seducciones ilimitadas de todo lo que puede consumirse o comprarse para ser útil, práctico, “eficiente”, etc. También ha creado las revistas, los periódicos de los quioscos de las estaciones, algunos de los cuales son de un lujo que nos asombra (¿cómo es posible?). Finalmente, también se leen libros. Y gran parte de la vida del neoyorquino se pasa con la nariz metida en papel impreso, para pasar el tiempo. Esto estimula los negocios: industria del papel, de la imprenta, de los clisés, de la publicidad. ¡Publicidad! El neoyorquino acecha con amor de pescador con caña (atribuyéndose, en este caso, el papel de mojarrita) el invento publicitario que lo pescará, que le hará correr el riesgo de una pequeña aventura, que lo divertirá como un *sketch*, como “un buen golpe”. Pasa el tiempo. ¿Cuánto? Tres horas por día no lo asustan. El tren para. En la plaza de la estación está su automóvil, abandonado allí a las 8 de la mañana, cerrado con llave: lo vuelve a encontrar a las 8 de la noche. Un automóvil-herramienta, no un automóvil-signo-exterior-de-riqueza. Herramientas en serie,

por otra parte; perfectas, dóciles, económicas y cuya adquisición no es realmente onerosa. Finalmente, el neoyorquino regresa a su casa, donde encuentra a su mujer, de la cual se separó por la mañana temprano. Más adelante trataré de desarrollar, sobre este tema, razonamientos imprevistos en materia de urbanismo.

Volviendo de Yale, en uno de esos coches pullman en que se puede vivir largo tiempo, pues escapa uno allí al hacinamiento de los coches ordinarios, en que se puede circular o moverse como uno quiere en el sillón ajustable, y en que reina el sereno abandono de un salón de club, converso con un profesor de la Universidad. Éste me explica lo que ha llegado a aceptar cada día de su vida. "Salgo de mi casa temprano, dejo el coche en la estación, tomo el tren, cambio de tren, llego a Yale. Y hago lo mismo en sentido inverso, de noche. Leo: ya ve usted qué cómodo es esto. Evidentemente, hemos creado todas las comodidades. Evidentemente, hacemos uso de ellas, de todas ellas; y quizá no tenemos tiempo para digerirlo; en nuestra vida no hay un minuto para poder *apreciar*; y nada nos impulsa a *apreciar*, es decir a tratar de llegar al fondo de las cosas. Estamos en el torbellino; somos, nosotros mismos, el torbellino; no tenemos opinión acerca de lo que no sea torbellino".

Un lunes por la mañana tomé uno de esos inmensos trenes que avenan el Connecticut y vuelcan por las rampas de la estación Grand Central las multitudes necesarias para la vida de la City. Los coches están libres de todo tabique interior; son vastas naves cuyas ventanas están herméticamente cerradas porque un circuito de aire acondicionado renueva constantemente el aire puro. Uno de los coches tiene *grill* y *bar*; a derecha e izquierda del *grill* hay mesitas; en la otra banda del coche hay un largo mostrador y taburetes giratorios. Aquí se toma el desayuno: leche, café, chocolate, huevos, jamón, etc. . . . Cada cual se sirve solo.

En todo el tren, tradicional limpieza. Un solo coche para fumadores. ¡Es poco! Allá van las señoritas a fumar sus Chesterfield o sus Camel (el atado cuesta 15 centavos de dólar *, o sea 1,50 fran-

* 60 centavos argentinos, más o menos, en 1947. (N. del T.)

ccs. ¡El monopolio francés nos revende ese atado, en París, a 6,50 francos! Del mismo modo, otro monopolio ha triplicado en Francia el precio de los automóviles Ford). La campaña norteamericana es agreste; gran parte del horror de los suburbios está suprimido por el hecho de que, en los Estados Unidos, *no existe ninguna valla alrededor de las casas o las propiedades*. En ninguna parte. Las casas surgen del césped, rodeadas por árboles. Esto da al paisaje una amplitud que es nueva para nosotros. Me gustan las tapias de nuestras viejas aldeas: son decentes, modestas, arquitectónicas siempre. Quiero decir con esto que esas paredes dignas y lisas ignoraban los *tres órdenes de la arquitectura* y las lucubraciones de los dibujantes arquitectos. Pero los suburbios de Francia son modernos, fruto de la enseñanza de las escuelas y del gusto reinante, que consiste en "parecer rico"; son desalentadores.

Por fin, he aquí las vanguardias de Nueva York, tan espantosas como el centro de París o de Berlín. El tren se hunde en un túnel, pasa debajo del agua, se detiene en la estación Grand Central.

Son poco más de las 9 de la mañana. Multitudes inmensas se vuelcan en las calles y las avenidas. El aire despierto del lunes matutino es estimulante. Toda esa gente que va a llenar las oficinas tiene buen aspecto y marcha con vivacidad y aplomo. Espectáculo reconfortante de acción y de soltura. En la fresca rubia de la mañana, el Rockefeller Center, neto, estricto, erguido en sus trescientos metros, habla de orden, de respeto, acaso de majestad. Trabajar allí es respetarse, respetar las jerarquías sanas, colaborar. Los *halls* se llenan; los ascensores bombean eficazmente en esa masa horizontal. A la verdad, el *business* ha creado su marco decente. En Nueva York, 9 de la mañana, lunes, se muerde a fondo una tajada auténtica de los nuevos tiempos.

y sano. Está lleno de vida; son lugares de vida robusta. La Plaza de la Ópera, en París, ya no es más que una reliquia.

Los norteamericanos le dirán: "Nueva York no es los Estados Unidos". Bien lo sienten; se reconocen mejor en Nueva Inglaterra, en Boston, ciudad del pensamiento y de la meditación, en Chicago, rival de Nueva York; en las innumerables ciudades "norteamericanas" (¡ah! Sí, ¡qué carácter unitario de trazados en forma de damero, de savia violenta, de acción!) y también en la diversidad de ese inmenso territorio en que Francia, como superficie, no equivale más que a un pañuelo: el norte y la nieve, a lo largo de Canadá; el sur y el calor constante en Florida —en Miami—, palmeras y balnearios y deportes náuticos; la Nueva Orleans, y los negros, con el tránsito intenso del Mississippi. Luego, las extensiones del trigo, hasta perderse de vista al pie de las Montañas Rocallosas. Los cañones. Por fin, en el último extremo, su paraíso: California y la puerta sobre el Pacífico, las islas, Tahití, con nuevas diversiones. China está en frente. Los norteamericanos se sienten cómodos en sus *cottages* de estilo colonial: arquitectura de alta calidad que expresa un espíritu sano, una vida amplia y honesta.

Nueva York, bien lo sienten, es un poco diabólico. Nueva York no es norteamericana. Es una capital del mundo que no tiene fronteras. Tengo derecho, yo, si soy suficientemente fuerte para abrir mi surco en Nueva York, de hacerme *neoyorquino*. ¡Pero eso no hará de mí un norteamericano!

Para un viajero, Nueva York es el acontecimiento del viaje. Para penetrar en la vida norteamericana —la verdadera— se necesitarían años, una verdadera exploración. Voy a asombrar a ustedes: los norteamericanos no conocen los Estados Unidos; es un país demasiado grande. No tienen ni la oportunidad, ni el tiempo, ni los medios, ni razón valedera alguna para viajar por su país. Pero los neoyorquinos tampoco conocen Nueva York. Nueva York es demasiado grande y la jornada sólo tiene veinticuatro horas. Somos nosotros, los viajeros, quienes tenemos un "punto de vista" sobre la ciudad: hemos ido a ver, mirar, comprender, juzgar. La existencia media, común, no nos atrae. Si se ofreciera la oportunidad, podríamos com-

17. LA CATASTROFE MAGICA

Nueva York es un acontecimiento mundial. Ya lo dije: el primer lugar del mundo a escala de los tiempos nuevos, el obrador de la época. Hace veinte años, Nueva York aun no era nada más que una extraña ciudad "de la gente de allá". No sin severidad se consideraba a esa gente y su ciudad; se decía: "América, allá". Y permanecíamos quietos con nuestros actos y nuestros pensamientos a la escala de siempre. Pero héte aquí que estalló el mundo; estaba henchido de savia y henchido de pus; la erupción inunda el universo con pus y con savia. Nueva York, fuerte, orgullosa de sí, en *prosperity* o en *depression*, es como una mano abierta alzada por encima de las cabezas. Una mano abierta que trata de amasar la substancia de hoy. Nueva York tiene un estilo; tiene estilo; está bastante madura para haber adquirido un estilo. No todo es hirsuto allí; hay calidad también. Un espíritu se afirma; reina en cierto recorrido de la Quinta Avenida, alrededor de Central Park o a lo largo de Park Avenue. La gente, las tiendas, los productos, la arquitectura han alcanzado un carácter que resulta grande, intenso

prender y amar la vida del *cowboy* en su *ranch*. Allí encontraríamos a un *hombre* desnudo; y ese es el fondo de la cuestión. En las innumerables ciudades de los Estados Unidos adivinamos sociedades medianas, en formación, en el largo camino de la calidad; lo mediano, las situaciones medianas nos parecen mediocres y no podrían despertar interés. Lo que necesitamos es ese potencial que pertenece a las *grandes ciudades*. El drama, la intensidad, la violencia misma, la substancia humana —la cosa humana que se desenfrena aquí y que en otras partes, en las ciudades medianas, se cubre pudorosamente. Nueva York es una capital del mundo y no tiene pudor. Es cruda.

Tanto en Chicago como en Nueva York, siempre nos harán visitar los barrios hermosos; sólo seremos recibidos por huéspedes que están a sus anchas, muy a sus anchas, terriblemente a sus anchas en medio de esas multitudes patéticas. Los *slums* de Chicago son terribles. *Slums* se llaman las zonas trágicas en que no hay más que covachas, vidas aplastadas por el horror del cuadro, viviendas que ya no son siquiera antros sino verdaderos instrumentos de suplicio. El *slum* no es solamente feo desde el punto de vista físico. Chicago, por ejemplo, ofrece un espectáculo impresionante en su Drexel Avenue, en que se alzan hoteles particulares, palacios Renacimiento alemán. Fué el centro de la *high life*, hace pocos años. Un buen día, por efecto de esos saltos violentos que son el destino de las ciudades (París, la Place des Vosges vaciada para llenar el barrio Saint-Germain; el boulevard Saint-Martin abandonado en provecho del barrio de la Madeleine; y, hoy, el salto, por encima de un vasto sector, a los Champs-Élysées, y creación de un nuevo centro vital en el oeste, a expensas de los bulevares que conocieron cien años de gloria, etc.) Chicago se cortó en dos pedazos: el eje de la ciudad, este-oeste, determinaba (como la Avenida de Mayo, de Buenos Aires) el destino de dos porciones de la ciudad. El lujo estaba en el sur; súbitamente saltó al norte. El sur quedó abandonado. ¿Quién vivirá en esas residencias de lujo principesco (y dudoso) de la Drexel Avenue? Nadie. Sí, empero: al cabo de cierto tiempo, se instalaron allí los negros. Acamparon detrás de los cristales o los

vidrios rotos, tapados con tablones; una *villa* se transformó en una aldea; la mala hierba invadió los jardines llenos de desperdicios, detrás de las rejas lujosas mordidas por la herrumbre. La miseria está allí. Porque quien dice *negro* en los Estados Unidos —por lo menos en el norte— dice *paria*. Ese *slum*, particularmente, es siniestro: no por el lugar sino por la clase de espíritu que ha sembrado la muerte en ese antiguo “paraíso”. Pero existen *slums* con todo el horror del término: barracones de madera o de ladrillos negruzcos, con un abandono, una disgregación, una decadencia total del signo vital: el mantenimiento. Aprietan el corazón. Son *slums* nuevos. Existen desde hace veinte o cincuenta años. Aun se admite en París —en los islotes de la tuberculosis—, en Barcelona —en el Barrio Chino, ese antro de la prostitución— que la miseria sea la suerte normal de los cadáveres de ciudades, de los barrios en putrefacción, signo trágico de la destitución: ésta significa que algo anda mal en la máquina social; es un testigo acusador de las épocas que han dejado podrir tal miembro para poder cubrir de joyas, anillos, collares de perlas y diamantes a otros miembros privilegiados.

En cuanto a los *slums* de Nueva York, los he entrevisto apenas y puedo decir que los neoyorquinos no se encuentran jamás con ellos en su camino cotidiano; los ignoran. Si los conocieran, les dolería el corazón y urbanizarían. Porque el mundo necesita urbanización para dominar la miseria de los hombres.

En el *slum* “moral” de Chicago he observado esto, por ejemplo: hay hombres, empleados u obreros, que cada día deben recorrer, de ida y de vuelta, en ómnibus o trenes metropolitanos, ¡noventa kilómetros para ir a ganarse el pan!

Desde un avión, se advierte mejor la miseria de las aglomeraciones urbanas y, particularmente, la tragedia de la vida de millones de norteamericanos lanzados al purgatorio de los transportes colectivos. Se adquiere la noción de catástrofe; catástrofe urbana, vida molesta de los hombres, las mujeres, los niños —en esos rincones en que está estancado el desecho humano—, pobres diablos tan magullados por el acontecimiento que no tienen ni la idea, ni la fuerza, ni el poder, ni los medios de unirse para gritar “¡guarda!”.

Y los padres de la patria o los padres de la ciudad ignoran la realidad de su miseria. Ellos tienen su pullman, todas las noches, después del cocktail excitante, que los absorbe por las puertas doradas del Grand Central Railways y los conduce a su automóvil; por caminos rurales encantadores penetran en el *living-room* silencioso y delicioso de su casa colonial.

El norteamericano es eminentemente democrático —salvo en cuanto concierne a los negros, y es esta una cuestión muy grave, que no puede juzgarse superficialmente. Es campechano, cordial y compañero. La miseria de la época se debe a que quienes mandan son aquellos que han triunfado y, por consiguiente, viven naturalmente en condiciones materiales de bienestar. Fatalmente, a pesar suyo, ignoran el gran osario de la miseria humana. La jornada sólo tiene veinticuatro horas y es preciso reanudar todas las mañanas la tarea interrumpida la víspera. Esa tarea es agobiadora; así, el circuito se cierra, estrecho, automático. No es posible acusar a quienes triunfaron de haberse rodeado de gracia y de ignorar de ese modo la catástrofe urbana.

Nueva York fascina, además, por la otra catástrofe, la catástrofe mágica: Manhattan, centro de los rascacielos, ciudad de pie.

La península está tendida como un lenguado en el agua del Hudson y el East River. Sus aletas, a lo largo de sus dos flancos, representan el más perfecto dispositivo de puerto mercante. Si se observa desde un avión, se piensa: este Manhattan es un territorio-tipo de ciudad moderna; este desarrollo de las márgenes protegidas contra los golpes del océano es puro como un teorema. Pero ahora caminamos por la avenida costanera: depósitos portuarios y dársenas son como dientes de peine hasta el infinito, hasta perder el aliento. Ordenación clara, lógica, perfecta; sin embargo, es feísimo, está mal hecho, es heterogéneo; el ojo y el espíritu se entristecen. Lo que pudo ser una empresa en común, regulada por la unidad serena y monumental; lo que pudo ser el innumerable estuche de esas maravillas que son los *liners* o los barcos de carga, todo ha escapado a la regla, se ha construido sobre el soporte del dinero rapaz, de la peor o la mejor manera, mal. Esa franja de agua, en

todo el contorno de Manhattan, no es más que espuma sucia. Sin embargo, la necesidad impone ya una iniciativa feliz. Como nada se concibió sistemáticamente, nada pudo preverse. En esa avenida costanera demasiado estrecha, que debe cumplir dos funciones antagónicas —lecho de tránsito fácil y charcos estancados y tranquilos de la descarga o el embarque— reina la más completa confusión. Hay que ver a un *liner* desembarcando o recibiendo a sus pasajeros con sus baúles. ¡Es edificante! ¡Qué miseria! ¡Cada cual se las arregla, naturalmente! ¿Se eternizará la sociedad contemporánea en el tumulto del sempiterno “arreglárselas”? ¿Será nuestra única disciplina el “Sistema D”? ¡Qué fracaso, y qué vergonzoso alimento procurado de ese modo a los individuos sin escrúpulos o demasiado astutos! Como la avenida costanera estaba embotellada y era impracticable, se llegó a una decisión y se construyó (ya está hecho en parte*) la herramienta salvadora de todo urbanismo moderno: la autopista sobre pilares, en el aire, libre, unida mediante rampas con el suelo; la autopista por la cual los automóviles corren a toda velocidad. En medio de ese infierno del tránsito, la gente se lanza raudamente, huye, con real alegría, por la autopista elevada, desde la cual se ven los barcos, la extensión del agua, los rascacielos. ¡Libertad!

¡Ah, si esos depósitos pudieran ser rehechos, ser reconstruidos con unidad! Los depósitos portuarios son cobertizos: no ofrecen ningún misterio ni secreto de fabricación. Rodeando a todo Manhattan, en más de treinta kilómetros, depósitos soberbios y puros formarían un collar de arquitectura unitaria en torno de la ciudad. Se ganaría dinero y eficacia. Me tiembla la mano; siento la tentación de tomar un lápiz. ¡Sería tan fácil hacerlo bien! Aquí se alinearian ya los bellos frutos de la empresa en común. ¡Pero el dinero ciego y apasionado lo ha estropeado todo!

Dentro del aro de sus depósitos portuarios, Manhattan se ha alzado en el cielo. Los rascacielos muy numerosos llenan el espacio, tapan el horizonte. No imaginé que hubiera tantos; creía que exis-

* Este libro fué escrito en 1936. (N. del T.)

tian unas cuantas muestras de temeridad y vanidad. Pero es la ciudad misma la que está de pie —o, por lo menos, parece estarlo, porque cierto número de verticales logran cortar el azul del cielo.

Los rascacielos, preciso es confesarlo, son aquí un accidente de la arquitectura. Imaginen ustedes a un hombre que fuera víctima de una perturbación misteriosa de su vida orgánica: el torso se conserva normal pero las piernas crecen tanto que se vuelven diez, veinte veces más largas. Del mismo modo, el torso de las casas normales que cubren terrenos normales se ha alzado de pronto sobre un soporte inesperado. Se ha caído en la abstracción del número. La regla de calcular y métodos de construcción nuevos, cosquilleados por factores bastante irrazonables, se han abstraído de las contingencias y se han lanzado a lo inédito: cien metros, doscientos, trescientos metros...

Las contingencias han seguido siendo las de antaño, y la catástrofe se ha producido.

Los torsos de las casas estaban acribillados de ventanas; sus desmesurados soportes también fueron así. Ya lo he dicho: ventanas de *cottage* o de palacete particular, ventanas de antaño, de la época de las paredes macizas de ladrillo o de piedra. Ventanas anacrónicas que poseen, empero, una virtud: la de expresar la presencia de un hombre normal, de un hombre que se encuentra detrás de su ventana de siempre. Así, marcando puntitos en el azul del cielo, en un orden muy sencillo, automático, regular —fatal, sí, e indiscutible—, hay ahora centenares de miles de ventanas; acaso millones. Es muy conmovedor. Poetas adocenados de las puestas de sol sobre las ruinas, retrógrados de todos los grados, negáis en nuestros diarios que el hombre —el hombrecillo con dos patas, una cabeza y un corazón—, sea una hormiga o una abeja esclavizada por la ley que la obliga a encerrarse en una caja, una casilla, detrás de una ventana; imploráis una libertad total, una total fantasía, de acuerdo con las cuales cada uno hará lo que quiera, arrastrado por un lirismo colectivo hacia senderos siempre nuevos, nunca trillados, individuales, diversos, inesperados, improvisados, innumerablemente fantásticas. ¡Pues no! He aquí la prueba de que un hombre permanece

en una caja que es su cuarto; y una ventana se abre sobre el mundo exterior. He aquí una ley de la biología humana; la casilla cuadrada, *el cuarto*, es la apropiada y útil creación humana. Esa ventana detrás de la cual se coloca el hombre es un poema de intimidad, de libre consideración de las cosas. Un millón de ventanas en el cielo. Es aquí donde comienza el espectáculo mágico.

Cien veces he pensado: Nueva York es una catástrofe; y, cincuenta veces: es una hermosa catástrofe.

Una tarde, hacia las 6, tomé un *cocktail* en la casa de Sweeney —un amigo que vive en un *apartment-house* a la derecha de Central Park, hacia el East River; era en el último piso del edificio, a cincuenta metros sobre el nivel de la calle. Miramos por la ventana, salimos al balcón; finalmente, subimos a la azotea.

La noche era negra; el aire era frío y seco. Toda la ciudad estaba iluminada. Quien no haya visto eso no puede saber ni imaginar. Es preciso haber sentido uno mismo ese asalto. Entonces se empieza a comprender por qué los norteamericanos están tan orgullosos desde hace veinte años, y por qué alzan la voz en el mundo y por qué muestran impaciencia cuando vienen a Francia. El cielo está empavesado. Es una vía láctea que ha descendido sobre la tierra; uno se encuentra dentro de ella. Cada ventana, cada hombre, una luz en el cielo. Empero, se crea una perspectiva por la estructura de las mil luces de cada rascacielos; esto se dibuja más en el espíritu que en la noche perforada por ilimitados fuegos. Las estrellas también están —las verdaderas—, pero como un suave crepitar lejano. Esplendor, chisporroteo, promesa, prueba, acto de fe, etc. El sentimiento entra en juego; la acción se inicia en el corazón; *crescendo*, *allegro*, *fortissimo*. Hémos aquí dentro del sentimiento, hémos aquí presas de embriaguez; hémos aquí bien afirmados en las piernas, con el pecho dilatado, deseosos de acción, llenos de una gran seguridad.

Es Manhattan con sus fervorosas siluetas. Verdades de la técnica, trampolín del lirismo. Las llanuras de agua, los ferrocarriles, los aviones, las estrellas y la ciudad de pie, con sus diamantes imaginables. Todo está ahí, verdadero.

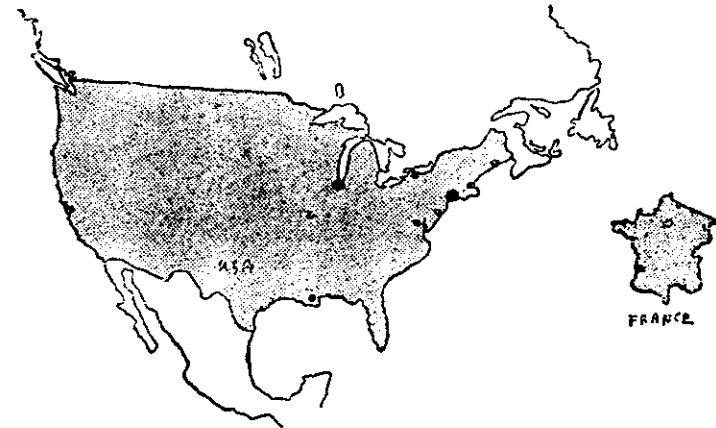
El siglo XIX ha cubierto la tierra con sus obras feas y sin alma. Bestialidad del dinero. El siglo XX aspira a la gracia, la elasticidad. La catástrofe está ante nosotros, en la sombra; espectáculo completamente joven, completamente nuevo. La noche borra mil objetos de discusión, de restricción mental. ¡Lo que es aquí es, por lo tanto, cierto! Todo es posible, pues. Que se inscriba en ello lo humano, mediante una atenta intención; que se introduzca —mediante equipos sensatos y mediante un pensamiento generoso, inclinado sobre la miseria humana—, la alegría en la ciudad. Que reine el orden.

El editor Scribner ha publicado para Navidad un álbum que se expone en las vidrieras: *"The magical City"*. Reflexiono, discuto conmigo mismo. Corrijo: *"La catástrofe mágica"*. Esa es la frase que contiene nuestra emoción y resuena en el fondo de nuestro corazón en el tumultuoso debate que constantemente hostiga a nuestro corazón desde hace cincuenta días, aquí: odio y amor.

La catástrofe mágica es para nosotros la palanca de la esperanza.

III

FRANCIA - ESTADOS UNIDOS



1. SOIS LOS FUERTES

¿SOIS LOS FUERTES, VOSOTROS, DE ESTADOS UNIDOS!

Nos queda esto: hemos reflexionado y quizá encontrado la filosofía de las cosas. Trabajemos juntos. Tendamos un puente sobre el Atlántico. Nueva York es la ciudad que está más cerca de París: un trayecto de ferrocarril París-El Havre. Y luego estamos en el barco. El barco es un lugar de descanso, de preparación, de in-

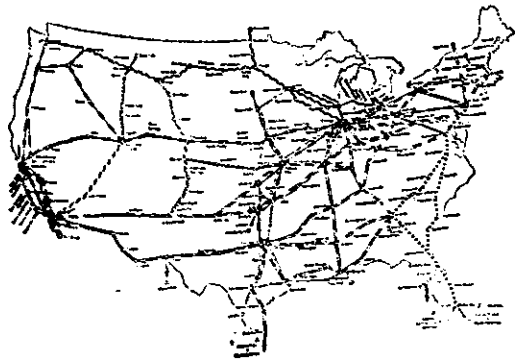
cubación. A bordo, la vida es deliciosa. Ya no es un viaje. Son ocios. Así, por ejemplo, las tres noches y los dos días de tren a Moscú son, contrariamente, una dura prueba. El barco es una alegría. Un día, las compañías comprenderán que se pueden construir barcos que no sean imitaciones de los *Palaces* terrestres. Decíale yo a M. Vilars, el comisario, experto y tan afable del *Normandie*: el *Normandie* es un barco magnífico. Es, en sí, un acierto; nada se le puede objetar. Pero deseo colaborar un día en el equipo de un *paquebote tonificante*, de un barco en que no se disipe uno una semana en las delicias de Capua, sino en que se *emplee* el tiempo; en que uno se sienta en alta mar, en que la etiqueta haya sido desterrada o, por lo menos, librada de vestigios de los tiempos pasados. Ese paquebote sería claro: dejaría siempre ver el mar, por todas partes. Porque, en el *Normandie*, nadie puede darse cuenta ni un instante de que se halla en el mar; el mar, hay que ir a buscarlo al puente. El puente grande es bastante hostil: es una galería cerrada por espeso maderamen. Necesitaríanse piletas numerosas y sin apresto "decorativo", pistas de carreras, oportunidades para subir y bajar. Mediante espejos bien colocados, ver las espléndidas máquinas. Disponer de instrumentos marinos de divulgación, que permitieran participar un poco de los acontecimientos del puente de mando. Ropa de sport, un ambiente organizado por el comisario: ambiente de acción y no de cocktails aperitivos. Una sala de baile que no tenga estiramiento. Una biblioteca que permitiera sumirse en las cosas del mar: viajes, aventuras, correrías, conquistas. Salones y camarotes de arquitectura náutica y no de "artistas decoradores". ¿Para qué ese disimulo, ese equívoco, esa hipocresía mediante los cuales se trata de hacer creer que el pasajero se ha quedado en la Plaza de la Ópera o en Vichy? ¿Para tratar de salvarlo del mareo? Estoy muy convencido de que el efecto es contrario: cuando las pilastras Luis XVI empiezan a inclinarse a 30 grados, opino que el "cliente" se inquieta con razón: es peor que un temblor de tierra. Pero si su paisaje arquitectónico estuviera hecho con los elementos mismos que constituyen el esplendor del casco, la claridad de las pasarelas, el racionalismo de los aparejos y de los instrumentos de a bordo,

creo que el desacuerdo sería menos chocante: que no existiría. Esa movilidad que es un barco, por su misma esencia, se tornaría normal y armoniosa; la angustia no surgiría o, por lo menos, el marco arquitectónico no sería el autor mismo de esa angustia. El único mareo que yo he conocido, lo sentí en 1896, cuando era niño, en el "Palacio de las Hadas", en una feria: se entraba en una sala arquitecturada de acuerdo con los ritos académicos, decorada con colgaduras. Unas cuarenta personas se aglomeraban allí. Luego, por un mecanismo, mientras el piso permanecía inmóvil, las paredes y el techo empezaban a oscilar; la arquitectura se hundía, las columnas se inclinaban espantosamente... y el mareo causaba estragos.

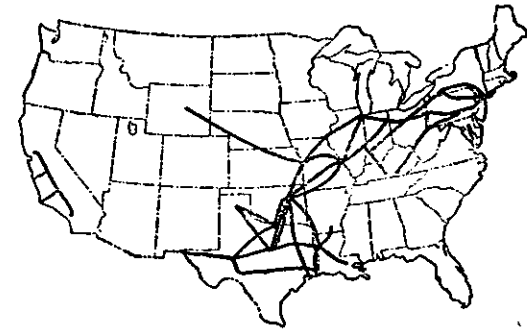
Si existiera el "paquebote tonificante" —aire de mar, azote del viento o la tempestad, sol, movimiento, paseos, natación, carrera, entrenamiento, óptica tranquilizada por un panorama marítimo, etc.— la travesía El Havre-Nueva York, mediante esa estratagema, se colocaría a las puertas de París. Los rascacielos de Manhattan ya no se burlarían de nuestro Luis XVI de pacotilla. Se entraría con pie firme en el alma de la ciudad y se hablaría a los norteamericanos, no de "nuestro gusto exquisito, tradicional e histórico", sino de las cosas que los preocupan y a las que aspiran: las concepciones de vida sabia. Y nuestra célebre "mesura" no sería una eterna restricción, sino una proposición activa, también: "Sois los fuertes, pero nosotros hemos reflexionado..."



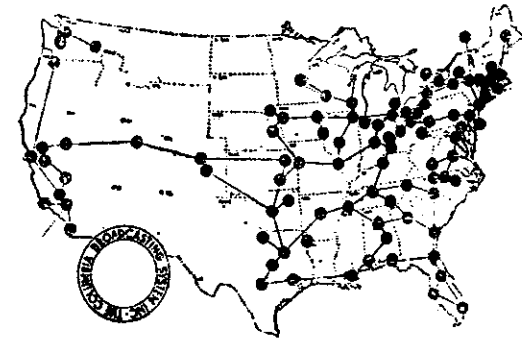
RED FERROVIARIA



RED AÉREA



EL PETRÓLEO



RADIOFONÍA. (ESTACIONES EMISORAS)

2. ORGULLO

Desde la postguerra, los Estados Unidos han entrado en la vida del mundo. Nueva York es una ciudad del universo, la primera ciudad construída a escala de los tiempos modernos. Y el orgullo anida en el corazón de los norteamericanos. Caso psicológico muy particular: una gran ternura por las patrias de su origen, Inglaterra, Alemania, Italia, Francia, España, Rusia, etc.; una gran ansiedad por sentirse tan súbitamente sentados en la cima del mundo (o, por lo menos, por creerlo); una necesidad de darse años, ilusiones de años lejanos: y la gente se rodea con un ambiente mobiliario e inmueble ritual de antaño (el caso de las Universidades es típico, con esas reconstrucciones de épocas góticas, tan exquisitas como burlescas). En fin: como Manhattan está de pie en el cielo, un orgullo permanente.

Son extraordinariamente acogedores; le tienden a usted las manos con una fuerte franqueza. Pero los hará usted muy felices si estalla de admiración. Y, en el fondo de ellos —como su postura es tan distinta de la nuestra, tan fuerte, tan llena de potencia explosiva; como su obra es ya gigantesca, y se presenta gigantesca

delante de ellos, en el porvenir—, ya no se sienten los “emigrados de allá”, los colonos, los desarraigados. Los Estados Unidos se han hecho; su estatura es formidable; el soplo animador es poderoso. ¿Qué somos nosotros, en nuestras ciudades chatas? ¿Cuál es nuestra respuesta a los rascacielos de Manhattan? ¿Versalles y Fontainebleau, la Turena, con Chenonceaux y Chambord? ¡Han venido a estudiar todo eso en la Escuela de Bellas Artes de París y han hecho los rascacielos! Si esto representa en Francia una grandeza moral indiscutible, ¿no es la de tiempos pasados? Los norteamericanos piensan, en el fondo de su alma: ¿Qué hacéis hoy, franceses, con vuestras tradiciones de grandeza? Cosas mezquinas. Es un sentimiento completamente nuevo, porque los Estados Unidos han pasado de golpe, los primeros, a la escala de los tiempos modernos.

Y ahora que ese rellano alto de las satisfacciones morales ha sido alcanzado, quieren reconstituir sus escalones: inventario, archivos o árbol genealógico. “Sería bueno que un libro de historia de los Estados Unidos llegara a sus manos. En él encontraría usted la razón de ser de nuestros actos y nuestros pensamientos”: seguridad un poco socarrona.

No convendría —sería una lamentable bifurcación— que ese sentimiento muy legítimo llevara a aquel que preparó, en Alemania, la marcha de 1914. En ese momento, en el mes de julio, al cerrarse el congreso de la Werkbaum en Colonia, oí a uno de los más grandes oradores del Reichstag, un socialista, exclamar: “Ahora, ¡que Alemania se ponga en marcha para conquistar el mundo, con el objeto de hacer triunfar el “buen gusto” germánico!”.

Ese grito, netamente belicoso, nos chocó; pero nuestras catedrales ya no eran blancas. Nuestro buen gusto colgado con un alfiler del escudo nacional, sólo era ya el fin de una herencia. Ese mismo “buen gusto”, ¿no es hoy el montón de basura que obstruye todos nuestros caminos? En un banquete que me ofrecieron en Nueva York cuatrocientos arquitectos, vi llegar, después de los discursos, a un señor distinguido, de bigote cano: “Soy francés —me dijo—, y arquitecto. Ya no ejerzo la profesión; soy profesor de arquitectura en la Universidad de Nueva York. Enseño a los jóvenes

el buen gusto y la belleza". Le contesté: "Muy bien; pero hay mucho que decir sobre ese tema". Su frase tenía, para mí, un sonido curioso. Me informé. Ese hombre amable es, según parece, el enemigo convencido de toda novedad. Al enterarse de que se proyectaba hacerme ir a los Estados Unidos, contestó negativamente cuando le preguntaron si consideraba útil esa iniciativa.

Esa clase de buen gusto está en quiebra en los Estados Unidos. El favor de que gozó era de antes de la guerra. Ahora, ante nosotros, encontramos el fenómeno norteamericano en pleno florecimiento. Y los Estados Unidos ya no son compradores de "buen gusto francés". Mostraré más adelante que los Estados Unidos compran hoy el gusto francés de los creadores, los inventores, la gente que tiene fe: toda esa producción despreciada por nuestra Academia, boycotada por nuestra Escuela de Bellas Artes.

Ese buen gusto tradicional hace que los norteamericanos nos consideren ahora como personas que hablan bien, que son espirituales y hacen piruetas Luis XV o Regencia; y algunos, en los Estados Unidos, dicen con un orgullo que nos pone en nuestro lugar: "Sois latinos; nosotros somos anglosajones". No hemos ganado la partida. En adelante, sólo en el terreno de los tiempos nuevos podemos hacer oír nuestra voz en Nueva York.

El hombre importante, verdadero *gentleman* de allá, con quien estuve en permanente contacto durante mi periplo norteamericano, me escribió: "Nuestras divergencias se reducen, en suma, a una cuestión de raza. El buen sentido común es para usted cantidad desdeñable; a mí, el llamado de la gloria me deja frío. Es la diferencia entre latinos y anglosajones..."

He aquí un problema pronto liquidado, que merece examen y exige una rectificación categórica. Los latinos, ¡ay! también practican el buen sentido común. Es el señor Clément Vautel —el "desalentador"— apreciado por innumerables franceses en esta deprimente época de inercia, de desencanto y de aprensión. Pero el francés tiene, empero, esa virtud histórica que consiste en practicar el buen sentido a secas. He asistido ya a numerosas reuniones internacionales. La confusión, en ellas, es extrema; y es el francés quien

restablece el orden, brevemente, netamente, claramente. Una de las cosas que me llamaron la atención en los Estados Unidos es la lentitud, las tergiversaciones, la inseguridad, lo deshilvanado de toda discusión que ha de llevar a una decisión. Esto, en los menores detalles de la vida; hasta para convenir una simple cita. Esto me ponía nervioso. Otros franceses, de Nueva York y de Chicago, me han confirmado esa opinión. El buen sentido común puede, en rigor, imperar en los "negocios". ¡Y hasta cierto punto solamente! Tengo la vaga impresión de que los norteamericanos hilan muy delgado en los negocios; también creo que el espíritu se aplica intensamente, en los Estados Unidos, a las cuestiones de dinero. El dinero reina poderosamente; absorbe una energía infinita. Si los rascacielos se construyen prodigiosamente, en un plazo "record" de uno o dos años, concluidos, instalados, puntualmente, no es ello el efecto de una rapidez fulminante del espíritu; es sencillamente la ley imperativa del dinero que moviliza las energías como en pleno campo de batalla. *Time is money*. En este caso especial, se trata de torrentes, Niágaras de intereses que manan en apresurada corriente; y la velocidad es tan sólo cuestión de centavos.

Nos acusan de amar la gloria: truismo de fabricación extranjera. Si ese pinchazo me va dirigido, se embota la punta, de golpe, sobre la coraza de mi indiferencia. Yo soy hasta cierto punto la bestia negra de los periodistas que, naturalmente, cumplen su deber, pero me fastidian indeciblemente; los recibo sin sonreír. Pero la gloria, en los Estados Unidos, es una mercadería tan codiciada que el periodismo y, particularmente, la publicidad desempeñan allí un papel muy importante. Allí alcanza lo inefable el hecho de que a uno le publiquen el nombre o la fotografía a un millón de ejemplares. En cuanto me concierne, se observó el rito sagrado. Una *manager* de publicidad se ocupó de mí en el Museum of Modern Art. Cuando regresé a Nueva York, un mes después, me dijeron: "Hay cerca de cuatrocientos artículos referentes a usted en la biblioteca". Contesté: "Muy bien, muy bien". "¡Pero usted los leerá, se los llevará!" "No señorita, ni siquiera desco verlos".

Tal respuesta es un *casus belli*. Una ofensa a la diosa *Publicity*.

Si deseo ardientemente que mi amigo no nos reconozca ningún "buen sentido común" (es un sueño demasiado placentero), reclamo, por lo menos, de ese primer experimento norteamericano la validación de nuestro "buen sentido", cualidad latina. De ningún modo pretendo que lo tengamos como exclusividad, pero el fenómeno norteamericano en su gigantismo nos parece desprovisto de buen sentido en muchas manifestaciones espectaculares.

¿La gloria? Pues bien, antes de que pudiera nacer esta controversia como consecuencia de la carta que evoqué aquí, había explicado yo que se lanza de Manhattan hacia el cielo, en *aigrettes*. "Vuestros rascacielos son demasiado pequeños e irrazonables." Eso también era un *casus belli*.

El Museum of Modern Art presenta, en el momento en que escribo, una gran exposición de pintura moderna, desde Cézanne hasta nuestros días: pintura de París, ya que París sigue siendo el regazo de las artes. Mi amigo La Roche posee en su casa de Auteuil la más hermosa colección de pintura cubista: Picasso, Braque, Léger, Gris. El Museo le pide que preste algunas de sus mejores piezas. "Estoy de acuerdo —contesta La Roche—, pero como la crisis ha sembrado la miseria en el mundo de las artes, deseo constituir un pequeño fondo de socorro —modesta iniciativa personal— y dejo al Museo el cuidado de determinar el monto de su participación en esta obra mía, tan necesaria." El Museo (Fundación Rockefeller) contesta: "Nuestros medios no nos permiten... pero, en cambio, vuestros artistas tendrán aquí una magnífica publicidad y se honrará a Francia". La Roche telegrafía: "¡Lo lamento muchísimo, pero mis cuadros no cruzarán el Océano!"

Me han llenado los oídos de ese rumor glorioso en los Estados Unidos. Esto lo explica todo: allá, la gloria es útil. Hace conocer el producto, produce dinero. Y por eso creo que, lejos de no existir en los Estados Unidos, la gloria y el buen sentido común son allí hermana y hermano siameses.

El truismo que no vale las flechas irónicas del extranjero tiene, sin embargo, un origen que hemos de reconocer. Nuestra prensa grande halaga nuestras vanidades. No surge un descubrimiento sen-

sacional en América, en Rusia, en Alemania o en el Kamchatka sin que aparezca la fatal explicación: "Sí, pero... eso fué descubierto ya, antaño, por un francés..." A menudo es cierto. Lo que casi siempre es cierto es que ese francés murió de hambre, más o menos. Historia común y regular. El periodista, en general, lo menciona sin comentario. El norteamericano podría, pues, decir más justamente: "La gloria es buena cliente de la Casa Francia, pero la Casa Francia no sirve ni de beber ni de comer; en cambio, ofrece hermosos discursos, más tarde: en el cincuentésimo aniversario de la muerte de sus grandes hombres".

3. ¿ES UN CANCER?

La publicidad norteamericana es una especie de narcisismo. Un hombre es una firma, y una firma es un cartel, un *gag* en una revista, un inmenso panel coloreado que se alza en el campo, en una encrucijada. El país es tan grande que es preciso hacer conocer a sus ciento veinte millones de habitantes, *urbi et orbi*, que esto o aquello existe. Tal es el origen sano de la publicidad.

Considerémosla en sus efectos. Lo que diré de ella concierne también a los países de Europa, pero en grado infinitamente menor. El país está formado por dos rebaños de corderos que están frente a frente, cabeza contra cabeza, empujándose con toda su energía. Resultado: ¡inmovilidad casi total, con un esfuerzo máximo! Yo lanzo un producto; en una oficina de rascacielos crepita una máquina de escribir; en la imprenta, las máquinas vomitan torrentes de prospectos. Inmediatamente, en otro rascacielos, una segunda máquina crepita y escribe el antiprodueto, el rival; en otra imprenta, inundación segunda de prospectos. ¡Se trata de prevalecer! Ingenio, gracia gruesa o fina, grito a la faz del país. Es preciso que mi clamor no sea dominado. Y el otro se pone a gritar más fuerte. Así sucesivamente. Los diarios adquieren proporciones inauditas. ¿Las re-

vistas? Pues bien, la materia intelectual de éstas es a menudo muy reducida, pero, en cambio, las páginas de publicidad se acumulan extraordinariamente. El norteamericano nos dice: "Encuentro notable nuestra publicidad; me causa vivo placer. Me entretengo leyendo esas proclamas y esas réplicas. Es verdaderamente estimulante".

En esa enormidad hay una desproporción del esfuerzo. Demasiada energía, demasiado dinero (y, por consiguiente, otra vez demasiada energía), se precipitan en ese entrevero. Examinen ustedes la economía del país: una estadística bien hecha podría calcular el gasto. Ese gasto no es para confeccionar un producto de consumo, sino, sencillamente, para dar gritos en la sabana. Tanto dinero representa horas de trabajo: trabajo para hacer ruido o producir viento. La economía del país es corroida por las labores estériles. Esas labores estériles son horas de trabajo cotidianas, dedicadas por la masa a pagar ese ruido y ese viento. ¿Una hora por día? Es muy probable. Mestraré más adelante las tres horas empleadas diariamente por los norteamericanos en circular en automóviles, tranvías o subterráneos; y, luego, las cuatro horas cotidianas (quizá) dedicadas a pagar el inmenso, el colosal, el desconcertante *waste* (derroche) de las ciudades-jardines o las aglomeraciones urbanas dilatadas. Adición: uno, más tres, más cuatro; he aquí ocho horas perdidas día a día por multitudes innumerables. No valía la pena emancipar a los negros hacia 1860, ya que ahora hay nuevas cadenas espantosas y torvas que encadenan la vida y llegan a quebrar la célula familiar: el *hard labour* (trabajo forzado) norteamericano, esa efervescencia, ese equipo fabuloso de los rascacielos, los teléfonos, la prensa, para hacer viento y encadenar a los hombres a un duro destino.

Si yo tuviera autoridad, prohibiría la publicidad: la *publicity*. Pero haría circular catálogos razonados de la producción, algo así como las Guías del abastecimiento. Y el ingenio se utilizaría para realizar la más estricta y clara demostración del objeto ofrecido en venta. Nada más. Prohibición de hacer *gags* acerca de un polvo de arroz o un digestivo. Se vendería más. El mercado sería más seguro, los charlatanes se verían derrotados.

Esa publicidad invasora nos dejaría en paz. En los taxímetros.

los torniquetes automáticos dan vértigo; en las calles y en los caminos, esos carteles inmensos, lucientes como si estuvieran cubiertos de celofán —jóvenes de ambos sexos, del más puro tipo norteamericano, exuberantes de salud, con las mejillas provistas de útiles reflejos—, esas frutas lucientes y también envueltas en celofán, con todos sus reflejos, esas cajas de productos diversos, esos frascos, esos automóviles, siempre con celofán y todos los reflejos... El señor Ingres, alzando un dedo, decía a sus alumnos: "Señores, el reflejo es indigno del gran arte".

La publicidad norteamericana carece de encanto y de interés. Poco viva, poco alerta, no tiene calidad plástica. Voy a decepcionar a los norteamericanos. ¡Pues sí! Nosotros, en París, estamos muy mimados desde el año 1890. A veces nos ofrecen carteles de publicidad que son obras maestras de ingenio y de plástica; un verdadero patrimonio. De vez en cuando gritamos: ¡bravo!, cuando esas notables decoraciones adornan nuestras paredes. ¿Es permitido envenenar el paisaje urbano y campestre con invasiones entristecedoras? ¡No! ¡Que por lo menos aproveche el espíritu!

En cambio, no puedo hacer silencio acerca de la publicidad luminosa de Broadway. Todo el mundo está informado acerca de ese chorro incandescente que corta diagonalmente a Manhattan y por el cual corre la marea de los mirones o los clientes de los cinematógrafos, los *burlesques*, los teatros. Imperio de la electricidad, dinámica aquí, en estallidos, en deslizamientos, en crepitaciones; giratoria luz blanca, azul, roja, verde, amarilla. Lo que queda debajo es decepcionante. Esas constelaciones a quemarropa, esa Vía Láctea por la cual se ve uno arrastrado, lanzan su desenfreno sobre objetos de consumo a menudo mediocres. ¡Peor para la publicidad! Lo que queda es una fiesta nocturna de los tiempos modernos. Retengo de ello que la luz colma nuestros corazones, que el color intenso, poderoso, nos conmueve y nos alegra. Y en Broadway, repartido entre cierta melancolía y una viva alegría, ando, sin esperanza, en busca de un *burlesque* inteligente en que brotaran, en medio de explosiones de ingenio, bajo la proyección paradisíaca de los *sunlights*, cuerpos desnudos de mujeres hermosas y blancas.

4. UN ALMUERZO DE NEGOCIOS EN EL PLAZA

He aquí algo que traza caracteres de razas.

Por una larga tradición de la cocina, por la sabia arquitectura de una comida, por efecto del vino, buen compañero del hombre, el francés sabe comer y convidar. La comida es todavía, gracias a Dios, uno de los buenos momentos de la vida. El francés conversa mientras come; la conversación es un signo de cultura. Los "negocios" abdican; hombres y mujeres vuelven a encontrar el placer de la compañía. Quien ha viajado habrá observado que hay pueblos que no hablan mientras comen. Aquende o allende las fronteras, los comedores son, o bien silenciosos, o bien sonoros de bromas y de ideas. Los restaurantes norteamericanos son silenciosos.

Señalaré inmediatamente ese rasgo característico: la terraza de los cafés es cosa latina. Ni Londres, ni Nueva York, ni Berlín, ni Viena, ni Moscú las tienen. La hora del aperitivo es latina. En Nueva York, es la hora del cocktail.

El cocktail (los cocktails) se toma por turno en casa de tal o cual individuo, después del trabajo en la City. Treinta, cincuenta personas, a veces más. La gente permanece de pie. No se puede

conversar de pie porque, en medio de una frase, interviene un tercero que le palmea a uno el hombro: "Hello, boy!" Inútil insistir: la conversación es imposible. Los cocktails se van sumando, la sangre se calienta, las voces suben de tono; el ruido, de molesto se torna insoportable. Todo el mundo grita y tiene la sonrisa del alcohol. Garrotazos violentos sobre los espíritus fatigados por el *hard labour* de la City. Decididamente, la conversación no es posible.

Un aperitivo francés se toma estando la gente sentada alrededor de una mesa. Se reúnen dos, tres, cuatro personas. Los comensales han sido elegidos. El aperitivo se bebe lentamente. La conversación es tranquila; entrecortada a veces por silencios de bienestar. Se habla, se discute; también puede haber una disputa. Pero la idea tiene continuidad. Así nacen las ideas personales, los puntos de vista, las opiniones. Es el ágora en torno de un sifón. El aperitivo es una institución social y la terraza de un café es una institución urbana. Advierto, al terminar este panegirico, que yo no bebo el aperitivo: me falta tiempo para ello.

El almuerzo de negocios se realizó en el Plaza, hotel de categoría. estilo viejo, estilo excelente. Me gustan esos amplios y hermosos hoteles que no están hecho "en moderno" pero han adquirido un pasado por su instalación opulenta. Hay pasados vivos y pasados muertos. Ciertos pasados son los más vivos instigadores del presente y los mejores trampolines del porvenir. En este caso, se trata solamente de un pasado de los tiempos opulentos.

Un industrial del acero, francés a quien conocí en el *Normandie*, nos ha reunido con el presidente y el vicepresidente de una de las cinco grandes empresas del mundo. Presentación, pequeño cocktail mientras se preparan los *hors-d'oeuvre*. En tres palabras precisas, nuestro amigo ha expuesto el objeto de la reunión. Inmediatamente, formulo mis propuestas. El reverso del menú se cubre con gráficos cuya elocuencia escapa a las acechanzas del idioma. En un cuarto de hora, el asunto está terminado. Todo está aclarado y comprendido, y el orden de las operaciones queda determinado. En ese punto, nuestro amigo vuelve a tomar la palabra. Cuenta un cuento. Veo que los ojos de nuestros invitados expresan atención; luego viene

la sonrisa, el estupor, una apariencia de malestar; finalmente, una carcajada formidable. Es que acaban de oír un buen chiste, un cuento francés bien zafado, algo terriblemente crudo y divertido. Ahora se sienten a sus anchas; el almuerzo se ilumina. ¡Se acabaron los negocios! El apetito llega mientras se conversa. Nos separamos sin ceremonias, amistosamente, como camaradas. Los negocios han sido purificados por la incidencia del *esprit*. En adelante, una especie de complicidad existe entre nosotros. Un almuerzo alegre facilita los negocios.

5. UN ALMUERZO DE HOMBRES DE NEGOCIOS EN BOSTON

Hoy como solo en el Copley Plaza de Boston. Me aburro; tengo tiempo para observar. Silencio religioso en esta sala de hotel excelente. Frente a mí están tres hombres de negocios; ingenieros, seguramente. Cada cinco minutos, uno de ellos dice una palabra. Silencio y masticación. Esos tres hombres tienen hermosos rostros, característicos de su nación: reflexivos, firmes, enérgicos. Un viejo, un joven, uno de edad mediana. Concluye la comida. Café. Silencio. Luego, al cabo de mucho tiempo, empieza la conversación. Sin duda hablan de sus inventos, pero sin pasión ni agitación. Mascan las palabras, hablan en voz baja, reflexionan. Aun diría que están como bajo la influencia de un acontecimiento religioso. Esos hombres me han conquistado por sus hermosas facciones. Pienso: ¡qué país serio y grave! Cuando tales hombres se aferran a una idea, a una acción, no han de soltar su presa. En cambio, si son indudablemente felices en su serenidad, aún no han gustado las alegrías del pensamiento: no de un pensamiento que es una línea de conducta, una ética (pues la tienen, seguramente), sino del pensamiento

vivaz, activo, que contiene las alegrías de una pradera profusamente cubierta de flores.

Días antes, ingenieros de Nueva York me habían ofrecido un almuerzo en su club. Observación de la misma naturaleza. Considerando su mirada advierto aquí, una vez más, que la cuestión sexual está presente. Sus ojos son impresionantes. Además, una frase me ilumina: "El salitre es anafrodisíaco; todos los días se da una cucharada de salitre a los soldados del ejército norteamericano".

Relaciones entre hombres y mujeres. Trabajos de ingenieros, *hard labour* de la City, crimen urbanístico de las regiones urbanas espantosamente dilatadas. Vida cotidiana abortada por culpa del desequilibrio de los tiempos mecánicos. Empiezo a hilvanar meditaciones precisas: el núcleo familiar está afectado. A menudo, los norteamericanos de las ciudades dicen: "Somos víctimas de un complejo de inferioridad". ¡Benditos rascacielos de trescientos metros de altura!

El final de nuestra comida fué sereno, silencioso, meditativo, porque cada cual llevaba dentro de sí un corazón acaso mal regulado.

6. MISTER ALBERT C. BARNES, DE FILADELFIA

Creo que Míster Albert Barnes tiene, por su parte, un corazón bien regulado, del tipo de la charanga militar, con muchas cornetas de llaves, platillos y tamboras.

Hacia 1922 no se hablaba más que de él en París-Montparnasse. Aún se decía que había artistas que dormían de noche sobre el felpudo de su habitación del hotel, para estar seguros de verlo al día siguiente. Llegaba de los Estados Unidos como un cometa empenachado, luciente, salido de sus fábricas de productos farmacéuticos. ¡Iba a comprar Arte Moderno! Se dejó orientar bien, especialmente por Paul Guillaume. Con su *stock* creó la "Barnes Foundation" (Fundación Barnes) para la cual construyó un palacio en Filadelfia*. Suscitó un vasto rumor. ¡Allá, en los Estados Unidos, quedaban consagradas las artes de hoy! Ciertamente es que Mr. Barnes estableció la solidez de su colección sobre valores que, en ese momento (el tiempo corre), ya habían llegado a ser valores sin riesgo alguno: Cézanne, Renoir, Matisse. Bien vemos, en estos días, que, en París, nuestros académicos se entusiasman por Cézanne —¡el hombre más escarnecido del mundo!— Mr. Barnes se aventuró poco

* Más precisamente en Merion, Pennsylvania, cerca de Filadelfia. (N. del T.)

en las avanzadillas. Por otra parte, no puedo aportar muchas precisiones al respecto; y he aquí por qué:

Cuando me entregaron, en el Museo de Arte Moderno de Nueva York, el itinerario de mi viaje, vi que en él figuraba Filadelfia y dije: "¡Hombre! Iré a ver la colección Barnes". "Es usted muy presuntuoso; existe muy remota posibilidad de que lo reciban. Escriba, de todos modos, y hágalo de suerte que halague al dueño de casa, que es muy susceptible". Me asombro, me siento con derecho a visitar esa colección, puesto que creé y dirigí en 1919 *L'Esprit Nouveau*, que libró el buen combate, el gran combate en pro de las artes de hoy.

Llego a Filadelfia al caer la tarde; hablo, por la noche, el viernes 8 de noviembre, en la *Art Alliance*; regreso a Nueva York al día siguiente, a las 14. Desde Nueva York había escrito a Mr. Barnes una carta respetuosa. Pido a mis huéspedes de la *Art Alliance* que realicen las gestiones necesarias ante Mr. Barnes para poder ser recibido el sábado por la mañana. Los rostros se tornan sombríos. "¡No lo conseguirá usted!" "¡Entonces, voy a hablar por teléfono!" "El número telefónico de Mr. Barnes es secreto. Pero nuestro sereno, que toma su servicio esta noche a las 21, es un protegido de Mr. Barnes. Tratará de intervenir." A medianoche me anuncian que el sereno no se ha atrevido a intentar la aventura. "¡Está bien! —digo yo—. Mi interés se vuelve hacia los pintores, mis amigos o mis maestros. La pintura moderna, la conozco. ¡No lloremos más, hermanos, y, sobre todo, no hablemos más del asunto: es demasiado tonto!"

Al día siguiente, en mi correspondencia, encuentro una carta de Mr. Barnes, escrita en francés:

*"En réponse à votre lettre, je vous fais savoir que vous pouvez visiter la galerie, mardi, novembre 12, de midi à 2 heures. Cette permission ne comprend aucun membre de la Philadelphia Art Alliance. Agréez mes salutations *."*

Firmado: ALBERT BARNES."

* "En respuesta a su carta, le hago saber que podrá visitar la galería el martes 12 de noviembre, de las 12 a las 2. Este permiso no comprende a ningún miembro de la Philadelphia Art Alliance. Reciba usted mis saludos."

Le devolví la carta, cruzándola con el texto siguiente:

"Siento infinito respeto por la fortuna y el orgullo. Empero, con muchísimo pesar, no me será posible aguardar cuatro días delante de la puerta de la Fundación Barnes. Ruégole me perdone la descortesía que le hago de ese modo.

El fundador de *L'Esprit Nouveau*, que libró batalla, en 1919-1925, en favor de los artistas que usted compra.

En Nueva York, recibí una amable respuesta, escrita a máquina y en francés, sin firma esta vez. (Me dicen que Mr. Barnes no habla francés.)

ALBERT C. BARNES
Merion, Pa.

Le 12 novembre.

Maître Corbeau, dit "Le Corbusier".

"J'ai ouï dire que vous étiez bien ivre vendredi dernier à la soirée de l'Alliance des Saucissons à Philadelphie; je présume que vous étiez encore en l'état de profonde inébrété lorsque vous m'avez griffonner vos remarques. En tout cas, Maître Corbeau sait à présent que Maître Renard n'a de respect ni pour les pantins, ni pour l'Alliance des Ballots qui les emploie. Vos excuses, par conséquent, sont adressées à moi par erreur: vous les devez à Jean de la Fontaine pour avoir perverti sa fable en ce que Maître Corbeau se met en tête de jouer le rôle de Maître Renard.

*"Maître Renard, dit "Albert C. Barnes", le fondateur, antérieurement à 1910, de l'Esprit Nouveau qui cherche à différencier le vrai du faux en art et en culture. Le présent épisode atteste une mesure de succes" *.*

* Este texto, que contiene muchos errores gramaticales y anglicismos, expresa: "Albert C. Barnes. Merion, Pennsylvania. El 12 de noviembre. Maese Cuervo, llamado "Le Corbusier": He oído decir que estaba usted muy ebrio el viernes pasado en la velada de la Alianza de los Salchichones de Filadelfia; supongo que seguía usted en estado de profunda embriaguez cuando me gara-

Mi respuesta del 13 de noviembre:

"Mr. Barnes. He recibido su carta del 12 de noviembre. Ha descargado usted su humorismo: yo había descargado mi humor. Juzgo —y espero que me aprobará— que es estéril el estado de guerra entre personas que aman las mismas cosas o tienen las mismas pasiones.

"No estaba ebrio en Filadelfia. Los tres *whiskies* de la Art Alliance no me han embriagado. Soy buen bebedor. Le escribí a usted al día siguiente, con sangre fría. Pero estaba disgustado por las difíciles gestiones exigidas para la visita de su colección y me había quedado, el sábado, en Filadelfia para efectuar esa visita.

"Admitamos que el asunto fracasó. Admitamos, inclusive, que probablemente no volveré nunca a Filadelfia. Admitamos también que no se nos presente jamás la oportunidad de encontrarnos.

"Me gusta mucho pelear en la vida; lo hago sin temor. Pero encuentro que, aquí, la hostilidad es inútil. Por eso le dirijo estas líneas para dejar constancia de que terminó el duelo.

"¿Quiere usted?

"Sus palabras desagradables, estoy seguro de ello, no se aplican a mí. ¡Infórmese oportunamente!

"Sin rencor,

L. C."

Al día siguiente, bajo sobre con membrete de la *Foundation*, me devolvieron mi carta, sin abrirla. Pero Mr. Barnes, de puño y letra, dentro de un óvalo, había escrito en grandes caracteres en mi propio sobre. MERDE.

(firmado) A.C.B.

bateó sus observaciones. En todo caso, Maese Cuervo sabe ahora que Maese Zorro no les tiene respeto ni a los títeres ni a la Alianza de los Badulaques que los emplea. Sus excusas, por consiguiente, me han sido dirigidas por error: las debe usted a Juan de La Fontaine por haber pervertido su fábula, por cuanto Maese Cuervo pretende desempeñar el papel de Maese Zorro.

"Maese zorro, llamado "Albert C. Barnes", fundador, antes de 1910, del Espíritu Nuevo que busca diferenciar lo verdadero de lo falso en arte y en cultura. El presente episodio da testimonio de cierta medida de éxito."

¡Y eso es todo!

Mi amigo La Roche, de París, ha tenido la valentía de constituir una colección infinitamente más "atrevida" que la de Mr. Barnes; está justamente orgulloso de ella. Su alegría es interior. Acoge a todo el mundo con gran amabilidad; más aún, pone su casa y su colección a disposición del público, dos tardes por semana. Él no se hace ver: está ocupado en su Banco. Cree que el valor de su colección se debe a los pintores que pintaron los cuadros, y no exclusivamente a él, aunque haya hecho sus adquisiciones con un gusto impecable.

Si cuento aquí esta historia, es que da testimonio de la gruesa satisfacción que sienten los hombres que en una, dos o tres generaciones, han "hecho la América". ¡Si se quiere, es, en cierto modo, una historia de *cowboys!*

7. LAS CORRERIAS DE LOS INDIOS NO ESTAN TAN LEJOS

Le guardo rencor al diario moderno y, más aún, al diario norteamericano. Un triunfo de la invención y de la energía hace que nos mantengan al tanto de los acontecimientos del mundo, hora por hora. Por una cantidad irrisoria, tenemos, impreso en negro sobre blanco, el gráfico de la palpitación del mundo. Diario leal y breve. ¡De ningún modo: el diario es inmenso y "arregla" la verdad! En Nueva York, el *New York Times* del domingo pesa 1 kilogramo con 290 gramos. ¿Han leído bien? Contiene algunos decigramos de ideas, excelentes, bien expuestas, y de información de primer orden.

¡Hablemos de lo demás! Publicidad y *gang* (pandilla). Además, numerosos suplementos ilustrados en rotograbado, capaces de hacer pasar el tiempo, *de absorber tiempo*. Eso es, precisamente, lo que le reprocho al diario contemporáneo. Calculo el punto y admito que tal es la fatalidad de la época. Como soy urbanista, comprendo: ¿qué quieren ustedes que hagan tantos millones de individuos obligados a elegir entre su departamento mediocre o la calle, que está lejos de ser atrayente? El peso del diario moderno es, pues, una función directa del malestar urbano.

El diario francés, relativamente breve, bien clasificado, establece una sabia dosificación entre las cosas serias —la política y la economía— y las cosas “excitantes” —los relatos de portera—: revólver, mujer cortada en pedazos, proceso escabroso. No detesto esos relatos de portera cuya virtud cardinal consiste en *ser verdad*. Tocan el fondo de la psicología humana: Balzac cotidiano. A menudo, Balzac no se ha atrevido a tanto como la vida, tal como la refieren las noticias policiales. “Debo —decía— mantenerme dentro de lo verosímil.” El diario es a menudo *increíble*; no es inútil enterarse de lo que es la vida. Más vale estar informado y saber que hay lobos en la estepa.

Los diarios de los Estados Unidos están llenos de historias de *gang* aunque la suspensión de la Prohibición ha puesto en situación de retiro a los ejércitos de *bootleggers* (contrabandistas de bebidas alcohólicas). Aun quedan muchos *gangsters*. A la verdad, el *gangster* es un producto natural norteamericano: las correrías de los indios no están tan lejos y la colonización muy reciente (sólo en la postguerra se ha cortado la inmigración) ha proporcionado categorías de “indios” de un calibre a veces superior al de los modelos de nuestros clásicos. Broadway huele a *gang* por su mescolanza intélope de truhanes emboscados y de visitantes honrados en busca de pequeñas sensaciones equívocas. Broadway, lugar del mundo tenso como una cuerda; con abundancia de bailes sobre la cuerda. Allí se percibe el tumulto del desembarco, del desembalaje reciente de una civilización. Es un lugar intensamente viviente, muy “nuevo mundo”.

Los colonos —porque, efectivamente, los hay y el espíritu norteamericano mismo está muy fuertemente marcado por las disciplinas y los desbordamientos de una sociedad que, en cierto modo, acaba de desembarcar— atraídos por móviles violentamente opuestos (estos, para salvar y mantener la fe, su religión o su ética; aquellos, ávidos de aventuras, de dar golpes, de ganar dinero) — los colonos se renuevan todos los días. Gente del interior, llegada con el pretexto de un negocio, no podría ir a otra parte que a Broadway, porque Broadway es una calle acogedora: las cataratas de luz le han estado haciendo seña desde tiempo atrás (películas cinematográficas

y noticias de policía). Los escaparates de productos para colonos de visita están en las tienduchas y los lugares de esparcimiento. Ello responde al *bled** o a la sabana. Broadway es, en dimensiones gigantescas, una de esas “pulperías” que se suelen ver a lo largo de los caminos nuevos de Marruecos o en el interior de los Estados Unidos: acumulación de cosas en que se encuentra todo lo que puede ser útil, clavos, cordel, camisas y corbatas un poco llamativas, calzado y, aquí, lindas mozas en los *burlesques*. Abastecimiento a lo largo del camino: equipo y pasiones, tiradores y hembras, *utilities* y excitación sexual. El sueño, aquí materializado en un chisporroteo de avisos luminosos, de multitudes que avanzan como una ola, de manjares bien arreglados en medio del brillo de los metales cromados, revive la magna aventura del *Tren de las 8.47*** a la escala de Manhattan.

* *Bled* (voz árabe): el *hinterland*, la zona no pacificada del norte de África. (N. del T.)

** Famosa novela de Georges Courteline que relata las andanzas de dos conscriptos franceses en uso de licencia. (N. del T.)

8. CRESCENDO

París sombrío, deprimido, en instancia de revolución. Temperatura húmeda, cielo de algodón (en los corazones). Otoño de 1935.

"1937: *¿Arte y Técnica?*" Modas. Prolongación de "1925" *Exposición Internacional de Artes Decorativas*. El arte decorativo aún no ha muerto, porque las Cámaras de Comercio velan y su palabra resuena fuertemente en el Concejo Municipal. ¡Tenderos electores están sin trabajo en la ciudad, y este es un argumento muy serio! Intento de salvamento de industrias agonizantes; los cadáveres exigen seguir sentados en su sillón. Es posible que veamos reaparecer a los cocheros de plaza. "Arte y técnica" era un hermoso programa. Suscitó esperanzas. ¿Estará abierta la puerta que da al mañana? ¿No nos apresuremos! Falta celebrar grandes funerales. Habrá baldaquinos en "Arte y Técnica".

Normandie, embajador de Francia en los Estados Unidos. Dimensiones, no de Francia, sino de América. El mar ha dejado de existir; este es un cofrecillo para transporte. Admirable; deleite, vida muelle y plácida. Pienso en mi "paquebote tonificante". He reclamado al comisario, para nosotros, *smokings* de color: los *grooms*

bermellón están de acuerdo con la fastuosidad del buque; nosotros, a la hora de la comida, damos el espectáculo de un entierro en la aldea; las hermosas damas florecen en el esplendor de sus *toilettes*. Curioso fin de civilización: el hombre que llevó plumas de avestruz en la cabeza, rosadas, blancas y azules, y ropa de brocados o sedas rutilantes, ya no sabe hacer otra cosa que meterse las dos manos en los bolsillos de un pantalón negro. Maurice de Waleffe, hace diez años, presintió esa decadencia; pero su cruzada se rompió las narices en las medias de seda y los zapatos con hebillas intempestivas. Empero, el problema debe examinarse de nuevo; la reforma del traje masculino es necesaria. Es tan difícil como cambiar la ética y la base institucional de una sociedad. El traje es la expresión de una civilización. Seguimos llevando la ropa que ha dejado de usar un parlamentario. El traje revela los sentimientos más fundamentales: mediante el mismo, manifestamos nuestra dignidad, nuestra distinción, nuestra frivolidad o nuestras ambiciones profundas. Aunque es *standard*, el traje masculino no elude la intervención individual. Pero ya no nos conviene. Por lo que de él subsiste, tenemos la prueba de que la revolución maquinista no ha llegado a la madurez.

Las *vibraciones* del paquebote *Normandie*, son conocidas en los Estados Unidos, que creen maliciosamente en ellas: "¿Ha sufrido usted mucho?" "En absoluto: ¡cero! *Normandie* tiene vibraciones localizadas en la popa: las cuatro quintas partes del barco son inmunes a ellas." "¡Me sorprende! Una señora está en el hospital, para reponerse, desde hace cuatro meses." ¡Qué omnipotencia tienen las fuerzas de desconsideración! Se realiza una obra maestra de la técnica; la señora, según la opinión pública, queda enferma durante cuatro meses y los norteamericanos están encantados. Sin embargo, *Normandie* fué construido (con razón o sin ella; yo no soy ni marino ni custodio del Tesoro de Francia) a la escala norteamericana.

Hemos visto aparecer la ciudad mística del mundo nuevo, allá lejos, de pie sobre Manhattan. Ha desfilado ante nosotros a quemarropa: espectáculo de brutalidad y de salvajismo. Los rascacielos no eran de vidrio, contra todas nuestras esperanzas, sino de piedra, con tiaras encima de ellos. Miden trescientos metros de alto, acon-

tecimiento arquitectónico prodigioso en el cielo, completamente nuevo; Europa es rechazada de golpe, con sus dimensiones sofisticadamente validadas por la palabra de los ediles y "la virtud de nuestras tradiciones".

Manhattan nos repite una lección de historia natural: el hombre es una hormiga, con hábitos de vida precisos, con una conducta unánime. Queriendo "liberar" al hombre de sus realidades biológicas mediante una urbanización extensa nuestros *bourreurs de crânes** han sumido a las ciudades en el ridículo, en el atraso y en pequeñas aventuras que pueden comprometer su salud; el individuo y el grupo son molestados; la especie es molestada.

Desde los primeros días se advierte que los Estados Unidos son animados por el espíritu arquitectónico, que se manifiesta en todas las cosas, desde el rascacielos hasta la máquina, el objeto, el *bar* y el traje. Sentimiento opulento de las cosas; evolucionará entre querer y poder, entre el éxito indiscutible y una tristeza fúnebre de la cual volveremos a hablar.

El color interviene violentamente, cada vez que el dinero está en juego. Para llamar, se grita; para gritar bien en medio del estrépito del gentío, se hace funcionar un telégrafo Chappe** hecho con bermellón, amarillo, verde, azul. El encantamiento mágico en Broadway. En los *burlesques*, las mujeres de cutis deslumbrante tienen cabelleras de oro, que son como metal cincelado por un orfebre, con la vivacidad de talla del cincel. Cascos incisivos (¡que nada de vaporoso tienen!), netos, rizados, apretados, a vivo, de macizo estilo. Por otra parte, la mujer es un hermoso animal sano; hermosísimo animal. (Perdón, señoras: esto es un gran elogio.)

Tristeza de los hombres jóvenes, de brazos fuertes, llenos de corazón. Su espíritu no ha salido a descubrir alegrías interiores, fruto de las civilizaciones. Se sienten vacantes. Como sufren esa incapacidad de edad —edad del pueblo—, son dolientes y fúnebres. Hay demasiado dinero en el hecho norteamericano.

* "Estofadores de cráneos", los propagandistas patriotericos o demagógicos que proclaman ideas falsas para confundir a la opinión. (N. del T.)

** El telégrafo óptico. (N. del T.)

En las universidades, varones y niñas buscan el saber; algunos, la sabiduría.

En este plano triunfa el francés. Ya no tiene las inquietudes de la adolescencia. Francia es adulta. Los viajes a cualquier país demuestran la fuerza espiritual del francés. Esto se ha dicho y escrito a menudo. La fuerza espiritual del francés pertenece a la ostentación de las virtudes del mundo. Lejos de hacer de ello un pedestal de vanidad y de inercia, habría que apoderarse, al contrario, —en este momento peligroso de la historia—, de esa fuerza: transmitirla al motor y establecer el contacto. Y que pase la corriente; que fructifique una virtud que no se emplea; que un capital dormido alimente los actos de la nación y, aun más, lleve a la sinfonía de los pueblos su fermento precioso. Dos mil años de experiencia ininterrumpida, sin eclipse, no pueden caer en el sueño en la hora decisiva, o ser guardados en el sótano, o encerrados en celosas Bastillas por vejates que agitan los brazos en el aire porque el mundo nuevo estalla y comienza una nueva civilización.

Así, por ejemplo, el museo de Hartford, ciudad de Connecticut —un museo intensamente viviente— es esencialmente francés (de esa Francia que Francia desprecia bajo la férula de las academias). En el Museo de Arte Moderno de Nueva York, por primera vez se exponen tan bien obras de Fernand Léger, pintor. Hablaré más adelante de ese arte de París que ha conquistado al mundo entero y que, en los Estados Unidos, se muestra en verdaderas solemnidades: artistas cubiertos de oprobio por el Instituto de Francia y rematados por los servicios del Estado. Rechazados, desplazados: historia de estos últimos cincuenta años de servidumbre y de catalepsia. Un día, en la América del Sur, en Buenos Aires, una personalidad me dijo: "Usted que conoce a algunos ministros en París, dígales que dejen de tomarnos por idiotas y que no nos manden más sus conferenciantes, sus cuadros o sus estatuas oficiales. ¡Nosotros conocemos a la verdadera Francia!"

Cuando eran blancas las catedrales, el espíritu era conquistador. Pero las catedrales de Francia son negras ahora, y el espíritu herido.

En un crescendo sinfónico, los trabajos de la nueva civilización

se acumulan. El espíritu conductor desfallece. Los jóvenes obran *pero no saben*. Los viejos conservan sus tesoros acumulados, pero ya están agotados. En el mundo moderno aparece la escala de las nuevas empresas. Que se produzca el relámpago —la conjunción—; que rompa las barreras estrechas; que libere las fuerzas comprimidas, que son tantas. ¡Que la sofocación sea reemplazada por la expansión! Espléndida e inminente aventura de una nueva edad media.

En Nueva York, los acontecimientos, por doquier, han superado la fiscalización del espíritu. Esfuerzo titánico de organización y disciplina en medio de un caos que se ha instalado a merced de la velocidad del tiempo acelerado: especie de monstruo que resopla, estalla de salud, retoza a sus anchas. Progresión geométrica del caos. Encefalitis de la región neoyorquina: doce millones de hombres condenados al *hard labour*. Esa dura realidad no es un ejemplo para nosotros. Es un desbordamiento. Aquí serían útiles nuestras opiniones sensatas acerca de la vida sana. Aquí, nuestra razón cartesiana podría diagnosticar y proponer. Persiste en mí el sentimiento de que Francia y los Estados Unidos podrían darse un sólido *shake-hands* y hacerse, mutuamente, muchísimo bien.

Así, este viaje me permite ver claro. En los Estados Unidos, mido los efectos de una ética digna de nuestra simpatía: la calidad del trabajo norteamericano. Aparece en las cosas de la vida corriente y, especialmente, del confort. Es la coronación de la producción en masa. Cuando, en 1920, en *L'Esprit Nouveau*, escribí el capítulo acerca del automóvil y el Partenón, como elogio del *standard*, asombré y, más aún, zaherí muchos corazones "encazoletados". Aquí, la discusión termina ante el hecho: la "gran serie" es la ruta indiscutible de la producción, y conduce a la calidad. Finalmente, ese mismo elemento de ética artesana interviene también en la fabricación del artículo de lujo. Para nuestra comodidad, hemos calificado demasiado de "baratija" a la producción extranjera, y no hemos seguido la marcha del tiempo, que exigía dar a nuestras fuerzas de invención y confección las máquinas que ejecutan mejor que la mano. *Las máquinas que ejecutan mejor que la mano* no hubie-

ran paralizado el espíritu que concibe y ordena; lo habrían liberado y desarrollado prodigiosamente. Por lo tanto, ante los mercados que se derrumban en todas partes, nuestro despertar es amargo.

Al regresar a París, examino la ciudad con una curiosidad ávida. No tengo *parti pris*. En París siento algunos alivios y también cuánto asco. Observo que el acabado de las casas, y los detalles de intención arquitectónica (por cierto muy superficiales) constituyen una parte importante de esa *politesse* que tiene la calle parisense. Confort *sostenido* del espíritu, ambiente de nitidez y de solicitud empeñada en obrar bien, desde el suelo hasta el remate del edificio. Las últimas casas "bien educadas" son de la época de Haussmann*. Se olvida con harta frecuencia apreciarlas.

Nos reímos de los coronamientos de los rascacielos neoyorquinos, que son como cincelados tapones de botellón. Pero los coronamientos de nuestros edificios construidos después del año 1900 deberían ofendernos más aún: esa especie de cúpulas instaladas preferentemente en forma de proa sobre el ángulo de una esquina. ¿Y el desastre arquitectónico fomentado por la nefasta reglamentación de los límites de altura? Las grandes Exposiciones "Universales" o "Internacionales" agregan rasgos significativos al rostro de la ciudad. El primer mal consiste en que esas exposiciones, interesantes en las épocas de transición, tratan de compensar la ausencia de un programa sano y *verdadero* con manifestaciones espectaculares. Se construyen *de pega* edificios cuya intención es *de pega*. De pega, porque como reina la incertidumbre, los poderes públicos se vuelcan sin coraje en lo provisional: lo provisional y el yeso sobre estructura de madera. En seis meses, el sol y la lluvia liquidan todo eso: las tortas se disuelven. ¡Oh arquitectura, ciencia severa de los programas fecundos y de las estructuras ceñidas a las leyes de la gravedad y a las virtudes específicas de la materia! ¡Qué resbalón! Así se fabrican escenografías. Escenografías, no organismos. La escenografía actúa como aposentador de las modas. La moda del día triunfa. El desastre es que, en los estudios de los arquitectos, los dibujantes se adiestran

* Eugène-Georges Haussmann, prefecto del Sena de 1852 a 1870, que modernizó la ciudad de París. (N. del T.)

en esa puja. Su mano y su espíritu se falsean. Quedan estropeados por veinte años: y sus obras se estropean con ellos. Además, las editoriales *de arte* (?) hacen grandes negocios: el mundo entero es invadido por las láminas de sus álbumes dedicados a esas lamentables saturnalias. Las ciudades y las casas de campo se cubren de estilos. "¡Estilos!" Ya hemos tenido el de 1900, el de 1925. ¡Y prontotendremos el de 1937!

Y París, "mi hermosa aldea", queda manchada.

Pero el París de Enrique IV (Puente Nuevo), de Luis XIV, de Luis XV, de Napoleón, brilla con el esplendor de una intención elevada. El espíritu que engendró la catedral en el corazón de la ciudad, ya había sido desterrado. Lo individual había reemplazado a lo colectivo grandioso de la Edad Media. Una ruptura se había operado durante el Renacimiento. Bifurcación de los destinos. Así fué, y es inútil glosarlo. Pero, por lo menos, la intención seguía siendo grande y digna, y quería colocar sus obras a la cabeza de las cosas existentes. A menudo por vanidad; lo admito.

Llevando dentro de mí la visión de Manhattan y el recuerdo de la grandeza de las empresas norteamericanas, anduve durante semanas, en París, como un animal asustado, tratando de retomar contacto con ese medio tan querido cuyo recuerdo había sido apartado brutalmente por el clamor de los Estados Unidos. Odio y amor, alternados, en Nueva York. Aquí también, mi corazón se golpea en esos dos polos de la vergüenza o del gozo. Y decido que París está bien, no por sus dimensiones, que son pequeñas, o, a lo sumo, medianas, sino por la armonía que existe en algunos de sus elementos urbanos, desde el menor detalle (que tiene su valor, lo siento claramente) hasta los límites del conjunto recortado en el cielo (Explanada de los Inválidos).

Con Manhattan anidando en mi memoria, siento que la nueva escala de las empresas de la sociedad maquinista puede no producir perturbación alguna en la belleza de París; al contrario: aquí está, adormecido desde hace mucho tiempo, el sentido de la proporción, que se apoderará de las nuevas tareas y se instalará en la ciudad, en prismas nuevos y triunfales.

9. LA ESCUELA DE BELLAS ARTES DE PARIS

Una profesora de historia del arte del Colegio de Señoritas de Vassar ha dicho: "*Beaux-Arts* (la Escuela de Bellas Artes) de París ha causado todo el mal en los Estados Unidos".

Así planteado, el asunto determina un punto de historia estética y ética en los Estados Unidos: desde hoy en adelante, ese país se desprenderá de la influencia francesa encarnada por este alto instituto de enseñanza: la *Ecole des Beaux-Arts*. Los Estados Unidos se buscan a sí mismos y ya no sienten ciego respeto por una idea que fué poderosa. La Asociación de los portadores del diploma D.P.L.G. (que significa: diplomado por el gobierno francés) seguirá existiendo hasta la extinción de sus miembros. Asociación de buen compañerismo, de recuerdos alegres, de epopeyas estudiosas (sí...) y de apariencias halagadora: pequeña gran vanidad de ser miembro de esa selección aristocrática. Empero, desde hace tiempo, esos portadores de un diploma francés han vuelto a ser norteamericanos, como lo atestiguan sus obras.

No tengo el menor propósito de roper lanzas con la Escuela

de Bellas Artes; sólo quiero tratar de exponer el problema de la Escuela.

Las *Escuelas* son el producto de las teorías del siglo XIX. Han hecho realizar progresos gigantescos en el campo de las ciencias exactas: han falseado aquellas actividades que apelan a la imaginación, porque han determinado los "cánones", las reglas "verdaderas", "justas", reconocidas, selladas, diplomadas. En una época de total trastorno, en que nada de lo de hoy se parece a lo de ayer, han instituido oficialmente el freno, bajo la forma del "diploma". Por eso están contra la vida; son el recuerdo, la seguridad, el letargo. Particularmente han matado a la arquitectura, al operar en vasos cerrados, lejos del peso de los materiales, las resistencias de la materia, el titánico progreso aportado por los nuevos equipos. Han vilipendiado los oficios: la materia, el tiempo, el precio. La arquitectura ha huído de la vida en vez de ser su expresión misma. La entristecedora fealdad del siglo XIX y del siglo XX proviene directamente de las Escuelas. Esa fealdad no es el fruto de malas intenciones; al contrario: nace de lo heterogéneo, lo incoherente, de la separación entre la idea y su materialización. El dibujo ha matado a la arquitectura. Lo que se enseña en las Escuelas es el dibujo. Encabezando esas prácticas lamentables, reinando en el equívoco mismo, revestida de una dignidad que sólo es la usurpación del espíritu creador de los períodos anteriores, está la *Ecole des Beaux-Arts* de París. Sede de la paradoja más desconcertante, porque, bajo la férula de los métodos más conservadores, todo es allí buena voluntad, trabajo encarnizado, fe. El dilema está en el seno de la *Ecole*, instituto que se encuentra en muy buena salud, como el muérdago parasitario que se apodera de la savia de los altos y dignos árboles, como el cáncer que se instala a sus anchas en torno del píloro de un estómago o en torno del corazón. *¡El cáncer goza de buena salud!* Imagen que puede extenderse a tantas cosas de la época presente, en que, por una derivación desconcertante de las potencias de vida, la vida pasa al campo de la muerte y opera en sentido contrario a toda potencia. La muerte goza de buena salud: el café del Brasil se arroja al mar, el trigo de Canadá se quema en las locomotoras,

los "transportes colectivos" sumen a las ciudades en la agonía, etc.

En la *Ecole*, los bandos están tan netamente definidos como en los grandes acontecimientos que hoy desgarran a la sociedad. Los alumnos están de un lado, los maestros del otro. Unos, por definición, sólo desean prepararse para el radiante mañana; los otros ocupan un trono que imaginan exaltado: de su cerebro sólo podrían salir verdades inquebrantables; la certeza, la encuentran en esto: lo que es de ayer ha vivido, ha existido, es, por lo tanto, indiscutible. Tal es la materia que se enseñará. Yo no sería hostil a ese método —porque lo he aplicado, desde mi infancia, íntegramente, en todas mis gestiones— si, en el caso de la *Ecole*, el comentario fuera el siguiente: "*He aquí lo que se ha hecho; he aquí las razones de ello; en el seno de las circunstancias presentes, semejantes cosas ya no pueden ser eficaces. En cambio, demuestran cómo, en todos los tiempos y lugares, el espíritu creó, hizo cosas nuevas, marchó adelante, sólidamente apoyado en las contingencias. Escrutad bien las contingencias; determinad bien su naturaleza y apoyad los pies en ese trampolín móvil (tan nuevo hoy) para saltar hacia adelante. Así seréis auténticos, indiscutibles y útiles*". Como las contingencias están hechas de materias a menudo nuevas, de técnicas revolucionarias, de programas enteramente nuevos, se tomará contacto con los oficios (materiales y herramientas), con las necesidades (sociedad nueva), con el espíritu (ética de los tiempos nuevos). Pero, en contradicción con esto, se ha alzado el "tablero de dibujo" contra la arquitectura. La arquitectura es un ordenamiento; la operación se efectúa en el cerebro; la hoja de papel sólo acoge los signos técnicos útiles para manifestar y transmitir ese pensamiento. La arquitectura puede llegar al lirismo mismo; la proporción es el medio mismo del lirismo arquitectónico: volúmenes, corte, superficies, circulación, continencias, contigüidad, luz. El tablero del dibujo expresará todo eso en planos precisos que pertenecen a las matemáticas omnipresentes. La arquitectura es el molde de una sociedad; construye refugios. ¿Cuál es esa sociedad y dónde están sus necesidades? El tablero de dibujo sólo recibirá el fruto de las confianzas, el programa mismo. La arquitectura es una pura creación humana.

Pero como el hombre es un producto de la naturaleza, la arquitectura será algo así como el logaritmo de la naturaleza. La naturaleza —sus leyes, su principio de admirable y fatal organización, sus clasificaciones, sus grupos, su diversidad infinita, sus matemáticas unitarias— marcará su lección en el corazón del arquitecto y no en las aguadas del tablero de dibujo.

Admiro en la enseñanza de la *Ecole des Beaux-Arts* la deslumbrante habilidad manual adquirida por los alumnos... Desearía que el cerebro mandara a la mano. Reconozco la elegancia que ilumina las soluciones de la planta, de la fachada, de la sección. Pero desearía que la inteligencia dominara a la elegancia y, sobre todo, que no fuera burlada. Lamento que los trabajos de la *Ecole* se conciban fuera de las condiciones de oficio, y que sólo se acuda a los técnicos modernos para realizar milagros de dudosa calidad: para construir cosas que, sin ellos, nunca podrían construirse, o que se derrumbarían si se emplearan los materiales indicados por el dibujo. Los tiempos modernos —en un derroche de dinero que asusta— son humillados aquí, obligándoseles a desempeñar el papel de soportes de un pensamiento sin huesos ni músculos: de un pensamiento de vejiga. De ello ha nacido la arquitectura de vejiga de la *Ecole des Beaux-Arts*.

Bien sé, que, lanzados más tarde a la vida real, los alumnos se ven obligados a conquistar un diploma distinto: un diploma sin firmas ni emblemas lisonjeros: el de la realidad. Algunos lo logran muy bien, pero los demás están definitivamente "marcados" y el país se ve afligido por su actividad nefasta, que durará cuarenta años. En Nueva York decíale yo a un alumno de la *Ecole*, a quien conocí a bordo del *Normandie* y que había obtenido un premio norteamericano: "La enseñanza de la *École des Beaux-Arts* permite a los inteligentes librarse de ella". Y mi interlocutor me aprobó con entusiasmo.

Creo que esa clase de enseñanza en forma suntuaria y con coronamiento supremo mediante diploma —organizada, por otra parte, a la sombra del *Institut*— es de una pretensión inadmisibles en medio del gran entrevero de los tiempos modernos. ¿Por qué habría de ser

la *vanidad* atributo del arquitecto, cuando la arquitectura jamás debe ser vana, pues ha de ser sana, justa y digna? Además, la arquitectura, en estos tiempos nuevos, se extiende a la masa inaudita de la producción contemporánea. ¿Dónde está la arquitectura? ¡En todo! En el *refugio* —vivienda y transportes (camino, riel, agua, aire). En el *equipo*: la ciudad, la granja, la aldea útil, el puerto y aun el equipo de la vivienda: los aparatos domésticos. En la *forma*: todo lo que tocan nuestras manos u observan nuestros ojos en este mundo nuevo de materias y organismos funcionales que, tan súbitamente en cien años, han envuelto nuestra vida en hechos plásticos muy vivos y palpitantes bajo la luz.

¿Daremos, exigiremos diplomas para todas esas actividades que tienen el derecho de remitirse a la arquitectura y que representan una de las partes principales de la actividad presente? ¿El mundo en diplomas? Formulada de ese modo, la pregunta revela que el diploma es grotesco. Ya no se necesitan diplomas. El mundo no está cerrado: está abierto.

La conquista estudiosa, dolorosa (lo sé por tantas confidencias de jóvenes alumnos) de ese diploma exigido al padre o a la familia (imaginan, los desventurados, que de ese modo, el muchacho, al salir de la Escuela se beneficiará con derechos excepcionales en el reparto de la vida), la conquista del diploma en cuatro o seis años absorbe esos momentos de juventud preciosos, de maleabilidad generosa, de entusiasmo magnífico, de *apertura* frente a la vida múltiple. El diploma lo cierra todo, como un corcho. Dice: "¡Se acabó; has dejado de sufrir y de aprender! ¡Ya eres libre!" ¡La noción de *aprender* se ha vuelto sinónima de *sufrir*! Se mata la juventud. ¿Aprender? Pero si es la alegría de cada día, el rayo de sol de la vida. Digo que si se desarrollara, al contrario, sin descanso en el curso de la existencia, la facultad generosa de aprender, los hombres encontrarían en eso la mismísima felicidad: la felicidad gratuita, ilimitada, sin plazo; la felicidad hasta el último día. Se formarían otros hombres: hombres nuevos.

Una bifurcación ha surgido en la vía de la arquitectura en los Estados Unidos. En pocos años, por haber hecho los rascacielos (sin

resultado concluyente todavía), los norteamericanos han entrado en el espíritu del tiempo. En los colegios y las universidades (de esto hablaré largamente), ciertos maestros tienen una visión clara y los alumnos se estremecen de sagrada inquietud. La *Ecole des Beaux-Arts* ya ha sido expulsada de la violenta vida norteamericana. Empero, en las innumerables universidades, la enseñanza de la arquitectura es todavía opaca, chata, triste, académica, ¡tan académica! Recuerden ustedes que transcribí la frase íntimamente maldéica de un profesor de la Universidad de Nueva York: "Ya no ejerzo la profesión de arquitecto, pero enseño a los jóvenes el buen gusto y la belleza". Habló un "diplomado"; méjor dicho, habló un diploma en papel, no un arquitecto. Ese diploma estaba aureolado por las cuatro letras D. P. L. G.; Diplomado Por el Gobierno (francés).

Con toda humildad desearía comprender por qué se cree el gobierno francés autorizado a dar diplomas. Creía que un gobierno tenía por misión administrar los tiempos presentes y conducir a los pueblos por los caminos siempre cambiantes de la vida, y no levantar barreras.

Cuando eran blancas las catedrales, no había diploma gubernamental (central); los oficios (y la arquitectura) se ejercían en las diversas regiones, en función de los recursos locales en materias primas, de los climas, de las costumbres. La revista se hacía durante el trabajo, en las corporaciones. Esas corporaciones no eran "Institutos". Grupos limitados de jefes, de maestros, sostenidos por el respetuoso aprecio de sus compañeros, juzgaban las cualidades técnicas de los jóvenes. Ese procedimiento era viviente y estaba a escala humana. La *fiscalización* era inmediata. La vida hubo de retraerse cuando se centralizó, se "parisianizó", cuando se fundaron las Academias. La vida fué metida debajo de cúpulas, ¡debajo de campanas de vidrio! Las catedrales eran viejas; las insultaban: las llamaban "góticas" para dar a entender que eran bárbaras. Las corporaciones se volvieron académicas. La Revolución las anuló. Las reemplazó por las Escuelas nacionales, con un propósito loable. Era un artificio, una organización que escapaba a las leyes de la escala humana. El

siglo XIX sufrió las consecuencias: la fealdad, la incoherencia, el contrasentido se instalaron.

La arquitectura está en todas las cosas; se extiende a todo. Agrupaciones limitadas, por la naturaleza de las cosas, pueden apelar a enseñanzas directas, eficaces. Un hombre puede hablar con el corazón en la mano a jóvenes amigos que van a llevarle su colaboración, *en la verdad de su obra, amasada* con realidades presentes. Es el antiguo taller. Sí. ¿Marcha atrás, entonces? No: es una vuelta a la escala humana. Que algunos corazones abiertos lleven las enseñanzas teóricas a los auditorios y los anfiteatros: muy bien. Pero que el oficio esté presente, siempre, desde el primer día, con la verdad de los métodos técnicos, la realidad de las materias, la realidad de la obra en marcha. Diseminados en el país están hombres hacia los cuales irán los jóvenes a la hora en que renazca el país. Serán los maestros sin títulos ni vanidades, sin sellos de lacre, sin almohadillas de tinta, sin freno. Enseñarán a la juventud aquello que jamás hay que dejar de aprender.

IV

BUSQUEDAS Y MANIFESTACIONES DEL ESPIRITU

1. BUSQUEDAS DEL ESPIRITU

Aquí se encuentra la articulación interesante del fenómeno americano. Nos sentimos heridos, nos sentimos hechizados. El señor Duhamel ha quedado resentido, porque recorrió este país cerrando los ojos y el corazón. Creo que la inteligencia de las cosas viene con la simpatía, palabra que significa que ciertos estados de alma se ponen en contacto. Compadezco al visitante, dondequiera se encuentre que cierra de antemano su entendimiento y sólo piensa en sacudir el polvo de sus sandalias.

Este gran pueblo conquista y equipa un gran territorio; precisamente en la edad de la máquina. Está formado del limo de veinte razas; adopta un día una lengua única, que pronuncia a su manera. El anglosajón ha prevalecido sobre los demás. Con todo, se ha formado una nación: la norteamericana. Un siglo después, hoy, el norteamericano y el inglés están perfectamente diferenciados. Todo lo ha conducido a ello: los orígenes psico-étnicos, la labor impuesta (colonizar), el recogimiento en la tarea nacional, entre dos océanos y entre paralelos situados en las regiones heladas y en los mares tropicales. Han colonizado, han construido. Se encuentran apenas en

la primera etapa: se ignora demasiado que los Estados Unidos sólo están cubiertos de casas de madera. El Capitolio de Washington, con innumerables columnas de piedra, es un símbolo, el signo de tradiciones arraigadas; los rascacielos de Manhattan anuncian la explosión espiritual de una juventud desenfadada. Capitolio, signo de potencia mesurada; rascacielos, signo de potencia desencadenada. Potencia. Edad Media. Ciento veinticinco millones de individuos cuyos elementos generadores han llegado hasta aquí en barcos, cruzando los mares: invasión pre-medieval. Edad Media: ciento veinticinco millones de seres pensantes y actuantes que se equipan, escrutan su alma, forjan sus instituciones, su policía y su pensamiento. Una literatura nace, un arte manifestado en signos indudables: primero, la arquitectura, clásica en su profundidad psicológica, innovadora en todo lo que no puede ser sometido a los hierros y las cadenas de la tradición.

Violencia, puesto que todo está desgarrado o, por lo menos, tironeado por dos móviles contrarios: haber existido (tradición) y construirlo todo nuevito.

En suma, se desarrolla una batalla, sin cláusula de tratado estabilizador aún. Un pie clavado en la arcilla compacta de un pasado considerado como verdad tranquilizadora; el otro pie en el aire, buscando dónde y cómo colocarse.

Pre-Edad Media. Abundan los bárbaros que han venido a desfilar en hordas salvajes. Abundan las malas cabezas, que desembarcaron en orden disperso pero en cantidad innumerable; malas cabezas porque tenían una fe en Dios que querían salvaguardar; una fe en una moral que no querían dejar empañar; una afición por la aventura, porque la vida *terre-à-terre* los aburría. Malas cabezas porque habían dado un mal golpe, robado o matado. Malas mujeres porque les gustaba la vida alegre, etc. . . . Tres razas de la tierra, la blanca, la negra y la amarilla, llegadas para violentar en su propio suelo a la raza cobriza: el conjunto del mundo. Veinte pueblos, porque todas esas virtudes y esas taras son, de hecho, acontecimientos individuales, tanto ingleses como holandeses, italianos, franceses, suizos, españoles, polacos, rusos, chinos, japoneses. . .

Es una invasión pre-medieval. Edad Media: un gran pueblo se ha constituido, ha adquirido unidad nacional y, por las mezclas y las costumbres impuestas por la contingencia, unidad étnica, unidad de pensamiento, unidad de conciencia. Esto acaba de nacer en el último periodo de los tiempos modernos y abre una nueva Edad Media —como en la U.R.S.S. o en China, como en toda Europa, comienza, por otra parte, una nueva Edad Media—. Ha comenzado una civilización. Todo hay que hacerlo de nuevo: el estatuto social, las instituciones, la arquitectura y el pensamiento.

El norteamericano jamás había dejado de meditar acerca del soporte moral de la vida (hecho individual); y se ha hundido en un puritanismo peligroso. Hoy se pone a pensar (hecho nacional); y su disciplina interior choca penosamente con la voracidad de su gigantesca empresa colectiva.

Hay en esta tensión algo doloroso. Nosotros, los de Europa —de Francia particularmente— estamos acostumbrados a pensar desde hace mucho tiempo. Hemos humanizado los fundamentos de la condición humana. Somos los más fuertes en esta materia. Norteamérica piensa sobre bases nuevas y podría encontrar algo, un día. El camino es largo. Pero donde hay que tratar de ver claro es en las angustias de este debate abierto en el seno de una civilización nueva. Se comprenderá las congojas, las timideces y las bruscas temeridades características de las fuerzas jóvenes.

2. ESPÍRITU DE TRADICIÓN E INSTINTO DE LA VIDA PRESENTE

En el fondo del pensamiento norteamericano hay una verdadera gravedad de tradición. A menudo se burlan de ésta, a un punto desconcertante. Si se piensa, se es grave. Si no se piensa nada, se es como un niño grande, *cowboy* desarticulado, apasionado jugador de fútbol o pasivo radioescucha. Si se es un grande hombre de negocios y no se piensa, uno se excita con el cocktail de las cinco de la tarde y después no vale un maravedí; antes del cocktail se era un fuerte valor en Wall Street o en los rascacielos de Middle-Town — un valor de dinero, biceps de cifras; en este estiaje, se compran falsos Rembrandts.

Si los estudiantes piensan —cuando no cultivan el atletismo— piensan sensata, grave, ingenuamente, con arrebató. Pensar es una vocación. Entre nosotros, un inspector de tranvías piensa chanceando, en el bar, de pie ante su vaso de vino tinto o de blanco, expresando con simplicidad natural ideas personales; siempre tiene su palabra que decir, reflejo espontáneo del acontecimiento contingente; piensa con rapidez. Nosotros pensamos rápidamente y el norteamericano muy lentamente; nosotros decidimos rápidamente y el

norteamericano muy lentamente. Es una de las comprobaciones sorprendentes que he hecho en los Estados Unidos, donde el *time is money*. La moneda es el tiempo del "business", *cuando las cosas se están fabricando*. En ese momento, los segundos valen oro. Nosotros no emprendemos nada, dejamos que el país siga la corriente; el tiempo no tiene valor. El aperitivo de las 18 es uno de los momentos activos del pueblo de Francia. El día en que se emprenda la construcción de nuevas catedrales blancas, esa capacidad de pensamiento adquirida en torno del aperitivo producirá obras muy vivientes. Mi almuerzo en el *Plaza* y mi comida con hombres de negocios, en Boston, marcan bien las dos calidades de pensamiento, la norteamericana y la francesa. Con todo esto, nosotros logramos perfectamente pasar, en el mundo entero, por gente superficial, por "jaraneros".

No tengo tiempo para dedicarlo a las averiguaciones necesarias, ni afición para sumirme en el estudio de hechos minuciosos con el objeto de adquirir un juicio "científico" sobre los pueblos. Viajo abriendo los ojos y aguzando el oído, nada más. Poseo una práctica, adquirida por el amor de las cosas del arte, que me permite descubrir, por este camino, el veredicto revelador. El arte es la expresión inconsciente, irrefrenable, inadulterable del espíritu de una época y del espíritu de los pueblos en el momento en que éstos se hallan suficientemente formados por la red tejida por los usos, las leyes, la administración, y han logrado una unidad. El arte es revelador.

Falsos Rembrandts están, pues, colgados en el salón de mi hotel Gotham de Nueva York —hotel burgués—. Un arte de panóptico de "Foire a Neu-Neu" *, causaba estragos, ostensiblemente, en mi hotel precedente, el "Park Central Hotel" (que fué ilustrado por las glorias del *gang*). Veo bien de qué se alimenta la mayoría. En Francia somos más evolucionados; más prudentes. ¡Ay de mí!, completamente prudentes. Evitamos el error. Evitamos el error por la abstención. París, fabrica siempre en el secreto de sus oficinas y en la indiferencia de las masas, el arte magnífico de los tiempos modernos — producto que *no exporta* la Francia abozalada por la Academia, pero que importan los países extranjeros, ilustrados por sus élites pensantes.

* La feria de Neuilly, espectáculo muy popular. (N. del T.)

Por intermedio del Museum of Modern Art de Nueva York, y la Rockefeller Foundation fui invitado a hablar en veinte ciudades de los Estados Unidos (el programa abarcaba 42 ciudades, pero no soy un héroe para realizar semejantes misiones). Acababa de ser rechazado por segunda vez de la Exposición de 1937. Fijad vuestra atención en los dos títulos enlazados más arriba: "Museo de Arte Moderno" y "Fundación Rockefeller".

Todos saben que los multimillonarios norteamericanos, víctimas del oro del cual han fomentado la acumulación ilimitada en el círculo vicioso de su cuenta bancaria, tienen el deseo de levantar, sobre el osario de sus víctimas fatales, un edificio útil a la sociedad, una obra de altruismo, de pensamiento, de enseñanza y consuelo. Carnegie, Rockefeller, ellos solos, totalizan innumerables beneficios. El mundo es perverso cuando dice: "Estos hombres necesitan disimular sus crímenes". Lo mismo dirían: "Está de más que estos *rugbymen*, después de la victoria, sonrían ante el fotógrafo; tienen sobre su conciencia el asesinato de sus compañeros de juego". La cuestión es otra. En el momento de las batallas homicidas de la Bolsa, no se trata de relaciones entre los hombres, sino de la ley del dinero. El dinero recogido en polvo de economía, amontonado en montañas, metido en los conductos de la máquina infernal, cobra un movimiento que le es propio, cae como un Niágara, inunda, destroza lo que está en su camino, absorbe en torno suyo con la exactitud y la fatalidad de una ley física, se yergue como un tifón al borde mismo del abismo que ha cavado. Para erigir su trofeo, el dinero causa hecatombes. Era normal que, empeñado en la partida, el señor X... o el señor Y... pusiera su pasión en ganarla; ha sido preciso abatir gentes. Para sumar aquí, ha sido preciso sustraer allá. Juego mecánico, automático, inhumano, cruel, en realidad estéril, puesto que el señor X... o el señor Y..., en la cima de su montaña de oro, sólo puede sentarse a la mesa ante un simple pollo o un plato de espinacas —más verosímilmente, ante un plato de sémola con leche—. En este *match* formidable, del cual ha salido ganador, ha perdido su estómago. Es simplemente un hombre como los demás. Dice: "Si debo, por una parte, perseverar en la batalla feroz del oro, me gustaría, por otra, hacer las

siembras de mi oro: filantropía". El público se obstina en compararlo con un criminal. Lo cual es duro y falso. Nuestro multimillonario es solamente un pobre hombre cuyo nombre está en el poste indicador de la montaña de oro. Él ha seguido siendo lo que era: un ser normal. Así, el señor Rockefeller, el fundador de la dinastía, sigue dando, imperturbablemente, diez centavos de dólar de propina, o lo que sea, como en el tiempo en que comía en los pequeños restaurantes pobres. Así, mientras el abuelo está aún empeñado en cuerpo y alma en las filas de su ejército en lucha, su hijo, Rockefeller Junior, su nieto, Nelson, administran la montaña de oro, pero se ocupan en hacer de ella, en lo posible, una fuente de beneficios sociales. Y le dedican lo mejor de su corazón. Aun tienen corazón. Puedo decirlo, pues he visto de cerca, y a menudo, a Nelson Rockefeller; lo bastante para entrever un poco la psicología de este hombre cuyo destino es tan agobiador como halagüeño.

Él y su madre, Mrs. Rockefeller Junior, han fundado, entre otros, el Museum of Modern Art de Nueva York y dirigen su destino.

Ignoro de qué está hecha la colección del fundador, el abuelo; es posible que se escondan allí algunos Rembrandt, auténticos o falsos. Pero el Museum of Modern Art, en conjunto, está dirigido hacia las mejores empresas: revelar a los norteamericanos el espíritu de las búsquedas más puras en el arte de hoy. Al desembarcar en Nueva York, encontré allí a Fernand Léger en medio de su propia exposición, la mejor que se haya realizado de su obra, junto con la de la *Kunsthau*s de Zurich. Una exposición admirablemente presentada, sin aderezo ni lujo, con una decencia impresionante. Mi exposición de arquitectura sucedió a la de Léger. Luego, inmediatamente, se realizó la de Van Gogh. Un público asiduo sigue estas manifestaciones. A mi regreso, a bordo del *La Fayette*, un francés me decía: "Su exposición tuvo un millón de visitantes". "¡Atención! —le contesté—: la Exposición Van Gogh, éxito sin precedentes, sumó, en quince días, cincuenta mil visitantes *. ¡Es formidable! Si la mía tuvo tres mil, me considero honrado. En París, estimado señor, Van

* Al cabo del mes, cien mil.

Gogh habría conseguido dos mil y yo... ¡quizá treinta y tres visitantes!

Mientras escribo esto, el Museum of Modern Art ha abierto su gran exposición *Cubism and Abstract Art*. El catálogo, un libro magnífico, redactado por el director del museo, Mr. Barr, es la puntualización *up to date* de la documentación sobre el arte plástico de vanguardia de los últimos cuarenta años; documento que constituye la historia misma —no por los hechos intrínsecos, sino por su reacción sobre el usuario— del arte de este alto período revolucionario y creador.

Se trata, pues, de exposiciones de primera calidad. ¿Quién las visita? Un público de hombres y mujeres de todas las vocaciones, esa élite norteamericana de la cual se adivina la existencia en cierta actitud de los rascacielos, en los puentes, en las residencias de estilo colonial, en la parte principal de la Fifth Avenue, a veces en la *toilette* de las mujeres. Norteamérica está llena del deseo violento de aprender.

He observado: en Nueva York, titubeante catástrofe mágica, las manifestaciones francesas de arte son de una pureza resplandeciente: exposiciones del arte del Benin, de Louis Carré, en la galería Knoedler, exposición suntuosamente noble, presentación solemne de un arte que está por encima de las pequeñas cosas; exposición de Léger, en el Museum of Modern Art; de Chirico (selección perfecta) en la galería Pierre Matisse; de Jacques Lipschitz (muy importante y completa) en la galería Brummer. Son meteoros —obras y presentación—. Curiosidad aguda, amante, de la sociedad norteamericana.

Si los franceses, artistas u organizadores, se preocupan tanto por instalar allí, en Manhattan, límpidos cristales de pensamiento contemporáneo, es porque adivinan una aspiración latente en esta muchedumbre norteamericana. Amor, en verdad. Han sido superados los tiempos de los falsos Rembrandt.

Mientras transcribo estas impresiones de los Estados Unidos, triunfa el Frente Popular en las elecciones parlamentarias de Francia. El poder va a pasar a la izquierda. La izquierda política, ¿expresará la izquierda del pensamiento? ¡Parece que esta vez sí! Empe-

ro, ¡no faltan la confusión y los equívocos! Últimamente, la *Maison de la Culture*, dirigida en parte por Aragon y Malraux, ha abierto frecuentes debates sobre el pensamiento contemporáneo: literatura, artes plásticas, arquitectura. Se han oído cosas excelentes y malas. Espíritus apresurados han formulado conclusiones prematuras, por ejemplo: "que una exposición proyectada, de pintores pertenecientes a las células comunistas o de izquierda, revestiría una unidad impresionante". No se mezclan así los géneros en el momento preciso en que Moscú ofrece el espectáculo de una confusión estética de las más graves. Después de haberse empeñado, durante diez años, en la búsqueda de un estilo que se acordara con el pensamiento revolucionario —el *constructivismo* del cual es padre Alejandro Vesnin—, se dió, allá, una vuelta completa cuando se trató de los planos destinados al Palacio de los Soviets. Lo cual era para desconcertar a los mejores espíritus. Este palacio debía coronar el Plan Quinquenal, la gigantesca empresa cuyo fin era equipar racionalmente todo el país. El programa del palacio era bueno, digno en su utilidad. Los proyectos están ahí; hay doscientos; van a decidir; se inclinan hacia una proposición que está en el espíritu del programa, en el espíritu del Plan Quinquenal. Y ¡zas! se da la media vuelta. El Palacio de los Soviets será construido en estilo renacimiento italiano. ¿Quien ha realizado ese juego de manos? Los académicos, rechazados durante diez años por las juventudes ardientes de la U.R.S.S., habían esperado su hora, acechado la brecha para pasar. Yo conocí a varios de ellos en Moscú; ¡sé como se las gastan! ¿Cuál fué esa brecha imprevisible? La insuficiencia, técnica sobre todo y estética también, de los trabajos considerables ejecutados por jóvenes desprovistos de experiencia sólida. ¡Todo el mundo les cayó encima! Entonces dijeron: la arquitectura moderna es incapaz de sobrepujar lo utilitario; no puede expresar las altas aspiraciones de las masas. ¿Que puede expresarlas bien? ¡Sujétense! ¡El arte greco-latino! Exégetas lo demostraron, según parece, en Moscú. Desde hace cuatro años, la fiebre reina en el joven país. Dejémosla pasar. Ya, después de muchos estragos, despunta una reacción saludable. Eso cambiará. Será uno de esos saltos hacia el otro extremo a los cuales nos tienen acostumbrados desde

hacé treinta años, en las artes, los países inquietos, impacientes y atormentados del Este, de allende el Rin. Lo mismo ocurre con la pintura y la escultura. Todo lo que se había amado fué difamado, proscrito. Así como el rascacielo fué tenido por "capitalista" (ese objeto simple y racional de concentración urbana), así Picasso fué denunciado como un producto del espíritu burgués. ¡Todo es posible! ¡Y los abogados nunca dejarán de deslumbrarnos con los hallazgos imprevistos de sus razonamientos!

En estos días, el debate se abre en París. La Maison de la Culture busca la verdad; ha iniciado un debate. Un pintor, que ha vivido abundantemente de las invenciones de los fomentadores de la revolución estética de los nuevos tiempos, acaba de denunciarla, en nombre de los acontecimientos políticos recientes (el Frente Popular). El cubismo o el arte llamado abstracto, dice, no podría convenir a una sociedad muy moderna. Todo eso sólo es una prueba de decadencia y esterilidad, ¡hay que proscribirlo! ¡Eso que fué el gesto mismo de la revolución! Léger, Picasso, Braque, Gris (fallecido), Brancusi, Laurens, Lipschitz —que abrieron las puertas del arte de los tiempos nuevos, el único que puede formar una sinfonía con la arquitectura— ellos que, gracias a su potente salud moral, han luchado durante treinta años, cumpliendo este destino: el de armonizar los tiempos presentes con la unanimidad de las grandes épocas del arte del pasado, de la prehistoria a través de la producción sublime de artistas que revelan la conexión del espíritu y de las fuerzas de la naturaleza —China, India, África, Arabia, América precolombina, Europa griega, romana, bizantina, románica y gótica; recogiendo al pasar a los héroes más recientes; Giotto, Miguel Ángel, Rembrandt, Bruegel, Poussin, Ingres, Delacroix, Seurat y Cézanne— esta gente, es preciso arrojarla del mundo nuevo y retornar, *retornar*... retornar a... De lo cual se concluye: Los tiempos nuevos reclaman artes de imitación para que las masas sean satisfechas.

Lo que ha aportado la mecánica de precisión: la fotografía, el cinematógrafo ¡no sería más que un incidente sin consecuencias para el destino de las artes plásticas! Una sociedad prerrevolucionaria ha creado un arte elevado, raro, pero sí muy raro, gracias a individuos

de valor excepcional. ¡Desechémoslo!, el pueblo desea pan y juegos. Derain, en lo sucesivo, suplantaré a la gente nombrada más arriba, pues pinta ramos de flores y desnudos dotados de "parecido". Ni por un instante pongo en duda el inmenso talento de Derain, pero digo categóricamente que nada de eso podrá entrar en la arquitectura de los tiempos nuevos. ¿Copiar, pintar temas? Díganme ¿cuáles? ¿Maternidades, partidos de fútbol, desnudos, obreros trabajando en la fábrica, desfiles de obreros, etc.?

Tales debates están abiertos en la Maison de la Culture. Tales equívocos están erigidos en monumento para equipar a la nueva civilización maquinista. Me sofoco y todo se rebela en mí, cuando veo hacer esta clase de concesiones a una masa laboriosa a la cual, por el contrario, se debería elevar. ¡Muera la pintura si debe decaer! Repudiémosla si debe ensuciar los muros de los edificios que debemos hacer radiantes. Dejemos de pintar si los pintores no están preparados para las verdaderas tareas. Pero no nos mofemos del arte, que es la región más alta del espíritu humano. El espíritu resplandece tanto en el hombre primario como en el instruido. ¿La muchedumbre? *Amará*, sin necesidad de sabias explicaciones, artes dignamente asociadas con la arquitectura. De todos modos, ¡no se trata de embrutecerla!

Mi primera exposición norteamericana de las tesis de la Ciudad Radiosa tuvo lugar en el Museum of Modern Art y la segunda, al día siguiente, en el extremo de la Nueva Inglaterra, en Hartford, Connecticut; Hartford, pequeña ciudad que ha adquirido notoriedad por la calidad de las iniciativas de su museo tan viviente. el Wadsworth Atheneum.

Un museo sin grandes recursos, sin "piezas" sensacionales. Un museo juvenil, cuya virtud es mostrar obras desprovistas de toda pátina: Poussin o Le Nain son netos y profundos; parecen pintados ayer. ¡Los han limpiado hasta la trampa! Ya es hora de que se siga el ejemplo. Aquí también se da vuelta la hoja; El espíritu académico se había armonizado con la decadencia de una civilización moribunda; en el mundo entero se hacía mentir a las obras de arte. Los grandes valientes de todas las épocas nos eran mostrados, falsamen-

te, bajo una capa profunda de grasas acumuladas por los siglos. ¡Pátina! Pátina distinguida, tranquilizadora, calmante, emoliente, bien ajustada a la penumbra de las casas y al gusto falso de los interiores.

Tintoretto, el hombre de todos los colores, no era más que un charco de jugo de pipa. Un día de septiembre de 1922 —volviendo de Venecia (Scuola de San Rocco, siniestro abuso de confianza de los detentores de ese tesoro, ese techo negro, negro y negro, así nos muestran la obra maestra de Tintoretto)—, entro en el Museo de Vicenza, donde resplandecía un milagro. Un conservador sin miedo y sin reproche había limpiado su museo, totalmente, sin excepción. Los siglos estaban abolidos; la pintura era de ayer, fresca. Una revelación.

Ese conservador me dijo: “Sí, he raspado todo, quitado todo. Las obras están aquí *como fueron hechas*”. Ahora, la fuerza reinaba allí donde antes sólo había... distinción (¿cuál); la carcajada, allí donde se adivinaba la pálida sonrisa; el esplendor de los colores, allí donde sólo se extendía el lodazal de los betunes. ¡Cuadros coloridos! ¡Oh, vamos, que incongruencia! Motivo para hacer coigar a un hombre —al conservador—. Se había ignorado perfectamente que Tintoretto era avasallador; no se quería saber que, bajo el reinado de Luis XIV, el traje era deslumbrador, petardeante; que bajo el reinado de Luis XV (¿tan distinguido, verdad?) las tapicerías, las telas de Jouy, los dorados, los mármoles —todo era nuevo y brillante: una charanga de colores...— ¿El color? Es la sangre del cuerpo, que circula con rítmicos latidos. ¿El color? Es el signo mismo de la vida. Las flores de los jardines y de los campos no tienen pátina; el cielo es azul cuando hace buen tiempo. Los acordes sordos de las tierras labradas, de las rocas enhiestas, de las capas geológicas divulgadas son el trampolín sólido de esos saltos de la vida renovada cada primavera, luego de los inviernos: ¡los colores!

En 1928, en Moscú, en el taller de restauración de iconos, había asistido yo a la operación científica de la resurrección del arte bizantino. Bajo un milímetro de capas de barnices o de retoques, se habían descubierto las obras de los siglos XI, XII, XIII y XIV. Este arte es la perpetuación directa de la pintura griega. ¡Resplandor! En 1933, en el Pireo, descubrimos con unos amigos, en las pinturas

de las proas de los veleros de cabotaje, el dórico y el jónico viviendo aun hoy en plena fuerza y lozanía. A través de los siglos, la pintura encarna momentos diversos, hecha de colores brillantes y limpios.

Ese museo de Hartford, de arquitectura nueva, de iluminación alegre, sólo vale porque su director, Mr. Austen, y sus dos grandes amigos, Mr. Soby y Mr. Hitchcock, tienen un espíritu viviente y optimista. La primavera puede renacer en los museos del mundo, siempre que los vivos arrojen al academismo. Entonces Poussin y Le Nain resucitarán. De pronto, son hermanos de hoy, amigos, camaradas, co-proveedores, y no ya “señores” de quienes se habla en los libros.

Hartford, pequeña ciudad en el extremo de Connecticut, se ha convertido de esta suerte en un centro espiritual de los Estados Unidos, un lugar donde arde la lámpara del espíritu.

El mundo se mata por querer ser “distinguido”. ¡Ah! ¡Poder “meter la pata”! Más cortésmente: no tener siempre el aspecto de un señor metido en una vitrina, retirado tras el vidrio de su “respectabilidad”. ¿Qué? ¿Necesitamos, absolutamente, certificados de distinción, títulos aristocráticos? ¿Nuestras expresiones son, necesariamente, siempre refinadas, reservadas y, por supuesto, nuestro inmenso conocimiento está cuidadosamente velado con pátinas por una cortesía que sirve para engañar a los demás? Cuando eran blancas las catedrales, la piedra tenía la marca reciente del corte del hacha o del cincel, las aristas eran vivas, los rasgos netos, los rostros duros. Todo era nuevo: invención y creación; y, piedra sobre piedra, crecía una civilización. La gente era feliz; obraba. No se rotulaba en guías sociales honoríficas; no llevaba grados en la manga o en el ojal. No había entonces salones de París, algodonosos de conversaciones literarias; no existía —otra encarnación del mismo espíritu de vanidad— el “Social Register” de Chicago estableciendo en cuatrocientas el total de las notabilidades, en virtud del “grado de consideración” (a fuerza de dinero).

Encuentro en Hartford tablas pintadas con témpera de huevo del Quattrocento italiano, al lado de un gran Cristo en madera del Tirol. No es posible hacer ninguna comparación con Praxiteles.

Lo confieso; Praxiteles me aburre en su ambiente de casta en el museo de Atenas. Contrariamente, qué distinta emoción, y verdadera, y profunda, tanto espiritual como intensamente sensual, experimentamos en el museo de la Acrópolis, allí donde todo es honesto —la época de esas manifestaciones artísticas (llamadas “arcaicas”) y la elección y la forma como se las ha agrupado. Al regresar de Atenas después de las sesiones de los “Congresos internacionales de arquitectura moderna”, he mostrado * que en el “Museo nacional” se podía hacer un tajo, exactamente por la mitad, entre lo que fué viviente y lo que decayó en el momento en que los griegos abandonaron la túnica corta, a mitad del muslo —que permitía cazar, combatir, correr—, para llevar la toga cuyos pliegues favorecían los gestos en los discursos, nimiedades y palabrerío, bajo los peristilos de las ágoras —el momento preciso en que se pusieron a hablar, a “hablar bien”— dejando atrás el momento en que se obraba. En este mismo instante cesa la policromía de la estatuaría. ¿Época de apogeo, de suprema distinción? Quizá. Pero el punto más alto de la curva, si es el momento resultante de una ascensión, lleva consigo el destino de ser el punto de partida de la línea descendente.

Sin vacilar ante el peligro de las reacciones de la opinión, los dirigentes del Wadsworth Museum organizaron un día un ciclo de ópera negra. El caso de los negros no deja de ser espinoso en los Estados Unidos. Aparecieron entonces acontecimientos dramáticos, momentos musicales, recursos escénicos indecibles entre esos negros. Fué una “revelación”. Hablaré más adelante de la música negra. Pero ahora pienso en nuestros “conservatorios” (¡qué término significativo!), que perpetúa, con la enseñanza, *las buenas maneras* de hacer música, mientras en los Estados Unidos, los negros se solazan y esa inmensa y prodigiosa masa de música pura y admirable se integra, a pesar de todo, en la vida misma del mundo entero.

Estas manifestaciones, ¿son insignificantes en la hora de las grandes crisis económicas, políticas, sociales? Sirven para sacudir profundamente las conciencias. Introducen en el fondo de los corazones

* *L'Art en Grece*, Christian Zervos.

valores nuevos; cambian el punto de vista. El horizonte se transforma. La gran transformación sólo se operará por la alta jerarquía. Por la re-formación individual de la conciencia se llevará a cabo la reforma de la conciencia individual. Cuando la conciencia haya salido de las angustias de sus incertidumbres presentes, se producirán las adhesiones colectivas y un mundo nuevo reemplazará a un mundo decaído. Esto lleva tiempo —los años necesarios, los años del examen sincero, con nosotros mismos, en nuestro fuero interno. Una colectividad sólo vale por el equilibrio de sus necesidades materiales. Una civilización sólo existe por la efusión innumerable, total, de una sociedad entera. Cuando haya cambiado la conciencia individual, solamente entonces, sobre el *eje verdadero*, enderezado, funcionará el organismo colectivo.

Los señores Soby, Austin, Hitchcock, no representan en modo alguno la unanimidad de las aspiraciones norteamericanas. Aparecen más bien como meteoros y, en este sentido, desempeñan un papel peligroso y agotador. La masa francesa está más cerca del examen posible en esta cuestión. La masa norteamericana opone un bloque inerte que acarrea su consecuencia: es duro pensar siempre en el bien o el mejoramiento de la muchedumbre cuando ésta permanece indiferente. La responsabilidad de la acción fecunda sólo recae sobre algunas espaldas. Hartford no es un acontecimiento del pueblo norteamericano; es el hecho de la presencia de individuos de calidad. Semejante aislamiento produce en esas almas de élite algunos estragos: son como plantas de invernáculo, frágiles y sensitivas y con reacciones de orden psicológico insuperable (a las cuales parece escapar la prodigiosa salud de A. C. Barnes, de Filadelfia, que libra alegremente su batalla en medio de los alambiques de su fábrica de productos farmacéuticos).

Mi periplo norteamericano estuvo tan lleno de jornadas en *pullman*, de noches en coches-camas, de discusiones sobre urbanismo, arquitectura, economía, que me fué preciso renunciar al postre de las comidas sólidas: no tuve tiempo de visitar los museos y de aducar de esta suerte el alimento a lo que es la pasión de mi vida: la consideración del arte.

Los norteamericanos, muy bien informados por hombres que han ido a estudiar entre nosotros, en París, el corazón del laboratorio de las artes modernas, o en las provincias de Francia donde se encuentran las iglesias románicas y las catedrales, han constituido poco a poco, en privado o en los museos públicos, colecciones significativas de arte moderno. La gente de Chicago dice con orgullo que el tesoro del museo de Chicago es *La Grande Jatte*, la obra más importante de Seurat. De Seurat, que murió de hambre y desencantado, en París, a la edad de treinta años.

He visto, sin embargo, la nueva disposición del museo de Brooklyn; el director, que fué el organizador, y el jefe del gabinete de estampas, mi amigo Carl Schniewind, me explicaron cómo, para responder a las iniciativas del gobierno contra la desocupación, durante la *gran depresión*, imaginaron un programa audaz y adoptaron, para realizarlo, medidas que vale la pena señalar.

Por fuera, el museo de Brooklyn parece un inefable armatoste académico: fachada pomposa coronada por un ejército de figuras colocadas en ristra, contra el cielo; musas o semidioses, o generales de la Liberación. El visitante entra desilusionado.

¡Oh, sorpresa! El ambiente es viviente; un vasto espacio blanco, en el cual la circulación está organizada por vitrinas dispuestas racionalmente. El espíritu arquitectónico reina aquí. Las colecciones, en gran parte, están consagradas al "arte americano", totems de Alaska, la estatuaria, la pintura, la orfebrería, la cerámica, la tapicería, la arquitectura de los Incas o de los Mayas. Arte grande y magnífico, dominador, que exalta el sol y las potencias cósmicas. No voy a comentarlo, sino decir solamente que la conciencia moderna encuentra aquí una savia eterna. ¡Tú también, Museo, por el espíritu juvenil que te anima, has vuelto la hoja de los hollines negros! Y hénos aquí en *nuestro hogar*.

Las comitivas del hambre desfilaban en los Estados Unidos. El gobierno acordó créditos para empresas de utilidad pública. Los salarios sólo podían ser un cuarto, un tercio, la mitad de las remuneraciones normales. Los obreros sólo trabajaron un cuarto, un tercio o la mitad de la jornada. Entre los desocupados dedicados

a arreglar el museo había cuarenta arquitectos. Obligación de emplearlos. Se formó un conjunto: director, obreros de la construcción, arquitectos. El programa fué establecido luego de discusiones, largas a veces; el espíritu creador, el sentido de la participación despertó. Los obreros se interesaron poco a poco. Acabaron por persuadirse de que el plan era de ellos; a tal punto, que si algún arquitecto aventuraba observaciones poco gratas, que juzgaban mal fundadas, no titubeaban en declararse en huelga.

Tales métodos podrían ser discutibles si el resultado no estuviera allí para aprobar que han sido eficaces.

3. TODOS ATLETAS

El país está cubierto de Universidades, colegios de varones, colegios de niñas*. Educar es la gran preocupación norteamericana. "De nuestros jóvenes, incluso de los alfeñiques, hacemos atletas", declara un director de la Princeton University.

¡Todos atletas!

Los grandes *matches* norteamericanos, sesiones de los sábados por la tarde, reúnen en estadios dispersos por todo el país, multitudes de sesenta mil espectadores en torno de dos equipos afrontados. Los grandes *matches* se juegan entre universidades: Yale contra Princeton, Columbia contra Harvard, etcétera. El estudio de las ciencias, de las letras y de las artes no se halla comprometido. ¿No tiene la jornada veinticuatro horas — el tiempo suficiente para enriquecer el espíritu y hacerse un cuerpo?

¿El colegio? Los norteamericanos dicen a cada instante: "En el colegio..." Presencia, en el fondo del corazón —de una grande y bella etapa—, la bella etapa de su vida. Clubs, en nombre de las

* El *college* norteamericano, institución intermedia, semiuniversitaria, difiere considerablemente de nuestros colegios o liceos. (N. del T.)

universidades, continúan agrupando, en todo el territorio, a gente de negocios, seria, y prolongan en el curso de la vida la irradiación de los años juveniles.

La organización de los colegios y las universidades es, por lo tanto, muy particular. Todo está dispuesto para el confort, para el sosiego y la serenidad; todo, para hacer cuerpos sólidos. Cada colegio o universidad es una unidad urbana en sí, una ciudad, pequeña o grande. Pero una *ciudad verde*. Prados de césped, parques, estadios, claustros, refectorios, una verdadera hostería de habitaciones cómodas. El estilo es gótico, casi en todas partes —¡es así!—, rico, opulento, bien hecho. El dinero abunda. Tal millonario, tal viuda de millonario, legan gustosos su fortuna al colegio de varones o de niñas donde pasaron días tan hermosos cuando tenían veinte años.

Creo que eso está muy bien. Empero, recuerdo, en el curso de esas visitas suntuosas, la vida de los estudiantes de París: la de la gran mayoría; séptimo piso, bohardilla, grifo en el rellano de la escalera, "Piombo de Venecia"* en verano, Siberia en invierno. Trances de la soledad en el centro mismo de la ciudad inmensa. Yo también pasé por eso. Esa dura escuela de la vida, ¿es educación fecunda o peligro público? Los estudiantes de París, músculos descuidados, estómago mal alimentado, en la promiscuidad de las callejas y las escaleras sombrías mezclan severamente el conocimiento de la ciencia con el de la vida.

Esto no condice con el "taylorismo": tiempo para cada cosa. Me guardo de opinar, pues sigo en la incertidumbre. En la pingüe abundancia de los colegios norteamericanos sumergidos en la vegetación, los pobres tienen libre acceso: una institución, quizá conmovedora, les permite gozar de tantos beneficios y alcanzar la meta propuesta: estudiar, saber. Pagan "en especie"; por turnos, aseguran el servicio, sirven la mesa en el refectorio y arreglan las habitaciones. Los Estados Unidos son eminentemente democráticos; ese

* "Piombo": la cárcel de la Señoría veneciana, así llamada porque las celdas se encontraban inmediatamente debajo del techo de plomo del palacio de San Marcos. Esas celdas eran, por consiguiente, sofocantes en verano. (N. del T.)

hecho no entraña ninguna servidumbre: yo pago; por lo tanto, la deuda está saldada. En consecuencia, equivalencia de los derechos y camaradería perfecta. Espíritus sectarios denunciarán que eso significa lucha de clases. Objetivamente, en el estado actual de la Unión, a mí me pareció una solución generosa e inteligente.

La Universidad norteamericana es un mundo en sí, paraíso temporal, etapa grata de la vida.

...Voy a Vassar, al colegio de las niñas de familia adinerada. De Nueva York, el automóvil corre hacia el norte, por Connecticut; no bien se atraviesan los "slums" de Nueva York, se toman los *Parkways*, reciente creación norteamericana, autopistas trazadas a través de lugares elegidos; el pavimento es perfecto, arbolado; los cruces se hacen a diferentes niveles. Todo lo que hubiera dado lugar a soluciones puramente técnicas o quizá de un sentido absolutamente arquitectónico está, por el contrario, dominado por un concepto de paisajista. Se buscan pretextos para lograr que un camino transversal sea franqueado por un puente pintoresco; las curvas de las rutas de enlace serpentean a través de rocallas, arbustos selectos, flores y césped. Los *Parkways* cubrirán el territorio de los Estados Unidos con una red sinuosa, encantadora, pintoresca —un poco arreglada. La epopeya de Luis XIV o napoleónica, de la cual Francia ofrece ejemplos insignes: esos trayectos rectos, indiferentes a las ondulaciones de colinas y valles, que el auto escala sin esfuerzo, a tal punto parecen haber sido concebidos para él, son reemplazados por instalaciones delicadas. Es otra cosa; deploraría que una de ellas reemplazara a la otra. Vale más que las dos existan, respondiendo a misiones diversas: la pastoral y la heroica.

Funciona la radio del Ford. Ningún parásito, una radio impecable; una virtud de raza. Tarde de otoño, fin del "verano indio".

Ya no quedan los follajes rojos de una violencia insospechada. Pieza de piano: "Tema y variaciones" de Harry Kopkings. Luego, coro y piano. En las vacaciones intelectuales de este viaje a cien kilómetros por hora, la música sorprendida al pasar tiene un encanto irresistible. Música norteamericana. Aquí, también, se manifiesta un fenómeno nuevo.

Llegamos al colegio de las "jóvenes en flor". El parque es suntuoso, los edificios están dispersos entre césped. Antes de disertar, voy a ver mi tablado. Una docena de señoritas acaba de desmontar los decorados de una pieza de teatro representada la víspera. Las estudiantes han concebido y ejecutado los decorados: armazón, chapas de madera terciada, sierras, clavos, martillos y tenazas, tarros de colores y pinceles. Visten trajes de mecánico o mallas de baño. Encuentro placer en mirar cuerpos hermosos, sanos, fortalecidos por el ejercicio físico.

En los edificios resplandece un lujo de gran club. Esas señoritas están aquí, "en el convento", por cinco años. Un convento alegre.

Dos horas más tarde, el anfiteatro de la sala es invadido por seiscientas jovencitas. "¡Demonios! —me digo, recordando experiencias anteriores en las universidades norteamericanas—, ¿cómo fijar la atención de esos mil doscientos ojos rientes?" He hablado francés en todo mi viaje por los Estados Unidos. Tanteemos el terreno con un sondeo, un chiste. ¡Ya está! ¡La cosa ha cuajado, todas han comprendido! Jamás, en el extranjero, he tenido un auditorio tan sensible. Es un placer, y me divierto desarrollando las tesis temerarias de las cuales estas mujeres futuras serán, en verdad, las mejores propagandistas. Cuando todo ha terminado, se produce una escena de voracidad: la manada se precipita sobre el estrado, se apodera de los cinco o seis grandes dibujos que acaban de hacerse ante sus ojos. ¿Tapizarán con ellos su refectorio o su sala de estudio? ¡En absoluto! Rompen, desgarran, recortan en pequeños pedazos. Un pedazo para cada amazona. Presentan la estilográfica: "¡Firme, firme!"

Cuando las contingencias son favorables —lo eran en Vassar— encuentro un placer extremo en hacer mis grandes decoraciones en color, de tres metros de largo, que se convierten en estenografía brillante y abigarrada —rojo, verde, castaño, amarillo, negro o azul—, de mis tesis de la *Ciudad Radiosa* o de mis ideas de reorganización de la vida cotidiana: arquitectura y urbanismo, portadores de las "alegrías esenciales" de la civilización maquinista. Así, en los Esta-

dos Unidos, he hecho exactamente trescientos metros de esos dibujos (6 rollos de papel de 50 metros cada uno). Quedaron en alguna parte, en poder de aficionados, o en las Universidades. Improvisó. Cada vez ataco el problema por un lado diferente; adoro la dificultad que reside en insertar esas figuras en los límites del papel. Los dibujos de Vassar estaban ejecutados con particular buen humor. ¡Las Amazonas los han hecho pedazos!

Hicieron casi lo mismo conmigo, en el *buffet*. Mientras algunas preguntaban a mi compañero Jacobs si yo prefería a las rubias o las morenas, otras estuvieron a punto de aniquilarme bajo el peso de sus preguntas. Estoy consternado por la naturaleza de esas preguntas: sociología, economía general, psicología. Están orientadas hacia los graves problemas de la hora. Hablan un francés impecable. Durante su permanencia en el colegio, están obligadas a pasar un año en Francia, al comienzo. Jamás me he sentido tan ignorante: "Pero señoritas, ignoro los problemas que ustedes encaran; no soy más que un urbanista y un arquitecto; quizá un artista. Señoritas, me abruman, son demasiado serias, las dejo, ¡me voy con las que comen dulces!"

Son mil doscientas en Vassar.

Dan el toque de silencio. Volvemos a encontrarnos a la hora del whisky, en la casa de una profesora de historia del arte que me dice: "La Escuela de Bellas Artes de París es la causante de todo el mal". Una alumna aventajada, presente, se dedica al estudio del Caravaggio. "¡Ah, también ustedes, las mujeres, se interesan por el Caravaggio! ¿Por qué el Caravaggio? A causa de lo que hay de turbio en este hombre equívoco. ¿Usted también sufre represión?" ¡Otro profesor de historia del arte es, asimismo, caravaggista! Caravaggio, surgiendo del pasado, abreva una parte del alma norteamericana; además, el "superrealismo" de hoy ha conquistado a los Estados Unidos. A la Unión de los tímidos y los inquietos.

Vassar College: los duros problemas de la economía norteamericana y lo vago en el alma de la élite norteamericana. Esas mil doscientas jovencitas incesantemente renovadas aquí, se preparan para

una gran tarea. La mujer existe, en la sociedad norteamericana, por su trabajo intelectual.

Ese sábado a la mañana de *week-end*, muchas de ellas han subido al tren que me conduce de vuelta a Nueva York. Vienen en el único coche de fumadores, quemado por los cigarrillos, donde están los robustos y sólidos obreros de los puertos y de las fábricas del *Hudson River*. Espíritu democrático. En Vassar, he observado en ese marco lujoso matices de comunismo. Es una experiencia constante: la "buena sociedad de la *intelligentzia*, rica y generosamente gastadora, se apresta para "el gran bochinche" con una ingenuidad conmovedora.

El tren sigue el río muy ancho. Observo que, para atravesar esas grandes extensiones de agua, los Estados Unidos sólo tienen un tipo de puente, el puente suspendido, puente de los tiempos modernos, recto y afiligranado, sin preocupación por los medios tradicionales de la poesía arquitectónica. Está lleno de su propia poesía.

Simétricamente, al sur de Nueva York, está la Universidad de Princeton, para varones. Institución inmensa, ciudad universitaria con parques vastísimos. En este momento, Princeton está a la cabeza del rugby norteamericano. ¡Lo cual no es un hecho insignificante! Retener la copa, obstinarse en conquistarla, es un inmenso trampolín de solidaridad y de entusiasmo.

Me encuentro ante la misma pregunta: la juventud estudiantil, ¿tiene interés en pasar cinco años de felicidad en un paraíso, o es mejor que conozca, en la hora de los estudios, el rostro total de la vida, con sus taras, su miseria, sus angustias, su grandeza?

Esos muchachones recios —todos atletas—, esa seguridad de la vida material, esa simple alegría de la camaradería, esa existencia sin conflictos de la tribu de los jóvenes, resguardada de los vientos contrarios, ese aseo que reina por doquier, esa comodidad doméstica excepcional, tales son los triunfos que se inscriben en el activo de los Estados Unidos. En Francia, la columna del balance está vacía. Admito que, por ambas partes, las ocasiones y el modo de aprender se equilibran y son una conquista magnífica de la civilización.

En Francia, no hay ninguna posibilidad de que salgamos atletas de nuestros estudios.

En los Estados Unidos, las tribus estudiantiles acampan en el lujo. Tienen sus reglas, su administración independiente; tienen derecho a la iniciativa; tienen deberes deportivos. Alguien ha escrito que los estudiantes norteamericanos tenían caras de buenos y de cándidos y grandes ojos de buey. Los estudiantes norteamericanos viven en manadas, en ricas dehesas; los estudiantes franceses parecen vivir individualmente o en esas agrupaciones pasajeras que forma la amistad; en Francia no hay ricas dehesas, sino solamente el ambiente de los anfiteatros en pleno centro de la ciudad árida. Le doy vueltas al asunto, vuelvo a encarar el problema. Me atrae lo patético de la vida y del peligro; mucho menos me atrae la seguridad de los hijos de papá, mimados, bien gordos, bien jabonados, bien rizados. Me digo que están privados de un abono potente: el de la dificultad. Si ordeno las operaciones y las pongo una detrás de otra, veo bien que estudiar es estudiar (la nariz metida en los libros, el espíritu sereno, el estómago lleno, la habitación caliente) y que, quizá, hay un momento para cada cosa. Cuando se planta un poroto no se suele ponerle una piedra encima para impedir que crezca bien derecho.

Las universidades norteamericanas, grandes tribus acaudaladas, acampadas en medio de la vegetación con el desentendimiento de las contingencias que les da ese estilo gótico propagado por doquier, expresan bastante bien un tipo de vida ideal, del género "Campos Elíseos", casi teórica; el Paraíso para comenzar la vida, pues el Infierno viene después; un lugar edénico, temporario, donde residiría la felicidad si los muchachos y las jóvenes no tuvieran, como todo el mundo, su pequeña desazón en el alma. No se necesita más para que el hombre vuelva a ser presa de su tormento o de su inquietud.

En Princeton di dos clases sobre arquitectura y urbanismo y tuve un "seminario": un coloquio con los estudiantes, con el pretexto de hacer una corrección en los planos de una ciudad. La arquitectura, la enseña aquí M. Labatut, francés inteligente y amplio. Sin embargo, en Princeton, como en Columbia, como en

Harvard, como en Yale, como en Massachussets y por doquier, el viento de los tiempos modernos no sopla en ráfagas. Esto explica aquello. Si los rascacielos de Manhattan y de Chicago son, en esencia, una paradoja, es porque no existe la gimnasia intelectual que flexibiliza los espíritus en el momento mismo de la formación profesional. La enseñanza norteamericana es muy... norteamericana; quiero decir tímida, llena de restricciones, respaldada medrosamente por los Vignola de la tradición. Desde hace diez años desfilan por mi taller de París jóvenes egresados de las universidades de todos los continentes. Trato, sin poder llegar a una conclusión, de formarme una opinión sobre las diversas enseñanzas: Francia, Alemania, Italia, España, Inglaterra, Estados Unidos, Suiza, Checoslovaquia, Yugoslavia, Rusia, Holanda, Bélgica, Polonia, Escandinavia, Uruguay, Grecia, etc. El academismo está arraigado por doquier.

Los maestros, en general retirados de la práctica del oficio de arquitecto, evitan arriesgarse en aventuras. Sólo correrían semejante riesgo si se encontraran bajo los martillazos de la pasión creadora, de la participación, de la controversia. Y si, con todo, el maestro construye, nadie espera de él iniciativas temerarias: es de la *Escuela*, su obra tendrá "escuela"; seguridad para el cliente. Empero, los holandeses están relativamente liberados. Los checos creen en "lo moderno" y también los polacos. Los uruguayos están en la vanguardia, mientras a dos pasos de allí, en Buenos Aires, hasta estos últimos años, la arquitectura estaba metida en la seguridad de caja fuerte de los estilos. Suiza y Checoslovaquia forman técnicos serios; los checos son más finos, los suizos más pesados. Los checos dibujan con una finura y una agudeza notables. De Alemania llegaban a mi taller jóvenes "liberados" por el *Bauhaus*, escuela fundada por Walter Gropius, y cerrada por Hitler; éstos se inclinaban hacia el esteticismo; se creían muy pronto "artistas" y carecían de la seriedad de los ingleses, suizos, polacos y checos. La virtud *de! plano*, la elegancia de la solución, valores eminentemente franceses, se ignoran en todas partes. Tal ausencia de espiritualidad me entristece. El espíritu práctico domina. La Escuela de Bellas Artes de París saldría victoriosa si tuviera otros propósitos que los de asombrar

siempre con gráficos que conducen infaliblemente a edificios como la estación de Orsay o el "Grand Palais". Tengo plena confianza en los estudiantes y les desecorrientes de aire —¡qué digo, un tifón! La arquitectura actual es triste, enjaulada, clorótica, sin nervios, sin impulsos, sin conciencia de sus medios. La *Escuela* mata, las escuelas matan porque encierran lejos de los oficios y de las materias. La realidad está ausente. Las escuelas enclaustran con diplomas, distribuciones de sueño, cuando deberían terminar por un gran puntapié en el trasero que obligara a los jóvenes a arrojar al agua, abrir los ojos, los oídos y el entendimiento y a emprender su propia creación espiritual. ¡Ay! tengo inclinación por querer hacer superhombres, mientras que las administraciones han creado los diplomas, en primer lugar, para consagrarse a sí mismas, legitimando su existencia, y luego, para propagar la seguridad en el país. ¡Primero seguridad! ¡Tanto peor si los individuos se agostan! La sociedad tendrá su arquitectura tranquilizadora. La cosecha está por fin en sazón allí donde este letargo, destilado en los países por las escuelas, ha dado sus frutos: ¡la arquitectura ha muerto! La enseñanza es el secuestro de la juventud en el molde del pasado; no una abertura sobre el inmenso y atrayente desconocido del mañana.

En la enseñanza de las universidades norteamericanas, creo notar algo como un gran terror de ver abrirse puertas sobre lo ignoto de mañana. Los alumnos son serios, circunspectos, calmos; adquieren grados y un "seguro contra todo riesgo". He visto en los vestíbulos de la Universidad de Massachussetts, inmensas cosas colgadas de las paredes, aguadas que representan palacios y mausoleos a morirse de aburrimiento y de vergüenza. Me rodeaban estudiantes y algunos de sus maestros; les dije: "¿Cómo no han destruido aún esos horrores?"

Cuando hablo en los anfiteatros de las universidades norteamericanas —sección arquitectura—, tengo la sensación de traer ideas peligrosamente perturbadoras. Se me escucha en un silencio tal que me parece que no se me comprende. Me obstino con mis grandes dibujos; pongo rojo, azul, verde, negro; escribo comentarios, ci-

fras. Terminó en esa atmósfera petrificada. Un joven de Columbia vino a mi hotel a pedirme una entrevista: "Esa hora de conferencia nos ha valido por tres años de enseñanza". "¿Realmente?" "Sí, y todos pensamos lo mismo." ¡Cómo están de encerrados estos jóvenes!

En Princeton, en mi curso de seminario, discuto, pues, los planos de una casa de campo. Se encuentran allí muchos lugares encantadores reservados a enternecimientos sucesivos. Digo: "Es preciso elegir y limitar, condensar; de esas buenas intenciones dispersas, es menester hacer *la buena* intención, ¡la verdadera, la justa!". Expresándome (¡modestamente!) a la manera de Montaigne, concluyo: "¡Señores, no se tiene nunca más de un trasero para sentarse!" Están presentes el profesor y el presidente de la sección de arquitectura. Silencio y turbación. "¿Quiere tener la bondad de traducir?" No, no se traducirán semejantes palabras en la ciudad verde, de bello estilo gótico, de Princeton.

En el corredor blanco que conduce al anfiteatro están colgados tres cuadros: un Matisse, un Rouault, un Derain. Esta exposición es sólo temporaria; otros cuadros los reemplazarán —a veces uno solo. Esas obras circulan por diversas universidades y provienen de colecciones privadas. Una nota explicativa, escrita a máquina, está clavada al lado de cada cuadro. Eso está muy bien, es refrescante, reconfortante. Lo he dicho desde el comienzo: los Estados Unidos están llenos de buena voluntad.

Además, comprendo bien que, por la naturaleza misma de las cosas, los colegios o las universidades —la enseñanza, en una palabra— son a la vez la silla y el freno de las conquistas del espíritu. Un maestro de escuela se evade de la vida. Hélo aquí, funcionario, con sus reflejos y sus deformaciones. Interpreten, pues, ese grito del corazón proferido por la mujer de mi primer profesor de dibujo: una municipalidad nueva, socialista, había jubilado a éste después de cuarenta y cinco años de enseñanza; se encontraba desamparado, perturbado en sus hábitos cotidianos. "¡Hubieran podido dejarlo en su puesto hasta el día de su muerte, esos cochinos!"

Así, la enseñanza estará siempre desgarrada entre estas dos fatalidades: el apostolado y el egoísmo. La organización de las escue-

las debe tender a rechazar el segundo y suscitar el primero. Los Estados Unidos, por la ley de los contrastes, serían accesibles al apostolado, que están dispuestos a destrozarse brutalmente si éste, un día, se opusiera a las exigencias feroces de las batallas económicas. Wilson aprendió algo al respecto*.

En el Middle-West, no lejos de Detroit, feudo de Ford, la Cranbrook Academy es un justo corolario de la vida violenta de los Estados Unidos.

Hacia el 1900 vivía en Helsingfors, en Finlandia, un joven arquitecto de talento: Eliel Saarinen. Se hizo conocer en el mundo de la arquitectura por diversas obras y, hacia 1925, participó en el concurso de los planos para el rascacielos del *Chicago Tribune*. Su proyecto fué descartado. Pero llamó la atención de un gran industrial, quien descubrió allí cualidades de verdadera sensibilidad. En el país de los tímidos, la sensibilidad adquiere a veces la violencia de un volcán. Nuestro hombre mandó llamar a Saarinen; le ofreció un terreno magnífico, en pleno campo. "Construya allí lo que juzgue conveniente para la formación de la sensibilidad norteamericana." Así nació la Academia de Cranbrook. Es un retiro; un lugar donde los jóvenes y las jóvenes que se dedican a estudiar el arte se sumergen, en medio de bosques y campos, en una atmósfera de beatitud. Se filosofa mientras se trabaja, se filosofa mientras se come; todos comen juntos, con el profesor y los profesores.

Todo eso es un poco forzado, un poco despegado de la vida. Es precisamente el efecto de la brutalidad de la vida norteamericana. Efusión, convento, frailería: "Hijo mío, ruega por mi salvación, ¡por mí que me veo obligado a librar la ruda batalla del dinero!..."

Los edificios han sido dibujados por el maestro. Del mismo modo, en Alemania, en las inmediaciones de Dresden, en Hellerau, nació una ciudad mística hacia 1910. Un centro espiritual, o que quiso serlo. Si la sociedad es hostil a las meditaciones, admite la utilidad de los "conventos". Pueden estar tan lejos de la vida plena como la vida brutal de los negocios está privada de vida verdadera.

* Woodrow Wilson. (N. del T.)

Así, la sabiduría está ausente. Muy norteamericano, Cranbrook, retiro paradisíaco para luchadores hastiados.

En los Estados Unidos, el profesorado está en las antipodas de la gente de negocios. Los negocios hacen retroceder, como un espejismo radiante, los años de colegio. Hoy, la violencia de Manhattan o de Chicago, de Detroit o de Pittsburgh, etc. Ayer, los rostros inclinados sobre los libros, "mientras aún se tiene tiempo". En torno de esta juventud, profesores con o sin sentido del sacerdocio. Quietud de los centros universitarios. Casta de los profesores, un poco debilitada por un retiro tan hermoso en esas delicias de Capua, de límites estrechos. Me gustan Manhattan y Chicago. Con todo, estoy persuadido del papel capital que corresponde a los educadores, a condición de que la savia de lo real refluya de tanto en tanto en las ciudades verdes del estudio. Cuando hube terminado en Cranbrook mi exposición de las tesis de "la Ciudad Radiosa", el gran mecenas fundador vino a estrecharme la mano y con un aire triste, me dijo: "Pero ¿y el arte, señor?, ¿qué hace usted del arte?" En el crisol de las ciudades es donde los tiempos nuevos descubrirán la ley de mañana. El arte no brota en las incubadoras.

4. EL CARAVAGGIO Y EL "SUPERREALISMO"

Volvamos a aquella señorita de Vassar sumida en el estudio del Caravaggio.

El Caravaggio, pintor italiano del siglo xvi, "trabajaba en un taller pintado de negro; la luz sólo llegaba por un tragaluz muy alto". ¡Detengámonos! Por él descubriremos un rincón del alma norteamericana. Si se agrega al Caravaggio el "superrealismo" de hoy, esparcido en las colecciones norteamericanas, nuestro diagnóstico se verá confirmado. Este capítulo nos lleva inevitablemente a los subterráneos complicados de la conciencia, que atormenta a los jóvenes de corazones inquietos.

El Caravaggio en los estudios universitarios, el superrealismo en las colecciones y los museos, el salitre en el ejército, el complejo de inferioridad dominando a aquellos que quieren arrancarse a la aritmética simple de las cifras, el principio de la familia perturbado, el espíritu fúnebre apareciendo en los momentos de creación espiritual —he aquí la cosecha inesperada que cargan mis brazos luego de este primer viaje a los Estados Unidos, donde me absorbí en el examen del fenómeno del urbanismo. Hay aquí material para es-

cribir un libro en que esas conclusiones inesperadas sean apuntaladas con razonamientos y pruebas suficientes. El urbanismo, que está ligado a lo esencial de los actos profundos de una sociedad, abre ventanas indiscretas. Aquí, como a menudo en mi vida, siento y percibo, aun en el apresuramiento de los viajes rápidos y la brevedad de las conversaciones; mis cualidades de percepción han adquirido cierta agudeza en el curso de una vida consagrada a la invención y el descubrimiento.

Este velo levantado inocentemente sobre las devociones por el Caravaggio, pintor italiano de una mentalidad muy inquietante, pintor de muchísimo talento, adulado en los ambientes intelectuales norteamericanos, descubre, bajo apariencias exteriores "bonachonas", un complejo turbio y las inquietudes de la vida sexual. Algo ocurre allí, en lo más profundo del ser. Al percibirlo, mi espíritu se interesa por una serie de manifestaciones baladíes que están en los antipodas de la grandeza de los rascacielos. Y súbitamente se explica la grandeza de los rascacielos. Comprendo que estoy en el país de los tímidos.

El urbanismo norteamericano revela, en su gigantomaquia, una timidez peligrosa en los momentos en que se trataría de reaccionar y obrar con justeza; es el resultado de una falta de equilibrio; de un desequilibrio; y, por lo tanto, entraña perturbaciones bastante graves en el seno de la célula social misma —llave de todo: la familia.

Temo que no me perdonen tanta indiscreción.

Cuando una sociedad ha adquirido su equilibrio, su madurez, sus gestos y sus actos son claros, sanos, normales. La ley fundamental de la naturaleza: perpetuar la especie, no entraña ya rito religioso, ni turbias vacilaciones, ni violencia, ni temor. Acto que llega a ser consciente y que pasa al plano del arte. Se halla ennoblecido por el aporte de la imaginación, del sentido estético, del culto de lo bello. La noción de "arte" entraña un conocimiento, una conciencia, la perpetua invención en el marco modesto de los valores presentes, la matemática de una ecuación ingeniosa, fecunda e infinitamente variada. El arte es, ante todo, constructivo, positivo, creador. Puerta abierta sobre lo desconocido, descubridor de

lo nuevo, hacedor de lo nuevo, hacedor de vida. Y no colección de recuerdos, museo de recuerdos, trofeo de recuerdos, amontonamiento de muertos, aun los raros y sublimes. Perpetuar la especie —ley cósmica—; el amor, creación humana, en la combinación luminosa de la sensualidad y la estética. Ambas dominan las sociedades, diversamente, según reine la maestría o la inquietud.

Por lo tanto, hoy se da vuelta una página de la historia; la vida se ofrece entera, para asirla a brazadas. Hay que crear un arte de punta a cabo, hecho de relaciones nuevas, escalera que sube hacia adelante, regularmente, por escalones sólidos, sucesivos y sin abismos.

¿Que ya se ha recorrido la escalera? ¿Que se derrumba a nuestra espalda, que ha desaparecido la luz del espíritu y de las causas naturales, sumiéndola en la sombra y, más aun, en la noche? ¡Son espíritus singularmente perturbados los que quisieran recorrerla aún, descender por ella y, en consecuencia, renunciar a lo que está más allá! Espíritus encolerizados de miedo, de temor, de inquietud, de angustia: la inhibición.

El Caravaggio había mandado pintar su taller de negro; una luz sepulcral caía de un tragaluz. Su caso pertenece a los psiquiatras. Muchacha de Vassar, ¿en nombre del arte chapotea usted en esa cloaca? Creo que la impulsa a ello su corazón insatisfecho.

El "superrealismo" europeo, nacido en las horas de incertidumbre de la guerra, triunfó en los tiempos desenfrenados de la postguerra. Se opuso al "cubismo", gesto de lucidez de constructores empeñados en la conquista de los tiempos nuevos. Cubismo, potente revolución. Discernimiento de los tiempos nuevos. Salud, fuerza, optimismo, creación, aporte de algunos hombres sanos y fuertes. El cubismo —un día se verá claramente— ha sido una de las horas decisivas de la revolución general. El "superrealismo" es una institución noble, elegante, artística, de pompas fúnebres.

Los despojos de una sociedad muerta, era preciso embalsamarlos y enterrarlos bajo flores; se imponían cantos y oraciones. He aquí un altar levantado y cubierto de trofeos. He aquí las llamas verdes de una ceremonia en memoria de tantas cosas que fueron. Cortinados de púrpura iluminados por llamas verdes, evocación de

los manes, de substanciación, desmaterialización. ¡Sueños! ¡Freud! ¡Sombras en el Limbo! Espiritismo, poco menos. Espiritualidad, recitados, evocación. Literatura. No quedan huesos allí adentro, sino cosas desarticuladas, fuera del mundo, que se deslizan en monotonías y prosmicuidades asombrosas. Las almas sensitivas, las de osamenta débil, hélas aquí ocupadas en esos bellos decorados crepusculares. El mar se retira; el cielo sangra en el horizonte, sobre el agua muy verde; hay ruinas construídas como cenotafios; las nubes están hechas jirones; muñones de columnas yacen por tierra; por asociación, bustos de mujeres cortados en pedazos y sangre negra, pájaros, un caballo de la Antigüedad decadente. Símbolos, escorzos, evocaciones. ¿Qué liturgia es esa? ¿Qué ceremonia refinada, conmovedora, espectral? ¿Qué llamado al pasado? ¿Un entierro? Se entierra lo que fué, lo que ha dejado de existir. Se llora sobre los muertos. Es una cosa muy hermosa.

¡Entendido! Pero la ceremonia toca a su fin. ¡El mundo nuevo espera obreros!

La *Intelligentzia* de los Estados Unidos se inclina sobre esos funerales. Ese país no conoce aún la madurez técnica, se inquieta ante el porvenir. El alma norteamericana se refugia en el regazo de las cosas que fueron. Tal es la etapa de estos momentos.

Los hombres que se ocupan de arte en los Estados Unidos (historiadores de arte, profesores, directores de museo), son seres excepcionales; su sensibilidad refinada, su sinceridad total, su amor, encuentran en torno de ellos, enhiestos, los rascacielos de Wall Street, los grandes puentes de Nueva York, los mataderos de Chicago, Ford y su racionalismo, Pittsburgh y sus altos hornos. ¡Qué muralla de piedra, qué muralla de fuego, qué armazón de hierro! ¡La *Publicity*, el dólar, el *time is money*, los diarios de cien páginas, qué fuerzas trituradoras o asfixiantes! Día tras día están más aislados, pero también son más fuertes. Ese cuerpo de los Estados Unidos —lo he dibujado a menudo: grandes manos, espaldas de titán, pies como zócalos de puente— los espanta. Empero, aunque todas las energías están concentradas en el *hard labour* cotidiano, el gigante ordena que el pensamiento y el arte vivan. "Lo que yo mismo hago

(pues, lo ves —estoy metido en el engranaje—, lucho, me definiendo, conquisto) hijo mío, es preciso que no lo hagas más. Prepárenlo ustedes, después de mi dura travesía de los Alpes, para inminentes delicias de Capua...”.

El fulgor enceguecedor de los altos hornos de Pittsburgh o el resplandor amarillo del oro son cómplices de las llamas verdes en la cripta del Caravaggio y sobre los altares del superrealismo, rojos de sacrificios y de rosas.

5. DEL SALITRE

Ya he hablado de ello: el salitre es anafrodisíaco; todos los días dan una cucharada de salitre a los soldados del ejército norteamericano.

Broadway y sus *burlesques* * son el salitre de los civiles. Harlem, la música y los bailes negros, son el salitre de los intelectuales y la alta sociedad. Los bailes de los negros de Harlem (mucamas, guardas de los trenes y mozos de cordel de las estaciones, barrenderos) son de un desenfreno alucinante. La perpetuación de la especie ha mantenido sus ritos, otrora indispensables, en la estufa agotadora de la selva tropical.

El *flirt*, llevado muy lejos, de los estudiantes de ambos sexos en las Universidades norteamericanas nos asombra. Pero la rigidez de una moral violenta interviene en el instante peligroso: el sentimiento del temor. Moral tan admitida como odiada en los Estados Unidos: ¡otra vez el salitre!

El trabajo forzado en los rascacielos, es el salitre.

* Cierta teatro de revistas, de espectáculos muy libres. (N. del T.)

La dislocación del fenómeno urbano norteamericano —las ciudades— regiones, las ciudades en que el sol observa un horario agotador para los hombres— es el salitre.

El *business* es el salitre.

Los Estados Unidos se encuentran en inhibición. Como un muchacho grande que padece los oscuros males de su edad.

6. "QUAT'Z'ARTS" EN NUEVA YORK

—“Los hombres están hastiados de todo, las mujeres están hastiadas de los hombres.”

Palabras de un redactor de una de las más hermosas revistas mundanas de los Estados Unidos, durante el baile de *Quat'z'Arts* * en Nueva York.

—“Las mujeres viven aparte; los hombres están en la City; ellas buscan a quien las divierta o se distraen entre sí. La mujer norteamericana es dominadora, y es dominante” (se puede —si se considera cierta sociedad— penetrar, hasta el fondo, el sentido de estas palabras). Confidencia de una mujer de la alta sociedad, en un interior de estilo muy hermoso —ese estilo norteamericano hecho de Renacimiento italiano y de objetos modernos amasados con el más vivo sentimiento de la vida presente.

Precisemos que no se trata aquí bien entendido, de la masa del pueblo norteamericano, sino de una sociedad sometida al tumulto de las capitales —lugares ricos en contingencias que, en todos los países es el barómetro de las corrientes significativas. Son “casos”

* Contracción defectuosa y popular de “Quatre Arts” (Cuatro Artes). (N. del T.)

que vale la pena considerar, pues la fiebre que los devora revela las causas primeras.

Estas dos confesiones son de naturaleza negativa. El norteamericano cultivado es propenso a hablar, una vez arrancado de sus negocios, de su complejo de inferioridad. Me siento incómodo, cada vez, ante este gesto de humildad; veo a Manhattan erguida, las *drives* (avenidas) de Chicago, la fábrica Ford en Detroit, y tantos signos manifiestos de potencia juvenil. Ellos parecen percibir en nuestra mirada el brillo del acero y, girando libremente tras nuestra frente, una ronda de exámenes, de apreciaciones, de juicios. Evidentemente, reflexionamos, pesamos, tratamos de ver a dónde conduce eso. Del mismo modo, los alemanes, antes de Hitler, decían a menudo ante nuestro asentimiento mesurado: "¡Piensan ustedes, ¿verdad?, que somos bárbaros!"

Se anuncia en Nueva York el baile de *Quat'z'Arts* en los salones inmensos del Waldorf Astoria. Iré. El preámbulo transcurre en la tienda donde se alquilan trajes de disfraz. Tema del baile: *Una feria en la India*. Siempre he desconfiado de esas asambleas de la imaginación. Allí, uno cae de las alturas, retorna a lo real, ve lo que la gente es: descubre su deseo de aparentar. En Montparnasse, es otra cosa; los artistas son emancipados (los buenos). En los paquetes, para la "Fiesta de la Línea" o, en tierra, en los bailes lujosos, la diosa "Creación" es de talla menuda y el rey "Orgullo" está inflado a reventar.

¿*Quat'z'Arts* en Nueva York? Algo para intrigar a un parisienese. Veremos las exhibiciones de antiguos pintores o arquitectos de la *École des Beaux-Arts de Paris*. Pero, de hecho, descartando los efectos del alcohol y la tendencia francamente nudista de *Quat'z'Arts de Paris*, ¿se ha revelado jamás el espíritu, en esta ocasión ridícula, como un fenómeno de generación espontánea? ¡Desgraciadamente, no y no! Tal pintura, tal arquitectura, tal decorado, tal baile. Las mujercitas desnudas alegran la platea, claro está, y el baile se sostiene gracias a eso.

En el Waldorf Astoria no habrá mujercitas desnudas, ¡oh, jamás!

El alquilador de disfraces quiere disfrazarme con un turbante y un traje de brocado; por el mismo precio, tengo derecho a ser, esta noche, Rajá o Kan.

¡Gracias! Nada de títulos usurpados! Como no soy buen mozo, dejo mis anatomías tranquilas. Obligo al alquilador, a pesar de algunas protestas, a que me dé un pantalón de presidiario, de rayas azules y blancas, un dormán bermellón de "guard" del ejército de la India (le habría gustado que fuese de oficial superior); descubro una enorme charretera de oro que sujeto a la izquierda. Nada de quepis, señor, un bonete de payaso, puntiagudo y blanco me hace el favor. Por razones de equilibrio del color, me ato en bandolera una faja azul fuerte, cortada por un cinturón de oro. ¡Canastos! Mi pantalón de presidiario no tiene bolsillos: pongo los billetes de banco en el calcetín, y la pipa y el paquete de tabaco en el cinturón. Para terminar, en la frente y las mejillas, tres manchas blancas de formas diferentes, para desconcertar a los curiosos.

¡Si cada cual hace otro tanto, veremos quizá cosas divertidas!

El baile era inmenso: tres mil bailarines disfrazados. Había elefantes, osos, payasos y acróbatas. Todos los concurrentes estaban llenos de entorchados, cubiertos de brocados, con turbantes emplumados, chales de bayadera; la seda rutilaba; el conjunto era sordo e insípido, sucio y sin brillo alguno. Para brillar, no hay que emplear seda. Para disfrazarse con color, se necesitan muchos tonos neutros, el esplendor de ciertos valores calculados y telas mates. Los *Ballets* rusos de Diaghilew, con *Parade* y *Le Tricorne*, nos habían proporcionado ya esa enseñanza a través de Picasso. Cuando finalmente entraron los elefantes apareció la suntuosidad. Señoras y señores: en una multitud abigarrada, revestida de seda, la piel gris de un elefante resulta un traje lujoso.

¡Todos los hombres estaban hermosísimos! Cuidadosamente afeitados, empolvados, respetables, solemnes. Paseaban, juiciosos, insignes dignidades, todas las del Oriente y el Lejano Oriente, desde el emir hasta el rajá y el mandarín. ¿Mendigos? ¡Nada de harapientos en una fiesta realizada en el corazón de los rascacielos! Cuando se es maharajá o gobernador de las Indias inglesas, hay

que portarse bien. ¡Cuánta nobleza en esa velada! Los bailes de máscaras sirven para satisfacer una vez por año las ambiciones combatidas por las realidades de la vida corriente. La música ligera no logra sacudir esa anquilosis colectiva. En cuanto a mí se refiere, mi suerte se definió muy pronto. Yo desentonaba: no era ni bobo ni bufón; era una mancha en el conjunto. Estaba fuera de lugar. No desperté la menor sonrisa, el menor asombro, la menor curiosidad, la menor simpatía. Perdido, pobre diablo, era el único en mi género, desagradable, censurado, rechazado. Me fui sin gloria, repelido por la *respectability*.

Las conversaciones no perdían su gravedad. Este *gentleman* disfrazado de embajador de Shakespeare me dijo: "Vea a ese japonés (uno de verdad). Ese es un gran pueblo. La "civilización del Oeste" (¡pobre Francia!) ha concluído. Estados Unidos o Europa, se acabó; no haremos nada más. ¡Los otros surgen en el Este!".

Admito que el Este —desde la India o desde la China— nos hablará un día útilmente, profundamente. Nos hablará de ética, no de *dumping*. Contesto: "Con sus dos mil años, Francia no es vieja; los Estados Unidos son jóvenes ¡y apenas empiezan!".

Con mis tres manchas en la cara, me parece que mis amigos deberían reír al verme agitado por tan graves pensamientos. ¡Pero no! El embajador púrpura, el mandarín verde, el maharajá con su *aigrette* ahondan conmigo, en el baile de disfraz, los problemas insondables.

7. LA FAMILIA PARTIDA POR LA MITAD

Arriesgo la hipótesis peligrosa. El urbanista ha abierto los ojos y, al cabo de dos meses de Estados Unidos, cree haber llegado al fondo de la consecuencia. No impunemente, por falta de cuidado, la sociedad maquinista, en su primer siglo, hoy terminado, ha construído sus ciudades al revés. La ciudad —vivienda, refugio de la familia, de los trabajos y los placeres— acompaña, paso a paso, la vida de los hombres. Si la ciudad es falsa, errónea, si está a contrasentido, la vida de los hombres se ve afectada por ella. Y, desnaturalizados por el medio que se han creado, los hombres sufren avatares peligrosos. *El siglo xx no ha construído para los hombres; ¡ha construído para el dinero!* (Frase de mi *Ciudad Radiosa*, puesta más tarde como epigrafe en el programa de reforma de la Unión de Ex-Combatientes, que se publicó en 800.000 ejemplares en Francia.) ¿Cómo se mide eso? Por el elemento social fundamental, por la célula del cuerpo social: la familia. La familia norteamericana ha sido molestada. Me hicieron confidencias, las he mencionado ya. Desde tiempo atrás buscaba la herida causada a la vida por ese aparato gigantesco de la ciudad descompuesta: la ciudad dilatada

de los tiempos actuales. En los Estados Unidos, el diagnóstico resplandece más que en otras partes, porque se ha construido más grande, hasta los límites del fenómeno.

Las zonas urbanas ya no son ciudades sino *regiones*. En Chicago, en Nueva York, su diámetro alcanza cien kilómetros. ¿Se ha calculado en grande? No. ¿Se ha calculado en falso! El sol gira en veinticuatro horas. Su carrera es demasiado rápida para que las funciones esenciales de la vida puedan cumplir su ciclo cotidiano. Se ha querido dominar el acontecimiento, tapar la grieta por la cual se vuelca el equilibrio: se ha empleado la velocidad. El sol es más veloz aún. Se han construido los ferrocarriles con *pullman*, los subterráneos, las autopistas, los caminos, y se ha cubierto el territorio con el pulular de los automóviles. El país está sobre ruedas: todo rueda. ¿Se es libre, puesto que se está en la carretera, frente al volante, o puesto que se lee el diario en el tren! La industria marcha bien, ocupada en crear ese equipo gigantesco. Pienso que es la enfermedad. He dicho: "Sí, el cáncer goza de buena salud". En la segunda serie de mis conferencias, no pude librarme de esa obsesión; hablé del *gran derroche*, del *great waste*, y vi que la gente se había forjado cadenas. Por el momento, al final de la carrera, encuentro el elemento social fundamental enfermo: la familia partida por la mitad.

El gran derroche puede analizarse. Lo haré más adelante. Conduce al *hard labour* (trabajo forzado). La vida ya no es más que una batalla sin esperanza de victoria. Día tras día, una situación desequilibrada. La atmósfera de la *City* es palpitante, embriagadora, pero agotadora también. La mitad de ese encarnizamiento no sirve para nada, si no es para hacer viento. Existe la violenta necesidad de irse lejos, al caer la tarde. Ya hablé del cocktail de las cinco, de pie, cincuenta personas en una sala. La gente se ha levantado temprano y, con su coche (una prodigiosa herramienta doméstica, barata y que requiere poco cuidado —porque la "gran serie" permitió organizar el cuidado, la reparación, el canje), ha ido a la estación de ese lejano suburbio verde. Ha subido al tren. A menudo, toma el desayuno en el mismo. Lee su diario. En Nueva York, ha tomado

un *bus* o un subterráneo —preferentemente el subterráneo, único vehículo veloz, porque las calles están completamente enfermas. Ha trepado a su rascacielos. Allí, *publicity* y rivalidad: la batalla. Almuerzo en el *bar*, en los restaurantes del rascacielos; los hombres solos. Instalaciones perfectas, servicio rápido. La gente reanuda pronto el trabajo. Después del cocktail con que concluye la jornada, subterráneo, ómnibus, luego tren y diario. Vuelve a encontrarse el automóvil alineado con otros cien en la plaza de la estación: ha estado esperando pacientemente desde la mañana. Viaje en automóvil, regreso a casa. A las ocho de la noche, uno vuelve a ver a su mujer: "Buenas noches, buenas noches". Pues bien: esa mujer, hace doce horas del día que está sola. También ella ha hecho su vida, pero en un tiempo muy distinto. Ha visto a sus amigas, ha leído libros, ha ido a escuchar a conferencistas, ha visitado exposiciones; su espíritu se ha poblado de cosas distintas de las que pasaron por la cabeza de su marido, y siguen girando en ella. El hombre está un tanto desconcertado. ¿Cómo retomar el contacto? ¿Cómo van a deslizarse en la unidad esos voltajes tan distintos? No hay acuerdo. La mujer norteamericana se inclina hacia las cosas del espíritu. Su vida, que ella organiza sola, cuesta mucho dinero. Dinero, se necesita mucho. La economía de los Estados Unidos, condenada al derroche, arrastra torrentes de dólares, pero pocos de ellos pueden meterse en el bolsillo. Siete horas del día *no sirven para nada*: cuatro horas para los negocios estériles y tres para los transportes. Me parece que ese hombre y esa mujer, a pesar de toda su buena voluntad, generalmente tienen que hacer un esfuerzo para ponerse en contacto. Así es cada día, toda la vida. El hombre está intimidado, cohibido. La mujer domina. Una inmensa necesidad de algo distinto del *business* dilata el corazón de los hombres; y el contacto no es posible, a causa de los voltajes tan diferentes. Hay como un foso, como una distancia, cada día. Hay algo como reivindicación y exigencias en la mujer. Esa mujer es, para el hombre, algo así como un sueño difícilmente alcanzable. Se la llena de atenciones —dinero, joyas, muebles, comodidad, lujo, vacaciones—.

Se está como en perpetua falta. El hombre trabaja para llegar un día. Llegar, ¿a dónde? Será demasiado tarde. Estará gastado.

Otros —no sólo yo—, lo han comprobado. Creo descubrir la causa; me arriesgo a formular la hipótesis: la familia está partida por la mitad, porque las ciudades se construyeron al revés. Así, el “gran derroche” se paga cruelmente.

Bromeando, se suele decir: “En los Estados Unidos, los hombres mueren a los cincuenta años porque las mujeres les hacen dura la vida”.

8. ESPIRITU FUNEBRE

“Las fúnebres entradas del Empire State Building (el rascacielos más grande, destronado luego por el Rockefeller Center) ... Esas negras piedras pulidas, esas murallas revestidas de sombrías losas lucientes... Y, en los escaparates de los modistas de la Quinta Avenida, esos maniqués de cera dominadores: ¡Esquilo!”.

En mi libreta, se añade a esta nota otra que es un grito de desesperación: “¡Ni un árbol en la ciudad!” ... La tragedia de una vida violenta dilatada, desgarrada de un polo (que es la acción potente) al otro (que es este problema, en el fondo del corazón: “Pero, al fin y al cabo, soy un hombre...”).

“Hello, boy!” Golpecito jovial en la espalda.

Mano generosamente tendida: “How do you do?”.

Cordialidad que aun entraña la inmensa extensión de la colonización y la alegría de encontrarse y el placer de poder prestar servicio.

¡Que fondo simpático! Mano grande, amplia sonrisa y un corazón de oro.

Pero el oro, dios, es un moledor de corazones.

Esa potencia surgida casi espontáneamente, por la máquina, el espacio, la colonización. Y esa aventura demasiado precipitada: ser una de las voces más grandes del mundo. Despertar del sentimiento de la responsabilidad. Orden de la conciencia. Haber fomentado una civilización sin saberlo. Verla, de pie, súbitamente, en diez años: en Manhattan, en el cielo, con los brazos alzados, fenómeno que supera la imaginación, fenómeno no concertado, generación espontánea —¡explosión!—. Estar obligado, súbitamente, a asumir un gran papel. Encontrarse en la hora de inflexión de la curva en que la acción decidida entraña la conclusión espiritual. Pasar del desembrollo del instinto al gesto clarividente del pensamiento.

Aquí, en este hecho que es el *hoy* en los Estados Unidos, gran voz de los tiempos modernos, la naturaleza de este acontecimiento es tan súbita, el salto es tan alto que podría faltar el aliento. La hora es grave. En un recogimiento conmovedor, los Estados Unidos miden su responsabilidad y se ponen serios. Augustia. La sonrisa no anida en el corazón de los jóvenes; la inquietud penetra en ellos. La sonrisa está en la empresa de los hombres maduros, porque saben: han probado, experimentado, juzgado, decidido, escogido. La sonrisa pertenece a la madurez.

Antes de que surgiera, en estos últimos diez años, ese sentimiento de la responsabilidad ante el mundo, los Estados Unidos iban a Florencia o a las catedrales de Francia a buscar los medios de satisfacer su afición por la gracia y su inclinación por la temeridad. Los Estados Unidos aun iban a la escuela de los demás. En materia de gran arquitectura, hicieron lo que habían hecho muy bien, durante dos siglos, en la habitación: una adaptación verdaderamente creadora de los pensamientos de los demás —rascacielos, *apartment houses* de estilo Renacimiento, y casas de “estilo colonial”—. Hacia 1925 supieron, por una presión interior profunda, que habían llegado los nuevos tiempos y que era preciso señalar su llegada mediante la arquitectura. Los rascacielos de Manhattan se volvieron “modernos”. El trabajo “de los demás” dejó de existir. Fue preciso crear. Los norteamericanos fueron serios y solemnes, lo repito, como

muchachos. Afluyó el dinero; la solemnidad disponía de créditos ilimitados. Dimensiones insólitas, gigantescas, materiales de lujo, empujaron al continente que los empleaba hacia su verdadera expresión: la rigidez, la dignidad afectada de melancolía, la riqueza que aún no es el producto de matemáticas elegantes, flexibles y multi-formes —en proporción—, sino la riqueza de la exageración de las dimensiones y el amontonamiento de las materias opulentas.

Aquí se mide el espíritu: a través de los productos, los programas o las materias, crea “rosado” o crea “negro”. Portales de rascacielos, *halls* de rascacielos, pasillos de cinematógrafos u otras salas de espectáculos: un espíritu fúnebre reina, una solemnidad que aún no ha logrado sacudirse.

Además, está Broadway: la noche chorrea luces móviles, en la calle, afuera. Adentro: *burlesques*, cinematografía, revistas, nunca son alegres; más bien trágicos o desesperadamente sentimentales. Para disipar la seriedad de ese pueblo, Hollywood ha fabricado los *gags* prodigiosos, ha hecho a Carlitos, imperturbable hombre “en serie”, a Buster Keaton, trágicamente aislado en su acción individual, a Laurel y Hardy, indiferentes ante las contingencias. Ese cinematógrafo cómico toca el fondo del alma norteamericana, muestra lo que es verdad: un hombre aferrado a los sencillos debates de su corazón se encuentra, a causa de esa pretensión legítima, a contrapelo con la contingencia gigantesca que, en todos los campos es desproporcionada. El buen hombre permanece imperturbable, individuo cordial, lleno de pensamientos sociables y altruistas, a menudo pueriles. En torno de él, un acontecimiento demasiado vasto, de dimensiones sobrehumanas. La ley, en los Estados Unidos, será esa desproporción misma: un abismo abierto, a cada paso, ante las almas sensibles. En la realidad, resulta menos gracioso que en el *film*. Es serio, turbador, patético.

Fuí al “Salón del automóvil”. No se discute la mecánica norteamericana. Está a punto. Los coches son pesados y espesos. Producen un sentimiento de igual naturaleza. Oprime el espectáculo de la calle.

El espíritu fúnebre está en lo que llaman “la arquitectura de las cosas”.

9. ESPÍRITU MECÁNICO Y NEGROS DE ESTADOS UNIDOS

El abismo está aquí, nuevamente, entre un corazón tierno y el ambiente frenético. La música negra ha conmovido a los Estados Unidos porque es la melodía del alma unida al ritmo de la mecánica. Es en dos tiempos: lágrimas en los corazones, agitación de las piernas, el torso, los brazos y la cabeza. Música de época de construcción: innovadora. Inunda el cuerpo y el corazón; inunda los Estados Unidos e inunda al mundo. Desde ahora, cambian todos nuestros hábitos auditivos. Es tan poderosa, tan irresistible psicofisiológicamente, que nos ha arrancado a la pasividad de la audición y nos hace bailar o gesticular, participar. Ha abierto el ciclo sonoro de los tiempos modernos, cerrando la página de los Conservatorios. Cadencias nuevas, ruidos nuevos, agrupaciones sonoras desconocidas, una abundancia, un flujo, una intensidad conmovedores... Es la música norteamericana, propulsada por los negros, y que contiene el pasado y el presente: África y la Europa premarinista y los Estados Unidos contemporáneos.

Catequizados en las plantaciones de Luisiana por pastores de las más diversas procedencias, los negros aprendieron cánticos y

canciones populares. Folklore del mejor cuño: canto gregoriano, salmos anglo-holandeses, *lieders* alemanes, tirolese, etc. Los negros los repitieron meneando la cabeza y batiendo pies y manos. En ellos, la profundidad del África ecuatorial siempre está lista para salir a la superficie. Pero están alojados, amontonados, en Harlem o Chicago, en *slums* situados cerca de los rascacielos. Trabajan en los coches-camas, los *pullman*, los *bares* nocturnos. Bien ven que el corazón, liberado por la embriaguez, se abre a las efusiones de la música: la música entra en los pechos de hombres y mujeres, se clava en ellos, arrastra la sangre que fluye y pone en dinamismo al cuerpo entero mientras el pensamiento se eleva sobre el ala de la melodía. Por su música, a pesar de la ley implacable de las sangres distintas, el negro ha entrado en la capilla de los corazones y, por su música, todo ese mundo elegante de los bailes o los salones —el vendedor de tienda o la hija del multimillonario— cae en trance.

En las ciudades europeas sólo se conoce una música negra reducida a la escala de nuestras vidas juiciosas. Hay que oírla en el clamor de los rascacielos y los subterráneos ruidosos.

Entremos, en Broadway, en la *boite* de Armstrong, el titán negro del grito, del apóstrofe, de la carcajada, del trueno. Canta, ríe estrepitosamente, hace chorrear su trompeta de plata. Es la matemática, el equilibrio sobre la cuerda tensa. ¡Es shakesperiano, perdóname! ¿Por qué no? Sólo aparece a las dos de la mañana, para la clausura de la sesión. Hasta entonces, un suplente ha dirigido la orquesta. La orquesta no ha guardado silencio un minuto. Su precisión está en el estado de vértigo. Nada, en nuestras costumbres europeas, puede compararse. Esa exactitud implacable es del gusto norteamericano: veo en ello un defecto de la máquina. En los partidos de rugby universitario, el fenómeno es similar; el juego es muy distinto del de Francia: parada, conciliábulo de los jugadores, silbido, y parece que explotara una granada. Eso dura pocos segundos. La línea ha sido alcanzada o no: silbido, parada y nuevo conciliábulo. Del mismo modo, en la orquesta de Armstrong, la exactitud conduce a una suavidad ultraterrena que, de pronto, se transforma en caída de un rayo. Esos hombres son infatigables: funcionan

como una turbina, perfectamente. Dulzura de los *blues* y estridencia del *hot jazz*. Cuando me duermo en mi pieza del hotel, en el piso 21º, oigo pasar de pronto el coche policial con su sirena desgarradora, que repercute de pared a pared de los rascacielos; *kidnapping*, automóviles blindados de los bancos, *gang* con ametralladoras y pistolas Parabellum, tintineo metálico, elasticidad, rapidez, crueldad. Y la contingencia impasible es turbada un instante: un acontecimiento reemplazará a otro.

Los zapateadores son una diversión predilecta de los norteamericanos: negros desarticulados, mecánicos como una máquina de tejer, inagotables, arrancan con la suela de sus zapatos, golpeada contra el tablado, un poema rítmico. El éxito de su esfuerzo es tan arriesgado que mezcla la respiración del espectador con el éxito de la empresa. Tac, tac, tac... Imaginen una sinfonía tocada por... un tambor. Realizan la hazaña, con los golpes de sus dos suelas. El favor de que goza el zapateador demuestra que el viejo instinto rítmico de la selva virgen de África ha aprendido la lección de la máquina y que, en los Estados Unidos, el rigor de lo exacto es una voluptuosidad. Noción de la obra maestra: la exactitud.

En el tablado de la *boite* de Armstrong se suceden los acontecimientos coreográficos que puede suscitar la música, arrastrando a los cuerpos en una gesticulación frenética. El salvajismo está siempre presente, particularmente en esa escena espantosa de matanza que lo deja a uno aterrorizado; afirmo que esos negros desnudos, atletas formidables, son, por lo menos ellos, importados directamente de África, allá donde aun hay tambores, degüellos, destrucciones totales de aldeas y de tribus. ¿Es posible que tales recuerdos hayan podido subsistir al cabo de un siglo de transplantación? Gritos, jadeos, rugidos que sólo parecen poder arrancar la carnicería o la agonía brutal.

Imperial, aparece Armstrong. Su voz es hueca como un abismo: es un agujero negro. Se echa a reír, aúlla y toma su trompeta. Con ese instrumento, es sucesivamente demoníaco, burlón y monumental, de un segundo a otro, el capricho de una fantasía desconcertante. Este hombre es locamente inteligente; es un rey.

Los norteamericanos, imbuídos (por causas graves) del prejuicio racial, admiran a sus negros.

La radiotelefonía, en los hogares, difunde el alma negra. Los negros tienen un oído virgen, una curiosidad nueva. Los ruidos de la vida resuenan en ellos. Ruidos nuevos de todas las cosas y de todas partes, acaso feos u horribles: el chirrido de los tranvías, la insania desencadenada del subterráneo, el martilleo de las máquinas en las fábricas. Con ese nuevo rumor que rodea nuestra vida: ¡hacen música! Entretanto, los "Conservatorios" de Europa enseñan Gounod o Massenet.

Aquí han surgido acontecimientos nuevos.

En el inmenso *dancing* negro de Harlem, el "Savoy", el bajo pueblo negro vuelve a encontrarse en medio de ritos casi salvajes. Un ingenioso aparato de proyección luminosa hace pasar detrás de la doble orquesta, en el fondo del escenario, negras mantillas de nubes desgarradas. El ambiente es sombrío, con esas nubes de tempestad: la música parece brotar de la naturaleza en bruto. Cuando crucé el Atlas en avión, observé que el acontecimiento —erosión, dramas geológicos, régimen de los vientos—, era perfectamente independiente de nuestras angustias morales; el hombre queda adentro, como en un ciclón; construye casas cuadradas para poner su corazón en el interior, a buen recaudo. Afuera, la naturaleza es pura indiferencia, inclusive terror. Las nubes vienen de lejos y van a lo lejos, desgarradas o afrontadas; a veces, el cielo es azul. Ese gran juego del cielo, por sí solo, afecta a nuestros corazones. Aparece la dualidad de la marcha insondable de los elementos y de nuestros pequeños cálculos cuidadosos, precisos, sublimes tanto como pueriles, instalados en el seno del tumulto.

En Harlem como en Broadway, la orquesta negra es impecable, sin falta ni omisión, regular, en ascenso rítmico y marcha incesante: la trompeta desgarradora, estridente, aullante sobre redobles de marcha. La equivalencia de una hermosa turbina que funciona, rodeada por las conversaciones de seres vivientes que están en torno. El *hot jazz*.

El *jazz*, como el rascacielos, es un *acontecimiento* y no una obra

concebida. Son las fuerzas presentes. El jazz está más adelantado que la arquitectura. Si la arquitectura hubiera llegado al mismo punto que el jazz, sería un espectáculo inaudito. Repito: Manhattan es un *hot jazz* de piedra y de acero. Forzoso es que la renovación de la época se aferre a algún punto. Los negros han fijado ese punto por la música. Su alma sencilla ha hecho surgir la reforma de las profundidades y la ha situado en el tiempo presente.

Ocurre en la música la misma revolución fundamental que en las artes plásticas. Por la brecha del cubismo, éstas han vuelto a tomar contacto con las altas épocas, a través del tiempo y del espacio. Las artes plásticas han vuelto a encontrar la clave de las expresiones fuertes. Misma marcha en la música, en que la grabación mecánica permite realizar la más fecunda —la más admirable— encuesta en todos los puntos del mundo, en todos los sitios en que tradiciones milenarias nos dan, mediante los folklores, las verdades fundamentales. El oído y el corazón de hoy están colmados de esos bienes. El material está reunido, mostrando el alto pensamiento en esa indigencia conmovedora de la forma: suficiente, popular, humana. Los discos de gramófono cantan en los hogares. La reforma se vincula al fondo mismo de la sensibilidad. La música corriente se derrumba; el mundo se llena de una nueva música: la de las máquinas y la de los folklores. El oído recibe alimentos frescos. La sensibilidad está liberada; se ve colmada de revelaciones conmovedoras.

Fundaciones de catedrales sonoras que ya se yerguen.

Deseo concluir de expresar mi pensamiento acerca de la música. Esta inunda el mundo moderno. ¡Es extravagante! Todo se realiza con música: las comidas, el cinematógrafo, la radiotelefonía, en la vivienda, en los automóviles, en las ferias, en las grandes exposiciones de automóviles, de aviación o de economía doméstica, a bordo del paquebote en alta mar, en los coches ferroviarios, a la hora del aperitivo y en los bailes de las playas durante el verano, en el Sahara, en los campamentos, en el *bled* con la Legión Extranjera, en los polos, en el silencio de las expediciones minu-

ciosas. El gramófono ha constituido esta cosa nueva: la discoteca, complemento de la biblioteca.

Los músicos profesionales dicen con desesperación: "Muere la música". Igualmente, el señor Camille Mauclair escribió un libro de título aturridor: *¿Va a morir la arquitectura?*

Fuerza es reconocer que, aquí, como en todos los demás campos de esta época conmovedora, la "música" de tradición cae por deslizamiento sobre el ala y se aplasta contra el suelo. La gran Ópera de París, exactamente llamada *Conservatorio nacional de música* representa ante sillones de terciopelo rojo *Fausto*, *Sansón* y *Dalila*. Mediante los impuestos, pagamos nosotros el pesado mantenimiento de maniqués de mimbre.

¿Quiénes son esos hombres pacientes, curiosos, a menudo valientes, que recorren el mundo con aparatos mecánicos para registrar la música pura —la música de los hombres—, los folklores? India, China, Polinesia, África negra o África árabe, cante jondo de Iberia, bailes rusos, canciones populares del Tirol, de Baviera, de los Balcanes, de los Cárpatos, de Epiro, de Cataluña, de Turquía, canciones criollas de la Argentina, aires brasileños, rumbas de la Martinica. ¡Qué cosecha! Poco a poco, los museos, las bibliotecas públicas (con atraso) constituyen archivos. El oído del mundo se llena de gran poesía. La musicalidad realiza progresos extraordinarios. El alma humana está a vivo.

Regreso de los Estados Unidos. Esa misma noche, mi mujer pone el disco *Fifine*, "java" parisiense: "Aquí tienes —me dice—, esto te parecerá distinto". ¿Ha sido necesaria la ausencia, la adopción de nuevos hábitos, para que me aparezca la arquitectura de la "java" de las salas de baile populares de París? El exotismo de las saetas de Sevilla tuvo el sabor de los grandes descubrimientos. Con el oído aun lleno de *hot jazz*, héme aquí ante la profunda originalidad de la "java"; encuentro en ella a la Francia matemática, exacta, puntual; encuentro en ella a las masas de París, esa sociedad tan digna de interés, tan mesurada, precisa y elástica por su pensamiento. Una sensualidad dirigida, una ética de ángulo recto.

La música está, en el vasto mundo, fuera de los músicos.

¿Dónde están los músicos profesionales? En sus conciertos; que no son divertidos. La música llamada "moderna" es casi siempre una delicuescencia: una especie de ruido contrapunteado y fugado sabiamente, de lavado de botellas en medio de tintineo de vidrios. ¡Cómo se aburre esa gente, y cómo nos aburre! ¿Qué significa ese juego de mandarines? ¡Cuánto les duele el alma! La corporación de los pintores vive también fuera de los acontecimientos en curso. Las *Escuelas* preparan especialistas en cosas muertas. Pintura o música; arquitectura también. ¡Música! El mundo moderno palpita, lleno de nuevos rumores. Nuestro oído se ha vuelto infinitamente más sensible que el de nuestros abuelos. Ese ruido del mundo, ¿no produce reacción útil en la obra de arte? Contestaré esto: es una función de nuestra existencia; por lo tanto, es la trama misma de la música. Satie y Stravinsky han descubierto en él las armonías y los ritmos nuevos. Hombres curiosos y pacientes que habéis grabado las músicas de los hombres y llenado nuestras discotecas: falta cumplir una tarea. Grabad los ruidos del mundo. Grabad mecánicamente en gutapercha aquello que forma nuestro oído: los ruidos de la calle, esa sinfonía. Los clamores de las multitudes en los *matches*, los mítines, los desfiles. Ese compañero de tantos entre nosotros: la cadencia, el ritmo tenue o titánico de las máquinas en marcha; en el mar, en el ronroneo del barco, en el chirrido de la proa que hiende las aguas, en la melopea eolia de las jarcias que suenan con el viento, la gran voz de la sirena. El zumbido del avión, el tic-tac del reloj, la hora que suena en el silencio. La resaca del mar. El rebuzno homérico del asno, el ruido de un gran discurso; el rugido de los leones, el canto del ruiseñor, la insistencia de la cigarra, la canción del grillo, el croar de las ranas, el cristal de las rubetas, el ladrido de los perros en la noche. ¡Cuántas cosas más! La mecánica aislará para nosotros esa música inmanente que nuestro atolondramiento nos impide escuchar...

Cuando el tren atraviesa un túnel, estoy convencido de que todo el mundo se siente elevado por una música heroica que procede del fondo del ser; la armazón rítmica precisada por las paredes del

túnel, mecanizada, es tal que uno se siente dominado por la música. Al correr los minutos, las cadencias varían como la trabazón misma de las grandes sinfonías. Admirable investigación del ser que trata de emplear las potencias creadoras siempre disponibles.

Digo que Armstrong, el negro, ha reconocido esas voces presentes y que su genio las ha convertido en música. Los negros de los Estados Unidos, en Manhattan jadeante, han inspirado al *jazz* el canto, el ritmo o el clamor de las máquinas.

10. MANIQUES DE CERA DE LA QUINTA AVENIDA

Los maniques de cera de las grandes casas de modas, en los escaparates de la Quinta Avenida, hacen a la mujer-ama, de sonrisa de domadora. Hombros cuadrados, rasgos incisivos, peinado mordiente —cabellera roja y vestido verde, cabellera rubia metálica y vestido azul ultramar, cabellera negra y vestido rojo.

El peinado es preponderante, griego, dórico y jónico de Asia Menor. El rostro resplandece en la firmeza de los rasgos. Casco de oro, de platino, *auburn* (cobrizo), rojo, inclusive blanco.

Los maniques de los escaparates tienen cabeza de diosas (Del-fos). Cabellos verdes, negro de humo, rojos. Cabezas de Antígona, de tragedia aquí, de cariatide allá, Minervas del museo de la Acrópolis. Policromía. Cuando aparece la policromía, quiere decir que la vida estalla. Al lado, observa las fúnebres entradas del Empire State Building.

Y, además, esto: ese negro y esos maniques: ¡Esquilo! Una vez más: ¡ni un solo árbol en la ciudad!

Una noche, después de comer en la casa de amigos míos, en

un medio activo y creador, creí poder expresar mi sensación. Dejé estupefacto a mi auditorio. "¡Hay que llegar de lejos para sentir las cosas de ese modo!". Yo había dicho:

Ese tipo de mujer magnífica y dominadora no existe en los Estados Unidos. Es un ideal. Por la proposición creadora de los modistas: sienten las mujeres instintivamente que, de ese modo, ¿irradiarán como diosas? Sospecho que los hombres, mantenidos a cierta distancia por el *hard labour* de la vida corriente, colmarían así, en el fondo de su alma, una oscura necesidad de adoración.

Empero, he encontrado en este país a dos mujeres de ese tipo, una en la bondad, la otra, como una Palas Atenea.

¿Me hundiré en lo grotesco si me pongo a suponer que este pueblo se crea fetiches femeninos? Para uso corriente y confortación cotidiana, las mujercitas rubias del cinematógrafo. La *vamp* (vampiresa) para completar: invento norteamericano. El Caravaggio, complejo de inferioridad. Salitre. Disociación, vida independiente, falta de contacto. Toda clase de fenómenos extraños. Tendencia a lo patético. Prosa en la vida corriente, fatalmente; salvo casos excepcionales. Consecuencia: ídolos colocados sobre pedestales; fervor; maniques de cera magníficos.

En las tareas violentas de la técnica moderna, en la lucha extrahumana de la producción, de la Bolsa, de la empresa, el norteamericano es campeón mundial. En los hechos sencillos, fundamentales, de la vida, en la *filosofía*, el norteamericano sólo está en camino, lejos de la meta. Tal contraste es épico.

Aspira tiernamente a la sabiduría, resultado de culturas armoniosas: a nuestra sabiduría francesa, por ejemplo. Tengamos mucho cuidado, pues ella nos conduce insensiblemente a la vida quieta, con anteojeras y orejeras, al letargo, y nos ha privado de la afición por el drama, las cosas fuertes, las grandes acciones de la aventura... a menos de que los acontecimientos, nacidos de la vida misma, vengan a quebrar pronto nuestra quietud y nos lancen, también a nosotros, fuera de los egoísmos satisfechos, por una ruta nueva y peligrosa. ¿Única posibilidad de mantenernos en la vida que, tan impetuosamente, por doquier, sopla como huracán sobre el mundo?

V

NECESIDAD DE PLANES Y
EMPRESAS MANCOMUNADOS

1. MEDITACION A PROPOSITO DE FORD

... "CUANDO LAS CATEDRALES ERAN BLANCAS, LA COLABORACIÓN ERA TOTAL."

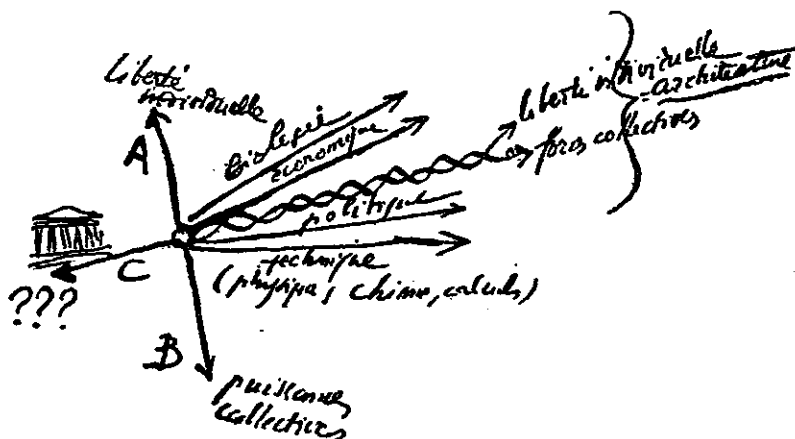
Salgo de la fábrica Ford en Detroit. Arquitecto, me veo sumido en una especie de estupor. Si llevo a una obra un mazo de diez billetes de mil francos, con todo ese dinero no se hace ni siquiera un cuarto sencillo. Aquí, por diez billetes, Ford da el prodigioso coche conocido. El Ford actual ha asimilado las más útiles conquistas del automóvil. ¡Diez billetes de mil francos y la totalidad de esas magias mecánicas es de usted! En mi obra, se trabaja a hachazos, a golpes de pico, de martillo; se serrucha, se cepilla, se ajusta mal o bien. Por un lado, la barbarie; por otro —aquí, en la fábrica Ford— los tiempos modernos. He asistido al montaje de los coches en cadena: ¡seis mil automóviles por día! Salvo error, un coche cada cuarenta y cinco segundos. En la extremidad de la cinta rodante, los mecánicos se relevan: uno sube ágilmente al coche, se sienta, aprieta el botón de la puesta en marcha. El espectador, angustiado, se dice: "¡Va a fallar! ¡No marchará!" Pero no falla *nunca*. Así es. Luciente, impecable, sin

una mancha de aceite o de grasa, sin una marca de dedo en el barniz brillante, el coche se ha ido; ha desaparecido. Nació como en la epopeya mitológica. ¿Adulto de golpe? ¡Inicia su camino por la vida!

Esa noche hablo en la Academia de Cranbrook:

He aquí el dramático conflicto que afecta a la arquitectura y hace que el "construir" permanezca fuera de las rutas del progreso. En la fábrica Ford, todo es colaboración, unidad de miras, unidad de meta, convergencia perfecta de la totalidad de los actos y los pensamientos. En nuestro campo, el de la construcción, no hay más que contradicciones, hostilidades, dispersión, divergencias de visión, afirmación de propósitos opuestos, estancamiento. Lo pagamos muy caro: *construir* es una industria de lujo y la sociedad vive en antros. Y aun cuando la economía general se desangra para construir, nos encontramos con lo precario desalentador. Y los productos arquitectónicos permanecen fuera de los tiempos modernos.

Tomo una tiza azul y dibujo la flecha A; escribo: *libertad individual*.



Tomo una tiza roja y dibujo, apuntando a un blanco contrario, la flecha B; escribo: *potencias colectivas*.

El fenómeno arquitectónico al que se aplican esas dos fuerzas

opuestas queda inmovilizado. Parálisis provocada por el desacuerdo en cuanto a los fines.

Continúo. ¿Qué es esa flecha violeta C, dirigida a contramano? Simbolicémosla con un orden clásico de la arquitectura. Dibujo un frontón. ¿Qué hace aquí ese frontón? No lo sé. Es un recuerdo, el de una actividad muerta desde hace dos mil, mil o quinientos años. Pero he aquí la verdad cruel: está en todas partes del mundo, ese signo de las perezas, de las inhibiciones, de los miedos, cerrándole el camino a la arquitectura, falseando los actos, arruinando las empresas. Pongo tres puntos de interrogación, puesto que no lo comprendo, puesto que pido explicaciones desde que abrí los ojos a la arquitectura. Jamás me dieron una respuesta.

Así dispuestas las tres flechas: A, B, C, en conflicto, no se limitan a inmovilizar la arquitectura: la hacen retroceder.

A través de Ford, razono:

¿Arquitectura? Construir refugios. ¿Para quién? Para *hombres*. Tal es el programa. ¿Cómo expresar ese programa en una realidad accesible? *Mediante las técnicas. Hacer planes*. Planes realizables hoy con materiales y máquinas existentes, y que respondan a las necesidades esenciales del hombre (entidad psico-fisiológica). ¿Dónde poner en obra concreta las virtualidades de los planes? En las fábricas, en los talleres innumerables sometidos al rigor de la fiscalización industrial. ¿Cómo inspirar espíritu a esa iniciativa revolucionaria? Mediante la arquitectura, expresión del espíritu de la época. Los tiempos nuevos han llegado.

Así se establece, sobre el hoy viviente, una doctrina fecunda:

- a) programa;
- b) técnica;
- c) fábricas y talleres;
- d) arquitectura y urbanismo.

Vuelvo a tomar mis tizas. Con la azul, esta gran flecha de trayectoria sinuosa que expresa las buscas, los tanteos, la marcha siempre inquieta de la invención —frente al porvenir, volviendo la espalda al pasado—: la investigación individual, con sus descubrimientos más inesperados.

Con la roja, una flecha semejante, cuya trayectoria toma contacto a cada momento con la de la anterior: las iniciativas de los grupos, pequeños o grandes; la ayuda mutua o la empresa, pequeña o gigantesca; la colaboración, la cooperación, el entusiasmo, el delirio sagrado...

Luego, con azul oscuro, la biología (certezas).

Con marrón, la técnica (certezas).

Con verde, lo económico (certezas).

Con amarillo, la política (útil de ejecución preciso y rápido).

Esta vez, la arquitectura se ve arrastrada hacia destinos sintéticos. Las colaboraciones necesarias y suficientes están en formación, dirigidas hacia adelante.

Que las corrientes hasta ahora contradictorias se alineen en una marcha solidaria: la libertad individual y las potencias colectivas, en una cooperación medida, ecuación del equilibrio.

¡Que los fantasmas dejen de cerrar el camino! ¡Entierren, por favor, sepultureros: entierren!

.....

La experiencia de Ford, repetida en mil actividades del mundo moderno, en la industriosa producción, nos da su lección. Aceptemos la lección. ¡Por favor, trabajemos útilmente para bien de los seres humanos!

.....

2. EL GRAN DERROCHE (*expuesto en Chicago*)

.....

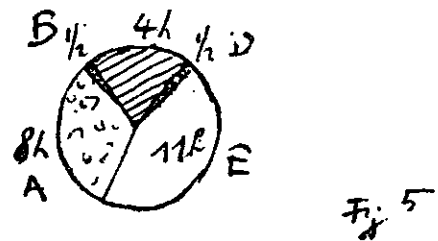
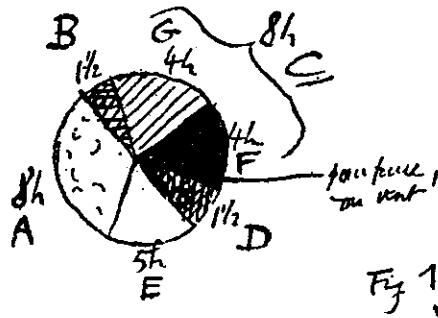
... "La medida de nuestros actos es dada por la jornada de veinticuatro horas."

El argumento fundamental, capaz de apoyar ante el público norteamericano mis proposiciones de reforma arquitectónica y de reorganización de las ciudades, es precisamente que nuestra jornada solar ha sido maltratada. Que, a consecuencia de la incuria y por la insaciable voracidad de dinero, se han tomado en materia urbana iniciativas nefastas. El trabajo, el inmenso desarrollo de las ciudades, es regido por el provecho y va contra el bienestar de los hombres. Sólo invirtiendo esa situación falsa se pueden procurar las *alegrías esenciales*. Es dentro de la jornada solar de veinticuatro horas donde debe reinar el equilibrio, donde debe instaurarse un nuevo equilibrio. ¡Fuera de eso, no hay salvación!

Expreso por un círculo (figura 1) la jornada solar actual, en los Estados Unidos como, por otra parte, en Europa.

El primer sector de ocho horas (A) representa el sueño. Mañana y cada día, la jornada será nueva y fresca. En (B) tenemos

una hora y media perdida en los transportes colectivos —los trenes subterráneos, los ferrocarriles, los ómnibus, los tranvías—. En (C), tenemos ocho noras de trabajo que representan actualmente la participación de cada cual en la producción necesaria. En (D) tenemos de nuevo los transportes colectivos: tiempo derrochado. El saldo (E) son las cinco horas nocturnas de ocios: mesa familiar, vida dentro de la concha del caracol: la vivienda. ¿Qué vivienda?



¿Quieren ustedes decirme cuándo, en esa jornada regulada, esa jornada que es todo el año, los años y toda la vida, cuándo el hombre —ese animal físico estructurado, cubierto de músculos, animado por un circuito sanguíneo, atravesado por una red nerviosa, alimentado por un sistema respiratorio—, cuándo ese ser viviente, con su mecanismo sutil y delicado, puede hacer con su propia máquina lo que le obligan a hacer con todas las máquinas: la limpieza, el cuidado, la reparación? Nunca. ¡No hay tiempo para eso! ¡No hay lugares previstos para eso! ¿Díganme también cuándo ese ser organizado desde

hace millares de años bajo la ley solar, díganme cuándo y dónde ofrecerá su pálido cuerpo a los rayos regeneradores? Como una planta en el sótano, vive en la sombra. ¿Qué respira? ¡Ustedes lo saben bien! ¿Qué oye? Conocen ustedes el tumulto agotador de las ciudades de hoy. ¿Sus nervios? Pues se descomponen y nunca se restablecen.

Dibujo (figura 2) el contorno indeciso que encierra la región urbana. En el centro (M) está la City, el barrio de los negocios. ¿Las industrias, talleres o fábricas? Están adentro o alrededor, en la estupidez del desorden y la imprevisión. Esa región urbana es una re-

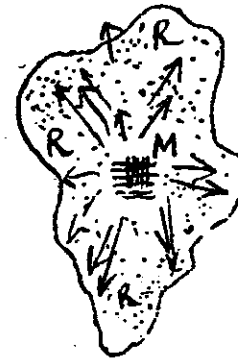


Fig. 2



Fig. 3



Fig. 4

serva inmensa: contiene dos, tres, cinco, siete, diez millones de seres humanos. Su diámetro es de 20, 30, 50, 100 kilómetros. Ustedes, los norteamericanos, superan todos los records: las regiones urbanas de Nueva York y de Chicago tienen 100 kilómetros de diámetro. ¡Qué dispersión! ¿Para qué? ¿Qué frenesí rechaza a millones de seres, tan lejos unos de otros? ¿Por qué? Es que todos esos hombres persiguen un sueño quimérico: el de la libertad individual. Porque la atrocidad de las grandes ciudades es tal que un instinto de salvación empuja a cada cual a huir, a salvarse, a perseguir la quimera de la soledad. La reivindicación fundamental: *la libertad*. Son millones los que quieren, así, volver a pisar el pasto verde de la naturaleza; los que quieren ver el cielo, nubes y azul; los que quieren vivir con árboles, esos compañeros de las épocas sin historia. ¡Millones! Allá van,

se abalanzan, llegan. ¡Ahora son millones, reunidos, que consideran su sueño asesinado! La naturaleza se deshace bajo sus plantas; la ocupan las casas, con los caminos, las estaciones, los almacenes.

Esas casas son millones. Forman las *ciudades-jardines* (R), creación de fines del siglo XIX, aprobada, favorecida, santificada por el capitalismo. Las ciudades-jardines, esclusas del gran torrente de los rencores acumulados. Con esa muchedumbre gigantesca, con esas montañas de vindictas y reivindicaciones, se ha hecho un polvo dispersado a los cuatro vientos del cielo: ceniza inerte; polvo de hombres. El estatuto social, egoísta y parcial, ha visto prolongarse su vida de ese modo.

Al cabo de las ciudades-jardines desarticuladas está el sueño desvanecido. Cuando llegan allá los hombres, a las ocho de la noche, tienen los brazos tan rotos como la cabeza. Callan y se meten en la cueva.

Ha sido perfectamente destruída toda fuerza colectiva —esa admirable potencia de acción, esa palanca de entusiasmo, ese creador de civismo—. Aplastada, ablandada, envilecida, la sociedad vive. Los fomentadores de las ciudades-jardines y los responsables de la desarticulación de las ciudades han proclamado en alta voz: "Filantropía primero: para cada cual su jardincito, su casita, su libertad asegurada". ¡Mentira y abuso de confianza! La jornada no tiene más que veinticuatro horas. Esa jornada es deficiente. Volverá a empezar mañana, toda la vida. Toda la vida es podrida por una desnaturalización del fenómeno urbano.

Vuelvo a dibujar el contorno de la región urbana (figura 3). Coloco nuevamente la *City* (M). En esas veinticuatro horas solares debe realizarse todo: el movimiento furioso de esos millones de seres en el círculo de su infierno. Se han creado —ya lo dije— los T.C.R.P. o los T.C.R.X.: los transportes colectivos de la región P o de la región X. Primero, ferrocarriles (S); vida en los trenes: estación, coche, estación. Luego los subterráneos (U); luego, las carreteras (Y): carreteras para los tranvías, los ómnibus, los automóviles, las bicicletas y los peatones. Reflexionen ustedes esto: ¡la carretera pasa delante de la puerta de cada una de las casas

de la prodigiosa, fantástica, loca región urbana! Háganme ustedes el favor de tomar conciencia de la red fabulosa de las carreteras de la región urbana.

Entremos ahora en una de las casas de la innumerable región. En los Estados Unidos, por ejemplo, infinitamente más y mejor que en Francia, he aquí la comodidad: luz eléctrica, gas para la cocina, agua corriente en la pileta y el baño, teléfono. Los conductos llegan hasta aquí. Los conductos, bajo tierra, ocupan la innumerable región, formando una red difícil de imaginar. Una red, con cien kilómetros de diámetro, que es la inmensidad misma.

¡Muy bien!

¿Quién lo paga?

Esta vez, la pregunta queda formulada: ¿Quién lo paga?

Me contestarán ustedes: "Pero es precisamente el trabajo de los tiempos modernos, el programa mismo de nuestras industrias y nuestras empresas. Es *la abundancia*".

Friamente contesto: Todo eso es para *hacer viento* y nada más. Eso no aporta nada a nadie, puesto que esa libertad apasionadamente buscada, esa naturaleza al asalto de la cual se han lanzado todos ustedes, no son más que viento e ilusiones: desastre de la jornada inconclusa de veinticuatro horas.

¿Quién lo paga? ¡El Estado! ¿Dónde toma el dinero para ello? En los bolsillos de ustedes. Impuestos aplastantes y disimulados, prelevaciones indirectas sobre todo lo que consumen ustedes: almacén, zapatos, transportes, teatro, cinematógrafo. ¿Por qué pagamos nosotros, en París, 2,10 francos el litro de nafta cuando cuesta 0,25 francos desembarcado en El Havre, con todo pago, la extracción en los yacimientos, el trabajo de la refinería, la administración y los dividendos a los accionistas? ¡2,10 francos! ¡Comprendo!

Comprendo que el gigantesco derroche norteamericano o europeo —la desorganización del fenómeno urbano— constituye una de las cargas más aplastantes de la sociedad moderna. ¡No el programa de su industria y sus empresas! Un mal paso, sobre premisas falaces. ¿La libertad, eh? ¡Sin broma! ¡La esclavitud de las veinticuatro horas voraces! ¡Eso es!

La conclusión. Tomo una tiza negra y, en el sector de las ocho horas de participación de la producción necesaria, cubro la mitad: la mitad con negro —la muerte—. Y escribo: *para hacer viento*. Trenes, *pullman*, subterráneos, automóviles, caminos y todos los conductos, y las administraciones correspondientes, y el personal de la explotación, y el del mantenimiento y la reparación, y el agente de policía que alza su bastón blanco: todo eso es el derroche estúpido de los tiempos modernos. Ustedes pagan, nosotros pagamos cada día por eso, *por cuatro horas de trabajo inútil*. Los estadísticos norteamericanos nos dicen: "El gobierno de los Estados Unidos toma el 54 por ciento del fruto del trabajo general". Tal es el hecho.

El dólar ya no tiene aureola. Ya no hay olas de oro en los Estados Unidos. Después de lo trágico que siguió a la euforia de los abastecimientos bélicos, los norteamericanos, tanteando, tratan de volverse realistas: ¿dónde está el vicio del sistema, dónde está el nuevo camino? Se han vuelto duros, luchando por arrancar cuatro centavos al derroche; ¡cuatro centavos para vivir!

La producción útil para la sociedad es el calzado, la ropa, el abastecimiento sólido y líquido, la vivienda (el refugio en general), los libros, el cinematógrafo, el teatro, la obra de arte. Lo demás no es otra cosa que viento: huracán sobre el mundo: *el gran derroche*.

El veredicto está pronunciado. Hagamos la propuesta constructiva, determinemos el programa mismo de los tiempos modernos: reconstrucción de las regiones urbanas, vitalización de la campiña.

Dibujo, a la misma escala (figura 4) la ciudad de los tiempos modernos. No tiene suburbios. La técnica moderna permite ganar en altura lo que se perdía en extensión. La ciudad está concentrada; es breve. La cuestión de los transportes se resuelve por sí sola. Volvemos a encontrar nuestros pies. A razón de edificios de cincuenta metros de altura podemos alojar a 1000 habitantes por hectárea francesa: *una superdensidad*. Los edificios cubren solamente el 12 por 100 del suelo; el 88 por ciento restante se destina a parques; los deportes se instalan allí: *los deportes al pie de las casas*. En la periferia, la ciudad cae a pico sobre los trigales, las praderas y los

huertos. La campiña, la rodea; entra en la ciudad, haciendo de ella una "ciudad verde" (K). La ciudad está clasificada en sus funciones diversas. La campiña la rodea (L). Los automóviles —un millón y medio de automóviles por día en Nueva York— son precisamente la enfermedad, el cáncer. El automóvil será valioso para *week-end* o aún todos los días, para penetrar en las tiernas vegetaciones de la naturaleza, a dos pasos de la ciudad.

Concluyo: dibujo un nuevo círculo de veinticuatro horas solares (figura 5): ocho horas de sueño (A); media hora de transportes (B); cuatro horas de trabajo productivo, participación necesaria y suficiente en la producción; las máquinas operan su milagro (C); media hora de transporte (D). Y he aquí once horas de ocios cotidianos.

El gran derroche norteamericano me ha permitido ir al fondo de la aventura de la época presente y ver con más claridad que en Europa, donde la enfermedad es similar. Veo con claridad. Comprendo.

Esos dos discos representativos de la jornada solar expresan pura y simplemente el pasado y el porvenir.

A esas once horas de ocios, tengo muchas ganas de llamarlas de otro modo: *la verdadera jornada de trabajo de la civilización mecánica*. Trabajo desinteresado, sin provecho, don de sí; cuidado del cuerpo, esplendor del cuerpo; moral sólida; ética. Ocupaciones individuales libres. Libre participación de los individuos en empresas o juegos colectivos. Sociedad en que funcionan todos los motores: el individual y el colectivo, en esa medida justa y proporcionada que es el juego mismo de la naturaleza —la tensión entre dos polos—. La masa está entre dos polos; un polo, por sí solo, tiende al cero; los extremos matan la vida; la vida mana en el medio, en el justo medio. El equilibrio es el signo mismo del movimiento imperecedero. El equilibrio no es el sueño, la anquilosis, el letargo o la muerte. El equilibrio es el lugar en que se conjugan todas las fuerzas. Unanimidad.

Así es como el urbanista puede leer el destino de las sociedades, hoy.

Sobre tales bases individuales he podido, en los Estados Unidos, proponer a mis auditores la gran reforma de sus ciudades: reorganización del equipo de los países, *en beneficio de los hombres*. Es, al mismo tiempo, el programa de las *grandes obras*, y como consecuencia la salvación de la industria, que se trata de dirigir hacia metas fecundas.

Así se dibuja la aventura.

¡Por lo tanto, es preciso lanzar al mundo a la aventura!

¡Lanzar a la gente a la aventura!... Los espíritus fuertes pueden desear ese juego. Pero ¿y los demás? Temblarán de pies a cabeza.

Entonces, que los espíritus fuertes inventen la catapulta que lo arrojen todo a la aventura. Todo será nuevo. ¡Al agua, la gente! No tendrá más remedio que nadar; nadará; y que salga del agua y alcance la nueva ribera.

Al regresar, mi compañero de mesa, a bordo del *La Fayette*, me decía: "Evidentemente, si los constructores de las catedrales volvieran de la lejanía de los tiempos al París moderno, podrían exclamar: "¿Cómo? ¡Con vuestros aceros diversos —blandos, duros, cromados y demás—, con vuestros cementos Portland artificiales o vuestros cementos eléctricos, con vuestras máquinas elevadoras, perforadoras, excavadoras, transbordadoras, con vuestros cálculos, vuestra ciencia de la física, de la química, de la estática, de la dinámica, ¡Dios santo!, no habéis hecho nada digno y humano! ¡No hacéis nada que ilumine en torno de vosotros! Nosotros, con piedras talladas pacientemente y ajustadas sin cemento, unas a otras, ¡hemos hecho las catedrales!"

3. LA AUTORIDAD MAL INFORMADA

He comido y pasado cuatro horas en *iête-à-tête* con Mr. Berlee en la casa de un amigo común, una de las esperanzas de la arquitectura norteamericana. Habíamos convenido que dedicaríamos esa entrevista a los problemas presentes del urbanismo. Mr. Berlee es uno de los *Cinco* del "New Deal", esos profesores selectos, desvinculados de la política, que fueron los primeros en proponer grandes remedios después del derrumbe económico de los Estados Unidos: los cinco dedos de la mano de Roosevelt; los "tecnócratas". Otros hombres, para otras aventuras, vinieron después. Empero, Mr. Berlee ha quedado vinculado a la persona de Roosevelt, asegurando el enlace entre Washington y la gestión financiera de la ciudad de Nueva York.

Puntualicé mi situación: nunca me he dedicado a la política hasta ahora; soy un artesano. Hago proyectos. La actitud de un inventor no es la de un hombre político. El inventor se abstrae en la busca de la razón de las cosas y la razón de las relaciones de los hombres con su medio. Su destino: descubrir, saber y crear. Buscar y, por consiguiente, dudar. Perfeccionar y, por consiguiente,

modificar. El político, por su parte, se informa, elige y hace ejecutar. Pone en obra otras virtudes. Participa de una ecuación más breve que la de un inventor. Así he recorrido gran parte del mundo. He visto a los hombres en Rusia, en Alemania, en Italia, en los Estados Unidos y en muchas otras partes, en países de movimientos más tranquilos. He podido apreciar que la empresa más gigantesca del mundo, los Estados Unidos, no tiene proyecto técnico sano ni certeza ética. He llegado a ese fallo por la arquitectura y el urbanismo. Nos toca examinar el caso atentamente, determinar la prueba y, luego de madurado estudio, proponer *proyectos* a los jefes.

Desde hace mucho tiempo y en numerosas ocasiones me he encontrado con jefes. ¿Saben ustedes lo que me ha dejado estupefacto? Ver —juzgo siempre sobre la base de las cosas de mi oficio— la inconsistencia de su información, la incertidumbre de su convicción, la deficiencia trágica de su decisión. ¿Dónde está, para ellos, el problema? ¿Dónde repercute? Apenas esbozado, su aspecto forma diversas facetas exteriores que son como los espejos de la opinión. No se toman decisiones sobre los hechos objetivos en sí, en la línea de su curso y su devenir; se toman decisiones para “evitar líos”, para “hacerle una broma” a X, del campo enemigo, para agradar a los íntimos o los cortesanos. Pero ¿las medidas? ¿Es decir, las cosas talladas en la realidad de la materia y los acontecimientos? ¡No se toman! ¡Lo harían expulsar a uno! Trátese del alcalde de una ciudad, de un diputado, un ministro o, eventualmente, un comisario del pueblo, lo que buscará es una salida —honorable— pero no una avenida, una arteria que se abra, que se desbroce, que se habilite: una vía que conduzca a los tiempos nuevos. El *quantum* de valentía está proporcionado con una justa necesidad de no ser “echado a patadas”. La U.R.S.S. inventó una expresión admirable: “la línea general...” “¡Está dentro de la línea general!...” “No está dentro de la línea general...” Los hombres no han estado a la altura del ideal; en algunas circunstancias han caído muy bajo. En arquitectura y urbanismo, por ejemplo, la gente se ha dejado empantanar, ahogar en las más pérfidas y abominables arenas movedizas. Desastre, traición, bofetón asestado a la élite universal

simpatizante. Para reconfortarnos decimos: “Una fiebrequita de crecimiento. ¡Ya pasará!” Entre tanto, ¡la fiebrequita es muy fuerte!

Mr. Berlee me dice ávidamente: “¡Explique, explique!” Desarrollo tesis de “ciudad radiosa”. Con lápices puntualizo mediante gráficos. La tesis es pura: está estudiada desde hace quince años. A cada momento, mi interlocutor se entusiasma; luego cae en la nerviosidad. Sigue la línea firme del razonamiento; percibe como yo esos abanicos que se abren en la encrucijada de la idea: la afluencia de las consecuencias. Ese hombre es sincero, tan serio, tan lleno de sentimiento de su responsabilidad que reacciona con todos sus nervios. Pero en su cabeza hormigean las órdenes dadas, las órdenes que dará mañana por la mañana, las decisiones terribles que deberá adoptar dentro de un mes, dentro de seis meses; cada uno de sus actos desplaza costumbres, capitales enormes, enriqueciendo a unos, arruinando a otros. ¡Situación peligrosa e inextricable! ¡Los conozco, a los jefes! ¡Todos están metidos en lo inextricable! Me interrumpe: “Disculpe, disculpe, pero si yo hiciera lo que dice usted, pues entonces, mañana...”, etc.

“Estimado Mr. Berlee: reconozca usted que en este momento está haciendo política. Su argumento es solamente político. Pero yo le hablo del *plan*, de la idea maestra, de su trayectoria, de su dirección. Usted es el artillero que dispara el cañón en el minuto preciso, pero el plan es el objetivo mismo del tiro. Primero hay que saber hacia dónde se tira. Después se dispara.” “Es cierto. Nuestra vida es atroz; estamos en medio del resoplido de una bestia salvaje.” “Se vuelve la hoja; la humanidad abandona una civilización para entrar en la civilización mecánica. Es una revolución, no una evolución: es salir de una casa inmediatamente, para mudarse a otra mañana. Ya no basta vivir “al día”; esto aplasta nuestras empresas bajo la incoherencia. Mire usted: las ciudades norteamericanas son presas de una enfermedad mortal. La base social norteamericana es conturbada por el efecto de la desnaturalización progresiva y finalmente catastrófica del problema urbano. Las industrias, durante la euforia de la *prosperity* (artificial) han fabricado las cosas más estúpidas. El derroche de los Estados Unidos es aplas-

tante: una agitación insensata, estéril. Los dólares pasan como arrastrados por un tornado; ya no entran en los bolsillos —vale decir el estómago, el espíritu o el corazón de la gente—. ¡Ha sido preciso detenerlo todo! Mr. Roosevelt se esfuerza con una energía admirable por rechazar a los aposentadores de la muerte; pone en marcha, en todo el país, obras gigantescas; para vencer al turgorio, hace construir barrios enteros de casas de cuatro pisos. El atraso del programa de la vivienda en los Estados Unidos es de cinco millones de viviendas. ¡Pues bien! Si las ciudades norteamericanas se reconstruyen sobre la base de cuatro pisos, están perdidas. Es un error esencial, fundamental. Se lo digo yo, arquitecto y urbanista. Se ha visto que las ciudades-jardines extensas son una locura; se ha comprobado que los rascacielos de Nueva York y de Chicago mataron al tránsito. Y se decide —¡con cuánta precipitación!— que sobre la base de los cuatro pisos se arreglará todo. Digo que sobre la base de los cuatro pisos, los automóviles no podrán circular y que los ocios inminentes de la civilización mecánica no encontrarán nada, absolutamente nada, para desarrollarse en esas condiciones: ni espacios ni locales. Y que construir a razón de edificios de cuatro pisos es una vuelta atrás desesperante. Y que semejante dogma, venido de tan alto, es un error dramático. En el momento mismo de la gran metamorfosis de la sociedad moderna, la autoridad mal informada toma decisiones contrarias a la naturaleza misma del acontecimiento. ¡Es angustioso!”

Mr. Berlee quiso enviarme a Washington para que hablara con Mr. Roosevelt. Pero comenzaba en los Estados Unidos el período electoral. Abriase un año de luchas formidables y había incertidumbre acerca del resultado de la partida. No era decente ir a molestar a Mr. Roosevelt en un momento tan agitado. El plan de reorganización de la sociedad maquinista reclama un examen minucioso, meditaciones, conclusiones —por revolucionarias que sean.

Mi pequeña experiencia de los hombres de gobierno es que no están informados. No tienen tiempo para informarse y meditar. Si uno de ellos, uno solo, tuviera afición por estas cosas, si tu-

viera el genio de esas cosas —si fuera, en cierto modo, el Colbert de hoy— pretendo que bastaría. Un hombre informado, fortalecido por la convicción, apasionado, voltea los obstáculos. Iluminaría a sus colegas, los arrastraría detrás de su persuasión. Cuestión de amor. ¡Eso es! Amar con toda el alma una gran idea constructiva y tener libertad de espíritu, desprenderse de los puntos de apoyo fáciles, saber crear, mirar hacia adelante, hacer el andamiaje para mañana. ¡Y que quienes miren para atrás sean petrificados y convertidos en estatuas de sal, como ya ocurrió en Sodoma!

Otra conversación de sobremesa en el *La Fayette*: éramos los seres más diferentes y los amigos más unidos. Un maestro cirujano, preciso y temerario (extraordinariamente temerario, según parece), imbuido de fuerte e implacable moral: un canadiense. El segundo, un gran industrial que se decía burgués por todas sus reacciones pero que descubrí accesible a todas las imaginaciones que tuvieran como esqueleto la razón y como finalidad el altruismo: francés, católico practicante. El tercero, arquitecto y urbanista, al que aplastan a veces definitivamente, o exaltan de pronto, diciéndole: ¡poeta!

Hablamos de la U.R.S.S. Nada inclina a mis compañeros hacia las experiencias soviéticas. Admitimos que, proporcionalmente, nada puede ser “nuevo”, a pesar de los frutos deslumbrantes de la técnica moderna. Que todo es el resultado de consecuencias ineluctables. Pero —y aquí cobra sentido nuestra meditación— al primero le choca la U.R.S.S.; el segundo no se siente de ningún modo atraído por ella; el tercero —que la ha visitado varias veces— cuenta lo que ha sentido allí. La conclusión brota, espontánea y unánime, y es la total, útil y única verdadera: *Nada* puede ser nuevo, salvo esto, que lo es todo: un signo + rige a la sociedad de la U.R.S.S. y no ya un signo —.

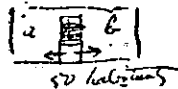
Lo que necesitan nuestras sociedades deprimidas y putrefactas a causa de los efectos del dinero, es que en el fondo del corazón de cada cual se inscriba el signo +. Eso basta; eso es todo. Es la esperanza. La esperanza basta para hacer jornadas radiosas. Tal es la conquista que nos falta realizar.

Almuerzo con Mr. Harold Fawler, subjefe de policía de Nueva York, en Police Headquarters, Center Street.

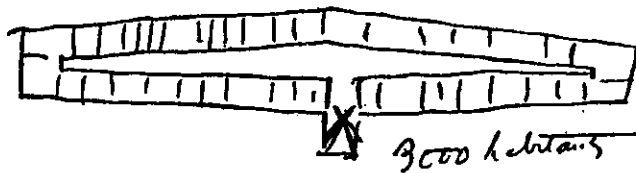
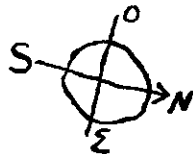
—De modo que es usted, señor subjefe, quien lleva la carga más pesada de Nueva York: la policía de la ciudad, el insoluble conflicto del tránsito, la higiene.

—El señor jefe de policía preside las recepciones en la Municipalidad, mientras desfila por nuestras oficinas la horda hirsuta de los dolores de la ciudad.

Un millón y medio de automóviles cada día en la ciudad y sus calles trazadas para el paso del caballo. Tenga la bondad de pasarme el menú. Quisiera dibujar para usted, en el reverso, la única solución posible para el tránsito de automóviles en las ciudades modernas:



Si se siguen construyendo edificios de renta sobre la base de una escalera central que sirve a dos departamentos (o aun a cuatro) por piso, el número de habitantes *será demasiado reducido*.

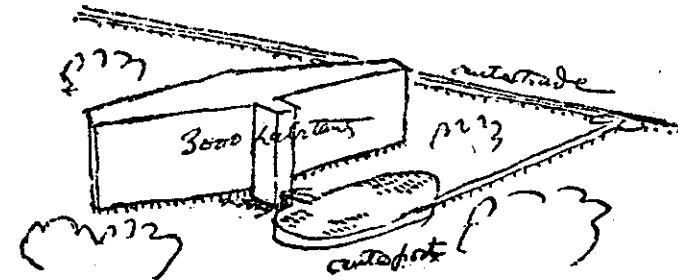


Las puertas de las casas son demasiado numerosas; y como el automóvil tiene por misión conducir hasta la puerta de la casa, la calle se trazará, de puerta en puerta, interminablemente, al pie de las casas. Las casas darán a la calle, encerrada entre dos aceras. Y la

aventura del peatón quedará unida a la del automóvil: automóviles y peatones estarán en el mismo lecho: *lo que recorre cuatro kilómetros por hora y lo que recorre cien kilómetros por hora, mezclados.*

Es preciso separar el destino del peatón del destino del automóvil. Ese es el problema.

Construyamos, pues, edificios para recibir de 2500 a 3000 habitantes. Ascensores de día y de noche y "calles interiores". Tal aglomeración representa una "unidad de habitación". Para ella se pueden organizar los "servicios comunes" que son la clave de la nueva economía doméstica.



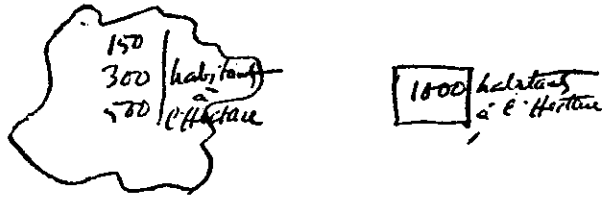
Si tres mil habitantes entran por una puerta, la puerta siguiente estará muy lejos. Y así sucesivamente. ¡Ahí está la solución! Delante de la puerta de la casa se extiende el *autopuerto* para la llegada, la salida y el estacionamiento de los coches. El autopuerto está unido por un ramal a la autopista más cercana. Autopuertos y autopistas están encima del nivel del suelo, a cinco metros. El edificio también está a cinco metros del suelo, sobre pilares. Nada obstruye el suelo; es el suelo total, puesto a disposición de los peatones: 100 por 100 del suelo a los peatones, y los automóviles en el aire. Separación del peatón y el automóvil. El peatón completamente tranquilo, a cuatro kilómetros por hora; el automóvil, libre, a toda velocidad: cien o ciento cincuenta kilómetros por hora...

Falta poner en valor un principio: la necesidad de alcanzar una densidad suficiente de las aglomeraciones urbanas.

La locura —en que estamos— consiste en responder al fenó-

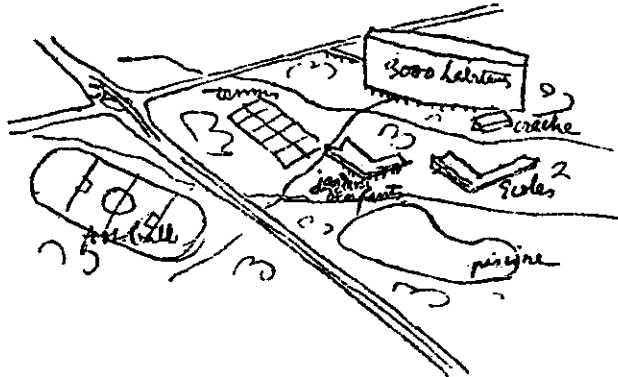
meno natural de aglomeración que entraña la ciudad, por definición misma, mediante densidades de aldea o de pueblo: 150, 300, 500 habitantes por hectárea francesa. Es el "gran derroche".

He calculado una superdensidad de 1000 habitantes por hectárea. El doce por ciento del suelo para construcciones; el ochenta



y ocho por ciento libre para parques en que se practicarán deportes: una de las soluciones del problema de los ocios inminentes...

Y ya está la ciudad reorganizada en su estado celular, normal y armonioso: *la ciudad al servicio de los hombres*. Desaparición de la *ciudad-espanto*...



—Pero, entonces, ¿habrá que demoler las ciudades?...

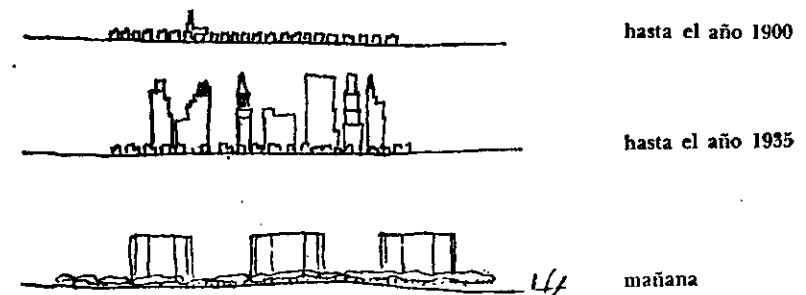
—Estimado señor, voy a dibujarle las dos metamorfosis que ya se han operado en Nueva York y la tercera, que falta realizar para salvación de la ciudad:

Hasta el año 1900, ciudad de siempre y de todas partes, antes de las velocidades mecánicas. Hasta 1935, surgimiento del acontecimiento moderno: la conquista de la altura. Los rascacielos son demasiado pequeños y las casitas permanecen al pie de los rasca-

cielos. Acontecimiento moderno sobre régimen cardíaco premaquinista. Es la agonía de hoy.

La tercera metamorfosis entraña precisamente el programa de grandes obras sabias, sobre plan justo, a escala de los tiempos modernos.

Este estimado Mr. Harold Fawler, jefe de policía de la ciudad de Nueva York, me miró con ojos admirativos y un poquito burlones. Es un hombre franco; nos estrechamos la mano con con-



fianza. Él volvió a su *Headquarters* a afrontar a los gangsters, la tuberculosis, los aplastamientos, los embotellamientos y la horda salvaje de los intereses de dinero. Al día siguiente, yo me embarqué en el *La Fayette* para regresar a París, la ciudad con su alegre techo de cielo, en que la enfermedad es la misma que en Nueva York, en que la incertidumbre es quizá más negra aún, ya que la mayoría de nuestros ediles ignora a Manhattan, catástrofe mágica, pero laboratorio de los tiempos nuevos.

4. ¿CUAL ES EL PROBLEMA NORTEAMERICANO?

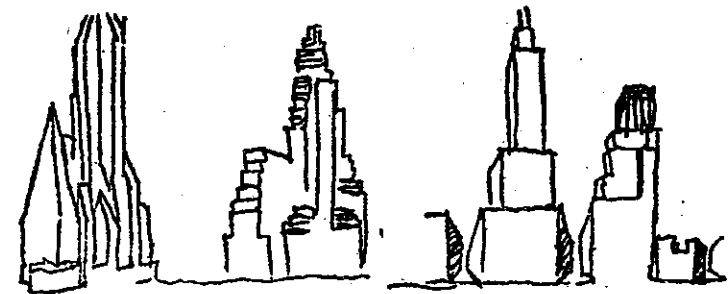
Nueva York, diciembre de 1935.

"Estimado señor Stowell, aquí tiene el artículo que me pidió para su revista American Architect, marzo 1936. Escrito en Nueva York mismo, refleja vivamente las grandes impresiones y las grandes certezas que he sentido y adquirido en ese primer viaje a los Estados Unidos."

Lo dije por radio, tres días después de mi llegada: Desde la Cuarentena, la ciudad me apareció, en la bruma matutina, como la tierra de promisión —lejana, de azur y nácar, con sus torres proyectadas hacia el cielo. He aquí la Tierra de los Tiempos Nuevos y he aquí la ciudad fantástica y mística: ¡el templo del Nuevo Mundo! Luego el barco pasó frente a Wall Street, a lo largo de los depósitos; y exclamé: "¡Qué brutalidad y qué salvajismo!" Pero no podía desagradarme tanta fuerza, estallando en la geometría dura de los prismas desmelenados. Llegando de Francia, en ese chato final del año 1935, tuve confianza.

He visto los rascacielos, espectáculo que los norteamericanos han dejado de observar y al que me acostumbré pasivamente, como todo el mundo, al cabo de seis semanas. Trescientos metros de altura es un acontecimiento arquitectónico; es algo importante en el orden de las sensaciones psico-fisiológicas. Se siente en el cuello y en el estómago. Una cosa hermosa en sí.

Sin embargo, la razón se inquieta. He dicho: "los rascacielos de Nueva York son demasiado pequeños". Y el *New York Herald*

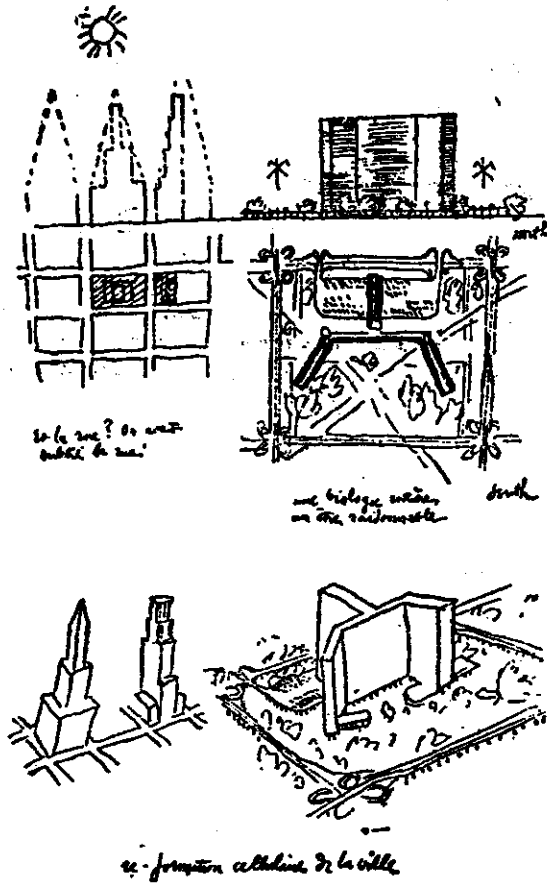


una habitación romántica



hizo con eso un gran titular. Me expliqué. Los rascacielos de Nueva York son románticos; un gesto de orgullo; valedero, por otra parte. Es todavía una prueba: demuestra que se pueden alzar edificios de trescientos metros y hacer circular en ellos, admirablemente, hasta arriba, multitudes. Pero han matado la calle y enloquecido la ciudad. Son irrazonables de abajo a arriba, y la culpa la tiene un reglamento de vialidad que es un asombroso contrasentido: inquieta que las autoridades hayan podido refrendar tales postulados y legislar sobre esa base.

Empero, el último rascacielos* ha tratado de evadirse del error y anuncia al rascacielos del futuro: al rascacielos racional. Cuando llegue ese momento, ya no nos molestará nada para contemplar ese



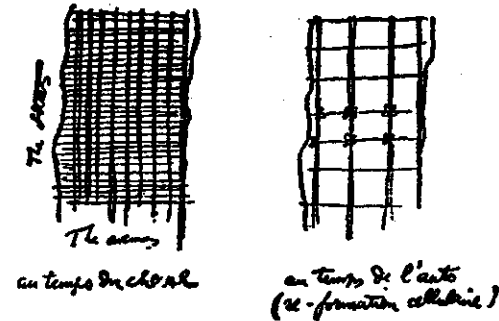
fenómeno nuevo de la arquitectura y lo emplearemos para establecer en Nueva York el orden, la razón y el esplendor.

La violencia está en la ciudad. Reconozcamos ante todo, y recordemos su lección, que el principio del trazado de las calles es claro, útil, sencillo, verdadero, humano y excelente.

* Alude al Rockefeller Center. (N. del T.)

Uno se orienta admirablemente en Nueva York; Manhattan ha sido recortado con acierto. ¡En la época del caballo! Pero vino la época del automóvil; ahí está, con su consecuencia trágica: ¡no se circula ya en Nueva York!

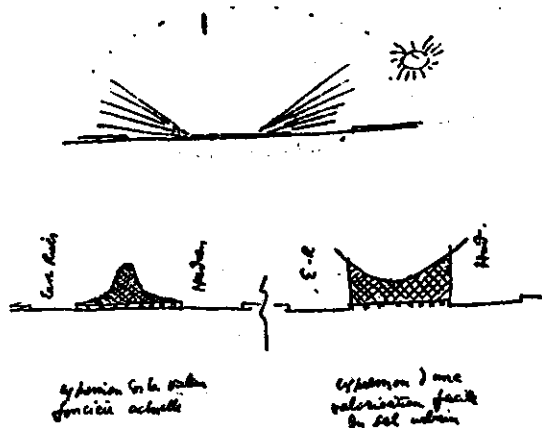
Jamás habría imaginado yo una distribución tan violenta, tan decisiva, tan sencilla y tan diversificada del suelo de una ciudad. Las ocho o nueve avenidas longitudinales reparten la significación del suelo en una escala acelerada que va de lo atroz a lo suntuoso. Manhattan —esa especie de lenguado tendido sobre una roca— sólo vale por su espina dorsal; sus bordes son *slums*. Basta caminar veinte minutos en sentido transversal para recorrer ese espectáculo



de contrastes. Pero ¿cómo se quiere que la razón sea satisfecha? ¡Los márgenes —los ríos: el East River y el Hudson— son inaccesibles! El mar es inaccesible, invisible. Considerando el mapa de Nueva York o una fotografía aérea, se piensa: "Es, sin duda, la ciudad mejor organizada del mundo". Pues bien: ¡todo ese mar y esos anchos ríos son invisibles y el beneficio de su belleza, de su espacio, de su movimiento, de su luz adorable bajo el sol, todo eso no es para nadie!

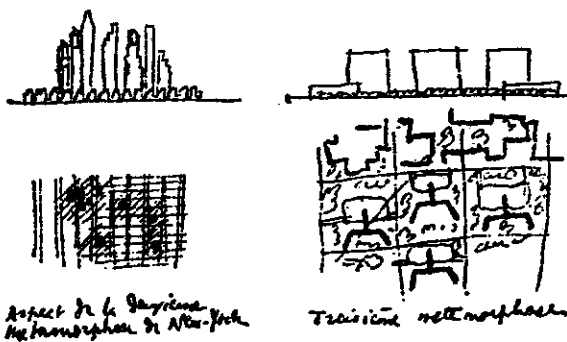
Nueva York, inmenso puerto de mar, es, para sus habitantes, tan "terrestre" como Moscú. Y esos terrenos admirables destinados, aparentemente, para recibir inmensas viviendas con ventanas abiertas sobre el espacio, esos terrenos son desoladores: ¡son los *slums*! Mediante una operación municipal bien orientada, sería fácil una

valorización de esas regiones y el beneficio permitiría ocuparse de la ciudad misma, sumida en la violencia y la anarquía. Lo que deja estupefacto al forastero es que le digan que Manhattan, erizada de



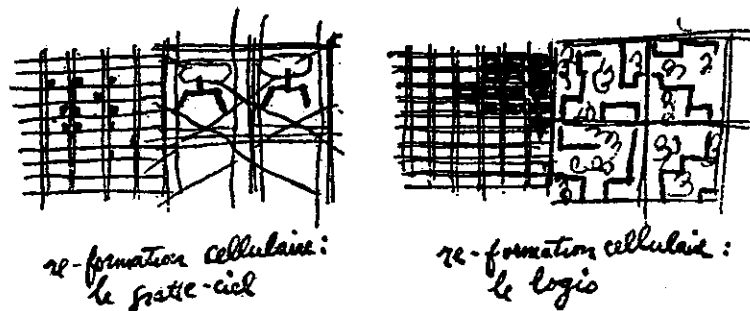
rascacielos, tiene un promedio de cuatro pisos y medio en la totalidad de su territorio. ¿Oyen ustedes? *Cuatro pisos y medio*. Pero es el elemento estadístico imperioso y revelador el que permite esperar todo de un plan reformista que restaurara el orden en la ciudad.

Aquí, el rascacielos es solamente negativo: mata la calle y la ciudad; ha destruido el tránsito. Además, es antropófago: chupa



alrededor, barrios enteros, los vacía y los arruina. He aquí otra aparición de soluciones salvadoras para la urbanización de la ciudad. El rascacielos es demasiado pequeño y lo destruye todo. Pues,

hacerlo más grande, verdadero y útil: restituirá una superficie inmensa, pagará las propiedades destruidas, dará vegetación a la ciudad y proporcionará un tránsito impecable: todo el suelo para los peatones en los parques; los automóviles, en el aire, sobre pasarelas, *pocas pasarelas* de mano única, que soportarán velocidades de 150 kilómetros por hora y llevarán... sencillamente de un rascacielos a otro. Para eso se necesitan medidas sintéticas: ¡no hay salvación sin ellas! Forzoso será pensar en ello un día, por la organización de cooperativas o de sindicatos inmobiliarios, o mediante medidas de la administración, fuerte y paternal (con toda la energía del padre de familia que sabe lo que deben hacer los hijos).



Entre rascacielos se acumulan edificios o casas pequeños o grandes. Más bien pequeños. ¿Qué hacen casitas tan pequeñas en el dramático Manhattan? No lo entiendo. Escapa al razonamiento. Es un hecho, nada más; como hechos son, también, los escombros después de un terremoto o un bombardeo.

Central Park es otra lección. Véase cómo los grandes hoteles y las grandes *apartment-houses* han ido normalmente, espontáneamente a abrir allí sus ventanas a los favores del espacio. Pero Central Park es demasiado grande y forma un agujero en medio de las casas. Es una lección. Se atraviesa el parque como se cruza la *tierra de nadie*. La vegetación —y, sobre todo, el espacio— de Central Park deberían estar distribuidos y multiplicados en la totalidad de Manhattan.

Nueva York tiene un promedio de cuatro pisos y medio. Si fue-

ran dieciséis pisos solamente, reconquistaría las tres cuartas partes de su suelo: Central Park a disposición de todos, parques al pie de las casas, deportes al pie de las casas. Y las casas ¡en la ciudad, y no en Connecticut! Pero esto es otra cuestión.

Es la cuestión del neoyorquino en su loca persecución de los paraísos imaginarios.

Es la gran cuestión para los Estados Unidos, y vale la pena detenerse en ella. Hablamos de Nueva York y de Chicago, y de todas las ciudades pequeñas o grandes que estallan por doquier en el territorio, según el mismo esquema y con el mismo desorden, y que serán un día —¿quién sabe?— otras Nueva York y otras Chicago.

Para hablar bien de esto, reconozcamos primero que Chicago posee una ribera y *drives* (avenidas) deslumbrantes, con sus espléndidas *apartment-houses* que se abren sobre el lago y los parques; que Nueva York tiene hermosas casas de departamentos, aquí y allá, así como casas de campo encantadoras en una región suburbana remota y poco accesible.

Esos departamentos y esas casas de campo son habitados por aquellos "que tienen algo que decir" y aquellos —en conjunto— que, habiendo ganado la partida (la de su familia) encuentran que las cosas no andan tan mal. Yo pienso mucho en las muchedumbres que están en los subterráneos y regresan de noche a viviendas sin paraíso. Millones de seres condenados a una existencia sin esperanza, sin descanso: sin cielo, sin sol, sin vegetación.

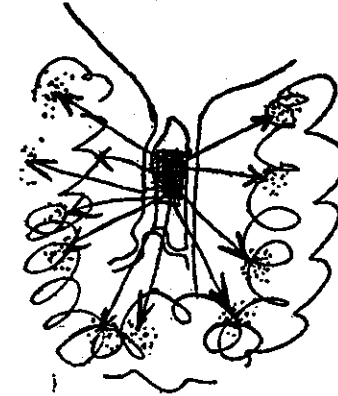
¡En nombre de esas muchedumbres puedo decir que las cosas no marchan en absoluto! Pero esas multitudes, por el momento, no pueden decir nada. ¿Hasta cuándo?

Detrás de las *drives* de Chicago están los *slums*: inmediatamente detrás, a dos dedos de distancia. ¡Y qué *slums*! ¡Una inmensidad, un mundo!

Tratemos de desinflar la ilusión de los suburbios de las ciudades norteamericanas.

Manhattan es una ciudad tan hostil a las necesidades más fundamentales del corazón humano, que el sueño de la evasión se incrusta en cada corazón. ¡Partir! No despilfarrar la vida propia, la

vida de la familia, en esa dureza implacable. Abrir los ojos sobre un rincón de cielo, vivir cerca de un árbol, al borde de un césped. Y escapar para siempre al ruido, al tumulto de la ciudad.



la dislocación de la vida;
nacimiento de un canal

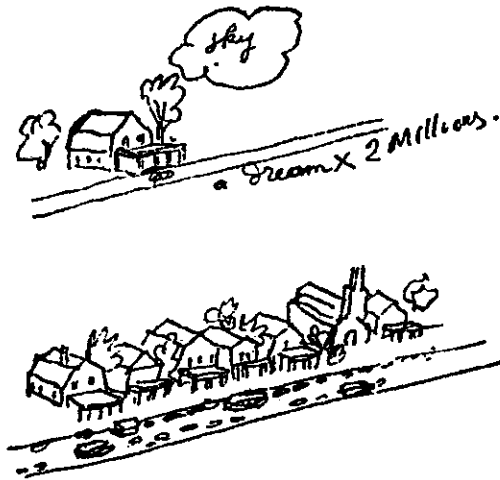
Ese sueño innumerable se ha materializado. Millones de habitantes partieron para la quimérica campiña. Al irse, al instalarse allí, han matado al campo. Se ha convertido en el suburbio, esa región inmensa que se extiende tan lejos alrededor de la ciudad. Sólo ha quedado el sueño; el sueño desesperado de ser libre, dueño de su destino.

Esto representa cotidianamente horas de subterráneo, ómnibus o *pullman*. Y la privación de toda vida colectiva, esa savia de la nación. Y esto ya no es más que una vida de débil libertad, a la puerta del vecino, ventana contra ventana, camino delante de la puerta, cielo cortado por los techos cercanos y los pocos árboles que aun quedan, después de todo eso. (Sigo hablando aquí de los que no pudieron salirse del juego: hablo de la masa, de la inmensa masa que hace la inmensa aglomeración de Nueva York o de Chicago.)

En mis conferencias en Estados Unidos, he tratado de hacer comprender que en eso residía el mortal derroche norteamericano, pagado por una nueva esclavitud inconsciente. Esas horas que se

pierden para llegar a los innumerables lugares de la dispersión; *no son nada al lado de las horas cotidianas perdidas por cada cual, además del verdadero trabajo productivo, para pagar esa desventura!* Porque los gigantescos suburbios, casa por casa, absorben la fabulosa, la inextricable red de los ferrocarriles, las carreteras, los conductos de agua, de gas, de electricidad, del teléfono. ¿Quién paga esto, pregunto? Nosotros, ustedes, cada cual y cada día, mediante el tributo de tres o cuatro horas de trabajo estéril, dado para pagar esas futilidades: dado por cada uno de ustedes para "hacer viento".

"¡Hacer viento!" Para encontrar un árbol raro, un rinconcito



*un petit aspect de deux millions de rêves:
cela est la capitale: la liberté individuelle.*

de cielo al borde de las carreteras peligrosamente surcadas por los automóviles. Cuando podrían ustedes tener muchos árboles, mucho cielo, un inmenso espacio, sin automóviles, si consintieran volver a la ciudad, a Manhattan, con la única condición de hacer de Manhattan —territorio enorme, y hartamente suficiente— una "ciudad radio-sa", es decir, una ciudad dedicada a las alegrías humanas necesarias y suficientes.

Porque Manhattan es bastante grande para recibir a los millones de habitantes y hombres de negocios y empleados, en condiciones adorables: si se pone orden.

Puede ponerse orden en Nueva York mediante la valorización general del suelo; es decir que puede hacerse de Nueva York la ciudad más armoniosa del mundo, haciendo ganar dinero a quienes participen de esa medida de sabiduría. Y se puede dar así la alegría de vivir a quienes persiguen en la esclavitud de las horas estériles la funesta ilusión de las ciudades-jardines.

Los norteamericanos han demostrado con obras significativas que son capaces de emprender cualquier cosa si marchan la máquina de calcular y la máquina financiera. Pido que se haga funcionar la máquina de pensar, o sea que se medite acerca de la enfermedad en estado agudo y fatal de Nueva York y de Chicago (etc.) para reconocer el verdadero mal y encontrar el verdadero remedio. Los norteamericanos han construido el Holland Tunnel y el *skyway* que pasa por encima de la complejidad de una región industrial —fábricas, vías férreas, agua, caminos, etc.—. Han hecho esa obra de esplendor armonioso que se llama el puente George Washington sobre el Hudson. Han hecho los *parkways*, premisas de la vida futura; han sido inducidos a construir la autopista elevada al lado de los depósitos del Hudson.

Además, han hecho funcionar los ascensores, cosa que aun no sabemos hacer en Europa. Han construido bloques muy amplios de casas de departamentos, tan bien organizadas que, en sitios cuidadosamente elegidos, dan abrigo a la población muy acomodada.

Véamos, pues:

¿Qué es Manhattan? Una península rodeada de agua y espacio, con clima sano y fuerte; territorio de 16 kilómetros de largo por 4 kilómetros de ancho (a grosso modo). Superficie: 64 kilómetros cuadrados, o sea 6400 hectáreas francesas. Sé, por estudios minuciosos, diversos, múltiples, precisos, que es posible alojar, en condiciones extraordinarias de bienestar y alegría, a 1000 habitantes por hectárea francesa (condiciones de la Ciudad Ránciosa: 12 por ciento del suelo edificado, 88 por ciento de parques para paseo o

deportes, separación definitiva del peatón y el automóvil, cien por ciento de suelo libre para los peatones, deporte al pie de las casas (deporte cotidiano para todos), espacios enormes ante cada ventana —de 180 a 360 metros— y ventanas que, *todas*, reciban el sol, etc.). Sé que es posible alojar en Manhattan *¡a seis millones de habitantes!* Esa es la certeza.

Cuando los seis millones de habitantes estén en Manhattan, podrán ustedes deshacerse de la servidumbre de sus automóviles, de sus *railways* deficitarios, y trabajarán tres o cuatro horas menos por día, porque ya no tendrán que pagar el derroche de las ciudades-jardines de Connecticut y Nueva Jersey.

Sus automóviles recorrerán a 100 ó 150 kilómetros por hora esa *City* organizada y, en dos o cinco minutos, les darán la sabrosa apreciación de un verdadero campo libre, espectáculo de árboles y de labrantíos y de cielo abierto por doquier. Y los caminos serán librados de la obsesión de las luces verdes y rojas que matan hoy el principio mismo del automóvil, que es *correr velozmente*. ¡El camino estará libre!

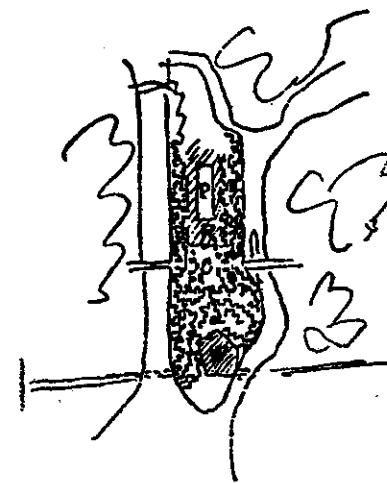
Para reformar las ciudades norteamericanas y, muy especialmente, a Manhattan, hay que saber ante todo que el lugar de esa reforma existe. *Es Manhattan suficientemente vasto para contener seis millones de habitantes.*

Conviene saber si las condiciones existentes son buenas para realizar el sueño de la libertad individual y los beneficios naturales necesarios al corazón del hombre: cielo, sol, espacio, árboles. Manhattan posee el más prodigioso dibujo para materializar tales sueños: riberas inmensas y vacías (sí, vacías, más o menos). Un centro enorme y vacío o estéril, por lo tanto disponible; por lo tanto accesible al dinero, entre los rascacielos del Wall Street y la calle 34: un espacio gigantesco en el corazón de la *City*, un verdadero espacio para el barrio residencial. La residencia debe ocupar el centro de la ciudad. Allí están los puentes, allí están los subterráneos.

Será preciso agrupar en unidades más grandes las calles actuales, cuya red es demasiado apretada. *Esa red prohíbe* —lo repito: pro-

hibe— *toda solución del tránsito de automóviles*. Es fácil hacerlo, si se sabe *que hay que hacerlo*.

¿Los medios de realizarlo? Están en la ciudad misma; son la



*una mancha nilla edificat in Manhattan:
six million d'habitants*

vida misma de la ciudad. Manhattan está cubierta de edificios *cuyo promedio general es de cuatro pisos y medio*. Se apreciará claramente que ahí está la clave de la situación. Si se ponen en Manhattan 1000 habitantes por hectárea francesa, se valorizará 2, 3 ó 4 veces el suelo de Manhattan. Con ese provecho se pagarán los gastos de viabilidad: establecimiento del camino de los peatones y de las autopistas. Los medios están en la vida misma de la ciudad: el Empire State Building ha chupado la savia de los barrios que lo rodean; ha arruinado a una cantidad de gente. El Rockefeller Center ha hecho otro tanto y, a su vez, ha arruinado al Empire State Building. Ese dinero que se invoca, que se busca, está en las fuerzas móviles de la ciudad, en la necesidad que tiene la ciudad de vivir cada día y cada vez mejor. Si el desorden reina en esa operación de salvamento de la región neoyorquina, la ruina se extenderá salvajemente sobre muchos y el provecho se extenderá diabólicamente sobre unos cuantos. Si la medida se reconoce como de utilidad pública —más que eso, *de sal-*

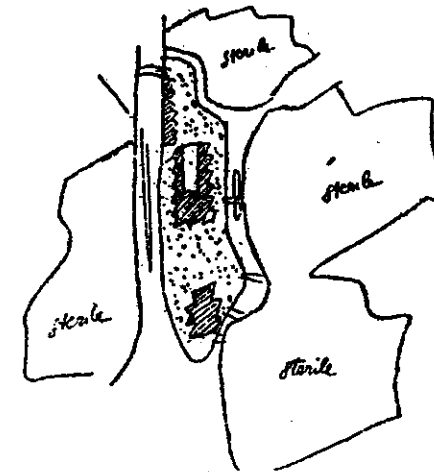
vación pública— las autoridades presidirán la metamorfosis y podrán hacer el bien y dar riqueza a todos sobre la base del buen plan. Pero se requiere *el buen plan*, el plan total, sinfónico, que responda a las necesidades colectivas y asegure la felicidad individual: *re-formación celular de las ciudades norteamericanas*. Ese es el papel omnipotente y bienhechor de la autoridad: la autoridad, padre de familia.

Falta afirmar esto: que la vivienda es el objeto de consumo esencial, urgente, casi ilimitado, en el mundo entero y en los Estados Unidos.

Nueva York no es más que una ciudad provisional en buena parte de su inmenso cuerpo. Una ciudad que será reemplazada por otra ciudad. Pero es preciso que todo se ejecute de acuerdo con las leyes y medida de una metamorfosis conforme con las necesidades de la época. *Metamorfosis*. Esa es la palabra que se impuso a mi espíritu en los Estados Unidos. El crecimiento ha sido relativamente regular, aunque muy acelerado, si no precipitado. Se han aceptado las "manzanas" de la colonia, del tiempo del caballo y de las pequeñas aglomeraciones. Nueva York y Chicago, en sus dimensiones presentes, son desmesuradas, están fuera de medida, fuera de las realidades cotidianas que nos impone la ley cósmica del sol: la jornada de veinticuatro horas. Hay que llevar a las ciudades norteamericanas (así como a París, Londres, Berlín y Moscú) a una forma de organización que tenga en cuenta el plazo fijado a todas nuestras iniciativas, a todos nuestros trabajos, a todas nuestras obras: el tiempo que transcurre entre la salida y la puesta del sol (o, si se prefiere, entre dos sueños).

Pero si la vivienda es el objeto de consumo por excelencia en Estados Unidos, hay que abrir los ojos inmediatamente a las realidades y las posibilidades del maquinismo. En Estados Unidos, el coeficiente del precio de costo del automóvil con relación a la preguerra es de - 50, porque se ha organizado la producción y se ha explotado el milagro de las máquinas. El coeficiente del precio de costo de la edificación, con relación a la preguerra, es de + 210, porque no se ha introducido en esa actividad gigantesca, esencial, del país el beneficio de los métodos que podían vencer la carga terrible de la mano de obra.

Digo que las técnicas modernas nos afirman que *la gran industria puede ocuparse de la construcción*. Que la vivienda puede y debe hacerse en la fábrica: en las industrias que actualmente no trabajan porque sólo tienen como programa la fabricación de objetos de consumo estéril, de objetos superfluos.



sterile in location like Dan Manhattan

La vivienda es indispensable para todos.

Que se construya en fábrica.

Que se reforme el estado celular de las ciudades para dar a las nuevas empresas las dimensiones, en masa y en serie, indispensables para la máquina.

Que la industria descubra que ese es su verdadero mercado: *el housing* (alojamiento).

Que se haga cesar el derroche asombroso de las aglomeraciones dramática y funestamente dilatadas.

Que la autoridad reconozca que tal es su gran tarea: *el estatuto urbano de los Estados Unidos, productor del mercado de la industria y proveedor de las alegrías esenciales para el corazón y el cuerpo humanos*.

Y que se adviertan las consecuencias: de tres a cuatro horas de trabajo menos para cada cual y cada día. ¿Desocupación? ¡De ningún modo! Liberación de una participación totalmente estéril en el mantenimiento del derroche, del inmenso derroche de las aglomeraciones norteamericanas. *Esas tres o cuatro horas ningún provecho proporcionan a nadie, sólo pagan la locura — el viento.*

Entonces, ocios nuevos. Con las máquinas, cuatro horas de trabajo fecundo bastan. Se precisan lugares —locales y terrenos— para acoger esos nuevos ocios con el fin de que éstos no surjan como una nueva convulsión de la sociedad maquinista. Es preciso organizar las ciudades y preparar, mediante la educación, para esas nuevas horas libres, útiles para cultivar el cuerpo y el espíritu.

Veo las máquinas de los Estados Unidos y la prodigiosa organización de la industria norteamericana. Veo el plan *justo* que determina el programa de la producción esencial. Veo terminar la esclavitud de los Estados Unidos —en los subterráneos, los ómnibus, los *pullman* y los caminos—, esas horas perdidas todos los días *sin hacer nada*. Veo la anulación de esas horas cotidianas exigidas para pagar —aparte de los productos de lícito consumo: calzado, ropa, pan, juegos y diversiones— esos gastos locos de las ciudades desmesuradamente dilatadas. Veo a la educación dominando el espíritu, formando la opinión, suscitando los deseos, creando una voluntad.

Propuesta del programa para una exposición universal en Nueva York, 1939

Y veo a la autoridad, por fin justa, radical, profunda, exactamente informada sobre las posibilidades de la época presente (sus técnicas y sus necesidades), considerando la necesidad de emprender las grandes obras de reformatión de las ciudades; legislando para ello, imponiendo a los egoísmos demasiado agudos la necesidad urgente del bien público, coordinando las potencias de la vida, extrayendo de la vitalidad misma de las ciudades las fuerzas útiles, para conducir las allá donde deben ir y servir: al servicio del hombre.

El hombre maquinista, de pie sobre sus máquinas, empleándolas, haciéndolas producir y realizando esa imperiosa necesidad de la nueva era del maquinismo: la vivienda humana, la vivienda radiosa, colmada con todas las bendiciones del progreso, de la organización y de un plan sencillamente sometido a las más profundas necesidades de la naturaleza humana: sol, cielo, espacio y árboles —alegrías esenciales.

La Fayette, 18 de diciembre de 1935.

5. RESPUESTA A UN CUESTIONARIO

La Fayette, diciembre de 1935.

Estimado Mr. Percival Goodman, su cuestionario se halla establecido sobre las bases más sólidas y más sensibles de la gran transformación inminente de la arquitectura y el urbanismo.

Contesto con mucho gusto.

CUESTIONARIO

1. ¿Cree usted que el porvenir de la arquitectura sea la estandarización del dibujo y de la producción?
2. En caso afirmativo, ¿significará el paro tecnológico para los arquitectos, o bien el campo inmenso revelado por la "ciencia del refugio" proveerá trabajo para todos?
3. Si debe haber una "ciencia del refugio", ¿cómo podrá adiestrarse el arquitecto, para su trabajo, en esa ciencia? ¿Cree usted que el sistema actual de educación arquitectónica convenga, por poco que sea, a esos nuevos problemas? ¿Existirá entre el arquitecto y otros técnicos una colaboración más íntima que la existente hasta ahora?
4. En caso negativo, ¿cuál será, según usted, el porvenir de los arquitectos y de la arquitectura?

5. ¿Opina usted que, en toda consideración del porvenir de la arquitectura, ha de plantearse este problema fundamental: Qué sistema económico ha de prevalecer? Si así es, ¿bajo qué sistema económico prosperará más la arquitectura?

PREGUNTA 1.

"¿Cree usted que el porvenir de la arquitectura sea la estandarización del dibujo y de la producción?"

La terminología empleada ya no es exacta en la actualidad. La palabra "arquitectura" se entiende hoy más bien como una noción que como un hecho material: "arquitectura": *poner en orden, poner dentro del orden... superior —material y espiritualmente, etc.—*. Esta noción se vincula con muy numerosas actividades e interesa a múltiples producciones: el casco de un navio, un avión, un automóvil, un aparato de radiotelefonía, el conjunto de máquinas de una central eléctrica... ¿están privados de arquitectura o nutridos de arquitectura? No contestaré aquí. Pero me permito sugerir otros términos para la pregunta:

a) *¿Cree usted que el porvenir de la construcción de viviendas y ciudades sea la estandarización del dibujo y de la producción? Y completaré con lo siguiente:* b) *La arquitectura, en su acepción de intervención espiritual superior, ¿puede presidir el establecimiento de los dibujos de estandarización?*

"a) ¿Cree usted que el porvenir de la construcción de viviendas y ciudades sea la estandarización del dibujo y de la producción?"

Tal es mi convicción profunda; es el efecto y la causa de todas mis investigaciones en arquitectura y urbanismo desde 1922. (*Una Ciudad Contemporánea de 3 Millones de Habitantes* — París, Salón de Otoño).

Para motivar la demostración, hay que admitir previamente un

postulado fundamental: *La civilización maquinista nació hace cien años. Durante una primera era (1830-1930) la máquina trastornó completamente la sociedad.* Poco a poco, ha destruido las tradiciones de la artesanía; ha hecho surgir equipos nuevos: los calculistas (ingenieros), los químicos, los físicos dedicados innumerablemente a investigaciones objetivas, de destino práctico, los mecánicos cuya inmensa masa constituye una élite técnica desconocida hasta ese momento. Ha creado nuevos programas de producción: las máquinas han fabricado máquinas. Las nuevas máquinas sirven para producir con rapidez y, eventualmente, con calidad extraordinaria, objetos de consumo que van desde el alimento hasta el indumento o la diversión; otro grupo de esas máquinas sirve para producir velocidad; un tercer grupo produce energía que reemplaza el esfuerzo de los brazos o del cuerpo.

Nuevo abastecimiento, alimento, indumento o entretenimientos han trastornado hábitos milenarios de economía, de frugalidad, han despertado codicias nuevas, han creado necesidades que ya son imperativas.

La velocidad ha permitido el transporte de esos productos, pero también de las personas. Nociones milenarias del tiempo, de la perpetuidad, han sido borradas y reemplazadas por un empleo completamente nuevo de la jornada solar, por un reparto inesperado del trabajo. La familia ha sido desgarrada, la sociedad ha sido agitada violentamente y sin tregua, las concentraciones de potencia productiva han tenido como consecuencia aglomeraciones, hasta entonces desconocidas, de masas trabajadoras.

La energía (vapor o electricidad) ha creado la posibilidad de empresas gigantescas bajo un régimen de apariencia democrática cuando, antaño, tales iniciativas sólo eran posibles mediante la esclavitud.

En cuarenta años, por el advenimiento de la electricidad, el ritmo solar eterno ha sido perturbado, modificado: la noche ha dejado de hacer la señal del descanso. Lejos de ello, innumerables actividades han nacido de la noche definitivamente vencida.

Etcétera.

Esta era gigantesca de los primeros cien años de maquinismo ha forjado los instrumentos extraordinarios, que jamás se habían conocido, de una sociedad ninguno de cuyos sueños parece poder escapar a prontas realizaciones. El instrumental está creado. Las fuerzas, las potencias, están presentes.

Pero durante ese tiempo, en el curso de esa carrera obstinada y quizá sublime (el siglo XIX), todo lo que constituye el fundamento mismo de las sociedades ha sido quebrado, destrozado. El hombre ha sido molestado. Más aún: ya no fué considerado como otra cosa que un brazo, una unidad de producción. El equilibrio humano se hundía. Una página de la historia humana se daba vuelta. Éramos lanzados a otra aventura, a una nueva aventura.

El equilibrio está roto. Todo se derrumba. Por lo tanto, es preciso volver a ajustarlo todo: hay que restablecer una armonía, la armonía. Esto sólo puede hacerse sobre la base de un factor fundamental: el único factor que pueda considerarse: el respeto de los hombres, la felicidad de los hombres.

El hombre debe colocarse sobre esas máquinas, mandar a esas máquinas, exigir de ellas el alivio total de su tarea; del esfuerzo gigantesco que acaba de realizarse, el hombre reclama beneficios, felicidad, armonía.

Agrego, pues, su conclusión al postulado fundamental que ha de trazar nuestra ruta: la segunda era de la civilización maquinista ha comenzado: la era de la armonía, con la máquina al servicio del hombre.

Esto significa emprender grandes obras para equipar a la sociedad moderna: equiparla en ciudades, en viviendas, en medios de transporte y organizar las campañas.

Contesto, pues, la pregunta a):

LA TAREA QUE LE CORRESPONDE A LA SEGUNDA ERA DEL MAQUINISMO —las ciudades y la vivienda— ES TAN INMENSA QUE CONSTITUYE PURA Y SIMPLEMENTE EL PROGRAMA NUEVO Y GIGANTESCO DE LA PRODUCCIÓN INDUSTRIAL. ES EL MERCADO MISMO: CIUDADES, VIVIENDAS, GRANJAS Y ALDEAS AGRÍCOLAS.

Los antiguos métodos de construcción (madera, ladrillo o piedra) entrañan procedimientos y resultados insuficientes. Ni la máquina ni los métodos modernos de organización del trabajo pueden aplicarse a aquellos procedimientos. El beneficio del equipo del siglo XIX no puede explotarse. El problema de las ciudades y las viviendas, en la actualidad, sólo puede encararse sanamente si la gran industria participa totalmente de la empresa. Las casas no deben construirse ya sobre el terreno, con una mano de obra no controlada y colocada en condiciones nefastas de intemperies según las diversas estaciones del año. Lo he dicho: la casa en todos sus elementos a partir del nivel del suelo, debe fabricarse en los talleres de construcciones metálicas, en las manufacturas, con empleo de metal, madera o productos artificiales: *tal como el automóvil se construye en la fábrica y en cadena.*

Pero ¿qué casas y qué ciudades se trata de hacer en adelante? Ésa es la cuestión.

Por el momento, los profesionales de la ciudad y la vivienda —los arquitectos— están sumidos en debates contradictorios, a menudo académicos o sofisticos: en esta época que presiona y en que la industria, arma al brazo, aguarda un mercado.

Estos debates no conducen a nada. Estilos, pasado o moderno. No es ésta la cuestión. La cuestión es ésta: ciudades modernas en que el hombre pueda vivir alegremente, serenamente, criar a sus hijos, cuidar, educar su cuerpo, cuidar, educar su espíritu, disponer a voluntad de la más total libertad individual, beneficiarse a voluntad con las fuerzas colectivas. La jornada solar —cósmica— de veinticuatro horas, con su alternación impecable de día y noche, da a todas nuestras iniciativas la medida del tiempo y, por consiguiente, de la distancia.

Además, y por simple necesidad accidental, el automóvil, introducido en la vida, debe encontrar su exacto destino; introducido en la ciudad, donde ha causado la más miserable confusión, debe ver determinar su razón de ser. Para enunciar sin más el objetivo, afirmaré: el automóvil debe ser separado del peatón. Y agregaré: el suelo debe ser devuelto al peatón; un *suelo libre.*

El problema de la vivienda entraña, pues, el de la ciudad. Arquitectura y urbanismo se unen. Liquidemos la pregunta a) diciendo: Sólo por la busca de standards útiles, eficaces, verdaderos, humanos (a la escala humana del corazón y del cuerpo — biología y psicología) podrá la gran industria apoderarse de la construcción que, hasta ahora, ha quedado sujeta a métodos ruinosos, negándose a los beneficios de las conquistas técnicas.

Y a la pregunta b) *la arquitectura en su acepción de intervención espiritual superior, ¿puede presidir el establecimiento de los dibujos de estandarización?* contesto inmediatamente con un decisivo "sí". Vivienda y ciudad, microcosmo y macrocosmo, refugios de vidas individuales, familiares y colectivas, *emanación* misma de la vida de una sociedad, de una civilización, requieren una organización superior en provecho del hombre (biología y psicología), y *por consiguiente, llaman al arquitecto.* Pero ¿dónde está el arquitecto, quién es el arquitecto en este caso? ¡Y he aquí nuevamente planteado el problema!

Estoy convencido de que se trata ahora de un nuevo espíritu en arquitectura, con hombres nuevos o con hombres que tengan elasticidad, valor y deseo para adaptarse a condiciones muy nuevas. Esas condiciones son de dos naturalezas: 1º la respuesta que debe darse a todas las necesidades verdaderamente humanas, necesidades vinculadas a todas las clases de una sociedad —y esto requiere una refundición seria de las dimensiones, de las disposiciones orgánicas, un conocimiento amplio de las conquistas técnicas, etc.; el arquitecto, aquí, ocupándose de la vivienda, se aproxima al naturalista— se transforma en una especie de sabio naturalista que se ocupa del "animal hombre" (fisiología y psicología); 2º la respuesta que debe darse a todas las exigencias imperiosas, aunque infinitamente flexibles, del trabajo industrial; y esto requiere un contacto asiduo con el mundo de la industria, mano de obra, materia y organización, etc.; aquí, el arquitecto se aproxima al ingeniero: se le reclama una severa forma de pensar.

En resumen, es más *arquitecto que nunca.* Lo es como lo fueron los que construyeron las "casas" de antaño, en que todo estaba pre-

ESTILOS
X
CIDADE

sente: las mejores técnicas, las dimensiones y disposiciones más eficaces, amables, fecundas y económicas, en que reinaba la cordura y se expresaba por la *poesía*. En esas épocas, el nombre de *arquitecto* no se empleaba. La casa era el producto de esfuerzos colectivos; la casa era un folklore (casas de todos los países, de todas las civilizaciones, hasta el día en que se crearon las Escuelas y, con ellas, el academismo).

PREGUNTA 2.

"En caso afirmativo ¿significará el paro tecnológico para los arquitectos, o bien el campo inmenso revelado por la "ciencia del refugio" proveerá trabajo para todos?"

La respuesta depende de la calidad de los profesionales considerados: de los arquitectos. Los hay para quienes "es demasiado tarde", pero se consolarán ejecutando no pocas obras tradicionales, mientras dure la evolución de las ciudades y los alojamientos.

Creo, por experiencia personal, que las nuevas tareas nos exigen una vigilancia, una abnegación, una curiosidad, una constancia, una imaginación sin límites. Nada más fácil que construir un tipo accidental. En cuanto interviene el *standard* nos encontramos con la trampa o la barrera a cada paso: la dificultad es enorme y casi supera la energía de un solo hombre. El problema consiste, pues, en saber de qué *standard* se trata; lo que es preciso estandarizar. Es esta una investigación cuyas conclusiones pueden causar la ruina de la vivienda y de las ciudades, por la monotonía aplastante y la inhumanidad, o pueden, al contrario, aportar la gracia, la variedad, la flexibilidad y las infinitas manifestaciones de la personalidad (la cual, por otra parte, está encerrada dentro de límites "naturalmente" mucho más reducidos de lo que se imagina cuando se tiene la lamentable tendencia a hablar sin haber reflexionado sobre el punto en cuestión o sin haber observado en el pasado y la distancia los *standards* magníficos y humanamente determinados que han quedado como

testimonios de dignidad y conveniencia humana: esos *standards* de los folklores son la expresión misma de "lo necesario y lo suficiente").

Opino, pues, que "la ciencia del refugio", como la llama usted, reclama un espíritu nuevo y, por consiguiente, apela a quienes están animados por ese espíritu. Que no son solamente los jóvenes.

PREGUNTA 3.

"Si debe haber una "ciencia del refugio", ¿cómo podrá adiestrarse el arquitecto para su trabajo, en esa ciencia? ¿Cree usted que el sistema actual de educación arquitectónica convenga, por poco que sea, a esos nuevos problemas? ¿Existirá entre el arquitecto y otros técnicos una colaboración más íntima que la existente hasta ahora?"

¡He aquí una pregunta que es una pregunta! Es el problema mismo de la enseñanza de la arquitectura. Para contestar, me siento en una situación particularmente peligrosa y excepcional. Nunca he podido admitir la enseñanza de las escuelas por la sencilla razón de que tengo mal carácter pero, sobre todo, porque construí, de "a" hasta "z", mi primera casa (muy cuidada y muy complicada) a la edad de 18 años. Desde mi juventud, he tenido en los brazos el peso de la piedra y del ladrillo; en el ojo, la resistencia asombrosa de la madera; el espíritu, el milagro de los hierros perfilados, etc. Y he sentido que, en el tablero de dibujo, ¡hay dibujo y dibujo! Vale decir que los mismos espacios o los mismos espesores, según se materialicen en piedra, ladrillo, madera o hierro, tienen potenciales distintos, energías sentimentales tan caracterizadas como sus energías físicas; y que, en suma, en este asunto de la arquitectura, el contacto permanente con la materia (con los materiales) es una necesidad fundamental. Siempre me he maravillado, y me sigo maravillando, como un ingenuo ante los recursos inesperados de la materia. Aun creo que es en esos recursos, de los cuales sólo conocemos groseramente una pequeña parte, donde se situará el nuevo fenómeno constructivo. Aquí, cuando estemos en contacto cotidiano con la industria (el taller y los

ingenieros), cobraremos alas y llegaremos a colocar dentro de ese fenómeno constructivo a la arquitectura, o sea la armoniosa y proporcionada disposición de las materias con miras a crear obras vivientes.

Armonioso y proporcionado: esto eleva el debate, lo coloca en otro nivel. Cultivar en sí todas las capacidades, todas las dotes naturales que podamos tener en ese campo subjetivo que conduce al milagro de la belleza. La belleza, lugar matemático de la armonía. ¿Proporción? ¿Qué? Esa *nada* que es *todo* y da la sonrisa a las cosas.

¡Oh, cuán útil es iluminar a los profesionales acerca de esa misión eminente de la arquitectura! Iluminar a los espíritus acerca de las potencias radiosas de la divina proporción. Permítame usted, en este debate preciso de su cuestionario, abrir la ventana a los horizontes ilimitados del arte. El arte: es decir el modo de hacer las cosas. Aquí interviene la responsabilidad individual y de eso hay que hablar frente al acontecimiento inminente del *standard*. No hay *standard* admisible si no es la mismísima expresión de la gracia. La gracia, en el sentido religioso, significa todo y todo. *Estimo que quien no siente la gracia no tiene el derecho de hacerse arquitecto.* Por lo tanto, yo empezaría las primeras investigaciones de preparación para esa vocación *en el terreno de la proporción*, para la cual se está, o no se está, destinado. Basta reconocerlo en el alba de los estudios; métodos regulares pueden conducir a un veredicto de esa naturaleza y permitir alejar de la vocación a quienes no tengan la base fundamental: la imaginación, la poesía y el sentido plástico.

Pero ya he empezado a contestar esta tercer pregunta.

Estimo que esta ha sido bien formulada, mientras que la cuarta me parece superflua. El porvenir de la arquitectura no está en juego: todos los países del mundo deben equiparse totalmente, y con una masa de cosas infinitamente más voluminosa que nunca. Saludemos una vez más, al pasar, el libro enloquecido del señor Camille Mauclair: *“¿Va a morir la arquitectura?”*

Esto puntualiza el debate. ¿De qué habla ese profeta de mal augurio? De *“la arquitectura”*, considerada como una actividad cauduca en efecto, actualmente. No como ese noble y necesario deber:

construir los tiempos nuevos cuya realización puede procurar a los hombres “las alegrías esenciales” mediante la organización de las ciudades y los campos. Esa “arquitectura” que agoniza no era más que una de las formas del crepúsculo que cae sobre el fin de una civilización. En esa “arquitectura” había buenas intenciones, pero también estaban todas las formas bajo las cuales imperan maléficamente la vanidad, la imbecilidad, el derroche, la pereza y *el dinero*. Esa “arquitectura” ha muerto, sí. Adornada con plumas abigarradas, con bordados y con dijes, llena de pretensión, causó estragos durante los siglos XIX y XX y mató *el sentido de la arquitectura*. No fue otra cosa que un espectáculo de feria. Pues bien, me agradaría, en este lugar, en este preciso momento en que se desgarran un harapo, me agradaría erigir la imagen de la arquitectura verdadera, *de esa noción de ordenamiento superior, material y espiritualmente.*

Basta para ello indicar los campos en que puede dominar tal acontecimiento superior. El *housing* (alojamiento), la “ciencia del refugio” (como la llama usted) puede impregnarse totalmente de esa visión alta. Y desde el principio, en el nacimiento mismo de la ciudad, es decir en el urbanismo, en el momento preciso en que trazados concebidos por *un corazón sensible* sobre fundamentos severos de economía, de técnica y de sociología, pueden determinar para siempre la nobleza y la alegría que pueden derivar de ellos. En esos dispositivos que pueden, ¡ay de mí!, ser tan miserables como magníficos, en esos dispositivos que son la clasificación misma de la ciudad, su composición, la gracia inmediata y futura de su desarrollo, la proporción odiosa o adorable, irán a instalarse elementos urbanos significativos, aparte del *housing*, o la “ciencia del refugio”. Serán, en temas fugados como una cantata de Bach, los acontecimientos importantes de la ciudad: el centro cívico, el centro de los negocios. Aquí se alzarán edificios de naturaleza distinta de los del *housing*; de biología diferente: casas del pueblo, municipalidades, teatros, innumerables lugares de diversión o estudio. Con una biología tan diversificada, la forma arquitectónica también se diversificará. Pero el espíritu que animará sus combinaciones, ¿será, podrá ser otro que aquel que, *superiormente* —en lo material y lo espiritual— ha puesto orden

en la ciudad misma, y vida en las zonas de residencia? Ahí sólo puede haber *unidad*. Esas obras por su naturaleza misma, apelarán menos a los equipos organizados de nuevos técnicos de la "ciencia del refugio"; apelarán a individuos más vigorosamente dotados, que trabajarán más aislados, creando una obra armoniosa bajo el mando y la responsabilidad de uno o varios individuos fuertemente estructurados y solidarios.

Así, la ciudad tendrá sus puntos de esplendor, sus lugares de inteligencia y aun de genio. Para la arquitectura y los arquitectos hay puestos excepcionales y cometidos difíciles. Es preciso decirlo, para que se sepa bien que si el *housing* va a conglomerar a vastas cohortes de técnicos en torno de un postulado muy preciso —el del "alojarse"—, el campo de la arquitectura será más amplio que nunca. Y, sin tener tiempo ahora para explicarme, agregaré a esas tareas la realización armoniosa —que puede ser magníficamente *arquitectónica*— de los transportes: autopistas, viaductos, autopuertos, aeropuertos, estaciones y vehículos.

PREGUNTA 4.

"En caso negativo, ¿cuál será, según usted, el porvenir de los arquitectos y de la arquitectura?"

Ya he contestado.

PREGUNTA 5.

"¿Opina usted que, en toda consideración del porvenir de la arquitectura, ha de plantearse este problema fundamental: ¿Qué sistema económico ha de prevalecer? Si así es, ¿bajo qué sistema prosperará más la arquitectura?"

Esta pregunta roza ideas a las que mi trabajo asiduo en arquitectura y urbanismo me ha llevado a contestar con un principio y una conducta muy netos en la vida tumultuosa y caótica de hoy:

¡El plan es dictador! Que cada cual, en su especialidad, establez-

ca los planes conformes con los tiempos nuevos; que penetre así, él mismo, que descienda al fondo de la cuestión; que sepa lo que, materialmente y técnicamente, puede hacerse, mañana mismo. Ese magnífico y generoso trabajo de preparación, *esos planes*, han de ser la respuesta a todas las preguntas: señalarán las medidas que deban adoptarse, las leyes que están por elaborarse, y a los hombres que convendrá colocar en los puestos útiles. Hoy, en todos los países, la misma queja estéril responde a los males acumulados: "No tenemos legislación... los reglamentos se oponen... el estado de la propiedad es antagónico... es inútil proyectar nada nuevo, nada fuerte, nada verdadero... las contingencias son hostiles".

Es preciso, pues, denunciar las contingencias, pero denunciarlas exactamente. Y para ello hay que aceptar ese acto de optimismo que consiste en hacer sobre el papel los planos precisos y *técnicamente* realizables de lo que ha de transformar la presente desgracia en felicidad inmediata.

Hechos esos planos, se cierra el debate, es barrida la duda, la certeza se halla presente: *esto es lo que puede hacerse inmediatamente*. Aquí están Nueva York y Chicago, París y Moscú como deben ser. Ante los planos, no hay régimen preconcebido que resista. ¿Lo que existe hoy y nos aplasta? Son los regímenes preconcebidos: en Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Italia, Alemania, Rusia, en todas partes, a pesar de la diversidad o la oposición de las doctrinas, por doquier encontramos la confusión y el error, por falta de planes (con excusas y pretextos de una acrobacia muy cómica). Los técnicos no han cumplido con su deber. Los regímenes (sean cuales sean) *no están informados, no saben a dónde van* (en el campo que nos ocupa). Vistos desde el planeta Marte, aparecerían como máquinas que funcionarían vacías, sin materias primas. *No se han hecho los planes para el equipo de la civilización maquinista.*

Mi línea de conducta es permanecer en el terreno del *plan*; de pie en el mismo, puedo afirmar con serenidad que tales reformas son necesarias, que tales iniciativas deben tomarse. Los planes demuestran que para asegurar los beneficios indispensables de la libertad individual, que para alimentarnos con las fuerzas colectivas, que

para poner fin al derroche frenético de las presentes aglomeraciones urbanas, es preciso preparar la realización de las empresas en común. ¿Se obró acaso de otro modo en las grandes épocas? La diferencia, hoy, consiste en que hay que arrancar a la desgracia a millones de seres molestados por la incuria y el egoísmo. Construir viviendas, reformar el estado celular de las ciudades, equipar a los países: tal es la tarea. Es el programa mismo de la sociedad en la nueva era de la civilización maquinista. Ese es el cometido, el trabajo para todos, el programa mismo de las actividades generales en todos los países.

18 de diciembre de 1935.

6. EN EL CALENDARIO DEL MUNDO

El dinero es "rápido", los norteamericanos son lentos. El país es rememario, los norteamericanos son tímidos. Las empresas son audaces, los norteamericanos tienen miedo. Los acontecimientos son más fuertes que los hombres. Los Estados Unidos son inmensos, el programa es insaciable. Quiénes se atreogan a pensar "fino" y a sentir "fino" aun no encuentran eco: son repelidos. Los gustadores del arte están fuera del circuito general. Las grandes damas atacan, pero se atrincheran. Hay mujeres que son amazonas. El *cocktail-party* es la válvula: la gente permanece de pie y en montón. Se está lleno de vida, se teme la vida. La radio, el *New York Times* del domingo, los *pullman* tapan los agujeros, llenan los vacíos. "Jumbo", el triunfo de Broadway para esta Navidad de 1935, es solamente un espectáculo de admirable *mise-en-scène*, tan detallado y preciso como la organización de un rascacielos; no hay individuo en ese espectáculo: el individuo es aplastado por la masa. Una filosofía de la vida, aun no aparece —de la vida, del goce, de la pareja que forman la idea y su resolución en el hecho consumado. Los Estados Unidos son jóvenes. No se disfruta, no se paladea: se bebe. Nada está hecho, pero todo es po-

sible, todo es esperanza, promesa, certeza próxima. ¡Qué fuerza! Precisemos el juicio: los jóvenes son inquietos, melancólicos, tristes y turbulentos. Son los viejos quienes, a veces, se vuelven jóvenes; saben, conocen, obran, creen y son alegres. Y realizan.

.....

Quando estoy en la Plaza de la Ópera, en París, ¿ombligo del mundo? No; se acabó; me siento lejos, ido, y el Mundo también ha abandonado este centro que ya no es más que el espectro de una civilización concluida.

1935. París se prepara para encarnar, en 1937, sus rostros de tenderos. Asqueado, he partido rumbo a Nueva York sin tener la menor idea de lo que allí encontraría. Y he encontrado una masa tendida hacia lo que "tiene alcurnia" y adiestrada en los juegos intermitentes de las derrotas y las victorias: el dinero lanza a la gente a un *juz*: inhumano que sería estéril si no fomentara aquí, por la amplitud de las faenas, la dimensión de los tiempos modernos.

He vuelto a París y he encontrado los cafetines mediocres, pero el cielo, por doquier, sobre la ciudad, y la gracia de la proporción y el cuidado, atento a todos los detalles, de darse verdaderos gustos. La tienducha triunfaba en su empresa de 1937, en curso de realización, pero la savia del país ha estallado súbitamente en primavera, de un solo golpe, mucho más espontánea y totalmente de lo que yo imaginaba. Cortinas cortadas, máscaras por el suelo —se volvía a encontrar la razón profunda de las empresas de la vida: la dignidad del hombre y el hombre manifestado por su masa profunda y llena de cultura ancestral; entrando esa masa, en grandes olas, en el espíritu de las cosas.

A todas las obstinadas tentativas a que me dediqué durante quince años —el equipo de la civilización maquinista— me contestaron, a pesar de mis vivas y motivadas protestas: "¡Somos demasiado viejos!" ¡No se es viejo por tener dos mil años! Se es solamente mayor de edad. Los actos mayores pueden ocurrir. Ha llegado la hora.

Los Estados Unidos, jóvenes, muy jóvenes, tienen la edad de las campeones olímpicos: cabellera bien plantada sobre cuerpos de

atleta, corazón ingenuo, fuerte y débil. Pero, sépase bien, este país es el que ha erguido a Manhattan en el cielo; el país que odian ustedes —hacen mal— deben reconocerlo *e ir a verlo*.

Se da vuelta una página de la historia humana y el mundo está cabeza abajo. Las últimas orgías de Moloch —el puerco dinero— se revuelcan sobre todo lo que es puro y creador. El acontecimiento es cósmico; arrastra todos los territorios habitados de la tierra. La idea especulativa, elevada, desprendida, sublimante, arde bajo cenizas en el Este —India, China— y ha dado a los rusos la resistencia del sacrificio. Pero el mundo entero se abre al renacimiento. Hay errores, excesos, puntos de partida diversos. Hay una inmensa esperanza por doquier. Y hete aquí que todas las puertas parecen cerrarse por doquier: se defiende porque se ataca. Todas las puertas se abren por doquier. Una clasificación general se opera, para ver con claridad. Cuando se clasifica, a menudo se ve uno relegado a tal sitio que es como un encierro, pero se saldrá de ahí y se volverá a seguir el propio destino, que es de ser esto o aquello en el muestrario de los caracteres y es obrar así o asá, en el destino de la propia vida.

En el calendario del mundo están los Estados Unidos y la U. R. S. S. que son las dos grandes máquinas verdaderamente nuevas y cuyo producto es revolucionario. El espectáculo es tan admirable como desconcertante en un país como en el otro. Allí se mide la duración fatal de las jornadas sucesivas: todo puede hacerse solamente una vez y, para saltar bien, a veces es preciso retroceder. En ese avance cierto ofrecido a nuestro examen hay algunos retrocesos —quizá momentáneos— que nos parecen tan altos como el Himalaya y, por consiguiente, nos desalientan. El tiempo resolverá eso. Juzgamos con la impaciencia que proviene de los tres pobres ciclos de veinte años que hacen la vida de un hombre; el hombre es impaciente, la vida se ríe de él: ella tiene tiempo.

Recordemos que, después del año 1000, el mundo, volviendo a vivir, partió a la conquista, con inmenso entusiasmo. Y que, para crear las nuevas naves de las iglesias se miró para atrás, hacia los *romanos*, y se hizo un estilo *románico*. Y que en la axila de

una bóveda apareció un día la verdad, el arco ojival, y que, de pronto, se comprendió, se dió el salto. La liberación estaba en esa axila de bóveda. Y nacieron las catedrales.

Nuestro mundo puede ser feo, puede ser falso, puede ser cruel. Todo se ensaya en él, sin embargo, todo se arrolla y se desarrolla. En el hueco de su axila aparecerá —o ha aparecido— la razón de ser de las cosas; y la luz, en el curso de días precipitados, revela los valores constructivos. Puede haber rótulos de toda clase. Los partidarios pueden exigir ortodoxias oportunas o paralizantes. En el despliegue de las fuerzas del mundo aparecen las máquinas útiles. Si la U. R. S. S. de la estepa, de los inmensos espacios vacíos, de las distancias excepcionales, tiene tiempo para especular acerca de la idea pura, los Estados Unidos, en su prisa por colonizar y el ajetreo de este siglo de máquinas, nacido precisamente en el momento útil, ha demostrado lo ilimitado de nuestras esperanzas realizables. Ahí están las pruebas. ¿Enferma está al mundo? ¿Un boxeador que acaba de vencer no ofrece acaso el espectáculo más desalentador, más lamentable: rostro tumefacto, cabellos hirsutos? Volved mañana; se habrá lavado, habrá dormido, es el campeón.

La máquina es campeona y los tiempos nuevos han llegado.

Tracemos hermosos planos, con escuadra, bien hechos, sanos, al servicio de los hombres.

“Desearía llevar al examen de conciencia y al arrepentimiento a quienes, con toda la ferocidad de su odio, de su miedo, de su indignancia espiritual, de su carencia de vitalidad, se empeñan con nefasto encarnizamiento a destruir o combatir lo más hermoso que existe en este país —Francia— y en esta época: la invención, el valor y el genio creador muy particularmente vinculados a las cosas de la construcción; a esas cosas en que coexisten la razón y la poesía, en que celebran alianza la cordura y el espíritu de empresa.

“Cuando eran blancas las catedrales —ya ocurrió una vez—, Europa había organizado a los gremios por requerimiento imperioso de las técnicas...”

¿A dónde pueden ir los jóvenes? Sufren el espejismo de los

exotismos. Se crean —en su cerebro— paraísos imaginarios. En su tierra, en nuestra tierra, todo es abominable; allá, el hidromiel mana a borbotones y el hombre se ha vuelto un ángel para el hombre... Si algo puedo decir a los jóvenes es lo siguiente: “Mirad dentro de vosotros y reconoced que procedéis de un medio que no puede dissociarse de todas vuestras sensaciones y vuestras iniciativas. No lo repudiéis. No imaginéis que, en otra parte, ya no existen lobos y que la ternura es desbordante. ¿El exotismo? Sé por experiencias frecuentes cuán inmediatamente encantador es eso. Pero las mismas razones del encantamiento están en la esencia de las cosas que son vuestro propio medio; retiraos bastante lejos, un instante, para contemplar vuestro medio en sí, en su realidad. Allí encontraréis las profundidades de la razón de las cosas sobre las cuales estáis organizados, y os vendrá el deseo violento y el amor profundo de ponerlas a la luz del hermoso hoy. Es aquí donde debéis realizar vuestra obra: una obra sana, lógica, inventiva, sabrosa, llena de virtudes esenciales, unida a su línea vital. La civilización maquinista ha comenzado; es una nueva era de la humanidad. Las mayores proporciones, las dimensiones más vastas pueden alcanzarse. Es una gran aventura; se extiende al mundo entero, que se renueva. En el calendario del mundo, cada agrupación humana situada diversamente por efectos de la incidencia del sol, por el reparto de las razas, por causas aun insibles o consecuencias demasiado embrolladas, realizará su obra. El telégrafo ha acercado todas las cosas, pero los océanos siguen separando. El nórdico reacciona de un modo distinto al del africano. La estepa influye en los hombres de otro modo que la colina, la montaña o el mar. El pino y la palmera proveen poéticas distintas.

Una nueva era ha comenzado. Una nueva Edad Media. A través de la sangre y los dolores de los conflictos, hay que observar el desarrollo impecable de la obra creadora. Las catedrales se hicieron: el interior, las naves, son la pureza misma, mientras que el exterior está organizado como un ejército formado para la batalla, hirsuto como éste.

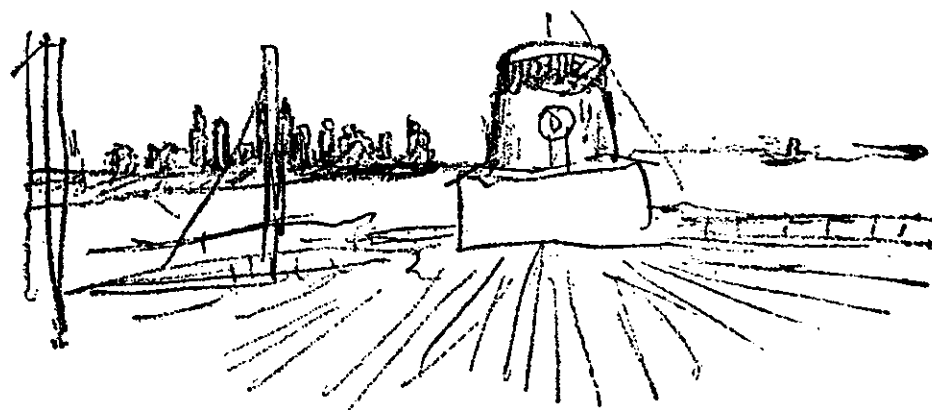
La técnica nos ha dado la audacia y la temeridad en los acon-

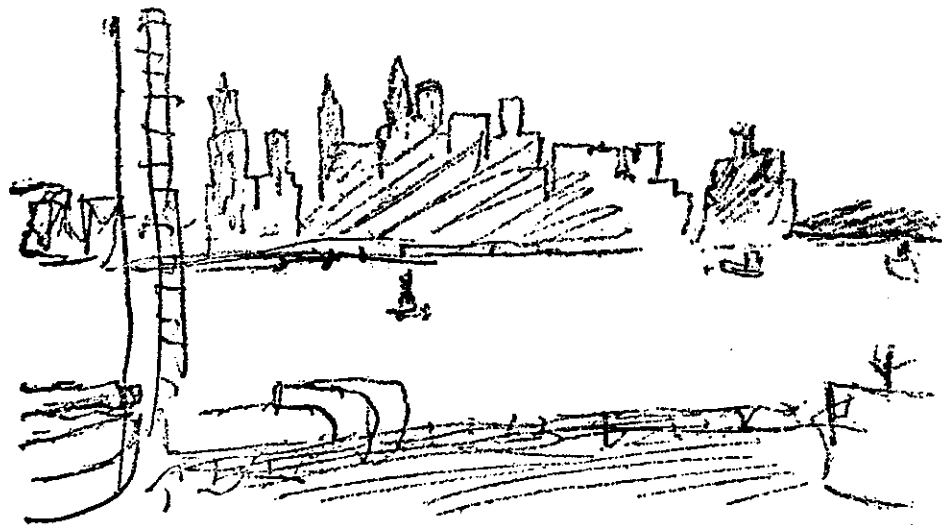
tecimientos racionales. Rompamos el abrazo de nuestros corazones, expulsemos la angustia de lo desconocido; establezcamos los planos humanos y poéticos del mundo nuevo. Construyámoslo todo: los caminos, los puertos, las ciudades, las instituciones. Se ha vuelto la hoja y tenemos suficientes pruebas materiales, proporcionadas por las realizaciones de este siglo, para estar seguros de que debemos ver en grande y ver en altura.

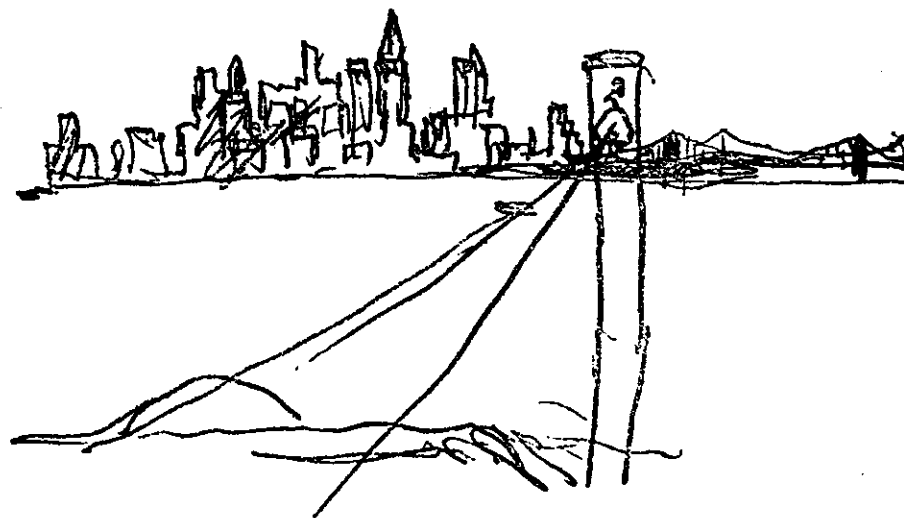
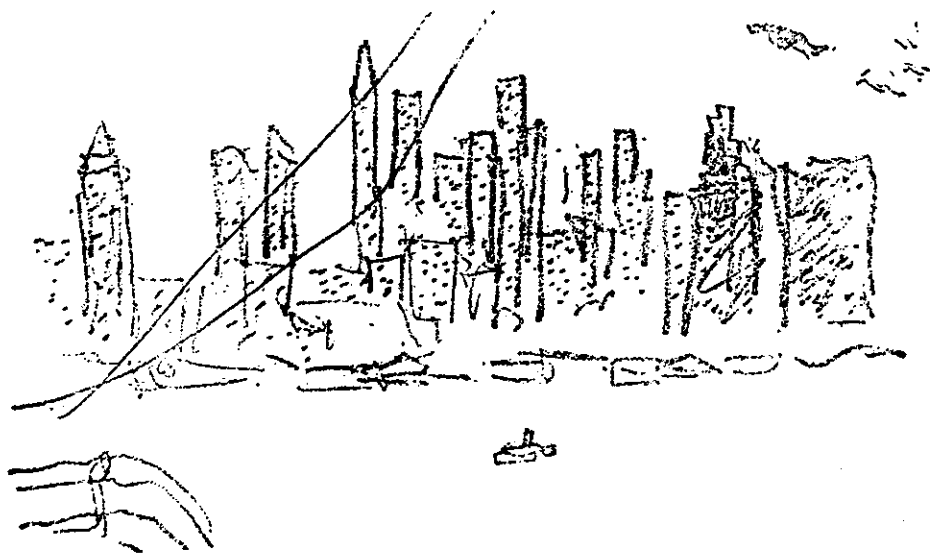
Construyámonos, sobre todo, una conciencia. Ese esfuerzo no es de razón ni de orden colectivo. Se apoya en el fondo de cada cual, en el silencio del examen individual; puede entrañar grandes sacrificios para que esa conciencia, despertada en todas partes, sea la gran conciencia universal, palanca de los actos fecundos.

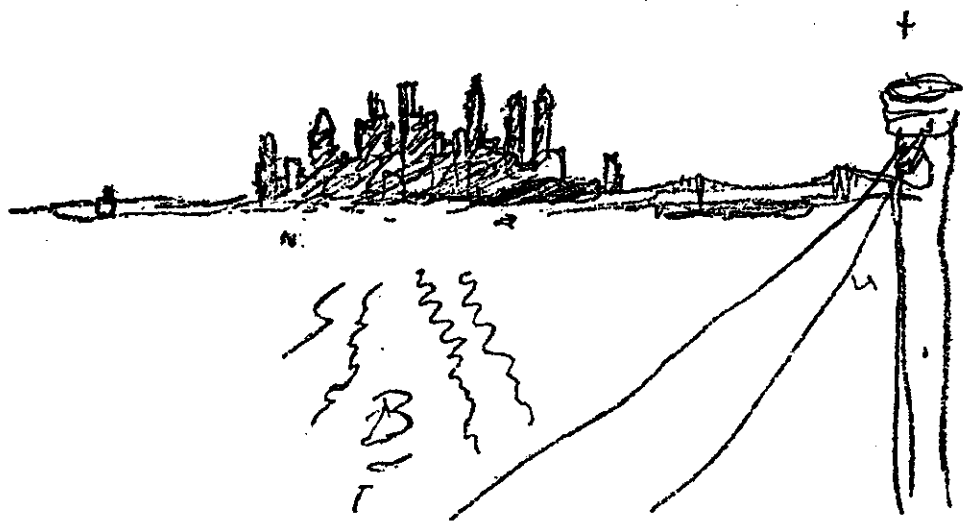
7. ¡HASTA LA VISTA, NUEVA YORK!

El barco pasa al lado de Manhattan. Estenografía este paisaje conmovedor.









Nueva York desaparecía. Espontáneamente, puse una apostilla a mi último dibujo. Dos hechos esenciales; el último es el que cuenta.

París, 15 de junio de 1936.



*au pays des timides.
Liberté*

* La apostilla aludida es "Au pays des timides. Liberté". (En el país de los tímidos. Libertad.)

Este libro se ha terminado de imprimir para la EDITORIAL POSEIDON, en los Talleres Gráficos "Junior" Carlos Calvo 1136, Buenos Aires, el día 25 de Agosto de 1952.